GABRIELA MISTRAL

Niña errante

Cartas a Doris Dana

Lumen

«La Orden Franciscana de Chile autoriza el uso de la obra de Gabriela Mistral. Lo equivalente a los derechos de autoría es entregado a la Orden Franciscana de Chile, para los niños de Montegrande y de Chile, de conformidad a la voluntad de Gabriela Mistral.»

Niña errante

Todos los derechos reservados.
Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte,
ni registrada en, o transmitida por, un sistema de recuperación
de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico,
fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia
o cualquier otro, sin permiso previo por escrito de la editorial.

Impreso en Chile / Printed in Chile

Primera edición: septiembre de 2009

© 2009, Fondo Franciscano Hermana Gabriela Mistral
© 2009, Random House Mondadori S.A.
Merced 280, piso 6, Santiago de Chile
Teléfono: 782 8200 / Fax: 782 8210
E-mail: editorial@rhm.cl
www.rhm.cl

© 2009, Pedro Pablo Zegers B., por la edición literaria y el prólogo
© 2009, Doris Atkinson, por el epílogo
© 2009, Lucas Vergara, por la traducción del epílogo de Doris Atkinson

Fotografías de interior y portada del libro: © Biblioteca Nacional

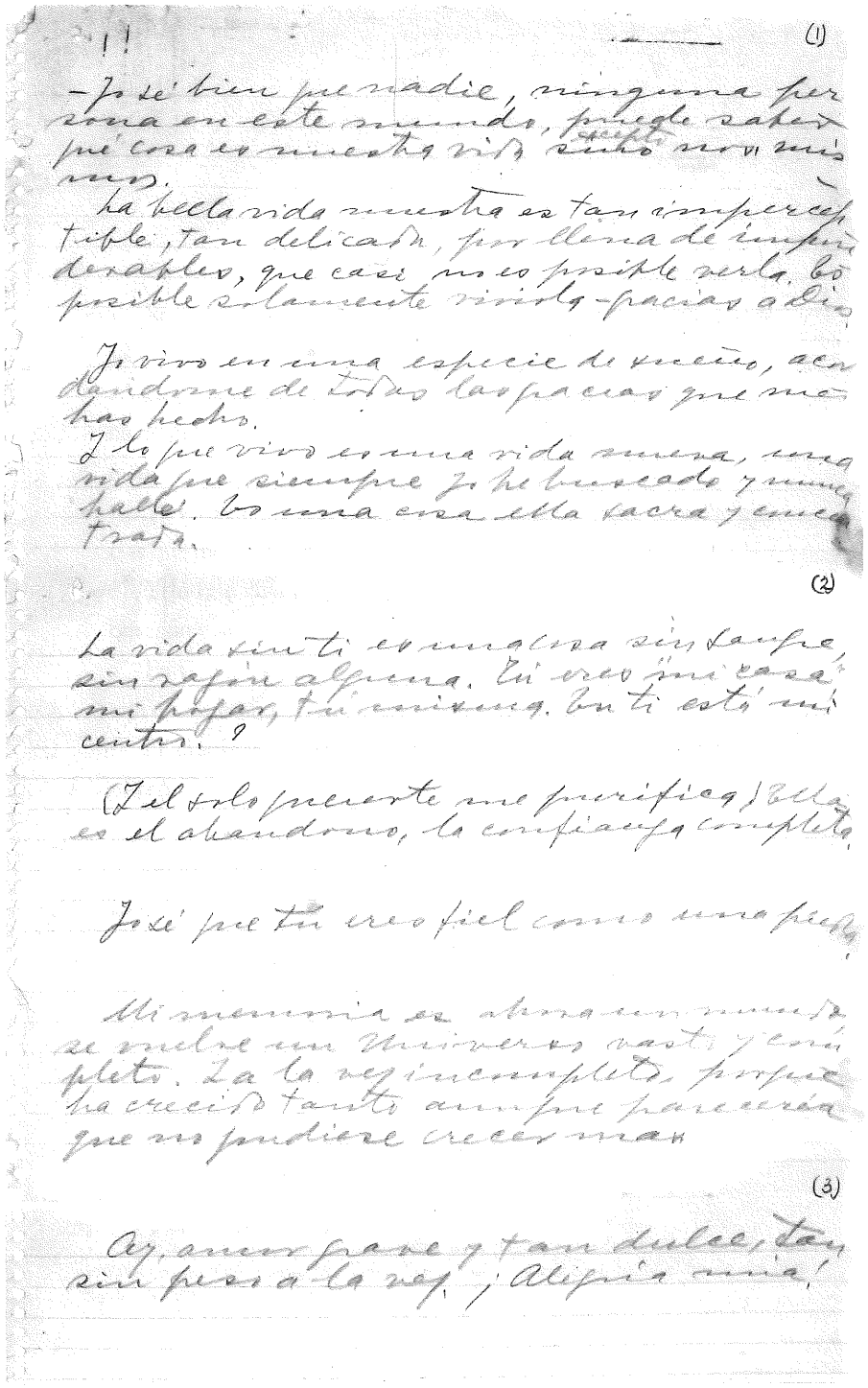
Tratamiento de portada y diagramación interior: Amalia Ruiz Jeria

ISBN: 978-956-8856-00-7
Registro de Propiedad Intelectual N°: 182.851

Impreso en C&C Impresores

GOBIERNO DE CHILE
DIRECCIÓN DE BIBLIOTECAS, ARCHIVOS Y MUSEOS

Biblioteca Nacional de Chile



Yo sé bien que nadie, ninguna persona en este mundo, puede saber qué cosa es nuestra vida sino (excepto) nosotros mismos.

La bella vida nuestra es tan imperceptible, tan delicada, por llena de imponderables, que casi no es posible verla. Es posible solamente vivirla, gracias a Dios.

Yo vivo en una especie de sueño, acordándome de todas las gracias que me has hecho.

Y lo que vivo es una vida nueva, una vida que siempre yo he buscado y nunca hallé. Es una cosa ella sacra y concentrada.

La vida sin ti es una cosa sin sangre, sin razón alguna. Tú eres «mi casa», mi hogar, tú misma. En ti está mi centro.

(Y el solo quererte me purifica). Ella es el abandono, la confianza completa.

Yo sé que tú eres fiel como una piedra.

Mi memoria es ahora un mundo, se vuelve un Universo vasto y completo. Y a la vez incompleto, porque ha crecido tanto aunque parecería que no pudiese crecer más.

Ay, amor grave y tan dulce, tan sin peso a la vez. ¡Alegría mía!*

[Gabriela Mistral]

*Este texto, al igual que el manuscrito en la página precedente, corresponde a un documento muy apreciado por Doris Dana, quien lo mantuvo hasta el fin de sus días en una caja fuerte.

PRÓLOGO

GABRIELA EN LA NIEBLA

Esta niebla salada borra todo
lo que habla y endulza al pasajero:
rutas, puentes, pueblos, árboles.

Gabriela Mistral: «Electra en la niebla»

Si queremos ser justos en destacar los primeros y significativos aportes a una comprensión de la situación tanto literaria como biográfica de Gabriela Mistral debemos remitirnos a los trabajos de Roque Esteban Scarpa, quien a fines de los setenta editó una serie de publicaciones comparadas de textos poéticos —muchas de ellas no recogidas en libros anteriores—, y prosas escogidas, todas agrupadas con una sensibilidad y pertinencia notables en libros tales como: *Una mujer nada de tonta* (1976); *La desterrada en su patria (Gabriela Mistral: Magallanes 1918-1920)* (1977); *Gabriela anda por el mundo* (1978); *Gabriela piensa en...* (1978) y *Magisterio y niño* (1978). Como los títulos lo indican, se trata de indagaciones detenidas y agudas en torno a nuestra premio Nobel que, por primera vez, van más allá de los clisés creados alrededor de su figura, incluso en los círculos especializados.

Hoy, ya al final de la primera década del siglo XXI, pareciera ser que la situación ha cambiado: investigadores, especialistas

mistralianos, diletantes, oportunistas y hasta el *magazine* de temas multifacéticos han indagado en su figura, pero salvo contadas excepciones, sobre todo de carácter universitario, la atención se ha fijado en la vida privada de la Mistral y, nuevamente, por múltiples motivos e intereses, a pesar del cúmulo de información, su verdad parece en la niebla. Como la hablante lírica de su famoso poema «Electra en la niebla», el destino de Gabriela parece pertenecer a ese *pathos* trágico, a veces griego, épico, a veces bíblico, o desgarrado al borde del misticismo y la locura, como en sus amadas lecturas de los rusos. Ese destino nebuloso ha impedido ver la verdad de esta mujer «nada de tonta», trágica, pero también luminosa, lúcida hasta el dolor y tantas veces —como la hemos podido ver en las últimas fotografías del valioso legado de su albacea Doris Atkinson— sonriente, afable, y de una mirada que pareciera atravesar a quien la observa. Es otra faceta, otra Gabriela, una más en esta especie de tramas paralelas o entrecruzadas que no logramos colegir del todo.

¿Tal vez porque la misma Gabriela tendió sobre las pistas de su posible biografía ese manto de niebla? ¿O bien, como especulan algunos mistralianos o personas que se han acercado a su vida y obra por azar o interés provisional, no sólo ocultó las pistas sino que las tergiversó, falseó, es decir, mintió sobre ellas? El único asunto cierto es que para Gabriela la vida privada era un tema bastante delicado, respecto al cual se retiraba con cautela, sin ser una mujer mediática. Y si ahora parece serlo, es por la mirada retrospectiva que recae sobre su tamaño desusado para una mujer, por su vestimenta sin ningún tipo de ostentación intelectualista, por los cigarrillos que fumaba, y suma y sigue. Y si la vida le jugó tantas malas pasadas hasta urdirle en torno a ella un verdadero relato mezcla de tragedia de Sófocles y novela de Dostoievski, con

algunos versículos bíblicos proféticos y graves, ella determinó considerarlo como una suerte de *karma*, al puro estilo hindú, más que una volitiva e impúdica exhibición de su vida privada —una *mise en scene*— o una dramatización de su dolor. Nada más lejos de todo aquello la ensimismada y a veces hasta pétrea mujer del Valle de Elqui.

Es, pues, paradójico y confuso todo cuanto toca a Gabriela en su vida privada. En tanto, su palabra pública —sobre todo en la prosa donde se vierten sus opiniones— fue sólo la necesaria, la de los temas que le eran imprescindibles: la educación, el niño, el arte de hacer versos, el problema del indio, la mujer, la Biblia, América, la religión, la novela rusa y la tragedia griega, las materias, el Valle de Elqui, el destierro, la nostalgia... Aunque escribió textos menores, desgarrados —de intención más bien catártica—, con motivo de la muerte de su sobrino Juan Miguel Godoy, Yin-Yin, en su mayoría no fueron publicados, reservándose los derechos sobre su vida privada. Y cuando algo que ella consideró una carta de carácter personal, que por esos descuidos casi imperdonables se filtró a la esfera de lo público, lo consideró, como decíamos, con su particular cosmovisión, como una suerte de karma. Así le escribe a sus amigas Palma Guillén y Margot Arce, a propósito de la desdichada publicación de su carta confidencial, enviada a Armando Donoso y María Monvel, incluida en la revista *Familia*, y que trajo, como consecuencia, su traslado desde el Consulado de Chile en Madrid a Portugal:

«Dice Palma que, según su criterio católico, se paga el pecado con castigo de su especie. Pero es el caso que yo, en quien se han vaciado muchas conciencias, por carta y por habla, no he publicado jamás una carta ajena. Nací, porque no me la dieron, con la noción de que una carta es una confidencia, más o menos íntima, a menos

de ser un recibo o una cobranza. Esta ha sido una ley para mí, no ya de cultura sino de simple sentido común, una moral natural, de un primarismo que ni tiene valor para mí. No sé por qué precisamente a mí, que no publico ni adulaciones ni críticas que a alguien alcancen, me caen estas calamidades. Será también karma...».

Pensamos, entonces, en la pregunta que le vendría inmediatamente al lector: el por qué de este epistolario, más aun cuando el eje que lo articula es precisamente uno de los aspectos más complejos y controversiales de la biografía de Gabriela, y uno de los episodios de su vida que se ha prestado para un sinfín de especulaciones, distorsiones, maledicencias, reivindicaciones sectarias, acusaciones reaccionarias, silencios moralistas, en fin, toda clase de escándalos: su relación con Doris Dana, amiga, secretaria, compañera de sus últimos días y, finalmente, albacea de sus bienes materiales e intelectuales.

Hay en los epistolarios temas complejos de abordar y analizar, de leer sin involucrarse vitalmente, de lograr recepcionar con la distancia y la ponderación adecuadas, y que abren sentidos insospechados de la vida hacia la obra. Las cartas construyen y proponen relatos que nos indican, además, un derrotero vital fundamental de sus interlocutores o emisores, un invaluable *infratexto* que establece, en términos de Martín Cerda[1], más que un elemento contextual, aquello que forma parte de ese estrato "que por sabido se calla regularmente"; y como sabemos, a fuerza de callar se termina olvidando, y todo olvido termina en una forma de ignorancia o mixtificación distorsionadora, en aquello que, por decirlo en los términos del mismo Martín Cerda, nos hace caer presos "de esa epilepsia de las ideas que siempre ha sido el fanatismo"[2].

Por lo tanto, la lectura que nos gustaría proponerle a los lectores de este libro de epístolas —sabiendo lo que ya es sabido: que

todo lector lee su propio libro según sus intereses, versiones, perversiones, pulsiones o compulsiones personales— es el relato de un tramo de la vida de Gabriela, comprendido entre los años 1948 hasta 1957, fecha de su muerte; un relato cuyo *infratexto* como ya decíamos es fundamental para la comprensión de muchos aspectos de su obra y, para aquellos que lo encuentren pertinente, de su biografía. Queremos también aquí adelantar algo de nuestra lectura, una más del cúmulo receptivo que creemos tendrá este libro, y que nos gustaría llamar el relato de una afinidad electiva, de una educación sentimental, por decirlo en términos de Goethe y Flaubert, cuya *summa* constituye un entrecruce de identidades complejas, y no pocas veces obsesivas, de roles que van, a medida que pasa el tiempo, rearticulándose, de dos mujeres de letras notables, a fin de cuentas. Este vínculo comienza como una relación de discípula/maestra que van construyendo poco a poco, un derrotero donde el afecto y el amor, la protección y la compañía, el aprendizaje y la rebelión, el arte y la poesía, los viajes y la cultura, unen a dos seres humanos en una relación compleja y muchas veces mal comprendida, así como también mal asumida, por mistralianos que confunden moral con mojigatería e, incluso, por algunas de las mismas protagonistas de este relato, ya en otros tiempos y otros contextos, cuando la memoria se debilita y los recuerdos se difuminan o distorsionan.

Por eso nos parece fundamental la publicación de este epistolario. Porque la relación de dos mujeres intelectualmente muy avanzadas y avezadas para su época, de una inteligencia, sensibilidad e intuición privilegiadas, se puede pesquisar en todos sus aspectos, diacrónicamente, y en «la carne caliente del asunto» como diría la propia Gabriela. Hay epistolarios señeros en la historia de la literatura y la cultura universal en Occidente. Como el de Franz Kafka

con Felice Bauer o el de Martin Heidegger con Hannah Arendt. Tomamos estos dos ejemplos porque construyen sus respectivos relatos en sendas relaciones de fuerte sustrato emocional, pero a la vez trascendido: y no sólo han aportado a aspectos biográficos que pudiesen esclarecer algunos asuntos de la obra de los involucrados, sino que, además, hablan de problemas de la relación con la literatura y la filosofía, de la cultura y ciertas sensibilidades excéntricas —la de todos los artistas e intelectuales cuyo mundo radica tanto más dentro de la cabeza—, que iluminan estos aspectos y les confieren, a quien sabe leer bien, sentidos y relecturas siempre renovadas.

El origen del epistolario de Gabriela Mistral con Doris Dana data de fines de los años cuarenta, más exactamente del verano de 1948. Gabriela vivía en Santa Bárbara, Nueva York, 729 Anapamú St. y Doris, por su parte, en West 119th Street, Nueva York 27, Nueva York. Es decir, la suya fue una relación que tuvo un origen epistolar, lo que le confiere una mayor significación a este mismo intercambio, que comenzó cuando ambas apenas habían tenido un fugaz encuentro personal en el Barnard College de Nueva York, el 7 de mayo de 1946, donde Gabriela ofrece una charla en la que la poeta se refiere a la «industria del odio», esparcida por todo el mundo, apelando a que debería reinar la tolerancia y al término del período «de vicio intelectual». En carta del 20 de septiembre de 1948, Doris Dana consigna este primer encuentro de la siguiente forma: «En aquel entonces era tanto mi timidez, como mi deficiente conocimiento del español, así como el temor de agregarme a los que en ese momento se arremolinaban a su alrededor, me impidieron acercarme a usted a saludarla y hablarle algunas palabras. Todavía recuerdo vivamente, con angustia, el sufrimiento que se reflejaba en sus ojos durante esos momentos de prueba». Su sobrino Manuel

Godoy, Yin-Yin, se había suicidado recientemente, y Gabriela vivía en un estado de amargura y soledad.

La joven Doris —nacida en Nueva York en 1920 —pertenecía a una aristocrática familia estadounidense, descendiente lejana del autor del famoso Noah Webster, razón por la cual Gabriela la bautizó como «la chica del diccionario». El padre, William Shepard Dana, era miembro de una importante familia de empresarios periodísticos, fundadores, entre otros, de *The Commercial Chronicle* y de *The New York Sun*. Sin duda, sintió el impacto de la presencia majestuosa y ancestral de la latinoamericana desde el primer encuentro, que fue intensificándose con el pasar de los años, tanto así que el lector se dará cuenta de que, a medida que avanzan las cartas en el tiempo, Gabriela adquiere una función gramaticalmente masculina en las huellas formales de sus cartas. Esto podría leerse como un ascendente de carácter paternal y protector, y que, por su parte, Doris Dana, a pesar de su propia independencia y holgada situación económica, acepta sin dudar.

En las primeras cartas, Doris lo manifiesta abierta y apasionadamente, con expresiones tales como «Mi querida y venerada Maestra» y otras similares, y que continuó usando casi durante toda su vida en común con Gabriela. El vínculo entre ambas, a partir de la temprana admiración que le causó la suramericana a la norteamericana, y por ese sentimiento de conmovida ternura con que Gabriela, desde una posición de maestra, y también bajo la imagen del padre que reprende pero acoge, se va consolidando. Asimismo, aflora en Gabriela ese sentimiento de gratitud de los profesores para con ciertos discípulos —o posibles discípulos—: la retribución a su entrega con la necesidad de ser querido (que tampoco es lejana a la del escritor: recordemos el famoso «Yo escribo para que me quieran» de Gabriel García Márquez), que se ilustra

en las siguientes líneas: «Su bella carta cordial me ha conmovido. Yo no merezco ese cariño suyo y menos esa admiración; pero como a los viejos profesores nos gusta ser queridos de los jóvenes con o sin derecho a ello». Falsa modestia y sinceridad al mismo tiempo. Y, como decíamos, para Doris Dana, que se siente desde ya discípula de la vieja maestra y poetisa, esa admiración la deja inscrita de la siguiente manera: «Nunca podría expresar, ni mucho menos pagarle, todo lo que le debo personalmente. Deuda que es parte de lo que el mundo entero le debe a la gran artista que nos ha revelado bellezas tan excelsas y visiones tan profundas». Ese es el primer vínculo, esa gratitud y admiración, inevitables, de maestra a discípula.

Ahora bien, para que este vínculo se produjese hubo un interés común o, más bien dicho, una admiración que con los años se fue tornando en pasión literaria para Gabriela: la obra y, más adelante, la persona del escritor Thomas Mann. Gabriela, por la época, demostraba ya un profundo interés por la obra de Mann, y había escrito un artículo centrado en la figura del novelista alemán titulado «El otro desastre alemán», que, en principio, se publicaría en un libro en homenaje a Thomas Mann: «The Stature of Thomas Mann», editado en 1947. Doris Dana tradujo el texto de Gabriela del español al inglés, y se lo anuncia en una carta tratándola, antes incluso de conocerla en persona, de «Mi querida Maestra». En esa misiva, fechada el 9 de febrero de 1948, le expresa de manera textual «la profunda gratitud que siento por el alto privilegio de haber traducido al inglés su ensayo poderoso y fuerte: "El otro desastre alemán"». La carta acompaña al volumen que le envía del libro homenaje a Mann, a nombre de la editorial New Direction Press, pero también manifiesta un primer deseo de acercamiento personal, de encuentro y conocimiento de la maestra y poeta que

admira. Este encuentro no tardaría en producirse. Al conocer el interés de Gabriela por Thomas Mann, Doris, que tenía estrechos vínculos con el escritor alemán y su familia, comenzó a utilizar sus contactos para lograr hacer realidad el deseo de la poetisa de conocer a quien ya era considerado un clásico en vida.

A partir de este punto, tanto la relación entre ambas como el epistolario que la narra no tiene punto de retorno. Hay en ellas, en Gabriela y Doris, en sus cartas, un cruce de intensas personalidades cargadas de emotividad y pasión. De admiración y de orgullo, de celos y entreveros, de felicidad y de angustia. Ambas son personas extremadamente sensibles, difíciles, de altos y bajos, de blancos y negros. El apremio, el miedo, la exacerbación de las sensibilidades y hasta la manipulación a la distancia, se van apoderando cada vez más de las misivas a medida que avanza el tiempo y la relación se acrecienta, a veces fortaleciéndose, otras, debilitándose, pero nunca mermando en necesidad y *pathos*, tanto sentimentales como intelectuales. Cuando ya llegan los viajes juntas, la convivencia, el trabajo a cuatro manos, también aparecen otras intensidades, sobre todo el reproche a las periódicas «desapariciones» de Doris, a sus silencios a la distancia, a los momentos de divergencias en ambos destinos. Y Gabriela los enfrenta con sus «hábitos latinos», opuestos en su marcha a la sangre y el temple sajones. Y Gabriela se nos aparece, a medida que pasan los años juntas, en una persistente disposición de vigilancia, de consejera, no queriendo ceder en su ascendente de principio activo ante su díscola y escurridiza sajona: «Nunca te he dicho yo lo que pienso de ti. Y aquí comienzo a decírtelo. He observado —con una punzada de dolor a pleno corazón— que tú me crees enteramente sorda y ciega para ti. Yo soy sólo un ser lento que necesita de tiempo para ver, oír, palpar y entender. Nunca tuve inteligencia rápida. En España me dijeron

que "el Godoy" es un apellido que significa "gente de gotha", es decir godo, o sea alemán. Pon encima de eso el indio quechua y las abuelas judías ¡y tienes una combinación! De lentitud, de pasión porque también el vasco es lento de cabeza», le escribe Gabriela. Y más adelante: «Tú eres para mí como algunas criaturas inglesas entrevistas en la poesía de Inglaterra, más varios dibujos de Burnes Jones, más un escocés que se me apareció a los catorce años, más mucho de la "Vida Nueva" del Dante. Lo que me desconcierta son tus cualidades positivas: la eficacia, la rapidez, la sensatez, la racionalidad cabal».

La escritura, los viajes y la lectura son pasiones compartidas, pero que también separan: ambas, por compromisos personales o por la compulsión del viaje simplemente, en el caso de Doris, deben distanciarse por períodos, a veces, más extensos de lo que, sobre todo, Gabriela querría; y es en estos períodos cuando la correspondencia entre ambas se engrosa y, con ella, los temores, los tópicos, las recriminaciones, pero también el cariño, el deseo, la preocupación verdadera. Y entreverados en esta amalgama de sentimientos contradictorios, la interacción constante de lo literario, de las lecturas y preferencias de las dos, de la escritura y sus estratos subyacentes en las mismas cartas, los períodos de fecundidad y de silencio, el permanente *infratexto* de un derrotero vital y sentimental intenso y poderoso de dos espíritus colmados de sensibilidad e inteligencia, de dos intelectos notables y dos temperamentos muy fuertes y no pocas veces conflictivos se manifiestan.

A medida que avanzamos por la lectura de las cartas entre Gabriela y Doris Dana podemos ver cómo van teniendo cabida casi todos los temas contextuales que por esos años preocupaban y también, hay que decirlo, angustiaban a Gabriela: literatura, política y vida. Se van entretejiendo en alusiones un tanto breves y, al

pasar, junto con otros asuntos como la preocupación permanente y el tedio por su implicancia en las tareas consulares. Además, las referencias hacia «Lagar» y el «Poema de Chile», que por esos años escribía y corregía con profusión, son constantes. También escribe sobre los temas de América Latina, que jamás dejaron de inquietarla, entusiasmarla y embelesarla; pero, por sobre todo la ocupa el recuerdo de Yin-Yin (el sobrino suicida, Juan Miguel), y su interés y comprensión de la política chilena inserta en el concierto de países latinoamericanos.

Ya hacia 1953 podemos ver cómo el problema de la vejez y del cansancio vital va cerniéndose como una sombra demasiado poderosa sobre Gabriela, aspecto que se manifiesta en las permanentes menciones de su temor a la muerte, exacerbado frente a la proximidad de la deslumbrante juventud de Doris Dana: en estas cartas, la voz firme y protectora de la maestra/padre se dobla, tambalea, se escora y va pasando de la exigencia al ruego, a la petición directa y sin ambages a Doris para que le entregue en forma total y absoluta ese tiempo jovial al poco que le queda a la «anciana».

Ciertamente, Doris Dana fue para Gabriela el soporte fundamental de sus últimos años de existencia. Y cómo no lo sería, si en su ausencia Gabriela caía en estados de crisis y comenzaba a ver su vida, y su paso por este mundo, «como en un vaho de niebla».

Pedro Pablo Zegers Blachet
Archivo del Escritor
Biblioteca Nacional de Chile

NOTA DEL EDITOR

Creemos necesario explicitar algunos aspectos editoriales que se han tenido en cuenta en la estructuración y ordenamiento de las cartas, así como en la transcripción de las mismas. En primer término, la ordenación de las epístolas tuvo la dificultad de no contar con la consignación de la fecha en las misivas de Gabriela; por lo tanto, el primer orden obedece a la ayuda de la misma Doris Dana, quien organizó las cartas en carpetas rotuladas y con fechas tentativas, antes de que el legado pasara a nuestras manos por intermedio de su heredera, Doris Atkinson. Confiando en la memoria de Doris Dana y, sobre todo, por ser ella una de las protagonistas de este intercambio epistolar, hemos respetado, dentro de lo posible, esta propuesta cronológica. Otra forma de dilucidar las fechas en las cartas de Gabriela fue la revisión de los matasellos de los sobres, lo que nos permitió datar las epístolas, de manera tentativa. En este caso, se agregaron estas fechas entre paréntesis cuadrados. Otra dificultad en el ordenamiento de las cartas es producto de la inclusión, por parte de Gabriela, de dos o tres, y a veces hasta cuatro cartas en un mismo sobre. Por esta razón, el lector de este epistolario encontrará un signo ⚹, que denota que la carta a continuación se encontraba precisamente en el mismo sobre.

La transcripción de los textos se efectuó sin apego a normas paleográficas; de manera lineal, sin respetar el corte de frases y páginas del original. Lo anterior, con el objeto de proporcionar una mayor

fluidez en la lectura de los textos. Asimismo, se modernizaron algunos términos o giros, y se unificaron y corrigieron los usos de puntuación y ortografía de las emisoras de las cartas, con mayor énfasis en las emitidas por Doris Dana, quien se apenaba por no poder expresar a su amiga todo lo que sentía «por la falta de la lengua». Naturalmente la sintaxis ha quedado intacta. Se intervino en las abreviaturas consignadas en las cartas sólo en aquellos casos que nos parecieron de uso personal, respetando aquellas de uso convencional. Lo anterior, con el fin de contar con un texto mucho más expedito al lector, obviando cortes innecesarios, tan propios de la escritura epistolar. Además, se modernizó el uso de mayúsculas y minúsculas.

Cabe destacar que la mayoría de las cartas de Gabriela se encuentran escritas a lápiz de grafito negro, lo que en algunos casos representó una dificultad en la lectura. No obstante, se logró transcribir casi la totalidad del contenido de las cartas.

De todas las epístolas encontradas en el legado de Gabriela Mistral pertinentes a esta compilación se descartaron muy pocas, particularmente aquellas que se encontraban en mal estado de conservación y otras con evidentes daños en el papel de soporte.

El uso del masculino en alguna de las cartas de Gabriela a Doris no resulta de erratas ni de problemas de legibilidad en su letra. Es textual y premeditado por la emisora. Proponemos que obedece a lo ya consignado más arriba: más que un gesto de sexualidad, a una actitud de padre protector y proveedor, aspecto que si bien resulta comprensible en el caso de Gabriela, quien necesita mantener su estatus de maestra, mostrar gestos de superioridad generosa, por decirlo de alguna manera, es extraño en el caso de las respuestas de Doris, que acepta un tanto lúdicamente este trato, considerando que ella provenía de una familia que contaba con considerables medios económicos.

En las notas, que se ha optado por incluir al final del libro para no interrumpir la lectura, se consignan algunos escritores, políticos, familiares y otro tipo de personajes nombrados por las interlocutoras, así como algunas situaciones contextuales que nos parecieron pertinentes para una mejor recepción de esta notable correspondencia.

1948

1. Doris Dana

February 9, 1948

Gabriela Mistral
1305 Buena Vista Street
Monrovia, California

Mi querida Maestra:

Me he tomado la libertad de mandarle, a nombre de la New Directions Press, el ejemplar destinado para usted de «The Stature of Thomas Mann»[3].

De haber sido posible hubiera preferido, desde luego, gozar del privilegio de poner este libro personalmente en sus propias manos. En una época acribillada de comercialismo, un volumen como este es digno de tal gracia y dignidad.

Le escribo esta carta para expresarle, dentro de sus límites, la profunda gratitud que siento por el alto privilegio de haber traducido al inglés su ensayo poderoso y fuerte, «El otro desastre alemán»[4].

A través de sus obras, su nombre representa para mí todo lo que es fuerte y significativo, bello y realmente eterno. En la profunda ternura contemplativa y la fuerza de sus obras el mundo ha encontrado en usted una maestra de sentido y una llama viva del arte más puro.

Nunca podría expresar, ni mucho menos pagarle, todo lo que le debo personalmente. Deuda que es parte de lo que el mundo

entero le debe a la gran artista que nos ha revelado bellezas tan excelsas y visiones tan profundas.

Cordialmente,

Doris Dana
Miss Doris Dana
435 West 119th Street
New York 27, New York

2. GABRIELA MISTRAL

[Marzo de 1948]

Cara señorita:

Su bella carta cordial me ha conmovido. Yo no me merezco ese cariño suyo y menos esa admiración; pero a los viejos profesores nos gusta ser queridos de los jóvenes con o sin derecho a ello.

Téngame Ud. por amiga suya. Nos hemos reunido en un mundo muy noble: en la obra de nuestro venerado Thomas Mann.[5]

Yo soy una mujer tímida, a pesar de la dureza de mis versos. Y respeto mucho a los grandes atareados, por la calidad de su trabajo y por el cansancio que tienen de las gentes. No he buscado ver al Maestro. Y ahora tengo decidido un viaje a México y a Venezuela. Puedo regresar, pero también puedo quedarme por allá. Y no me resigno a no verlo.

Si le es posible a Ud. pídale un cuarto de hora para mí. Yo iré a Los Ángeles a fines de marzo. (Salgo muy poco porque no tengo salud.)

Mil gracias por el libro. Era tiempo ya de hacerle sentir a Thomas Mann la devoción de los suyos. Me siento muy honrada de estar

presente en ese testimonio de «Acción de Gracias» al que tanto nos ha dado.

Acepte mis cariñosos saludos,

Gabriela Mistral

[P.S.] Yo vivo en Sta. Bárbara, 729 Anapamú St.

3. DORIS DANA

March 19, 1948

Mi querida Maestra:

Muchas gracias por su cálida y bella carta. ¡Qué alegría me dieron sus palabras!

Le escribo esta carta apresuradamente para que Ud. no quede en duda acerca de su posible visita a Thomas Mann. Ayer le envié a él una carta aérea pidiéndole que me telegrafíe contestándome, o que le escriba a Ud. directamente. Ya que Ud. piensa viajar pronto no quiero correr el riesgo de que no reciba mi carta o la del Dr. Mann. Por eso le pido encarecidamente que me envíe su nueva dirección para que pueda de esa manera enviarle cualquier mensaje.

Thomas Mann me habló hace algún tiempo del ensayo «El otro desastre alemán», con palabras cálidas y emocionadas. Estoy segura de que el Maestro se sentirá gozoso y conmovido de verla y saludarla personalmente.

Imposible me sería expresarle lo que su visita a Thomas Mann significaría para mí. Será un gozo para ustedes dos con

que he soñado por mucho tiempo, ¡mis dos grandes y queridos Maestros!

Yo también estoy proyectando un viaje a México en mi auto. ¡Cuánto me gustaría que nuestros viajes coincidieran! Si así fuera ¿me daría el gusto de aceptar mi ofrecimiento de llevarla en auto? Nunca estuve en México, pero sé que los cambios de altitud son muy drásticos. Viajando en automóvil podríamos detenernos cuando y donde Ud. gustase para que se ajustara a cualquier cambio. El auto es bastante grande y pienso que en él viajará con comodidad y hasta podrá, si lo creyere conveniente, llevar otra persona. Nos podríamos encontrar en California o en cualquier otro lugar. Estaría tan feliz de poderle acompañar en su viaje. Si lo acepta podríamos ponernos de acuerdo por teléfono. Si le parece envíeme el número de su teléfono.

Hace dos años tuve el gusto de conocerla personalmente en una conferencia que dio Ud. en Barnard College aquí en Nueva York. En aquel entonces tanto mi timidez, como mi deficiente conocimiento del español, así como el temor de agregarme a los que en ese momento se arremolinaban a su alrededor, me impidieron acercarme a Ud. a saludarla y hablarle algunas palabras. Todavía recuerdo vivamente, con angustia el sufrimiento que se reflejaba en sus ojos durante esos momentos de prueba.

Cuando vea al Dr. Mann, tenga Ud. la bondad de hacerle presente mis más afectuosos saludos tanto a él como a su esposa, Katia.

Con mis más cariñosos saludos y agradeciéndole una vez más su atesorada carta.

Su amiga,

Doris Dana

P.S. Sé que el Dr. Mann habla un poco de francés y que su esposa lo habla bastante bien. Su dirección es 1550 San Remo Drive, Pacific Palisades, California (en la vecindad de Los Ángeles).

Cariñosamente,

Doris Dana
Doris Dana
435 West 119 Street
New York 27, New York

4. DORIS DANA

April 1, 1948

Mi querida Maestra:

Hace días recibí una carta de Thomas Mann en la que dice de la carta que le escribió a Ud., y que expresa su gozo por la oportunidad de conocerle. Tengo la esperanza que la invitación del Maestro le llegó a sus manos sin novedad.

Me gustaría tener noticias suyas.

Con el cariño de su amiga,

Doris Dana
435 West 119th Street
New York 27, N. Y.

5. GABRIELA MISTRAL

6 de abril de 1948

Cara Doris Dana:

Sí, por gracia suya, yo tendré la dicha de ver el rostro de Thomas Mann y de saludar a su compañera. Le debo mucho a Ud., querida.

Ese viaje nuestro por México sería una fiesta. Pero mi itinerario se ha torcido un poco. Parece, aún no es seguro, que yo iría por tren, de Los Ángeles a Alabama, para tomar allí un barco rumbo a San Juan. Yo no sé, querida, cuándo Ud. viene y es casi seguro que no le interesa el trayecto Los Ángeles-Nueva Orleans en auto. (El avión me sube la presión y me da mareo.)

Mucho me gustaría recobrar su rostro por entero. A mi edad los semblantes se anegan un poco.

Tal vez yo quede algún tiempo en Puerto Rico. Si así fuese, tal vez Ud. quisiese llegar a esa linda Isla bastante olvidada por el turismo americano.

Muy hermoso su libro. ¡Mil gracias! Me habría dado gran pena no ver allí a nadie de la América del Sur. Porque allí se lee y creo que con entendimiento a Thomas Mann, cosa que a mí me conmueve constatar.

Que nos encontremos, pues, adonde ello sea dable.

El afecto y la gratitud de su vieja amiga,

Gabriela Mistral

6. DORIS DANA

August 1, 1948

Mi querida Maestra:

Perdóneme que no haya contestado a su carta bella y conmovedora. Pienso mucho en Ud., en lo grande y tierna que es.

Quiero saber si ya ha visitado a nuestro admirado Thomas Mann. Si ya salió para Puerto Rico o si Ud. está aún en Santa Bárbara.

Mi querida y venerada Maestra, espero que no le parezca una presunción de mi parte que le pregunte si sería posible saludarle personalmente este otoño. No puedo expresarle lo que esto significaría para mí. Debo tanto a Ud., mi Maestra. Ud. que ha dado infinitamente su sabiduría y su amor en sus versos. Si le parece, dígame dónde estará en septiembre y podríamos encontrarnos donde Ud. quiera.

Como yo iré a visitar a Thomas Mann en septiembre, si Ud. estuviera entonces en California, tal vez nos sería posible visitarle juntas.

Tengo esperanza de recibir pronto sus palabras amadas.

Con el cariño de su amiga,

Doris Dana

Doris Dana
435 West 119th Street
New York City 27
New York

7. GABRIELA MISTRAL

12 de agosto [de 1948]

Cara Doris Dana:

Perdone la tardanza, querida. En estos días mi cuerpo ha andado bastante flojo.

Yo he postergado el viaje a México hasta fines de octubre. Y no fui a Puerto Rico a causa de una pequeña revolución estudiantil que hubo allí...[6]

En los meses de calor, querida, yo no puedo salir sino al atardecer, o de noche. Me vienen unas congestiones bruscas. Por esto creo que es prudente, sobre todo a causa del desierto, retardar el viaje a México.

Tampoco he ido a Los Ángeles, Doris. Pero me será gratísimo ir en su compañía a visitar a Thomas Mann, en el caso de que él pueda concedernos una entrevista.

Dígame Ud. su itinerario. Porque yo pretendo hacer este recorrido: Los Ángeles-San Diego; San Diego-Tijuana; Tijuana-Ensenada; Ensenada-Guaymas; Mazatlán-Mazatlán; Acapulco-Acapulco-Guadalajara. (En Acapulco me tardaría un poco.)

Es muy posible que Ud. no pueda hacer estas jornadas, querida. Pero tal vez podamos ir juntas, en su auto, hasta algunos de esos puntos.

Lo más difícil me parece que sea acordar las fechas. Veo que Ud. tiene otras.

En todo caso, esta su vieja amiga le propone que, de paso, Ud. se aloje en esta casa, pudiendo quedar en ella los días que quiera. Esta ciudad es fina y suave y la casa tiene silencio y árboles.

Yo debo viajar con mi secretaria, la ex alumna mía de «Middlebury College» Consuelo Saleva[7], portorriqueña.

Voy a México como invitada del Presidente, pero no puedo subir a México City por mi presión alta.

Deme sus noticias, buena amiga mía, y reciba mis afectos sinceros y mi agradecimiento además.

Gabriela Mistral

8. DORIS DANA

22 de agosto [de 1948]

Mi querida Gabriela Mistral:

Mil gracias por la dicha que me dieron sus noticias. Siento tanta emoción que me será posible estar con Ud., y pensar en nuestro viaje a México me llena de gozo.

Mi querida Maestra, puedo hacer cualquier de las jornadas que Usted proyecta. Acordar las fechas no es un problema porque estaré libre para acompañarle en mi auto cuando y donde le plazca.

Partiré de Nueva York cerca del quince de septiembre, y pasaré dos o tres días en Missouri, y más tarde en las bellas y vastas regiones de Nevada. Espero llegar a California en la primera semana de octubre. Si le parece, iré ante todo, al llegar a California, a verle para planear mejor nuestro itinerario. Después iré a arreglar (a Los Ángeles) ciertos asuntos personales, para luego volver a Santa Bárbara cuando a Ud. le parezca.

Entretanto escribiré a Thomas Mann para arreglar con él la visita que le haremos juntas.

Mil gracias, querida Gabriela, por su invitación a que me aloje en su casa.

Espero recibir pronto noticias suyas, y reiterándole mi gratitud, quedo contando los días que me quedan por verle.

Con el cariño de su amiga,

Doris Dana

Doris Dana
435 West 119th St.
New York 27, N. Y.

9. DORIS DANA

Septiembre 20, [1948]

Mi querida Maestra:

Perdóneme que le escriba esta carta apresuradamente. Ahora estoy en Salt Lake City y mañana seguiré la jornada a [Sutely] Nevada, un pueblo pequeño cerca de Reno, donde viven los indios. Allí espero pasar cuatro o cinco días.

Si le parece, querida Gabriela puedo llegar a Santa Bárbara en octubre 15 en la mañana. Si esta fecha no es conveniente para Ud. dígame cuándo sería posible. Mi dirección es «Case 1 General Delivery, Reno Nevada».

Otra vez quiero expresarle querida amiga mi gran emoción de verle pronto y mi gratitud.

Durante el verano, practicaba mi español industriosamente, es limitado, Maestra. Pero tengo gran voluntad.

¡Qué dicha tendré de ver su rostro!

Con el cariño de su amiga,

Doris Dana

10. GABRIELA MISTRAL

24 de septiembre [de 1948]

Cara Doris:

Mil gracias por sus noticias. Yo la he tenido sin las mías.

Tal vez en mi anterior [carta] no le dije bien este dato: saldremos de aquí entre el fin de octubre y el comienzo de noviembre. Es posible, querida, que Ud. no quiera durar aquí, en esta casa suya. Pero la ciudad es fina y esta casa es suave, de pinos y de silencio.

No puedo salir antes Doris porque voy a tardar mucho tiempo lejos, tal vez no regrese y mi secretaria tiene que liquidar muchas cosas y además arrendar esta casa.

Pero, si Ud. quiere seguir solita el viaje, también se descansará aquí de la travesía ¡tan pesada! de vuestro continente, que no país...

No recuerdo si le dije que mi viajar es muy fastidioso, porque debo evitarme el calor y las alturas, y cortar las jornadas para evitarme la fatiga. Pero viajaremos juntas hasta donde se pueda, querida.

No más por ahora. Llegue a la hora que quiera, pero avise por un telegrama.

Un abrazo de su amiga casi sin rostro que ya la quiere,

Gabriela Mistral

[P.D.] 24 sept. Si viene la guerra saldríamos antes.

11. Gabriela Mistral

Septiembre 27, 1948

GEN DLY RENO NEV

DESEARÍA SALIR PRONTO HACIA MÉXICO PERO AGUARDO SUS VOLUNTADES.

AFECTUOSAMENTE

GABRIELA MISTRAL

[Manuscrito, en el mismo telegrama se lee: *How lucky you went so soon. Tell me where to send mail adress Dana.*]

12. Gabriela Mistral

[Noviembre 19, 1948]

DORIS DANA
DOCE CERRADA MAZATLAN
MÉXICO DF

BASTANTE MEJORADA VENGA SOLAMENTE POR ARQUEOLOGIA SALDRE VERACRUZ APROXIMADAMENTE DIA VEINTISIETE RECORDANDOLAS

GABRIELA

13. Gabriela Mistral

19 de noviembre [de 1948]

Para Palmita[8] y Doris:

¡Qué comunicaciones! ¡Uds. han sabido tan tarde aquel trance! Si me hubiese «ido» la pobrecilla Coni[9] habría vivido sin Uds. Esa calamidad entera. Ya contesté a Doris diciéndole que venga sólo por el interés arqueológico de Yucatán, no por la enferma, porque yo voy mejorando. Mi pulso es todavía malo y hay mareo aún, pero no tengo ningún peligro inmediato, queridas mías alarmadas. Parece que la parte del hígado arrancó del comer una semana guisos con manteca de puerco. La intoxicación ha sido tal que mi cama y mi cuerpo trasudan todavía sebo, aunque me limpio con alcohol la cara tres veces al día y Coni me frota el cuerpo. El corazón que es flaco desde hace tiempo —¡y cómo no, Santo Dios!— no resistió la intoxicación y vino ese colapso que ahora sé que duró más de hora. (Extraña «pausa» que tuve, un vacío o guión dentro de la vida.)

Andan buscando un médico, que me ponga inyección si algo pasase en [Chichén Itzá]. Basta con eso. Saldremos de tarde para no coger calor. (Ah el calor es quien avivó la crisis, yo creo.) Volveremos dos días después, también de tarde. Porque o veo eso ahora o me muero sin verlo. Y esta raza me ha impresionado mucho y nunca los olvidaré. Ella está más cerca de mí más en mí, que todos los indios que vi hasta hoy.

Toda la gente se ocupa de mí. ¡Dios sea bendito! No he tenido soledad alguna ni falta de ningún recurso. Coni ya se va tranquilizando. El avión parece que llevará oxígeno y, como el otro, volará bajo. El Dr. americano dice que los vientos fuertes ya han pasado.

Pongo ahora mismo telegrama a Doris para que ella resuelva. Yo no deseo para ella mayor cansancio que el que ya se dio con aquel viaje tremendo. Ruego a mi Palma que no se ponga nerviosa. Espero en Dios volver a verla. Para ella ya no es tiempo de venir acá. Vuelvo a pedirle que lea mi correspondencia por si viene algo urgente.

19 de noviembre. Hasta hoy, al mediodía, no ha llegado aquí, Palmillin, sino una carta tuya aérea. Nada de sobre grande lleno de cartas. Espero el correo de tres y media todavía. No mandes más hijita. Léelas tú y guárdamelas hasta Veracruz. Las cartas en inglés que las lea Doris.

14. GABRIELA MISTRAL

22 [de diciembre de] 1948

SRITA DORIS DANA
CERRADA DE MAZATLÁN NUM 12 DOCE
MÉXICO DF

GRACIAS POR TUS NOTICIAS RUÉGOTE TRAERME FOLLETO CONFERENCIA DADA EN MÁLAGA SOBRE CHILE. CARIÑOS

GABRIELA MISTRAL

15. GABRIELA MISTRAL

[1948?]

Amor:

Casi todas mis congestiones, Doris linda, arrancan de una intoxicación o de la mala circulación. Con el hielo, hoy 27, ha bajado el dolor de cabeza. Seis horas en Veracruz me congestionaron, yo creo. Esto no es nuevo. Tuve una casi mortal en Washington. Me sacaron medio litro de sangre.

Nada sé yo ¡pobre de mí! de tus problemas, nada. Y nunca sabré nada. Creo que es tu orgullo lo que te hace callar. Pero resulta, Doris mía, que yo debo sufrir la humillación de esta ignorancia. Y de otras. Y no es justo esto, y es feo además, y necio y estéril y a la larga esto va a envenenar nuestra vida. Piensa tú en el problema; si no sales de eso yo me iré llagando en silencio. Y tu amor no debe darme llagas como las otras; él nació para ser mi alegría.

1949

16. Gabriela Mistral

9 de abril [de 1949]

Amor:

Yo acabo de oír tu voz: ¡Te la agradecí tanto! Desde que te fuiste yo no río y se me acumula en la sangre no sé qué materia densa y oscura. Yo recibí como mi parte una melancolía constante de la cual me han hecho salir solamente los niños, la música y tú. Y tú recibiste como parte una ración de alegría, también constante, pero, además recibiste la gracia de darla y de meterla de pecho adentro hasta en los seres más ácidos.

Yo no puedo saber aún amor mío, lo que ocurra conmigo a lo largo de los sesenta días de tu plazo. Si me callo, será que no quiero decirte cosas amargas. Yo tengo más respeto de ti y de tu alma de lo que tú sabes. Si no puedo más conmigo misma, tal vez me echo a andar y tomo cualquier bus hacia los pueblecitos. Sólo la vista de las tierras nuevas me llena ciertos hondones que llevo en el pecho y me distrae por algunas horas. Así me salvo, pero sólo provisoriamente.

Tú aprende a rezar, para rezar por mí.

Cambiamos de cuarto: mi cama es ancha y Tulia duerme en un buen sofá, al lado mío.

El cuarto tiene sol de tarde y yo puedo trabajar.

Vino el pedido de un texto para la Unesco, dedicado a Goethe,[10] y en eso estoy. El trabajo también puede ayudarme a esperar.

Es probable el que tú hayas torcido el rumbo hacia Puebla. Tú no puedes resistir a aquella especie de dínamo, o mejor de imán. Es tu inconsciente que busca el rostro que tú amas sin saberlo bien.

También yo estoy viviendo la obsesión, amor. Así he estado trabajando dos horas.

Una punta va hacia el trabajo, la otra hacia lo vivido. Yo no sabía hasta dónde eso —lo vivido— ha cavado en mí, hasta dónde estoy quemada por ese punzón de fuego, que duele igual que la brasa ardiendo sobre la palma de la mano.

¡Ten tú alegría!

Gabriela

17. GABRIELA MISTRAL

[10 de abril de 1949]

Tú no te imaginas, Doriña, cómo yo te escribo. Hace una hora salí, con mantilla negra a la cabeza, rumbo a la iglesia. Apenas pude quedar adentro siete minutos. El aura era pesada y fatal. Salí y me puse a trotar por las calles (¡Asústate!). Porque sopla un aire fresco de sierra y me acordé del Valle de Elqui... Sólo me ocurrió que entré al puesto de cigarros del lado a beber Orange y no hallé el portamonedas chiquito. Me fiaron y vine al hotel a pedir dinero. (Y sí tenía: llevaba cincuenta pesos...) Volví y la camisa de dormir me dio calor: es franela. Entonces —cosa nunca hecha— me la saqué. Te escribo, pues, en Madre Eva. No abriré la puerta ni al

Rey David —que es el único Rey— que reconozco. (A Salomón también...)

Otros sucesos de hoy: La famosa «niñita»[11] se escapó de mañana en cuanto desayunó. Y estuvo ausente una hora y media o dos. Al volver —no sé de dónde— la reprendí. Y se echó a gritar: «¡Yo quiero irme! ¡Yo no quiero vivir aquí!». Le contesté incontinenti: «Te vas, sí, sí, en cuanto llegue Aurelio». Llegó y recomenzó la niñita. Entonces se la puse en las rodillas. Y se fue y yo, tal vez por primera vez en mi vida, estoy sola, así como dicen los poetas sacarinos... «Solo, solo», dicen, y es mentira, es puro Lamartine.[12] Aurelio me ofreció a Beta, y esta viene mañana, tal vez llega a las diez u once. A ver si hace lo mismo. Este pueblo es inefable...

¿Y por qué, loquita mía, tú, dejas debajo de una cama de Ruiz Galindo[13] dos pares, dos, de zapatos? ¿Por qué aventaste aquellos con punta de metal? ¿Es que también tú eres loca perdida? ¿Qué hago yo entonces? ¿O es que quisiste devolver los zapatos esos?

Yo, de dos y cuarto a cuatro p.m., estuve siguiéndote. A las cuatro vino a verme la dueña del hotel. Seguirte mentalmente era una tortura. Minuto a minuto te escapabas. Y como parece que no tengo fe en ningún ser humano (¡qué vergüenza!) tragué hiel yendo en tu seguimiento.

Antes de eso, «la niña» halló tus retratos y me los puso en la falda. (Me buscaría compañía.) Viendo la cabecita primera, pensé en hacerla ampliar. Pero no me gustó cabalmente. Y como tuviste la ocurrencia de dejarme una colección, una serie, del clan Dana-Artasánchez, pasé a la siguiente foto: eras tú con monsieur Arta Sánchez, y con Mme. Arta Sánchez y con les enfants Arta Sánchez. Y con c/u de todos ellos coqueteabas, y con una dicha que no te he visto nunca en mi casa. Avec raison, con razón. Se necesita de toda mi ceguera para que yo crea, y espere. Mis cegueras suelen durar

lo de Coni: diez o doce años. Pero otras sólo duraron una noche, o una semana. Así y todo, me propuse ver cómo te cortaba yo de las fotos, para dejarte sola; pero no había modo de separarte sin daño de la casta Arta Sánchez. Y esto fue mi día de hoy. Como es domingo, no quise trabajar en lo que llama la iglesia «labores serviles» y leí unos bonitos cuentos de niños del Istmo (Tehuantepec). Yo recé por ti, porque seas feliz donde estés y con quien estés.

No sé si te llame por teléfono mañana. Creo que no te oiré bien. Pero, además, quiero dejarte en paz unos días, con el otro ejemplar M.[14]

No quiero seguir. Estoy muy malcriada hoy; estoy insufrible, insoportable.

Sé feliz, querida. Tú mereces eso. Yo lo sé muy bien. Lo mereces como pocos seres.

Gabriela

P.S. Vino carta de Querida. Te la mando mañana. Devuélvemela.

Esta de hoy fue tu segunda escapada, después de la Nueva York-California por huir del psiquiatra. ¿Hay otras más? ¿Es un sistema?

✂

18. GABRIELA MISTRAL

12 de abril [de 1949]

Vida mía, esa carta la he hallado —¡qué horror!— en un libro. El libro fue movilizado por la tremenda Emma[15] y tal vez por Palma también…

Yo no debería mandártela porque tu enfermedad te tiene más nerviosa. Pero me parece honradez mandártela. Yo pasé siete días sin cartas tuyas. Ignoraba enteramente que tú estabas enferma, ¡mi pobrecita! Todo lo escrito allí en cuanto a rencor, a resentimiento, a cosas feas, todo eso ha pasado y se ha quemado. Pero esa carta no era sólo amargura. Yo puse allí, al lado de esas miserias mi preocupación constante de ti, permanente. Todo eso, lo feo y lo sentimental tú lo hallarás allí.

Yo te hablaba allí, vida mía, de un dolor feroz de cabeza. Después eso pasó, y volvió. Fui donde el Dr. y me dio nuevamente penicilina y doble. Esta vez se complicó con la nariz y los oídos. La sinusitis en pleno. Ya me han dado (segunda vez) penicilina, y doble. Ya esto ha pasado, vida. No te conturbes. Parece que tenemos hasta las dolencias comunes. Es misterioso esto. ¡Perdóname, vida! Yo no tenía idea alguna de que tú estabas también tendida en la cama. ¡Perdóname! Siete días, dentro de mí, son ahora una especie de eternidad. Repito que esa carta va para que tú veas que enojada te quiero lo mismo y me preocupo por ti. Ese pobre salario que allí te ofrecí —que a salario no alcanza— tendrá su contraparte en mi testamento. Estoy esperándote para rehacerlo, anularlo por otro.[16] Y necesito hacer eso contigo, aquí, porque es un riesgo no anular el anterior, Doris mía. (Hay otra carta de Coni, ahora manda besos.)

Te ruego; lee esto primero y no sufras, ¡por favor!

Va esa carta porque debe ir. Es lealtad el mandártela. Compréndelo así. Mi infección ha sido de lo que llaman senos frontales: nariz, un ojo, frente y lo alto de la cabeza. Todo esto debe venir del clima de Veracruz. ¡Qué barbaridad! Todo es nada si tú estás a salvo. Me faltan, Señor, noticias últimas de tu salud.

Por favor, tú no te atormentes: ya eso pasó. (Tal vez ese anuncio que tú viste era eso.) Yo necesito que tú descanses sobre mí, como sobre una piedra.

El peligro de la salud es sólo tuyo. Porque ese estado de debilidad es un peligro constante. Si quieres paz para mí, cuídate tú, ¡tú!

Llega en este momento carta tuya. Es del 19, el día en que te puse yo el cheque (doscientos dólares). Me extraña no haber recibido el telegrama que te pedí de acuse de recibo. (Yo no creo en los correos criollos.) Pero eso fue certificado y con acuse de recibo. Voy a ponerte telegrama hoy. Me duele que ese dinero no haya ido antes, vida. Faltó en el momento más necesario.

Yo sabía, por mí, que la vitamina E, tan despreciada, es cosa muy seria. Yo te ruego tomarla tú. (Cuidado que excita el amor...) A mí ella me resucitó en California, al regreso de Suecia, vida mía. Tómala, por favor. Pero, además, que te den algo para hacer sangre. ¿Hierro? Y date una superalimentación de bifes (carne asada). Y dime, dime, el dinero que necesites. No sigo porque tengo que hacer. Una mecanógrafa me hace copias.

Tú me tienes. Sólo tú me tienes. Bésame.

Tu Gabriela

19. GABRIELA MISTRAL

12 de abril

Querida mía, tú conoces el cuerpo, pero no el alma entera de tu pobrecilla. Y así, no has adivinado el infierno puro que ha sido

para mí tu silencio de siete o más días. Yo no te exijo maravillas; te pido sólo una tarjeta cada ocho días y en ella, diez líneas tuyas. Ayer puse, juntas, tres cartas para ti. ¡Perdona ese amazonas de escritura! Yo he tenido tres días de crisis doble: un dolor tremendo de cabeza y un derrumbe de la esperanza que había puesto en ti. Hace sólo horas que he salido de ese dolor hecho de pesantez y de punzadas profundas en la masa cerebral. (Nada digas a Palma.) Yo te agradezco profundamente esa única carta tuya que he recibido. Procuraré creer en que existe un futuro nuestro. Yo creía en eso cuando nos separamos. Pero nada hay tan dañino, tan grave, tan infernal como una ausencia sin palabras. Equivale a la ruptura, es eso: un corte vertical.

Entiendo que en casa de Palma no te hayan dejado soledad. El latino nunca entiende que esa soledad y esa libertad son la mejor gracia para el huésped. Tal vez Palma lo ha hecho con intención. Pero a ti te era dable salir en tu coche y escribir en cualquier parte las dichas diez líneas.

Esta carta es para decirte que, a menos de que vayamos lejos, tú vas a encargarte de los asuntos de esa casa de Monrovia. Yo olvidé fabulosamente hacerte saber que si tú vuelves, yo te dejaré esos alquileres para ti. No son salario, no Doris mía. ($60 abajo; 60 arriba.) Hay que procurar alzarlos. En todo caso, tú tendrás allí de cien a ciento veinte dólares mensuales. Me parece necesario que sepas esto, por infeliz que sea la cifra. Tu ropa y calzado quiero dártelos yo, aunque dejes tirados los zapatos en cualquier costa.

Gracias por haber recordado, al fin, que yo existía en un hotel de Jalapa. Dios te guarde.

Tu Gabriela

20. Gabriela Mistral

[14 de abril de 1949]

Yo tuve una impresión muy confusa y muy penosa al oírte hoy, sin poder entenderte. Era un dolor y me quedé como paralizada. Entendí esto: que tuviste un colapso del corazón. Que eso fue en el avión. Yo había recibido tu cable, diciéndome que llegaste bien. Algo dijiste de Puerto Rico que no entendí en absoluto. Te oía una voz rota desconocida en ti, querida mía, una voz como de pájaro herido. Y hubo algo sobre un sueño horrible que habrías tenido. Tú sabes, vida mía, que yo no puedo oír los mensajes telefónicos sino a tercias. Es mejor ponerme un cable, mi amor, en casos de emergencia.

He procurado, en dos horas, entender. Y lo que me viene al espíritu es la idea de que una de mis cartas, aquella dura, en la cual me quejé de tu silencio, esa carta torpe, por amarga y ácida, tenga la culpa de tu voz rota, de mi criatura querida, y de tu sueño malo, y de su daño en el corazón. Voy a ponerte hoy un cable y no a hablar por teléfono, pues eso es en vano.

Nos hemos separado ambos sin acabar, sin rematar, el conocimiento de nosotros mismos. Es una mala cosa. Parece que tú ignoras aún que a mí me viene una especie de borrachera de amargura de pronto, algo como una purga infernal que me cae a las entrañas y que me da una agonía sin sangre y sin llanto, es decir, sin alivio. Aquel grupo de fotos unidas por un elástico, me produjo eso. Y yo no debí escribirte en tal estado de ánimo, pero soy arrebatado, recuérdalo, y colérico, Y TORPE, TORPE. Por favor, no vuelvas nunca-nunca a sufrir así, a padecer por mi culpa. Sabe de una vez que, padeciendo así, me das tú una enorme vergüenza de mí mismo.

Prométeme esto. Hay en ti, corazón mío, una «sagesse» que yo no poseo, cierta sabiduría de tu raza inglesa. Yo no tengo, por esto también, un profundo respeto, que tú ignoras. Y hay en mí, además la pasión, cierta estimación tan ancha por tu persona, por tus ideas, por tu conducta, que ignoras tú también. Dios mío, y tú allá, tan lejos, sufriendo sin razón verdadera y dañándote el corazón.

No puedo con la máquina.

Esta es mi carta 4ª.

Es una prueba muy agria, querida mía, la de nuestra separación. YO SÉ, SÉ, que no hay torpeza tan grande como separarse. Es posible no verse más y es posible que nuevos intereses del alma penetren en uno de los separados. Eso es lo que, en nuestro caso, puede pasar contigo, contigo, CONMIGO NO, te lo aseguro, Doris. Dana.

Yo sé que tú has ido a arreglar cuestiones económicas tuyas y... hasta mías. Pero todo eso, valga lo que valga, no vale la felicidad que se tenía estando juntos y en cambio significa un riesgo enorme: el de perderse, repito.

Yo he quedado en un vivir tan extraño que ni sé contar. (Llevo cuatro días de vagar como un fantasma, haciendo esfuerzos que nunca hice por salir de la obsesión, de la tristeza, del temor que me trabajan. Miedo es todo esto, puro miedo de perderte.)

Una sola carta tuya he tenido yo, una. Pero es tan hermosa, tan lindamente escrita, que hace tres o cuatro días la llevo conmigo y no la romperé sin haber copiado las frases de ella que más me han confortado, removido. Cada vez que la saco de mi bolsillo, la beso, como si se tratase de un documento de vida o muerte. Y es que me aferro a esa lectura por creer, por tener fe, y por esperar. ¡Pero falta, Dios mío, tanto tiempo para que tú vuelvas!, ¡si es que vuelves!

Ten fe en mí tú. Yo creía que la tuvieses, pero no hay tal. Hazme esta gracia: cree en que tu hijito no es un sucio, ni un perverso, ni un mentiroso. A pesar de ser latino…

Estoy escribiendo con una gran torpeza. Duermo muy poco. Caigo al sueño allá por las dos de la mañana y despierto muy temprano. Y esto pasa hace ya unos siete días tal vez. Tomo mis medicinas, pero no quiero doblar la dosis del calmante. Les tengo horror a las drogas.

Te dije por teléfono, por eso mismo, puras torpezas; lo de tu salud me turbó mucho.

Me vine al Hotel México, aquel en el cual tal vez he comido contigo. Tengo dos cuartos frescos y hay aquí un ambiente de familia, un lindo patio con flores; el servicio es mejor y el precio de la habitación doble cuesta la mitad de aquel hotel frío de criados que no me parecen honestos. La habitación a la cual me cambiaron tiembla por algún defecto de la construcción, y no hay teléfono, y estaba yo asfixiada de espacio. Ay, si estuvieras aquí con tu pobrecillo, con esta alma perdida, este fantasma tuyo y de Yin,[17] que todo lo espera de ti y a quien tú sola puedes salvar por unos años sobre este mundo espantoso. Las noticias de hoy me parecen muy inquietantes, leyendo entre líneas. Si eso estalla, ¿cómo vamos a reunirnos, alma querida, y dónde? Lo primero que se altera son las comunicaciones. Piensa en esto también. Si tú debieses quedar en tu país, yo volvería a California, incluso con peligro, o a otro punto de los EE.UU. Siempre que pueda estar contigo.

Te suplico aclararme cuanto no entendí por teléfono. Había lo de un mal sueño y creo que esto se relacionaba con Puerto Rico. Vino hoy una carta inefable de Coni, de cinco páginas y toda ella banal. ¡Qué frescura, qué inconsciencia! Ella me estrujó el corazón y ahora me relata su viaje minuciosamente. Es una carta de turista…

Insisto en lo dicho: cree en mí, no me ofendas con tu sospecha ni tus temores. Yo me he dado, he hecho don de mí, vivo sobre esta realidad, en ella. Estoy muy consciente de nuestro vínculo profundo, te guardo lealtad cabal. Mis ojos y mi pobre pensamiento están fijos en ti. Anoche logré REALIZAR tu cara y te besé en ella, de pedazo a pedazo.

En la próxima te hablo de Margarita Michelena y de Emma Godoy.[18]

21. Gabriela Mistral

[14-17 de abril de 1949]

Amor: te decía en mi carta de hoy 14 que llevo varias noches de mal dormir. Duermo de dos o tres de la mañana y hasta las siete. Pero quiero volver a hablarte hoy. (Te acabo de poner un telegrama. No quisieron recibir el pago de la respuesta estos palurdos.)

Yo no entiendo nada de lo ocurrido, mi amor. Sólo sospecho que mi carta sobre los Artasánchez te ha hecho sufrir mucho. Y que o eso o el avión te ha causado un daño del corazón.

¡Qué estúpido ha sido el que más te quiere, Doris mía! ¡Perdóname, vida mía, perdóname! ¡No lo haré más! Y tú guardarás el control de ti, y haz fe en tu pobrecillo, que es un ser torpe, vehemente y envenenado por su complejo de inferioridad (el de la edad).

Duerme, mi amor, descansa. Yo procuraré ser menos brutal y necio. Yo te debo el lavarme de estos defectos. Yo te debo felicidad por cuanto he recibido de ti.

Pero yo te repito que el mayor daño entre todos es separarse demasiado pronto, antes de conocerse bien y de haber creado la confianza mutua, la certidumbre total.

Me parece muy mal el que se pierdan cartas. Eso es muy peligroso. Yo puse por mis manos tres al correo, una, hoy y mañana irá otra.

Duerme, mi amor, Dios te cure de tu dolencia. Perdona el que te he herido, por no creerme amado, por pensarme postergado en tu corazón. (Sigo mañana.)

Te beso, tuyo,

22. Gabriela Mistral

15 de abril

Hace tiempo que yo no sueño. Por esto me siento ahora doblemente ciego, es decir, ciego de día y de noche. Voy a mandar a Beta al hotel por si hubiese carta tuya. ¡Ay, cómo sé lo que ha ocurrido contigo! No entiendo si eso pasó por el avión o allá, en tu horrible Nueva York; no sé nada, a pesar de que es poca la distancia física que nos separa. Y así viviré yo dos meses. Quisiera dormirme y despertar el día en que llegues.

Anoche pensé que muy probablemente, no sea aquí donde nos reencontremos, amor mío, vida mía, sino en tu California. Pero tú tienes que venir a buscar tu coche. Si no me mandan a Europa, será muy lindo irme contigo, vida, ir lado a lado cuatro o seis días. Porque viajaremos a jornadas cortas.

¿No es así? Y me llevarías como un bultito a tu costado. (Necesito saber si te hizo mal el avión.) Porque en tal caso, mi pobrecita, tendrías que salir de Nueva York por tren o bus y viajar a jornadas cortas hasta encontrarme. Ahora yo veo que no me alarmaba yo en vano. Trabajaste en la casa de Mocambo como una loquita y tu cuerpo no tiene resistencias, óyelo, no tiene reservas. Por favor no te des en Nueva York un ajetreo excesivo. Por favor cuídate para mí. La vida tuya tanto como la mía están en tus manos. Yo soy una gota de agua dentro del hueco de tus manos. Yo seré lo que tú quieras que sea, yo viviré por ti y el tiempo que quieran mi corazón flaco y tú, tú, Doris mía.

Creo que en ningún caso yo quedaré aquí más de dos meses. Aunque ahora estoy bien abajado, no debo quedar aquí más tiempo, mi amor.

No te inquieten las visitas que tengo. Oye Margarita Michelena vino con su segundo marido. Es una mujer que no da nada en su rostro y da poco en la conversación. Lo que vale en ella, en el trato de ella, es su juicio y su sinceridad, sus informaciones del mundo. Aunque por desgracia es muy izquierda. Se ha casado con un hombre que la adora pero que es mediocre de espíritu y de cultura. No es feo, tampoco simpático.

En cuanto a la pobre Emma Godoy, ya la conoces. Viene ahora más cuerda, más sensata. Ha ayudado mucho a hacer mi mudanza. Está durmiendo en el otro extremo del hotel. (Ya te dije que estoy en el «Hotel México».)

Así, pues, no tengas malos pensamientos, amor mío, no seas loca, no te pongas a desvariar. Un mueble de tu apartamento, la fruta que comes, las uñas de tus manos, no son más tuyos que yo. Créelo y queda tranquila. Todo lo tranquila que se puede vivir cuando se tiene la vida partida vida mía, y esto me hace mucho daño.

Viene gente. Hasta pronto, mi amor. Yo te abrazo estrechamente, yo te tengo sobre mi pecho.

Tu Gabriela

P.S. Dime cuánto has gastado en médico y medicinas.

23. GABRIELA MISTRAL

17 [de abril]

Hoy he esperado en vano tu respuesta a mi cable. (Te pedía noticias de tu salud.) Hice hablar por teléfono a Palma sobre tu salud. A ver si ella te telegrafía y tiene respuesta tuya. ¿Es que esta gente no mandó mi telegrama?

Mañana pondré otro. Yo necesito saber cómo sigues.

Escríbeme según te lo rogué, cada tres días diez líneas en una tarjeta. No te pido más. Pero no me niegues esto. O que me escriba tu hermana. Es tremendo no saber nada.

Tu Gabriela

24. GABRIELA MISTRAL

Doris mía, ayer yo salí hacia Mata de Caña y volví a ver las casas (ahora por dentro). Hay dos buenas, pero vacías de muebles.

Hace un montón de días, mi amor, que yo vivo hablando sin parar, como un fonógrafo. Y tengo por eso la fatiga permanente. Si duro aquí hay que huir al campo. Yo no resisto y a la gente, no puedo echar a la gente. Parece que en verdad, no quiero sino un desierto... verde, con una sola persona. Y hablar sólo a esa personita. Y oír música, y dormir, dormir.

Y si he de quedarme sin la personita, quiero morirme, pero de la muerte dulce de Yucatán. Y llegar a donde esté Yin, y mi madre, y mi hermana.[19]

Hay cartas perdidas, mías y tuyas. Ya eso ha comenzado y es cosa fatal. ¡Me da una cólera! No olvides este dato.

Tu español ha mejorado grandemente. En la última carta sólo hay dos faltas —errores—. ¡Qué alegría! En un año, eso estará hecho.

Pienso muchas veces en que tú puedes traducirme al inglés. Yo te explicaría todos los vocablos difíciles, mi vida y las nuances que hay entre los sinónimos.

Nunca te he dicho yo lo que pienso de ti. Y aquí comienzo a decírtelo. He observado —con una punzada de dolor a pleno corazón— que tú me crees enteramente sorda y ciega para ti. Yo soy sólo un ser lento que necesita de tiempo para ver, oír, palpar y entender. Nunca tuve inteligencia rápida. En España me dijeron que «el Godoy» es un apellido que significa «gente de gotha», es decir godo, o sea alemán. Pon encima de eso el indio quechua y las abuelas judías ¡y tienes una combinación! De lentitud, de pasión porque también el vasco es lento de cabeza.

El tipo de ser que tú eres sólo estoy «orillándolo»; sólo tengo cogida una orilla, un pedazo de una orilla.

Tú eres para mí como algunas criaturas inglesas entrevistas en la poesía de Inglaterra, (1) más varios dibujos de Burnes Jones, más un escocés que se me apareció a los catorce años, más

mucho de «Vida Nueva» del Dante. Lo que me desconcierta son tus cualidades positivas: la eficacia, la rapidez, la sensatez, la racionalidad cabal.

Sí, yo creo que tú me quieres como a madre, a hermana y a hija. Esto es todo. Y pienso que yo debo ajustarme a eso y quedarme con eso, que es un bien grande, y profundo; y agradecerlo infinitamente. Yo te prometo hacer todo lo posible por corresponder a esas tres gracias, tan anchas y profundas.

He comenzado en mí ya un esfuerzo en relación con eso, una especie de menuda y sutil operación en mí misma para eso. Tú vas a ayudarme en ello. Yo sé que, en el fondo, tú deseas eso mismo. Tú puedes lograr en mí las mudanzas que quieras. Tienes el don de hacerlo todo sin que nada duela, de una manera inefable. Porque hay en ti mucho, mucho de inefable, de angélico; una delicadeza, una piedad, y una aristocracia en los sentidos y en las potencias, una categoría humana muy subida, de la cual me doy cuenta cabal, aunque tú no lo creas. La bastedad —la rudeza— está en mí, la cáscara; la almendra es otra cosa.

(1) Arquetipos humanos.

Yo sólo comienzo a decirte algo, de lo que tú eres en mí. Voy a seguir, pero en verso.

Es imposible que yo continúe esta vida de hablar todo el día. Una mujer de la cual te hablaré después, ha invitado, a nombre mío a tres personas de México. Se han quedado aquí tres y cuatro días. Aparte de eso está la gente local. Y M. R.[20] y su nieta. Es demasiado para mí. Yo estoy topando fondo de fatiga. Pero no te alarmes. Eliminada la mujer esto va a parar. Ella ha estado aquí conmigo además. Yo no sé echar a la gente. La echó la Sra. del hotel y la policía anda averiguando qué cosa es ese pájaro...

Coni va en la tercera carta y en la tercera tarjeta postal. Yo no le contesto. Siempre me dieron esta cosa satánica del cariño con un revés de odio sombrío, como el anverso de una hoja maldita de árbol.

No creas que yo no comprenda la realidad: si tú has de quedarte conmigo indefinidamente, debes dejar allá arreglado y seguro lo de tu libro. Toma autos. ¡Por favor no te fatigues más! Yo voy a mandarte cien dólares en días más. Son para eso: para que te cuides. (León Felipe[21] habla a las gentes muy bien de tus cuentos. Tú sólo me has contado uno. Y me duele esto.)

Devuelta Beta yo estoy viviendo sola.

Mandé a Beta por ladroncita y porque se salía a la calle.

Los dos millones de la penicilina no me han aliviado de nada. ¿Y a ti? Gracias a Dios que ya caminas, ríes y escribes.

Gabriela

25. Gabriela Mistral

Abril 15, 1949

DORIS DANA
435 W 119 ST NEW YORK 27 NY

DARME NOTICIAS SALUD CARIÑOS RESPUESTA POR COBRAR

MISTRAL

26. Gabriela Mistral

16 de abril de 1949

Dear, yo quedé anoche, naturalmente bajo la impresión vertical de tu noticia. ¿Por qué me la habías ocultado, vida mía? Pero no tengo detalles; sé que es cosa seria y sé que tú no estás haciendo todo lo que debes en esta circunstancia. Por ejemplo, tú has visto un solo médico; tú no te has hecho radiografías aún. Ver tres para creer en el diagnóstico es lo menos que debes hacer, chiquita mía, es lo menos.

Me da horror pensar que, ausente, no me vas a obedecer y que tampoco vas a obedecer a tus familiares. Me da un miedo muy grande de la indiferencia que te he visto respecto de ti misma. Me espanta acordarme de esto. Hasta las tres o cuatro de la mañana he estado repasando tus actos y tu actitud respecto de ti misma y tengo un miedo muy grande por esto, porque veo que no me vas a obedecer.

En la carta que te mandé ayer, yo te decía, al pie, que me dijeras tus gastos de médico y medicinas. Ellos tienen que triplicarse ahora. Es absolutamente necesario, mi Doris, que tú me digas esto enseguida, en acabando de leer esta carta.

Tú has dicho solamente que tienes «infección al pulmón» y fiebre alta. Esto, la fiebre, es siempre síntoma serio. Ignoro todo el resto: no sé si la infección tiene ya foco y si es vieja o nueva. Margarita Michelena me dijo que la fiebre podría ser de paludismo. Yo me acuerdo de tu viaje diario al Mercado, mi pobrecita, y de aquel lugar tan, tan sucio. Ay, yo tanteo a ciegas. Y amontono recuerdos. Mi hermana tuvo, en su juventud, focos tuberculosos en el pulmón. Parecía perdida, y en aldeas sin médico. Le hicieron «puntos

de fuego»[22] y se curó absolutamente y por toda la vida. Una escritora venezolana, Teresa de la Parra, padeció lo mismo tratada por la flor de los médicos de Francia y Suiza. El mal estaba oculto y era viejo, y vivía ella, además, una crisis sentimental. Viajó un día en auto de Madrid a París, en día helado y recayó y la perdimos. Era una «flor de raza» como tú; su compañera y enfermera tuvo ese viaje por suicidio. Iba adelante con la ventanilla abierta.

Ay, repaso tantas cosas y te sé ¡tan imprudente!

Te hará mucha falta tu maquinita. Toma auto hijita, y lleva cuentas para que yo pueda saberlas.

Espero —y a veces deseo pero— de que tú seas capaz de ser buena y leal para mí, es decir, de pedirme exactamente lo que necesitas. Son muy caras las cardiologías, hijita mía, Doris. Pero son absolutamente necesarias.

Me da un vago alivio saber que tu hermana mayor es médico. Para que te busque especialistas del pulmón o de las infecciones. Necesito saber cuál de esas cosas tienes. A mí se me alivia, hijita, sólo con la verdad. Dímelo todo. Yo soy fuerte para resistir primero porque he sufrido mucho, segundo porque tengo fe. Te lo repito, hay que decirme la verdad entera, toda. Yo no soy un niño, a pesar de que parezco eso. Y yo debo ser informada sobre tu salud crudamente, Doris.

Yo te hablé en carta anterior, de manera vaga, sobre el producto de esa casa de Monrovia, que yo te tengo destinada. Ese arriendo (alrededor de ciento veinte o ciento treinta) es ya tuyo, pero se queda la cifra muy corta para los gastos que tendrás durante tu enfermedad. Otra vez te ruego: pide lo que necesitas ahora. Dímelo por carta o por telegrama, hijita mía.

Yo no tengo sino a ti en este mundo. Yo no te he dicho rectamente este hecho. Sólo te tengo a ti, y sólo te quiero a ti. Sálvate,

pon todas tus fuerzas y tu atención en el tratamiento. (Y cuéntame ese mal sueño que tuviste.)

La noticia de tu mal la tuve ayer, Viernes Santo. Y en la tarde, yo recé, y me vino a la mente una manera de oración que nunca hice; la de Cristo crucificado y sufriendo. Y la de Su Sangre. Es algo absolutamente ajeno y contrario a mi modo de rezar. Era, tal vez que venía sobre mí este dolor, esta prueba. Yo la soportaré, por Él y por ti. Yo saqué fuerzas de esa oración. Hoy es Sábado de Gloria. Llegué tarde a los «coros» de la catedral. Y no recé; sólo puedo rezar sola, parece.

Espero tener el lunes tu carta (son días feriados y el servicio postal es malo). ¿Recibiste esa carta extraviada?

No puedo ir a verte, querida: por la falta de la lengua, sólo por eso.

Y esto me duele horriblemente. Voy a mandar a visitarte a la mujer del mejor novelista nuestro. Es una profesora de Ciencias, portorriqueña ayancada. Recíbela. Quiero que alguien te vea de mi parte y me diga la verdad.

Una vez más: dame el parecer de tres médicos sobre tu caso.

Te abrazo tiernamente,

Gabriela

27. GABRIELA MISTRAL

18 de abril

Yo he vuelto a leer las muy tristes preciosas cartas tuyas. A la segunda lectura, todavía no les tomo todo el sentido. Sólo a la tercera

vez yo puedo creer que, verdaderamente, tú deseas volver muy pronto.

Oye, vida: acaba de estar aquí aquel médico que conocimos en el viaje a Chacopan de San Juan, cerca del Volcán Orizaba. Le conté lo de tu accidente cardiaco en el avión y me ha dicho esto: que el daño que se sufre por un descenso vertical del avión —como el mío— consiste en que la arteria llamada mitral —una vez me pusieron ese nombre— o se desplaza o se altera, no recuerdo la palabra. Que el daño no equivale a la lesión y que la mitral se recobra lentamente. Por sí misma, dice, por el ejercicio de la circulación. Me prometió escribirte sobre el asunto y traerme la carta. Vieras ¡qué alivio me dio eso! No completo, porque puede ser que tú ya tuvieses mal el corazón desde aquí, a causa del calor y lo demás... En tal caso, chiquita mía, el asunto sería más grave. Procura tú recordar si en Mocambo. Sentiste algo malo. Haz memoria, hijita.

Ahora lo de tu viaje. Varias veces, con la poca cortesía que yo tengo, te pedí que no te fueses. Yo sabía lo que iba a ocurrir en mí, quedada aquí con recuerdos tremendos y con una criada primitiva por sola compañía. Pero no me aceptaste, porque tú no sabías plenamente la realidad de una ausencia inmediata en vínculo tan fuerte. Ya ves tú el resultado de esta ignorancia: infelicidad en los dos lados y quién sabe qué nuevo daño en tu corazón. No te digo todo esto como reproche, sino para que evitemos en el futuro locuras como ésta.

Tengo mi cabeza cansada de una larga conversación y por esto sólo voy a darte probabilidades y no una solución firme.

Yo debo, antes de irme de aquí, acabar el artículo sobre el Presidente;[23] además tres prólogos. Pero lo más malo es el calor para mi viaje de regreso a California. Una salida sería irnos a Guatemala; ignoro si hay barcos de aquí allá. Parece que no los hay. Tú

sabes que a Puerto Rico avisé que no iba, sin decir que no lo hago por miedo de la difamación de Connie. Tendría que ir allá sin ti y eso sería una calamidad. Además, la casa de Santa Bárbara está arrendada por un año. Ignoro si puedo, legalmente, dar aviso a los arrendatarios de Monrovia —a los de abajo— de que necesito su apartamento. Consulta esto a Mrs. Kerr.[24] Otra cuestión aún: si hay daño en tu corazón, no puedes tú, venir a Jalapa. Yo siento aquí la altura. Tú la sentirás más. Queda el irnos al norte de México: parece que hierve. Iríamos a Ensenada, por ejemplo. Y si se tratase de ir más cerca, iríamos a Córdoba. Yo veo mal tu regreso porque el Estado tiene la xenofobia que ya sabes. Me acaban de invitar a un congreso en Cuba. Contesté que no, a causa del calor. ¡Ay, que cosa infernal! Ayúdame, preciosa, ayúdame a pensar todo esto.

Para que Palma no vea nada, podría yo decirle lo de la altura de Jalapa. Tal vez entonces me propone irme a Guadalajara o mejor, a Chapala cerca de allí, que es más fresca, a causa del lago. Esta solución me parece más viable, pero ignoro la altura de Chapala, que puede ser, para ti y para mí casi más mala que la de Jalapa. En todo caso, vida mía, tú no puedes volver a volar. (Jalapa está a mil cuatrocientos. Pero Coatepec está a mil trescientos.)

Yo te prometo comenzar mañana a salir de mis compromisos —hay dos conferencias ya prometidas para Jalapa—. Y te prometo hacer todo esto en el término de veinte días, si es que tú me dices pronto que puedes en los veinte días tratarte con dos médicos más, para saber cuál es tu estado para salir de viaje. Ese viaje, querida mía, tendrías tú que hacerlo por barco, si vinieses a Veracruz-Jalapa o a Guadalajara-Chalapa, y por tierra si yo me fuese a Ensenada —que hierve de calor—. Si tú fueses hacia la frontera norte a encontrarte conmigo, deberías hacer, a lo menos, cuatro o cinco jornadas. El movimiento del tren, daña el corazón. Esta sería cuestión

de que me prometas que tú harás esas jornadas en tu viaje a Nueva York. Los Ángeles o Nueva York-Laredo. Yo no te permitiré más que te fatigues ni abuses de tu fuerza. Nunca más.

Para poder llevar mi equipaje, tendría que obtener de Palma que me prestara su chofer que llevaría tu coche cargado, hasta Ensenada, no sé siquiera si tienen caminos... Pero yo no debo dejar atrás toda mi papelería y mis enseres.*

Dime, linda, si hay otras vías que a mí no se me ocurren. Yo no entiendo nada en vías. En mi viaje hacia el norte, yo deberé dar una o dos conferencias para justificar antes el ministerio[25], ese vagabundaje... Tal vez te parezca más viable lo de venirte tú aquí por barco y seguir conmigo para Guadalajara. Desde allí seguiríamos después hacia Ensenada. Yo me intereso en una tierrita allí, o sobre el mar o sobre el Río Grande o el Colorado. Lee el recorte. Van a ser muy baratas.

Yo daré también a Palma esta razón...

En Chalapa podríamos quedar dos meses y otro tanto o un mes en Ensenada.

Antes de realizar todos estos movimientos, yo necesito SABER, SABER, vida mía, que tu corazón está en estado de hacer ese viaje por jornadas, bajando de tu Nueva York al S. O., suroeste, o sea hacia Los Ángeles o Laredo y de allí hacia Ensenada o bien hacia Guadalajara. Te ruego vivir atenta a tu propio estado, a tu corazón querido.

Mi vida, a mí me aflige mucho, pero, pero mucho, ver el estado moral en que te hallas. Parece que tú no tuvieses fe alguna en mí, parece que yo no fuese nadie para ti. Yo soy un ejemplar de tranquila-desesperada, óyelo bien. Yo necesito de ti mucho más que tú de mí. Me pasa un calofrío por la carne al leer que te me

*Esta parte de la carta está tarjada por Gabriela.

puedes morir.[26] Tú tienes ciertos «deberes» conmigo —perdona la palabra— y el primero de ellos es convivir conmigo. Dime: es que no te alegra el que en veinte días más podamos estar juntas.

Vino por segunda vez el médico de Chocoman y me ha dicho lo siguiente, él y su compañero, empleado del turismo aquí: Que hay barcos —suponen que de carga y pasajeros— americanos, y que van a Tampico. Yo te esperaría allí, vidita. Es fácil ir de Veracruz allí. De allá seguiríamos, por Papantla y Tuxpan, hacia Guanajuato; de allí hacia Guadalajara, haciendo paradas en varias partes. Me falta averiguar si hay buses o trenes, creo que me han dicho que hay tren. Guadalajara te lo advierto, está a mil quinientos metros, pero Chapala, el lago, está a dos horas y es más bajo: mil trescientos. Pregunta tú a tu médico si tu corazoncito resiste bien, BIEN, esa altura. Si eso es alto, hay salida de allí hacia Mazatlán y Guaymas, costa y casi costa. A mí me da un gozo repasar este itinerario que ni sé decirte lo que siento.

Retiene esto:

Otros datos: el pueblecito llamado Coatepec, a media hora de aquí, está a mil trescientos metros. Jalapa es fría y este frío me está volviendo mi viejo dolor de riñón y de huesos. La ciudad es muy pintoresca, Jalapa. Tú vendrías, de Veracruz acá, pero averigua si hay barcos tuyos a Veracruz. Esto no lo sé. (Yo iría a buscarte a Veracruz.)

Tu coche te lo podría llevar de México a Guadalajara el chofer de Palma, tal vez también pudiera llevarlo a Tampico. Allí irían las dos pobrecitas vueltas de nuevo ricas, y atrás irían mis maletas. Ok., vida mía ¿no te alegras tú?

¿Cómo es posible, mi amor, que después de haber leído las cartas mías tú sigas dudando, penando, desesperando? Es un pecado, Doris mía, es algo, además, que no entiendo. ¿Es que tú crees que

hay un peligro de perderme? Estás loca de atar. Ay, defiéndete de ese desvarío. Date cuenta de que hay entre nosotros algo muy poderoso, un vínculo extraño, que debe venir de otra encarnación. Yo te suplico dos cosas: primero, que veas de tener tres diagnósticos; segundo, que saques fuerza de ti y esperes esos días que faltan para volver a verse y no soltarse más. Sí, para no soltarse más, vida mía. Has hecho una torpeza muy grande yéndote y volviéndote una sorda a mis pedidos de no partir.

En cuanto a tu miedo de perderme, a tu falta completa de confianza, te digo que yo no me merezco eso, que me da un poco de cólera y un muncho de tristeza, casi de amargura. Yo no soy una sinvergüenza, no, mi amor, yo no soy eso que tú imaginas. Es preciso que yo sepa por tu carta próxima que tú crees en mí. Soy una desgraciada si tú sigues sin tener fe en tu Gabriela.

P. S. Va ese cheque, destinado a médicos y radiografías. Ignoro el precio de tus pasajes. Dímelo. Acúsame recibo del cheque por telegrama.

28. GABRIELA MISTRAL

18 de abril. Antes de tus cartas

Vida mía, por fin, por fin, yo recibo cartas tuyas. Después de la primera —y única— con fecha 9 yo no había recibido nada de ti y mi ánimo cayó en una depresión un poco colérica, sombría y sin esperanza. Mi naturaleza tiende a eso, pero esta vez la cosa ha sido mucho peor. Tres noches yo he dormido sólo de

cuatro a siete de la mañana. Un desvelo muy extraño, vida mía. Una especie de paro, de parada del pensamiento, yo no sé si de la conciencia misma.

Porque desde que te fuiste sólo me llegó una carta tuya, una. Y te he mandado seis. Y yo no tengo fe en lo humano, vida mía, aunque parezca tenerla. La carta única que yo tenía ha andado en mi bolsillo. Su tacto me quemaba.

Las noticias de tu salud, que me diste por teléfono, parece que yo no las he entendido. Te di, literalmente, esto: que el médico te había hallado una infección al pulmón. Eso me ha tenido en una zozobra constante, constante.

La indiscreta y descontrolada Emma Godoy me dijo, en presencia de Michelena, que es una mujer muy sensata y delicada: «No viva en esa nerviosidad por Doris. Ella tiene buenos médicos».

Sigo, pues, sin saber qué tú tienes al pulmón o si se trata sólo del corazón. Ay, me da tanta pena que el avión —que yo creí mejor para ti— te hiciese ese gran daño. Oye, amor: cuando yo era de la UNO,[27] tuve que tomar avión en Los Ángeles. Iba conmigo una yanqui loca. En Dallas había tempestad. El aviador subió con prudencia; pero bajó verticalmente y el corazón se me fue. Fue un colapso corto. La tempestad tuya fue peor y el daño más grande. Ya te he dicho de ver tres especialistas. Pero infórmame enseguida de si además de eso te han hallado el pulmón infectado. Dímelo, por favor.

Tengo que decirte algo más. Yo temí varias veces el que la fuerza del a. y la repetición te dañase, precisamente, el corazón.

Debí decírtelo, pero tuve pudor y temor de que pensases mal de mí. Ay, yo te cuidaré más, más, de mí y de ti misma.

Como has visto, las cartas tardan que es un horror. No te alarmes por mí: anoche he dormido y mi cara es mejor. Dormí de una a ocho horas.

Necesito saber cuáles son tus problemas de allá, así los morales como los económicos, y sobre todo, preciso el detalle de tu dolencia, lo que dan las radiografías.

En una carta dura que acabo de romper, yo te decía que tengas tuberculosis o lo que fuese, yo te quiero a mi lado, conmigo y que mi conducta contigo —nuestra vida— será la misma de antes por mi parte.

Ahora añado que tú, tú, resuelvas mis problemas. Parece que yo tengo que volver a Santa Bárbara porque, según me dicen, la guerra es lo más probable en Europa. Piensa tú por mí. Y para hacerlo, haz un esfuerzo para buscar tu control, para recobrarlo, vida mía. Y resuelve por mí. Esas dos casas no se deben dejar tiradas en California. ¿No es así? Tú también vas a cargar con esto de pensar en el lado económico de toda mi vida. Y para hacerlo, vas a ver dos médicos más y a tomar las medicinas.

(Va aparte un recorte interesante sobre tierras en el norte. Léelo.)

Yo te mando en otro sobre un cheque por doscientos dólares Tú deberás decirme, como una hija, cuánto necesitas. Yo creo que tu hermana habrá tomado otro apartamento y que tus gastos subirán.

Te suplico que no comas mal. Dime cuánto necesitas, vida mía. Para el corazón flaco, y lo mismo para el pulmón, es indispensable hacer una superalimentación cotidiana. Hazla por mí. Tal vez aquí mismo tú has comido mal. Ve a un buen restaurante. Y dime por favor lo que necesitas para eso.

Eda Ramelli[28] escribió a Palma y a mí diciendo que quiere (desea) venir a México. Palma le ofreció su casa. Yo le contesté que tú volverías en mes y medio más. Le añadí que ella poco te quiere a ti y que tú volverás conmigo después de ese mes y medio. No importa que venga Eda.

Yo consulté ese tiempo porque tú me diste ese cálculo, hijita mía. Ahora que tú estás enferma, yo necesito que hagas uno y otro y otro

tratamiento con médicos especializados. Sólo así yo viviré tranquila esperándote. Y me volveré confiada contigo a California. ¿Es que tú, realmente, vas a volver con tu pobrecita? Dímelo de nuevo.

Me parece posible dejar Santa Bárbara en el invierno e ir a otra parte, tal vez a México. Yo dejaría la oficina a alguien.*

Pero, óyelo bien: yo tampoco puedo estar sin ti más tiempo que ese mes y medio. No puedo. Tal vez pudiésemos vivir con mar de veras en goleta. Tú irías a la casa, si allí yo reservo un cuarto para oficina, arrendando lo demás. O bien, hallaríamos sobre el mar libre de Santa Bárbara donde hay oleaje, dos cuartos para las dos, comiendo afuera. Piensa tú todo esto.

Sobra decirte que yo no pienso ni por un momento en vivir sin ti. Si no te vas tú conmigo, sería absurdo llegar a California sin la lengua, sola e infeliz. También he pensado en pedir el apartamento grande de la casa de Monrovia y quedar allí por unos meses. Para poder arrendar de nuevo a precio justo y cuidar del pobre jardín. Pero eso es caluroso para tu corazón.

Ensaya, vida, el ponerte como hago yo, paños mojados —muy fríos— en el corazón. Yo me he aliviado así en estos días de las fuertes palpitaciones. Necesitamos saber si tú tienes realmente una lesión. Para los nervios, toma extracto —esencia— de valeriana.

Ya no puedes viajar más por avión. Piensa cómo llegarás tú a California. Y cómo se arregla lo de tu auto. Tal vez el chofer de Palma pudiese levarme con mis bultos a California. Allí, en la frontera nos juntaríamos. Porque México no es tierra para ti, yo lo he visto bien. En definitiva no, de paso sí.

Prueba, observa, si una superalimentación: puerco, bifes (carne asada, jugo de carne), te da fuerzas. Ya te he dicho que yo te mandaré dinero para eso y lo demás [que ya he dicho]. A mí me ofende la

*Todo este párrafo está tarjado en el original.

falta de confianza total que tú mantienes conmigo en lo económico. Me ofende. Ahora se trata de salvar a toda costa tu salud.

No sigo porque tengo que hacer. Ay, gracias a tus tres cartas. Yo vuelvo a creer, yo vuelvo a esperar. Yo dependo de ti como del pan y el agua. ¡No me dejes sin cartas, por favor!

Y cuéntame qué conflictos familiares hallaste allí.

(Tú podrías también venirte acá, por barco a pesar de Eda Ramelli. Este hotel te gustará y Eda Ramelli, puede estar aparte. Yo tengo aquí dos cuartos, dos.)

El abrazo fiel, tierno y cerrado de Gabriela. A mí no me ha pasado nada aquí.

29. Gabriela Mistral

[Abril de 1949]

Vida mía, esa carta que va es «diplomática», tú comprendes. Yo no pienso nunca ni en irme sin ti a Santa Bárbara ni a Italia... Me llegó una carta de una española, ofreciéndoseme, por indicación de un hermano de Palma. Con la carta adjunta se acaba eso...

Yo quería hoy tener carta tuya. Me eché en la cama cansada y de pronto te vi, te vi: el pensamiento tuyo me alcanzó enteramente.

Me inquieta más que antes no saber de ti seguido. Por tu salud. Hoy sé —en carta de Palma— que ha habido un «colapso». ¿Tuyo o del avión? ¡Dímelo por favor! ¿Fue un colapso del corazón, vida? ¡Ay, dímelo! ¿Por qué te fuiste? Dímelo.

Yo te contaré de mi pobre vida sólo cuando vuelva a verte. Yo también tengo ganas de morirme. Porque dudo de que vuelvas. Ahora

UNICIPALIDAD DE PROVIDENCIA
SISTEMA DE BIBLIOTECAS
DIDECO

todo me parece un sueño que he soñado. Emma debe haberse ido muy decepcionada pues escribe de otro modo, muy cauta (prudente) y sin azúcares ni llamarada de horno. ¿Es cierto lo que hemos vivido? ¿Es verdad que yo voy a volver a verte con estos ojos de carne?

¿Con quién vives? ¿Con tu hermana? ¿Por qué yo estoy aquí?

El retardo de tus cartas —y el de las mías— se debe a que no sale ni llega aquí el correo aéreo. Va de aquí a México, de ahí parte de tu Nueva York.

¿Por qué yo detesto esa ciudad? ¿Es que yo voy a perderte a causa de ella?

Ahora leo cosas que puedan cogerme y cansarme. Leo sobre los Metales (para eso del «Recado sobre Chile»[29]).

¿Recibiste mi carta en que te digo de venirte por barco a Veracruz? Es lo único que no te hará mal.

Fue ayer un cheque para ti. Fue certificado y con acuse de recibo.

Voy a dormir, amor mío. Todo me parece un poema que yo estaba haciendo, una vida que yo me he inventado, puesto que no sigue, que ha pasado.

Tu Gabriela

30. GABRIELA MISTRAL

20 de abril [de 1949]

Para la Palmilla y para Doris:

La distraída, espantosamente distraída, ahora se da cuenta de que tiene ciertos problemas tremendos. Y les escribo sobre

leseras y no poniendo el dedo en la llaga. Por favor, no alarmes al Dr. Chávez.[30]

Yo no debí venir a México sin mirar una geografía. Aquí no hay buen clima a alturas que van de mil cuatrocientos a dos mil doscientos metros. Yo no puedo ni con la de mil cuatrocientos, porque, veo ahora, lo de mi presión arterial parece que sea lo peor que tengo. Tal vez les dije que no duermo. Anoche dormí, por fin, seis horas, pero apelando a los inmundos calmantes, a los que yo tengo horror. Tomé adalina; era mi séptima noche de insomnio. A la Palmilla he contado la especie de desvelo que es el mío, cosa bastante rara y de cuidar. Aparte de eso, me hormiguea la sangre en el cuerpo, sea de la altura, sea de la Amino-filina. Y la sensación de ahogo va aumentando.

Fui hoy a Coatepec, por ver la posibilidad de bajarme. Pero la diferencia de altura es muy poca. Y el pueblo, aparte una plaza y una calle es sucísimo, de la mayor suciedad. Es mucha pena. A mí me gusta la gente de esta ciudad, aunque me fatigan tanto con visitas de... seis horas, desde que me han descubierto. Son finos, tímidos y a poco andar parece que se vuelven míos.

Tenía el proyecto de irme a Guadalajara, bajándome a Chapala. Me han dicho, cosa que me sorprende, que estando Guadalajara a mil quinientos, Chapala estaría a mil doscientos. Pero aunque esto sea verdad, yo creo que tampoco puedo yo con eso.

Sólo hoy supe que el famoso Pradenas[31] se fue. Eso es una liberación; pero me habrán mandado a otro espía... Así y todo, habrá paz por algún tiempo. La solución mía es ahora, yo creo, volver a California. Pero irme pasado mayo, mes de calor muy fuerte.

Palmita, la señora que me ofrecen tiene el inconveniente mayor para mí: yo puedo verla dos o diez veces, pero no la conozco. Yo

soy un ser harto difícil, me doy cuenta: necesito tener con quien conversar, la misma persona debe saber la lengua del país; la misma debe ser redondamente honrada. (Vivo ahora persiguiendo la cartera y pagando por mi mano, y lavándome las manos enseguida etc., etc.) La misma debe entender a los «pájaros exóticos», a los seres raros que ya no tienen cura. La misma debe tolerar mis silencios de horas, cuando yo estoy ni siquiera con mis muertos sino en un ESTADO parecido al de mi colapso en Yucatán. La misma debe ser alegre y rebajar de valor mis dificultades, porque he vivido en Santa Bárbara muchas veces unos estados de angustia de una índole que no conocí antes. Un tal fenómeno de persona es bien difícil de hallarlo.

Palmita, lo que sufrió Doris ha sido esto: una tempestad eléctrica tremenda. Supongo que, como en mi viaje a Nueva York —desde Los Ángeles— y tiene un daño al corazón. Ya va rehaciéndose. Aparte de eso, una infección cuyos detalles no sé. El médico la ha hallado mal.

Yo trabajé ayer, por primera vez, con una niña mecanógrafa. Por eso, revisé el archivo de oficios del año y vengo a ver que ellos se resuelven así: dos oficios mandando trabajos y cuatro de meros acuses de recibo. La niña entendió fácilmente mi letra, cosa que me asombra. Este era el gran trabajo de Coni, y contestarme las cartas más banales, a base de modelos míos estándar.

Si tú, Doris, pudieses y quisieses perder conmigo un poco de vida, a pesar de faltarte el español escrito, tú bien podrías hacer el trabajo de Coni. La niña copió también directamente de mi borrador el poema La Niebla, parte del de Chile. Tú tienes un instinto para leer poesía en español, tal vez a causa de tu latín. No creo que sea conflicto para ti hacer ese trabajo oficial. Creo aun que podrías con mis originales.

Me da miedo, esto sí, y algo de vergüenza también, pedirte que cargues conmigo. No será mucho. Es la guerra que no me deja irme a Europa.

Palmita: yo he descubierto vagamente que los diez años de Europa me trabajaron mucho. Yo no embono ni con EE.UU. ni con la vida criolla. No digamos con mi país... Soy, pues, una desgraciada y quiero morirme en Italia y ser enterrada allí con Yin, quien vivió feliz en esa tierra que a nadie hace desgraciada y que, por vivir del extranjero, no mata niños a causa de xenofobia.[32]

En cuanto a la vida de la casa, Doris, yo creo que debo vivir en casa pequeña que dé menos gastos y menos afán para mantenerla, y creo que debo vivir en Santa Bárbara hacia el mar, a la orilla del mar, en la parte donde hay oleaje. Mocambo me dio, por el mar, bastante fuerza.

Palmita, yo no te he contado mi problema con la casa de Monrovia. Por una ley local que creo que ya ha caducado en parte, está eso pésimamente arrendado, «a huevo», por nada. Ahora que se ha ido el hombre del carbón, yo debo irme allá por unos dos meses, para poder liberarme a lo menos los dos apartamentos de abajo —que son uno solo—, luego irme a Santa Bárbara y arrendar por más.*

Se permite echar al arrendatario sólo si una se va a vivir un tiempo allí.**

El jardín lo han arruinado, y era mi alegría ese jardín con huerto frutal. El viejo sueco al que pago de más, no sirve de nada. Procuraré pintar esa casa: se ve muy vieja y eso desvaloriza.

*Nota de Gabriela al costado de la hoja: *La niña se baña hace una hora. La llamé y me dice que ahora se aceita el cabello...*

**Nota de Gabriela al final de la hoja: *El avión subió de más.*

Oigan: llegó otra carta de Coni, seis páginas como la anterior. Ella tiene que estar un poco idiota. Y la madrastra debe estar trastocada de su decepción. Porque yo estaba pidiendo al gobernador un cargo para ella…

Doris, tú tienes que volver a México, en busca de tu auto, en todo caso. Como yo no saldré enseguida de México, sino en un mes o un mes y medio más, podrías llevarme contigo. Pero en el caso de que te quedes conmigo por un tiempo en Santa Bárbara, el año que es necesario dejar correr para irme a Europa. Porque en caso contrario, yo no vuelvo a asomarme a tu país, así, sin tener ni el inglés más elemental. Tampoco iré, lo repito, con gente a quien no conozca muy bien. Mi vidita con esta niña es de una comicidad indecible. Ella se ocupa de su belleza; ella pasa por mi pariente; ella vive hurgando en mis bolsas; ella se ha vuelto una cursi entera en semanas; ella entra a los buses, coge el primer asiento libre y yo voy al fondo, braceando; ella come epicúreamente, sin importarle los precios. (Como fuera, porque me carga la española del restaurante quien me cobra como si yo fuese Creso[33] y grita y manda según las mujeres de su tierra.) El amor de este hotel es la dueña de la casa, dame de autre fois, muy señora y apegada a mí.

Sirviente mexicana hay que llevar a California, esto sí, y buscarla sin prisa, en el norte, quedando allí unos días.

Si tú no puedes hacer esto por mí, Doris, no sé qué situación se me haga. Porque puede el ministerio mandarme, incluso sin consulta, a donde les dé la gana.

Aunque te digo todo esto, que casi es urgirte, yo comprendo perfectamente que es difícil que me lo concedas y además sé que es abusivo el pedirlo. Si me dices NO comprenderé que tienes la razón y mi amistad para ti será siempre la misma, créelo así.

Escribo esta carta después de haber desvariado bastante sobre lo que trato y además bajo la impresión de un solo dato que Marta Salotti[34] me da sobre Coni, al salirse Marta de una entrevista que Coni hizo con mi abogado en Santa Bárbara. No me dice claramente qué habló Coni allí, pero dice que ella se salió por vergüenza. Es por esto que me da un vago horror de llevar conmigo a lo primero que encuentre. Yo reconozco las dificultades de mi trato en la vida con Marta; pero yo vi que entre tú y yo no hubo conflictos, gracias a tu buena educación. Pero a mí me ha parecido muy mal verte en Mocambo pasar el día entero de pie, anda y anda, y haberte visto en Santa Bárbara, lavando platos y saliendo, mandada por Connie, en el auto tuyo, cuatro veces por día. Eso no debe volver a pasar.

Yo les escribo «por junto», a causa de que esto me urge saberlo y de que me cansé en el viaje a Coatepec, de andar al sol por malas calles.

Llega carta de Emma[35]. Muy bien, Palmita, que le hayas dicho que mandabas acá a otra persona el 12. Emma ayudó mucho, pero me enfada su manera. No parece mexicana: es brusca y temperamental y empalagosa. Si la persona que quieres mandar es aquella señora, espera, no la mandes hasta saber la respuesta de Doris. Me da miedo. Llega hoy una oferta de una española. No puedo con la nacionalidad esa. Yo soy por dentro más una india que una mestiza; yo soy, envejeciendo, una asiática…

Vuelvo al clima: mi altura es la de la costa. Yo no he tenido en Santa Bárbara este malestar.

Palmita, tú vas a tener que escribir a ese abogado, que es cónsul tuyo en Santa Bárbara. A mí no me creerá lo que yo le diga. Es medio tontón, además. Y es allí influyente. (Coni convence a su favor a todo el mundo.)

Yo espero, Doris, que sigue la mejoría que dice en tu telegrama. (Parece que no has recibido tú el cable de Palmita. Quedo sin respuesta.) Si sigues mal, da por no leído lo que va en esta carta: no te sientas OBLIGADA A ACEPTAR. Lo primero de todo es que tú reposes. Dudo bastante que obedezcas y te vuelvas capaz de estar echada dos semanas. Eso necesitas por el corazón y por los bichos de la infección. Por favor, que te inyecten penicilina.

Va esta carta copia para las dos. Sean ustedes mi cabeza ayúdenme a pensar. Se me ha dejado caer encima hoy todo el problema de mi soledad y de mi futuro inmediato.

Afectos y perdones de

Gabriela

Hoy, 20 de abril

31. Doris Dana

April 21 st, 1949

Mi amor:

Hoy me fui por primera vez para ver el cielo, los árboles de la universidad —y el río Hudson [¡el río de colores sutiles], que corre al mar, y encuentro la primavera! ¡Las hojas chiquitas, tan infantiles, tan tiernas y verdes! Me tocan, me conmueven estas cosas tan frágiles. Y todo el cielo hermoso, limpio y lleno de esperanzas bonitas me habló de ti. Y cada hoja de la hierba me dio palabras silenciosas y secretas de mi querida —mi hijita— y del tiempo que viene, la hora de reunirnos. Es mejor que una canción

en la sangre. ¡Siempre tú estás conmigo! Es como una oración sin fin —una oración nueva, limpia del mundo— y la única oración que puede unir (conectar), el Divino con el mundo (la carne). Es pura, linda, y tiene la gracia de Dios.

Cuando veo el color de verde de la primavera, pienso «esto es especial, es sacrado para mí, esto color, porque quizás en esto momento mi amor ve el mismo color —y quizás ella siente las mismas emociones inexplicables, inefables y misteriosas— en esto momento. Yo veo una flor, y recuerdo de unas flores que tú me has dado, sin palabras, en nuestro coche, en San Juan de Cocomatepec. Y súbitamente, con esto recuerdo, toda [...] es una flor, ofrecido, dado por tu mano. Veo el cielo, recuerdo millones de cielos sobre la cabeza más querida en el mundo. Y pienso «este mismo cielo toca a la cabeza de mi querida», y yo mando a ti un beso, un toque tierno y pasionado por los nubes que pasan, que tal vez van a verte pronto en [...]. Y tengo celos de estos nubes que pueden verte más pronto que yo. Y el viento —el viento me abraza— y yo ruego al viento «abraza a ella para mí, haga que ella que es mi abrazo, tierno, y pasionado». Yo me pongo en el viento y en la lluvia tierna, para que estos, viento y lluvia, pueden abrazarte y besarte para mí.

32. Doris Dana

April 22nd, 1949

Preciosa, acabo de recibir dos (2) cartas tuyas —una con el cheque (certificado) y la otra escrito el mismo día— (dieciocho de abril). Chiquita, te agradezco mucho por el cheque. Acuérdate que

tú me has dado a mi $200 antes de irme. Yo uso esos dólares —por gastos de medicinas, comida, renta, etc.— y esto nuevo cheque voy a guardar. Si tengo que usarlo para comprar mi (pasaje), voy a usarlo. Pero quiero guardarlo para ti, para nosotros. Gracias, linda mía.

Vida mía, no sé qué debo decir sobre tus preguntas respecto a dónde podemos ir. Sobre todo quiero tu felicidad! No sé si de veras, tú podrías ser feliz en los Estados Unidos. Si tú regresas a Santa Bárbara o a otro lugar en EE.UU. tú vas a ser más feliz que antes —porque tú eres libre ahora de la maldad, la brujería venenosa de Coni [Saleva]— y tú tienes a mí. Yo tengo muchas faltas, chiquita, muchas faltas. Yo no soy nada. Soy un ser muy pobre para ti, pero, al pesar de esto, no tengo maldad, y, tal vez, tú puedes vivir conmigo una vida más alegre, y más segura (con más confianza). Pero, busca bien dentro de tu misma —tú no quieres a los Estados Unidos— y tú no tienes la lengua. Y ahora yo sé bien qué horror de sufrimiento es vivir sin lengua. ¡Queda en México! Queda con tu lengua, al menos hasta que yo regreso. Pero, te ruego, no va a Guatemala ni a Puerto Rico, tengo miedo de Guatemala y de Puerto Rico para ti. El calor, el viaje demasiado fuerte para ti, pero sobre todo tengo miedo para ti de otras cosas: cosas en el aire, cosas políticas, chismosas, espirituales. Gabriela, yo me acuerdo fuertemente del día cuando ha venido el Ambassador de Guatemala al Hotel Mocambo para verte. Y al pesar de sus palabras bonitas, he recibido un calofrío horrible para ti, un sensación de peligro tremendo y seductivo para tu vida. No puedo explicar esto. Quizás esta sensación no tiene base. Yo, por mí misma, me gustaría mucho irme a Guatemala —tengo siempre en mi cabeza y en mi alma los mayas— pero tengo miedo fuerte para ti. Es irracional, pero tengo fe fuerte en estas cosas irracionales. Siempre mis decisiones, mis resoluciones en la vida han tenido raíces de intuición, y no de la

cabeza practical, racional y intelectual. Pero tal vez no tengo razón. ¿Puerto Rico? Yo sé que tú no vas a sentir felicidad allá, pero no hay peligro. Tú vas a sufrir, quizás, pero no hay peligro de tu vida. Yo no puedo ir contigo a Puerto Rico —«for your safe»—. Pero si tú quieres ir allá, yo puedo encontrarte después, y donde tú quieres. Tambien si tú quieres ir a Puerto Rico conmigo, yo puedo; soy capaz; y querida está allá y yo quiero mucho a querida.

Pero pienso es mejor para ti quedar en México por unos meses más —o al menos—, como he dicho, hasta que regreso.

Chiquita, no quiero decir ahorita lo que yo pienso para mí, quiero hablar solamente de las cosas mejores para ti. Sobre todo quiero tu felicidad, y sin esta, yo tampoco no puedo ser feliz. Por eso, piensa bien, y busca en tu alma. Donde tú vas a ser feliz, yo voy a ser feliz. Yo puedo adaptarme (con tu ayudo moral y espiritual), aun en países de xenophobia.

He sufrido mucho al causa de xenophobia, más que tú sabes. Pero también yo sé claramente que mucho de mi sufrimiento en México era el resulto, el efecto de los chismes horribles de Coni. Y también, ahora tengo mucho más fuerza en respecto de xenophobia, la fuerza del desilusión, la fuerza de no esperar. Yo me fui contigo a México con una cabeza bastante ingenua, «naive», buscando, esperando lo mejor de las gentes, por eso, mis «experiences» de xenophobia, de celo, me han herido tanto. Ahora no tengo ilusión, y por eso no puedo sufrir tanto como antes. Y también me acuerdo de gentes como Señora Chávez, Julieta [...], Emma y Daniel Cossío, Palma y Luis, y el médico de San Juan de Cocomatepec, la chilena, María,[36] de Yucatán que nos ha ayudado tanto, ¡y cuando me acuerdo de estas gentes me da vergüenza de pensar mal de México! Por favor, yo te ruego, pida de obtener al cualquier persona que puede ayudar, para ayuda, pida un trabajo bueno [...]

al esposo de María de Yucatán. Tú no [...]. Que junto ella y su hija, «La negra», han ayudado a ti. Tú has comprado vinos malos de un chileno que ha venido a ti en Mocambo, solamente porque es «chileno». Y tú has pedido [...] por otro chileno en Veracruz —chilenos sin vergüenza—, y por los únicos chilenos que valen, que tú has encontrado allá, tú no ha hecho nada. María, su hija y su esposo, valen, y valen mucho. Son buenas gentes, con corazones amplias y buenas. Con una palabra al gobernador de Yucatán tu puedes ayudar mucho, el dirección de María es Señora María Elena Moreno de Manzanilla, Calle 56 # 469, Merida, Yucatán, México. Tú sabes bien que la única cosa que me importa en esto es el sentido de Justicia. Ella tiene timidez. Tú has ayudado a tantas gentes que no lo merecen. Esta familia es humilde, no son intelectuales, pero tiene corazón grande y merecen.

Tú dices que tú has recibido tres cartas mías. En el mismo día he mandado cuatro —dos a Hotel México— y dos a Hotel Salmones. He mandado después una telegrama hace dos días (diciendo que estoy mucho mejorada) y dos o tres cartas después a Hotel México. Y también una nueva carta ayer marcada con la letra «A». Esta carta es «B», para que tú puedes saber si cartas mías están perdidas. También, esta mañana he mandado un sobre con un pañuelo tuyo con unas palabras mías. Espero que tú vas a recibir todo.

No tengo tuberculosis. ¡No tenga miedo, linda! No tengo nada que los médicos no pueden curar. De mi corazón, no sé todavía. Por muchos años los médicos me han dicho que mi corazón no anda bien, pero sé que no es peligroso, parece que estos ataques son el resulto de esto inyección y también de las cosas drásticas que el avión ha hecho para evitar el tempestad tan fuerte. Por unos días he tenido una sensación horrible de asfixia, y de un corazón parado, y por eso he hablado de la muerte. ¡Perdóname! Todavía

no sé los resultos de los exámenes, pero voy a decirte rectamente cuando yo sé. Pero estoy segura que no hay nada para temer.

Te quiero —linda— y todas mis esperanzas viven en ti. ¡Cuídate para mí! ¡Come! ¡Duerme!

No puedo escribir más ahorita. Estoy todavía débil. Los médicos ahora me dan 1.000.000 cmts. de Penicillin, en tres (3) dosis. Y acabo de recibir un inyección (me hace pensar de mi «marido» en Yucatán), pero las dosis son tan fuertes y ahorita, después de la segunda dosis yo tengo ¡un deseo de dormir! Yo veo a retratos tuyos —yo leo otra vez tus cartas— y, para mí, todo el aire de Nueva York es lleno, lleno, lleno, de ti. Tú estás en mi sangre. No hay nada que pueda hacer sin ti, porque tú vivas conmigo. Y a cado rato yo pienso del edificio tan cerca, en lo cual he visto a tus ojos por primera vez, hace tres años. Nunca en mi vida puedo olvidar la conferencia famosa de Barnard. Nunca he olvidado esto.

Yo sé que es difícil para ti comprender mi español. ¡Perdóname! ¡Pero trata de comprender lo que yo quiero decir! Y que es más importante, es que quiero decir y no puedo. Perdóname la falta de la lengua. Yo soy una persona bastante delicada, pero con un tercero de la lengua, es muy difícil expresarme. Acuérdate también, que nunca yo he escrito una carta de doce páginas, ni en English, ni en Rusia, ni en Sánscrito.

Duerme, duerme bien —te quiero— tú eres mi esperanza. Mañana voy a leer otra vez tus cartas, y voy a contestar las cosas que no he contestado hoy. Cuídate, para nosotros.

Tu «amor mío», tu hijita que siempre te quiere, ¡¡para siempre!! *

*Al comienzo de la primera página de la carta, escrito al costado, se lee: *Me da mucha pena que, al causa de la falta de la lengua no puede expresar a Ud. que quiero decir!*

33. Gabriela Mistral

Doris mía:

Yo te ruego ahora, vida mía, que me oigas sin alterar tus nervios. Tú tenías antes control (a mí me gusta mucho el dominio de sí mismo); quiero que lo conserves a toda costa.

Yo vivo un desvelo (insomnio) que ya dura mucho. Esto me da en el día una debilidad grande. Yo como mal. La española jefe de cocina en este hotel es una grosera. Por eso salgo a comer en lugares de comida inferior. Por otro lado los dos cuartos que tomé en este hotel, bonitos y todo, no tienen sol ni son bien ventilados. Espero a que venga Palma o Emma y arreglen mi regreso al hotel antiguo. (Pero en verdad yo no siento ningún apetito.) Ayer me pesé. Mi peso era, al llegar a California, ochenta y tres kilogramos; ahora es sesenta y ocho kilogramos.

Tú hablas de ponerte «a trabajar como loca» para ganar dinero, y venirte.

Yo tengo que hablarte claro. Entiendo que te mueras por tus asuntos editoriales: yo deseo que tus hermosos cuentos lleguen a mucha y fina gente. Pero quiero decirte esto muy en serio: no te des fatiga alguna por dinero, después de haber estado tan grave. El dinero es «la Caca del Diablo»; él no da felicidad, vida mía. (Yo sé que tú tienes una deuda grande; obliga a M.[37] a que la pague.)

Más claro: no malogres la pequeña mejoría que tienes en tu salud por buscar dinero. No; puedes caer de nuevo. Y no tienes quién te cuide, y estás comiendo mal. Y vives en una soledad terrible. Y yo, entretanto, vivo con una niña loca y tonta que no sabe nada de nada, y estoy cayendo en una profunda melancolía. Tal vez me queda poca vida; esa poca quiero dártela a ti. Y como veo que tú no haces nada por ti misma, quiero tenerte a mi lado, para verte comer,

y dormir, y curarte. No quiero seguir viviendo en esta angustia por ti y tampoco sentir esta caída de mis propias fuerzas. En resumen: arregla tus asuntos editoriales pronto. Y deja tu apartamento. Y, si estás en estado de navegar, vente. Por barco. No por avión, no. Sería un daño definitivo para tu corazón. ¿Por qué hemos de seguir las dos viviendo el infierno? Cada cosa que sé de tu estado me quema y me subleva. Observa tu cuerpo y ve, desde ahora, si hay barcos Nueva York-Veracruz o Nueva York-Tampico. Por tierra no puedes viajar en ese estado extremo de debilidad. (El gasto de tu viaje es mío. Hay que avisármelo con tiempo. Ya ves cuánto ha tardado en llegarte ese cheque, acabo de recibir tu telegrama sobre eso.) Tú no puedes revalidar tus fuerzas sin esto: comer muy bien día a día, dormir bien, no tener preocupaciones de dinero; vivir fija en un lugar. Y ser un poco feliz. Ya sabes tú que hay una diligencia y un plazo largo para tener nosotras casa en Monrovia en los apartamentos de abajo. Por esto tienes tú que decidir la fecha aproximada en la que llegaríamos allá. (Santa Bárbara —la casa— se arrendó por un año.) Tú no me respondes sobre ninguno de mis planes. Hazlo, amor.

A veces pienso que tú tienes deudas, mi amor, otras deudas aparte de aquella en que te embarcó una desvergonzada. Dime esto también, dímelo, mi Doris. Yo veré por darte más sueldo.

Lo primero es salvar tu salud, y de eso nadie se preocupa allí. La fiebre persistente es un síntoma grave. ¿Oyes? ¿Oyes a tu pobrecita? Y tu flaqueza corporal ya era extrema. Me espanta saber que estás en los huesitos.

Jalapa es fresca y casi fría. Tú y yo volveríamos al Hotel Salmones, para que comas bien. No son malos los médicos, no. Y la gente es mejor que en Veracruz.

Por favor no te fatigues por razón alguna. Queda en la cama hasta que te sientas con fuerzas. Pero asegúrate una buena

superalimentación, te lo repito. Come chocolate, y pasas, y huevos, y mantequilla en abundancia. Y leche, y jugo de naranja y de manzanas. Yo tengo la mayor inquietud por ti, y en ti por mí.

¿Por qué, dime eres tú tan reservada? Cerrada para mí, casi extranjera, en cuanto se refiere a tus problemas y a tus conflictos. Yo que te lo he dicho todo, sufro de tu reserva, y sufro de eso cada vez que llegan tus cartas. Esto no puede seguir así, Doris mía. Esto es serio; esto me duele mucho. No podemos resolver nuestra vida sino a base de una confianza fraternal, total.

En los días pasados de dolencia, yo he estado obsesionada por este problema. Los viejos podemos morir por cualquier cosa, en pocos días. Yo no moriría tranquila sin volver a testar para ayudarte con algo. Y sin verte, sin que estés junto a mí.

Es muy probable que mis desvelos (insomnios) vengan de esta intranquilidad en que vivo por estos problemas.

Para reponerte y poder viajar, tú necesitas a lo menos de un mes de bien comer. (El vino [Quina] da fuerza, vino amargo y tónico. Ve lo de los barcos. No puedes viajar en ese estado.)

Tu Gabriela

34. GABRIELA MISTRAL

22 de abril [de 1949]

Vida Mía:

Yo sigo naturalmente inquieto por ti. A causa de ese daño del corazón y también de la infección. Y de esa mano mía que tiembla en ti. Y de la fiebre. Es cosa muy mala la fiebre, vida.

Por hoy escribiré corto. Después te explicaré.

Tú sabes que la moral del enfermo es cosa muy importante. Ten fe, y esperanza, y alegría, ¡alegría! Cúrate para tu obra, para mí, para nuestro futuro. Yo seré una especie de muerto si sigo viviendo esta tremenda ausencia tuya.

Nunca te he dicho de venir por avión ni puedes tampoco venir por tierra. Sólo por barco. Comprende bien, vida mía: el avión daña mucho el corazón. Tú no entendiste esto en mi carta.

He sido un animal hablándote duramente a causa de los celos. Recuerda siempre que el español es una lengua muy brutal y recuerda también que nuestras razas son muy diversas. No sufras por mis palabras. ¿Por qué tú no sabes aún hasta dónde yo te quiero?

Escríbeme poco pero cada día. Te pedí en una carta diez líneas. (Se pierden cartas mías y tal vez también tuyas. En los países latinos siempre se me pierden las cartas. Esto no tiene remedio.)

Vente sólo cuando tengas fuerzas. Y me pides el dinero necesario para tu viaje. Espero que hoy, 22, ya te haya llegado mi cheque. Dímelo.

¿Qué puede hacerse para que te lleven comida y cigarros? Voy a ver quién te lleva chocolate, pasas (uva seca) y cigarros. Y pan de soya, que da fuerzas. ¡Ay, todo esto va a tardar tanto!

La humanidad de hoy es de un egoísmo indecente. Casi todos. Pero es muy malo el que tú no me digas la manera de ayudarte a vivir. Ayúdame tú: no sé cómo obtener que te lleven comida a tu apartamento. ¡Horrible ciudad de Nueva York!

Tú no te fatigues más con cartas largas. Dime las cosas en pocas palabras.

Avión no, nunca más viajarás por avión. Barco hasta Veracruz. Allí estaré esperándote.

Sólo a ti tengo. Cuídate por mí. Yo me cuido por ti.

Tuyo Gabriela

35. GABRIELA MISTRAL

22 de abril [de 1949]

Doris mía:

Me da un verdadero horror el pensarte en tu cama sin alimentos. Acabo de escribir a un chileno, escritor y cónsul, pidiéndole que vaya a verte. Es un Délano[38]. Pero lo más seguro es que se ha ido a Chile. Y no tengo allí, en esa horrible ciudad, ningún otro amigo que haga por ti lo que yo no puedo hacer. Esto me hace muy infeliz.

Halla manera tú de que te lleven a tu apartamento chocolate, nueces, pasas y galletas. Pide esto por teléfono a iglesias o a otro. ¡Por favor, no es posible que estés a medio comer! Tu debilidad puede traerte una tuberculosis. ¡Ten piedad de ti y de mí! No peques contra ti misma; no me hagas más infeliz aún. Yo vivo tu ausencia como una «prueba» o penitencia tremenda. Vela sobre tu cuerpecito enfermo y sobre mi tranquilidad.

Dame paz, dámela. Arregla, busca, un modo de comer, y de comer cosas substanciales, vida mía. Yo te mandaré dinero para eso también.

Y dime toda la verdad que den tus cardiogramas y tus radiologías. Sé buena, obedéceme, chiquita mía. Si es verdad que deseas darme tu vida, si te interesas en que yo tenga felicidad por la vía tuya, por nuestra vida en común, cuídate de momento a momento. Cuídate como una materia preciosa, porque tú eres eso, vida mía. La gente estúpida no ha sabido mirarte y verte.

Para darme tranquilidad respecto a... Puebla, tú sólo necesitabas decirme: «Yo no quiero así a M.». En vez de eso me has dicho, «que quieres morir». ¡Qué horror, vida mía, qué atrocidad! ¡Cómo es difícil que una raza comprenda a otra!

Tú no me conoces todavía bien, mi amor. Tú ignoras la profundidad de mi vínculo contigo. Dame tiempo, dámelo, para hacerte un poco feliz. Tenme paciencia, espera a ver y a oír lo que tú eres para mí, y ¡cómo yo te necesito! hasta un punto de vida o muerte. Espera a vivir sola conmigo para juzgarme con pleno conocimiento.

Esta es la carta que escribo con más tristeza. Nunca supieron los seres que yo quise que yo los quería entrañablemente.

Pero es necesario que tú lo sepas. Esto me urge; es preciso que sepas, que comprendas y ¡que quieras vivir para mí! Por amor o por caridad, sábelo.

Tú Gabriela

[P.S.] Fue hace cinco días un cheque para ti. Pídeme lo que te falte de dinero.

36. GABRIELA MISTRAL

24 de abril

¡Qué barbaridad vida mía! ¡Emma ha debido leer la carta adjunta! ¡Horrible gente latina! ¡No respetan jamás la vida ajena! Pero ella está aquí porque nadie está conmigo y la Beta es una necia. Yo no puedo vivir como un fantasma que habla solo. Hasta ahora la segunda ración de penicilina (un millón) anda bien. Sólo que debilita mucho. Hoy he salido a caminar un poco. ¡Cómo supiese yo la realidad de tu salud en este momento! Tu telegrama dice que estás mejorando; pero no puedo saber en qué medida,

hasta dónde. Para tener paz, alguna paz. Como yo temo siempre que se pierdan las cartas, te repito cosas ya dichas. Tú no debes venirte en ningún caso por avión. Ya tienes dañado el corazón. Date cuenta, comprende. Por barco sí, sea el barco desde Nueva Orleans sea desde Nueva York. (Mejor desde Nueva York.)

Ida[39] mandó las cuentas desde Santa Bárbara. Veo que han hecho desembolsar a Coni doscientos o trescientos dólares, no sé de qué. Y veo que tengo en el banco algo más de lo que creía yo. Por lo cual tú puedes pedirme el dinero que necesites para tu viaje, y tus médicos y medicinas, y tus extras. No hagas la sorda ni la extraña. Tú eres un deber mío, para mí, así en lo moral como en lo material. Añade a eso tu comida. Deben llevártela a la cama, pobrecita mía. Hemos estado a la vez enfermas. Estas cosas son destinos. Me gusta haber sufrido junto contigo. Mi mano está flaca por la penicilina; pero he caminado normalmente. Todo ha sido la sinusitis, nada más. Tal vez cuando llegues nos vamos por Tampico a Guadalajara, para vivir en Chapala. Lo hablaremos aquí y, juntas resolveremos. Está tranquila: yo tomo mis medicinas. Por ti. Dame en detalle tu enfermedad. Y el resultado de los cardiogramas. Pregunta al Dr. si puedes vivir a dos mil doscientos metros de altura. Si no puedes buscaremos a donde irnos. Doris, yo quiero verte, verte, y oírte.

Tu Gabriela

37. Gabriela Mistral

Yo fui muy feliz anoche al tener tu telegrama. ¿Es verdad, verdad que tú estás mejor? Alabado sea Dios si eso es verdad.

Ahora esta mala cosa: yo te mandé ayer dos cartas juntas. Llevan clipper (?). Una es dulce y la otra antigua, es ácida y dura. No debí mandártela. Tú tienes una sensibilidad extrema y maravillosa. Y yo tengo la estupidez en estas formas: la sinceridad, la franqueza en bruto; la queja, la protesta de lo que creo injusto. Y yo vivo ahora bajo esta obsesión: que es injusto que un ser quiera a dos a la vez. Perdóname, vida mía. Es lo menos que yo puedo decirte de mi vida actual. Me ahogo de esta verdad, vida mía.

Así y todo, no debía mandar una carta dura y ya vieja; tú estás aún en cama y además tú eres un cristal de Bohemia. Y mis manos —pobres ellas— no saben aún manejar esa materia preciosa. Otra vez perdóname, sí perdóname y dímelo.

Yo estoy viviendo contigo un ensayo. (Debería callármelo; pero no puedo.) Es el ensayo de que tú me quieras sólo a mí de amor. Yo tendré paciencia y esperanza. Cuando ya vea que no lo logro, que, no lo consigo, sabré hacer lo necesario.

Dormí bien. Con remedios. El sueño se ha ido de mí.

Tengo gente: vino Emma. Porque Palma no pudo venir y yo necesitaba a Palma. Tú no temas nada: yo no tengo «el corazón partido» de la canción.

Hay unas cartas urgentes. Por esto escribo poco.

Hijita: yo no necesito tu auto. Yo debo caminar. Dispone de él. Te besa tu

Gabriela

38. Gabriela Mistral

[25-26 de abril de 1949]

Mi querida Doris:

Mañana parece que vienen la Palmilla y Manuela Reyes. Y yo voy a consultar con ellas ciertas cosas que te quiero contar. Te ruego no azorarte (asustarte) con lo que sigue. No se trata de nada grave, chiquita. No te alarmes, pues.

Yo he tenido dos tandas (series) de penicilina, la primera de quinientos mil y la segunda de un millón. Porque me vino una infección (tal vez veracruzana como la tuya). Ella cayó en la ya dañada nariz y oídos, a causa de mi vieja sinusitis. Tres días llevo de la segunda serie, ya ha acabado, a Dios gracias.

Pero tal vez por algo de la agitación que crea esa millonada de bichos (microbios) he pasado hoy un día malito. El corazón tiene que sufrir algo de ese torrente de microbios. El corazón estuvo flojo, no malo, raro. Todo pasó con la coramina y las llamadas «gotas 29». Queda tú tranquila, Doris buena. Si esto no vino de esas exageradas dosis de penicilina, ha venido de la altura. Llevo varios días de una flojedad de piernas, de poca vitalidad. Yo nunca debo pasar de mil metros. Y tal vez no deba vivir sino en costa. Me he ocupado de separar el material válido para el libro próximo, sin ganas de escribir, de trabajar. Son 1.400 m los de Jalapa. Además, estos dos lindos cuartos son de poco aire y sin sol. Y el aire a mí me alimenta y aviva: la ventolera.

Fui hoy al Hotel Salmones. No me gusta volver a tener escaleras. Y el gerente me habló de una casita que hay en la «Mata de Caña» sobre la ruta a Veracruz, en el campo, pero con gente. Son mil metros de altura. Si Palmita pudiese obtener esa casita de los

dueños, yo podría quedar en México unos meses más. Caso contrario, tendría que irme. Es pena porque Jalapa es ciudad de gente fina. Guadalajara no sirve: son mil quinientos metros y Chapala mil doscientos, dicen. Y está harto lejos para viajar en estación caliente.

Tú no te aflijas. Yo sólo te doy aquí probabilidades. Ya sabes que hago un proyecto cada semana... Pero lo firme es que me bajaré a lugar de mil metros o me volveré a California. (Aunque aún no he pedido, para eso, el apartamento de Monrovia.) Te repito: no te inquietes. La gente aquí es servicial y en cualquiera veleidad del corazón me bajarán a cualquier lugar bajo. En último caso a Córdoba. No me gusta porque es algo calurosa, aunque es ciudad mía... (Soy hija adoptiva de ella.)

Emma se va mañana, después de ver aquella casita de «Mata de Cañas», por ayudarme a mirar; yo sería feliz en el campo. (Anoche yo hablé de Yin; tal vez eso tuvo la culpa. Cada día le echo más de menos. Y hasta rezarle me duele.)

Por favor, toma todas tus medicinas y obtiene un buen diagnóstico. Y come bien, todo lo que pueda darte fuerzas y ser sano. Las infecciones obligan a una alimentación muy cuidada.

Yo te pondré telegrama en cualquier caso de resolver algo. «Mata de Caña» está a media hora en autobús de Jalapa. Los autos parten desde este mismo hotel. Puedes seguir escribiéndome acá, al Hotel México, Jalapa.

Yo me cuido. No soy loca ni sonámbula, no. Sola no me quedaré, ¡está tú segura de esto! Dios te cuide y te tenga de su mano, chiquita que ayudas a vivir.

Afectos de Gabriela
25 abril

39. Gabriela Mistral

Hoy 26 de abril

Yo no debería escribirte día 26. Es 13 + 13. Pero voy a procurar que esta carta salga medida. La carta adjunta la escribí así porque temí que cayese a manos de Emma. (Nada hay más feo, plebeyo y sucio que la tiranía y el abuso latinos en la vida común.)

Doris mía: yo acabo de recibir de ti dos cartas de esas que suelen pararme el aliento. Las impresiones felices me dejan un largo rato inmóvil y casi sin pensamiento. Yo te digo mil veces gracias.

Hoy debo caminar, e ir a almorzar, y a comprar algunas cosas. Por esto escribiré corto.

El corazón no ha empeorado. Pero la gente viene a verme y me hace hablar. Y es eso lo que me fatiga el corazón. A ver si puedo irme al campo. Hoy llegan Palma y Manuela y veré si el lugar es bueno.

Yo deseo, que mi pobre corazón espere para volver a enfermarse el que tú llegues, ay, el que tú vuelvas.

Tus cartas dicen que estás mejor, pero yo no sé hasta dónde tú estás mejor, vida mía. (A mí me parece que fue cosa fatal nuestra separación. Y me sujeto de decirte más sobre este tema.)

El dinero que te mandé, fue para lo que te dije [...], alguna ropa tuya. Sólo allí puedes comprarla a tu gusto. No guardes el dinero, Doris, no me des cólera ni tristeza con eso. Te repito que te mandaré tus pasajes de barco. Tú no debes, por ti y por mí, volver a viajar nunca en avión ni hacer tampoco viajes con calor (daña mucho el corazón) ni en jornadas largas por tierra. No me hagas repetírtelo como una obsesión. Tú eres el ser más precioso que yo tengo, y eres además lo único que tengo.

Necesito absolutamente el que me digas cuándo vienes. La Beta no sirve y si tú te quedas allá un mes más tendré que buscar aquí una persona y me da miedo siempre la gente desconocida. Dime para tomar a alguien con plazo definido. Dame pronto la fecha aproximada de tu regreso. Para todos mis cálculos preciso saberla.

Mis ojos están puestos en ti. Tú eres toda mi razón de vivir. Sufrir largo tiempo de esta dolencia me parece una penitencia muy dura. Eso sólo puedo vivirlo a tu lado. Repito que hay asuntos míos que debo resolver contigo. Dame fecha, dame día. Es malo para mí no saber. Me pone a desvariar.

Te estrecha en sus brazos tu Gabriela

40. Gabriela Mistral

Abril 29, 49

DORIS DANA
AP 4 «E» 435 WEST 119 ST
NEW YORK 27 NY

FAVOR DECIRME ESTADO SALUD Y FECHA APROXIMADA REGRESO CARIÑOSAMENTE

MISTRAL

41. Gabriela Mistral

[4-5 de mayo de 1949]

Doris querida, tu vidita se ha vuelto misteriosa para mí desde que te fuiste. El monstruo helado que es esa ciudad te tomó después de dos semanas; tu pasado te subió a la superficie y yo fui perdiéndote, hasta que llegaste al silencio. Yo no quiero hacerte una jeremiada. Lo que he vivido en diez días te lo contaré si es que vuelves.

¿Por qué no me hablaste antes por teléfono? Me habrías ahorrado tanta zozobra, tanto pesimismo, tanta derrota. Olvidaste enteramente que yo soy un enfermo. En el momento en que llamaste, yo había «llamado» a mi hermana muerta y le había dicho que hiciese algo por mí, sin saber qué, que me aliviase este corazón tan cargado, a lo largo de diez días. Además, acababa de saber la muerte de Cruchaga Tocornal[40], aquel grande y buen viejo que había pedido Italia para mí. Había ido esta semana donde el médico. Él me dijo que era mi hígado el que no andaba, que el corazón no está ni mal ni bien. Me volvió a dar más penicilina.

Sí, estoy sola desde que despaché a Beta, niña de poca vergüenza. Y ando por la calle comprando mis medicinas, comiendo en los restaurantes, buscando mis sellos, mi papel, mis bananas, el periódico, los libros, etc. Y varias veces he pensado, no varias veces, es eso siempre: en la inutilidad absoluta de mi vida. Porque la congoja roba la poca fuerza del cuerpo y no tengo deseo alguno de escribir. Ni de leer.

Quisiera saber si la lucha con tu madre viene de que ella no te deja salir de su ciudad o de cuestión de intereses, o de simple «gagaismo». Porque tu voz hablando de ella era bastante grave.

Hablé enseguida a tu M. de Puebla. La voz de ella fue primero fastidiada; después cambió. (¿Es que ella sabe la preocupación que ella me da?) Está bien, queda tranquila. Tal vez sea verdad que tú vienes a México, por ella. Pero como eres piadosa, cuando me veas la caída corporal tal vez te quedes conmigo un tiempo.

He pensado que el médico aquel te haya encontrado. Tu voz de ahora era muy otra que la del primer llamado telefónico. O ha habido cualquiera de esos encuentros fuertes que las gentes tienen, las mujeres, las muchachas como tú y que mudan la vida y todo, hasta los huesos.

Yo te pedí una cosa humilde: diez líneas, diez cada tres días. Para mi tranquilidad y para el ahorro de tu tiempo habría sido suficiente. No te pedí más y eso no me lo has dado. Pero es cierto que la criatura americana es muy celosa de su libertad y eso tal vez te pareció un abuso, una presión. Yo no tengo vida suficiente para hacerte comprender que la máquina humana que llamamos latinidad —aunque yo no tenga ninguna sangre latina, tengo «hábitos latinos»— marcha de modo muy opuesto a la sajona. El único deseo que hallarás asentado en el centro de mi espíritu es el de acabarme y descansar y no pedir nada a nadie, ni a ti, para que se me alargue la vida. En estos días tan intensos, sólo el pensamiento de la muerte me ha dado algún descanso. No tengo nada que hacer en este mundo.

Y si te he llamado con esa urgencia y esa insistencia es porque tengo alguna cosa que hacer por ti, y hacerla pronto. Una vez que tú me ayudes en eso, tú vuelves a ser libre. Puedes buscar a alguien que me acompañe y volver a tu ciudad tremenda.

No tengas, pues, miedo de volver; no te voy a exigir, ni a pedir, que te quedes. No soy yo sino Palma quien me hace ver médicos. Yo no quiero vivir de nuevo los días que he vivido últimamente.

No comprendí con claridad la fecha aproximada de tu viaje.

Me dio un calofrío la sola idea de que te vengas por avión. Espero que me oíste el NO. Ten paciencia y vente por barco: es peligro mucho menor.

Tal vez te guste esta ciudad. Hay dos cuartos no malos. Hay librerías por si quieres leer en español. Hay una orquesta sinfónica muy buena.

Ignoro aún si voy a Italia o vuelvo a tu país. Yo creo que en Santa Bárbara tú puedes hallar gente joven que te den amistad y sean de tu agrado. Pero necesito que me digas por carta si debe pedirse enseguida o desde aquí los dos apartamentos de la planta baja que hay en Monrovia.

Voy mañana a un pueblo a ponerte esta carta. Las que tú dices haberme mandado no llegaron. Hace diez días que no sé de ti. Y lo he pensado todo, hasta que pudieses estar muerta, todo menos que no me escribieses esas diez líneas.

Más te diría pero esta máquina no anda.

Voy a mandarte un cheque para tu barco. Ojalá te compres un vestido allá, por si tardamos en llegar a Santa Bárbara o no vamos a Europa.

Yo te abrazo. Gabriela
4 de mayo

✕

42. GABRIELA MISTRAL *Hoy 5*

No sobra decirte, para que perdones esta carta amarga, que yo estoy mal de salud hace bastantes días. Despierto con sueño,

sigo con sueño, duermo una siesta larga y me levanto con sueño. Hoy me dormí a las once de la mañana y he despertado a las tres de la tarde. Hay además una extrema debilidad. Ando por avivarme, pero el cuerpo parece que no fuese mío. El médico ha dicho que es el hígado; pero estoy comiendo con gran cuidado y nada que pueda hacerme mal. Como tal vez muy poco: no hay apetito ninguno.

Yo no te doy estos datos para asustarte y traerte por fuerza. Yo sé que si llegas a venir será para irte de nuevo y que yo sufriré mucho más de lo que sufro al ver que tu vida conmigo te cansa y no te da ninguna felicidad. Yo prefiero que no vengas a verte en la mirada —y percibir en los silencios—, que Nueva York está en ti todo el tiempo.

Ese dinero no representa —créelo—, una presión para traerte; de todos modos yo iba a mandártelo. Tus cuentas no vienen justas: tú has debido gastar mucho en médicos y debes gastar algo en ropa, en vestidos y zapatos.

Por primera vez van a tratarme el hígado, tal vez de eso venga alguna reacción. A veces pienso que avispa o abeja de alas coloradas que me picó en Mocambo me haya infectado no sé de qué. Y la dueña del hotel cree que mi dolor de hombros y de huesos, venga de paludismo. El médico es inteligente y buscará.

Llegó Palma, a Dios gracias. Dios es bueno. Él te tenga de su mano, igualmente.

43. GABRIELA MISTRAL

[Mayo de 1949]

Doris querida:

Te escribo cansada, después de un visiteo de tres horas... Y dudo de que te llegue esta carta antes de tu partida. ¡Ojalá! Me inquieta grandemente la flaqueza de tu corazón. Yo iré a Veracruz y ensayaremos si puedes o no subir a esta altura de Jalapa: mil cuatrocientos metros. Tengo fe en que tu corazón se rehaga lentamente. Pero renunciando a fatigarlo con muchas excursiones de auto, óyelo. Y no trabajando en nada material. Sólo leyendo. (Trae libros, dear.) Sí, yo espero tu mejoría, tu salud. Pero vendrá poco a poco. Chávez debe verte en cuanto tú llegues, a México. Por tren o por barco.

Hace tres días sólo que yo estoy bien, con fuerza, con ánimo.

No te he escrito a causa de dos cosas: 1° La amargura. No quiero hacerte daño con ella. 2° Porque he tenido que hacer una cosa muy difícil, por nueva: un poema largo sobre Goethe[41]. ¡Tú me habrías ayudado tanto! Ha una semana te puse un cable diciéndote: hablar con el cónsul chileno Grez, de Nueva York, quien tiene para ti ciento cincuenta dólares que le mandé. Hoy he vuelto a avisarte que vayas a tomar ese dinero para ropa y libros o para lo que necesites. Obedéceme. Hoy llegaron (el sobre estaba visiblemente abierto) dos cartas tuyas. ¡Mil gracias! Te he vuelto a pedir que hagas tu viaje en tres jornadas. Duerme en cada una de ellas. Y queda a lo menos un día en cada una. La fatiga física es muy mala para el corazón. Aún no sé qué resuelve de mí el ministerio. Las noticias de Europa vuelven a ser malas y tal vez no me manda ni a Italia ni a Suiza. Mis deseos son, uno por uno, los mismos tuyos. Pensamos paralelamente, pensamos como una sola persona, en tal unidad que eso parece un milagro. Yo me

cuido. El Dr. nuevo parece que acierta conmigo tratándome —por primera vez— por el hígado. Tal vez tú también sufras de eso. Voy a comer, dear. Yo te espero día a día. Me inquieta el que tú pienses volver pronto conmigo a Nueva York. Tú debes descansar seis meses.

Tu Gabriela

44. GABRIELA MISTRAL

México, Jalapa
Mayo 16, 1949

SRTA. DORIS DANA
435 WEST 119 STREET
NEW YORK 27 NY

SALUD MEJORANDO TOMA TODO EL TIEMPO NECESARIO PUNTO GRACIAS CARIÑOS

GABRIELA MISTRAL

45. GABRIELA MISTRAL

Jalapa, Veracruz, México
Mayo 17, 1949

URGE COBRAR DINERO AL CÓNSUL CHILENO GREZ (PUNTO) HACER TRES PARADAS EN TU VIAJE (PUNTO) AFECTOS

GABRIELA MISTRAL

46. GABRIELA MISTRAL

[18 de mayo de 1949]

Carísima Doris enfermita mía:

Ay, ojalá tú hayas mejorado algo. Porque me inquieta tu navegación por mar caliente. Pero ahora sé por Palmita que sólo vamos a tocar en La Habana y Tenerife (Islas Canarias).

Según deduzco de tu carta, tú vas conmigo por dos años, porque debes volver por tu mamá. Si Europa te gustase, tal vez vuelves allá aunque no dices esto. Yo te agradezco desde luego ese regalo de dos años de compañía.

Lo más serio de tu carta es lo que me dices de tu trabajo. Es verdad que has perdido casi un año. Por culpa tuya en primer lugar, ¡luego por culpa mía!

Chiquita, tú no sabes organizar tu vida criolla y me temo mucho que tampoco organices tu vida italiana. Yo sé que siempre es posible para ti como para mí reservarte dos o tres horas del día para escribir. Yo aprendí eso de los franceses. No creo que se pueda ni se deba escribir cada día. Pero si no se escribe, se lee esas dos o tres horas.

Tu educación, tu incapacidad absoluta de decir ¡no! Y de recordarme a mí que quieres escribir, en buenas cuentas tu falta absoluta de confianza para usar a los criados y defender tu tiempo. En cuanto a la cortesía de corte inglesa que tienes conmigo, casi casi me ofende, Doris. Yo te trato a ti como si hubieras nacido conmigo en el Valle de Elqui...

Todo esto te lo escribo por dos razones: 1° Te lo he dicho en vano; 2° para que pienses en tu nueva vida en Italia. Italia comienza en tu barco... Y te ruego que lo retengas, que lo tengas presente

en cada momento. Tú vas a leer y a escribir en el barco. El mar da inspiración. Aprovéchalo.

Yo voy a hablarte hoy por teléfono a fin de saber cómo va tu salud. Es absolutamente necesario que lleves tratamiento y medicinas para un mes. Si navegas con mala salud, yo te mandaré enseguida a Marsella, para buscar un especialista en enfermedades tropicales, dos especialistas.

18 tan feliz de haberte oído.

Por tu ya famosa y total falta de confianza, no me habías propuesto retardar el viaje. Y tienes la salud tan insegura y escasa. Creo que te permitirán cambiar los pasajes.

Ahora, vas a hacer esto: perdona la intrusión: 1° Descansarte bastante, en cama y escribir y leer; 2° Acuérdate de lo de tu auto; 3° ver, ver, ver, un especialista en hígado. Sepúlveda lo es para... el estómago. Y, por favor, son órganos diversos... El hígado es el alma pasional, es estómago el moledor de comida...

Un abrazo tierno. Dios te guarde, tu ángel te vele.

Gabriela

47. GABRIELA MISTRAL

[21 de mayo de 1949]

Cara Doris:

Llegaron cuatro señoras de México: Sra. Chávez, Emita y dos damas más.

Yo te escribo a la 1 a.m. hora en que vengo a acostarme. Este día 21 fue para mí cargado de más: puedo olvidar los asuntos y es mejor que te escriba a media noche.

Quise saber si, realmente, tú salías de Nueva York hacia México hoy, 21 y hablé a M., a Puebla. Ella me dijo que tú saldrías con su hermana de Nueva York en la primera semana de junio. ¡Feliz señora que sabe de ti, porque yo nada sé hace doce o quince días!

Si tú haces ese viaje por la familia esa, hazlo, dear, pero no lo hagas por mí. Es posible que yo esté fuera de Jalapa para esa fecha.

Supe, también por M., que estás mejorada pero no bien todavía. Que Dios te ayude. Yo he deseado cada día saber de tu salud. Dejé de escribir solamente hacia el 16, por evitar que mis cartas no te alcanzasen ya, pues tardan mucho, como tú lo sabes y también por lo dicho antes. Dijiste que dejarías el apartamento y no tenía tu nueva dirección para cartas ni telegramas.

Si no sabes de mí será que ando en algún pueblo por descansar del visiteo diario que ya me fatiga demasiado.

Hoy he comenzado a buscar alguien que sepa inglés y pueda irse conmigo a Santa Bárbara. Porque son muy malas las noticias de Italia que me da un profesor de la Universidad de California y parece que deberé volver a tu país. Esto mientras puedo yo tener informes sobre algún lugar latino o donde pueda vivir con alguna paz.

Ignoro enteramente hasta dónde llega tu mejoría; pero no te pido noticias. Procuraré tenerlas de M. cada ocho días, cuando ya estés allí.

Yo espero que veles por tu salud y que te des clara cuenta de que eres un ser óptimamente dotado que debería cuidar más de sí. Tú representas un capital espiritual para muchos seres. Algún día te verás en claro a ti misma y no desperdiciarás tu alma y tu cuerpo según lo haces.

Me parece tonto y vano contarte la vida que ha sido la mía en las dos semanas de tu silencio. Es vano porque tú, a pesar de tu inteligencia y tu sutileza no has comprendido ni la a de mi temperamento. Sólo viste en mí el lado de niño estúpido y carente de toda lógica. No has conocido la naturaleza primitiva, no civilizada, que me llevó siempre a pedir a los seres que quise una total limpieza del alma y el cuerpo y una absoluta lealtad. Por esto me quedé solo. Pero, aun cuando sea tan espantoso perder a los seres queridos, voy a morirme como vine, bajo el signo de lo Absoluto. No todo es en mí infancia y torpeza, Doris; hay también una adultez recóndita que en el momento dado me hace ver y palpar toda la realidad. Es el caso presente.

Lo que pierdes en mí son muy pocos años de amistad terrestre. Y esto mismo lo pierdes a medias. Porque yo te pido contar conmigo en cualquier situación dura que se te presente. El afecto que tú me has tenido ha sido, según la propia expresión tuya, filial. No quemes eso también, no lo arrojes de ti por orgullo herido. Escríbeme en cualquier caso de emergencia.

Pero yo te ruego que no me escribas sino por una razón de esa especie. Y te pido igualmente no venir a Jalapa. Mi ánimo está muy trabajado por los días pasados. Me harías mal y tú no quieres hacérmelo. (Un mal moral muy fuerte y el daño físico correspondiente a él.)

Tu psicología es cabal para la gente de tu raza; pero ello ha errado enteramente con este ser elemental, sin matices y brutalmente sincero, que llama al pan pan y al vino vino. Te engañaron mis horas y mis días de sonambulismo. Yo recobré por unos meses contigo, mi fe en lo humano; yo creí, yo confié, yo me di. La caída ha sido tremenda. Necesito ahora rehacer mi espíritu y también mi cuerpo. Así, en soledad y en silencio. No

intentes tú, con esa piedad que en ti reemplaza al amor, rehacer lo dañado y zurcir lo roto. Yo no sirvo para esa clase de manipulaciones.

La piedad te falló esta vez; no supiste que una criatura puede deshacerse, estropearse, en unos cuantos días de angustia pura (absoluta).

Es cierto que eres muy joven y que tienes mucha fe en ti y en el poder del encanto no poco misterioso que Dios puso en ti y que obró sobre mí.

Pero la verdad es que lo vivido por mí contigo era algo tan absurdo —y tan perfecto— que no podía durar. Era de un absurdo descomunal. Tú has recobrado la razón y además has recobrado tu pasado. Lo único que no entiendo en tu caso es que te fallara la veracidad que hay en tu naturaleza. No has tenido el coraje de la verdad, y con un criterio de enfermera, has preferido engañar a tu enfermo.

Yo te deseo feliz, a pesar de todo. Siempre haré por ti un voto de felicidad.

No lo puse. Al leer tu carta.

Sigo esta carta después de haberte escrito el telegrama que irá mañana. El tono perentorio de él me lo dictó la necesidad de buscar quien me acompañe, sea aquí, en México, sea en tu país. No es tarea fácil; es de una dificultad que me aterra. Pero de un día a otro necesitaré responder a la embajada a dónde me voy y día a día preciso absolutamente de una persona que cargue con mi pobre vida.

En verdad tu silencio de dos semanas es una respuesta suficiente. Pero, por lealtad y por una cortesía elemental, yo debo ponerte ese telegrama antes de resolver. Tal vez sea el último favor que yo te pida esa respuesta telegráfica. Espero que te dignes responderme el sí o el no en un cable de una palabra.

Me parece un sueño el que yo tenga que escribir una carta como la que estoy haciendo para ti. Yo te he visto ser con todos de una extremada cortesía, y ser además una persona bondadosa. No sé por qué causa yo vivo esta pesadilla de que tú me rehúses una carta de diez líneas, diciéndome qué cosa ocurre.

Sea que hayas reanudado tu relación con el psiquiatra, o con M.M., es asunto de mera humanidad escribir, responder a una persona que no te ha ofendido ni en pensamiento. Ay, Doris Dana, ¡no te hagas un Karma doble con esta crueldad que no tiene superlativo!

He visto un verdadero examen de conciencia y no hallo en mí sino una culpa: haber creído, a base de la coquetería que tú tienes con casi todos, que había en ti algo parecido al cariño por mí y haber obrado en consecuencia con eso. Debiste tú haberme dado una rehúsa neta e inmediata. No hubo nada parecido a eso. Tal vez comenzaste un juego conmigo cuyo calificativo prefiero no estampar. No se juega así con seres de mi especie; creo que nadie hizo nunca conmigo algo semejante.

Y por esto y por mucho más, yo vivo ahora en un verdadero estupor, en un asombro del cual no logro salir. Parece una burla que me hiciese el Demonio.

Hoy, conversando en medio de la gente, se me ocurrió que pudieses estar enferma de gravedad. Pero he hablado por teléfono ayer con M. y ella tendría que saberlo. Sus respuestas de ayer, como las anteriores, contenían fastidio pero no alarma alguna. (Fastidio de oírme.)

Yo pondré esta carta al correo mañana, después de los dos repartos diarios de correspondencia. Pero esta irá en todo caso con unas líneas añadidas, si hubiese alguna señal tuya de que vives. Porque, en todo caso tú debes saber lo que yo he sido en estas dos semanas.

Debo salir a fines de mes para una casa en el campo. Es una hacienda con habitantes, propiedad de un banquero, a media hora de Jalapa.

(Yo he olvidado darte mi nueva dirección. Vivo hace quince días en la pensión «Jardín Queta», Parque, Juárez N° 6. Aquí ha seguido llegando, devuelta del Hotel México, toda mi correspondencia.)

Yo te doy las gracias Doris Dana, de cuanto me diste de ti misma y de los trabajos que aceptaste hacer por mí, tan duros y numerosos, en Mocambo. Coni, abusó de ti, de tu poca fuerza, de una manera indigna. Y yo no supe darme cuenta de ese hecho. Quemados el sentimiento y la pasión, yo guardaré hacia ti un agradecimiento profundo de la ayuda que me diste para vivir. En esta vida o en otra, eso te será devuelto por Dios o por los seres.

Adiós, Doris Dana. Sé feliz con quien sea.

Gabriela

48. GABRIELA MISTRAL

[24 de mayo de 1949]

Vida mía:

Yo salí ayer con las cuatro visitas hacia Veracruz. Por ver el mar. Y llegué cansado. Te escribo desde la cama, pero no estoy mal, no.

Al llegar a mi cuarto, sin tener ya ninguna idea de tener carta tuya, hallé en el velador tu carta del 17. El sello es del 19. Ha

tardado sólo cuatro días. Y quedé profundamente sorprendido de ella. Te quejas de que no te escribo. Yo estuve esperándote, y, repito, sin escribirte por evitar que mis cartas quedasen allá rodando. Parece que tú me has escrito, pero yo no he tenido palabra tuya en más de dos semanas. En mi estado, que ha sido de una profunda depresión moral, como verás por las cartas adjuntas, ese largo silencio tuyo ha sido fatal. Añade a eso las noticias de M. que tuve por teléfono.

He reflexionado si debía o no mandarte esas cartas mías. (Ya antes rompí dos o tres.) Tal vez es mejor que sepas algo de lo que he vivido en estos días. Yo soy ahora, en lo moral, una especie de convaleciente. Tu carta del 17 me ha traído cierto alivio; he dado un gran suspiro de alivio. Pero es cosa de rehacer en mí la fe, como un miembro roto, lentamente, como tú estás tratando tu corazón. Tú sabías muy bien que la esperanza (la fe inclusa en ella) se quiebra en mí con muy poco.

En todo caso yo te pido perdón por esas cartas en la parte donde yo te digo de no venir a Jalapa aunque vengas a México. En este país tú dependes de una familia y esa familia es precisamente la de M.M. Hay, además, en M. de Puebla alguna cosa obscura que percibo y entiendo a medias. Tú no eres el ser libre que yo creí, no, no lo eres. Y por esto y por tu silencio, tan cargado de sentido, tú hallarás en mí un ser que no te va a pedir nada. Tú harás lo que quieras, tendrás la libertad absoluta que tú amas tanto, yo no te pediré nada, Doris, niña americana cuyas reacciones y cuyo sentido de la vida son muy diversos de los míos. Yo te miraré vivir y cuidaré de tu salud. Me bastará con verte en este cuarto vacío, con que oigamos juntos el canto desaforado de los pájaros (centenares en el Parque). Yo te veré vivir y esto me bastará. Yo velaré por ti.

Hasta hoy no sé tu estado preciso de salud. Ignoro si aún sientes ahogos, si la flaqueza del cuerpo ha reaccionado un poco, si la infección cede. Lo grave sería lo primero.

Ignoro quién hace tus encargos de la calle: alimentos, medicinas, cartas, etc.

No sé si tú sales o si estás solita y tendida en tu cama. Nada sé de detalles, y yo soy muy detallista. Me sientes tan extranjero que nada me cuentas de tu vida diaria. Si tú no vienes, yo acabaré por ignorar toda tu vida y en ese punto, ya no valdrá la pena escribir, que yo te escriba.

Tú me dices en tu carta del 17 cosas que yo no puedo concebir como reales. No sueldan con la realidad; parecen trozos de poesía de tipo imaginativa.

El corazón, vida mía, es órgano tan celoso como un hispanoamericano. No le des violencia alguna, aunque con M.M. ha vuelto para ti el tiempo de la violencia; no camines rápido; no te vuelvas bruscamente en la cama; elimina toda cólera o impaciencia; tampoco trabajes sin hacer pausas a cada media hora. Y no tengas preocupaciones de ningún género, incluyendo el económico. Tú puedes vivir conmigo, en el lugar que sea, por el tiempo que tú quieras darme, aceptándome un salario, que será modesto en relación con lo que tú eres y vales, y que ahorrarás entero, sin gastos de vida ni ropa. Vuelve a hacer poesía, eso te alegrará. Y cuentos. Yo sé que no aceptarás el trabajo de ayudarme a leerlos, yo lo sé, y eso me duele en lo profundo, aunque no te lo diga. Tú tienes un desdén demasiado grande de mí como lectora futura y tú no quieres enseñarme nada. Yo no insistiré en esto, vida mía. Yo usaré mis pobres discos de inglés. A mí me importa mucho tu lengua.

Te repito que estoy en otra parte: en la plaza central de la ciudad, «Jardín Queta», Juárez 6, Parque.

Paso y repaso tu carta del 17. No entiendo nada. Todo eso no lo puedo saldar con tu silencio de más de dos semanas, con tu voluntad de estar lejos, con tu independencia absoluta y con ese deseo de filialidad (1) expreso y tácito que hay en ti hacia mí.

Te abrazo tiernamente,

Gabriela

(1) Yo acepto darte eso que tú quieres darme, sí, yo lo acepto.

49. Gabriela Mistral

Mayo 25, 1949

DORIS DANA
AP A E-435 WEST 119 STREET
NEW YORK 27 NY

DOCTOR CHÁVEZ PUEDE TRATARLE VEN PRONTO O NO VENGAS AFECTOS

GABRIELA

50. Gabriela Mistral

Doris querida:

Yo tengo que quedarme en Jalapa por evitar la humedad (llueve y llueve aquí).

Mañana vuelvo. Margarita te cuidará esta noche.
No he hallado otro arreglo.
¡Cuídate, por favor!
Te abraza,

Gabriela

51. GABRIELA MISTRAL

Vida mía, yo estoy haciendo la conferencia de hoy en este mismo cuadernito. He hecho una parada porque a cada momento tú me cortas la conferencia. A cada rato... Tu rostro anda en el aire, llena esta casa tan grande. Salta como un pájaro aquí y allá. Ay, vida mía ¿cómo estás tú, qué te han dicho los médicos, dónde estás, qué haces, qué piensas, qué expresión tienen tus ojos, tu boca? ¿Quiénes están contigo? ¿Dormiste bien? ¿Te acuerdas de tu pobrecito? Porque él se recuerda de ti a cada momento. Tú dices: «Guarda esto lindo que tenemos». Sí, mi amor, guárdalo tú también. No lo pierdas, yo lo velo, yo cuido de esto. Es muy delicado el amor. Se rompe de nada, o se gasta, se envejece, se afea, se vuelve costumbre helada. Cuídalo, mi amor, vela sobre él.

Lo primero es que mejores, que te trates, que tomes todas tus medicinas. Que comas bien, muy bien, sin ahorrar nada en eso, que comas todo lo que no te haga daño, que comas lo mejor, aunque te cueste caro.

Y que guardes tu alegría, que tengas alegría, a pesar de todo, aunque estemos separados, aunque estés enfermita. La alegría cuenta tanto como el alimento en el mal del hígado. Acuérdate de

que estaremos juntos muy pronto, acuérdate. Puedes bajar en ocho o diez días, quedar aquí una semana y volver a subir. (Cuando bajes, llévate algunos cheques de nuestra cuenta común. Lo olvidaste.)

No olvides que el hígado precisa de agua. Bebe bastante. Y recuerda la Boldina, tratamiento hoy universal del hígado.

Yo quiero verte, luz mía, claridad de mis ojos, único gozo mío, sostén de mi torpeza y mi invalidez, y mi sonambulismo. Tú eres mi único apoyo en este mundo y mi única razón de vivir, óyelo, óyelo. No me falles. Y cobra alegría. Si no mejoras, yo puedo pedir enseguida mis pasajes al ministerio. Recuerda esto.

No te digo más hoy. Te beso, te espero, te busco y te tengo.

Tu Gabriela

52. GABRIELA MISTRAL

Mi vida:

Tú eres de una raza que se controla; yo no. Tú estás segura de mí; yo no tengo seguridad alguna de ti.

Pero hay más: yo necesito de tu presencia de una manera violenta, como del aire. Parece que estuviese viviendo una asfixia. Es eso exactamente.

Tal vez fue locura muy grande entrar en esta pasión. Cuando examino los primeros hechos, yo sé que la culpa fue enteramente mía. Yo creí que lo que saltaba de tu mirada era amor y yo he visto después que tú miras así a mucha gente. Loco fui, insensato: como un niño, Doris, como un niño.

Vuelvo al punto del dinero. Tú, enferma aún, corres por Nueva York haciendo diligencias incluso por mí, para tener más dinero. ¡Ten cuidado, mi amor!, yo sé que eso, el dinero, es, en ciertas vidas, una especie de materia maldita; él quema, destroza y mata al fin la dicha.

Yo sé perfectamente que es muy malo cuando el dinero falta. Pero no es ese el caso nuestro, vida mía. Yo tengo esto: Salario 426; subvención temporal 100; arriendo de Santa Bárbara, 200; arriendo de Monrovia, 100 y tanto. Yo te ruego que pienses en lo que te digo.

A mí me queda muy poca vida por delante. Esas briznas de vida yo quiero dártelas. Y llevo ya veinte días sin ti, veinte. ¡Parecen nada y son tanto!

Otro asunto: estoy cierta ya de que la altura me daña. Y ya he encontrado una casita en Mata de Caña para vivir un tiempo: pleno campo, pero con vecinos. Mañana voy a ver eso.

Si tú no puedes regresar enseguida, tendré que llevar a alguien. Pero me da miedo topar con gente mala.

Si quedo aquí esperando, seguiré viviendo el tremendo desvelo —nervioso— de que te he hablado y el estado de angustia del día entero. Yo te había ocultado lo que me pasa; pero tal vez sea necesario que lo sepas.

Por las cuentas que te hago verás tú que no debes estar ahorrando dinero a costa de tu salud... y de mi infelicidad. Yo no puedo creer que entre Dr., medicinas y comida tú gastes la cifra que me das. En todo caso, la situación es esta: Te he dado cuatrocientos dólares. Pagaste ciento cincuenta sólo de avión. Tu enfermedad y tu comida no puedes sacarlas de los cincuenta dólares que dices. ¿Por qué tú me crees tan necia? Los doscientos dólares que dices tener no puedes tenerlos enteros para tu pasaje de vuelta. Déjame que te mande a lo menos cien.

Yo acepto que económicamente cuando ya estés curada y estés aquí, conmigo —sé que lo de Italia sigue muy turbio—, soportaremos esto hasta ver algo claro de Italia. La xenofobia será menor en el campo. Y mandaremos a la criada a comprar los alimentos a Jalapa. Pasan seguidos los buses de Veracruz.

Piensa todo esto; vida mía.

Por primera vez en un año, yo tengo en el banco tres mil dólares. No temas de este lado del dinero, no. Tú eres muy prudente y lo manejarás, y podrás ahorrar.

Yo no puedo seguir aquí viviendo: las visitas me toman cuatro y seis horas. Y en el aliento se me va la fuerza toda.

Lo que yo ignoro —lo sabré mañana por tu cable— tu verdadero estado. Estoy sumamente inquieto. Anoche soñé con mucho fuego. Unos dicen que eso es peligro; otros que es dinero. Por ello te he cablegrafiado.

Va, aparte una linda carta de Palma. Gracias a Dios que te quiere.

Vente, mi amor, si no estás malita. ¡Vente! Por barco, por barco.

Tu Gabriela

53. Gabriela Mistral

[25 de mayo de 1949]

Doris querida:

Llega un tiempo en el cual el chileno paciente estalla y lanza un ultimátum... Y ese tiempo ha llegado para mí. A pesar de tu fineza

de Inglaterra y de tu alarde de libertad, de tu fiebre libertaria, aquí van estas declaraciones casi bélicas, no poco brutales:

Existe en México una cosa que se llama Dr. Chávez. Ese hombre sabe más del corazón, que los Drs. que te están tratando.

Tú sigues allá por una de estas razones.

a) Un amor que no confiesas. (M.M. ha vuelto a entrar en tu vida y vas a regresar con ella.)

b) Falta de dinero para gastos que yo ignoro. La deuda en que te lanzaste por M.M. puedes amortizarla desde aquí. Yo te ayudaré para eso.

c) Neoyorquismo. Esto no tiene cura. Opta entre esa ciudad y esta indígena del sur. Pero resuelve pronto. Yo no puedo esperar más para resolver de mi vida. Una niña viene a dormir en mi cuarto. No me sirve de nada. Otra viene a ordenar mis papeles. Hay que enseñarle todo. En el día no tengo con quién salir a la calle. Y mi cabeza suele andar con un mareo que me invalida para eso; hacer mis compras.

Quédate o vente, Doris Dana. Yo no creo en el amor escrito, «por correspondencia».

Chávez viene a verme esta semana próxima. Voy a telegrafiarle por esto. Yo puedo pedirle que tarde unos días más. No mucho: una semana. Él es el creador del Instituto de Cardiología de México, único en la América Latina y es Doctor Honoris Causa de la Sorbonne y dos universidades más, europeas. Él es un sabio y un mago en su ramo.

La razón (?) de tus médicos no cuenta más para mí.

Yo como aquí mal. He llegado, por eso, a una extrema debilidad y a un enflaquecimiento grande. Estoy tocando fondo.

No creo más en palabras. Apresura a la compañera elegida y vente. Si Chávez ya ha venido a verme, tú lo hallarás en México.

Trátate con él. Puedes subir por tren a México cada semana. No te dejaré manejar tu auto para viajes largos. Tú no te vas a fatigar más: eso se acabó.

Es de urgencia el que yo resuelva, al regreso de mi embajador que está en la UNO, dónde voy y cuándo me voy. Necesito de ti para esta resolución.

Quédate allá en definitiva o vente, haciendo tres jornadas de tren. Te abraza tu Gabriela.

Tú tal vez te violentes por mi cable de hoy. Tengo razones de salud, de estado de ánimo y también de necesidad: y yo quiero saber por fin si lo que dicen tus cartas es verdad. (Perdona mi crudeza.)

Yo no te he precisado nada sobre tu vida conmigo en lo económico. Yo te daría (¡Ay, no es un salario!) en México ciento veinte dólares; ciento cincuenta en California y en Suiza no sé; ignoro el valor de la moneda.

Pero lo que tú ahorres de mis haberes mensuales irá a una cuenta a nombre de las dos.

El 26 es mal día para mí y ese día va a llegarme tu respuesta.

54. Gabriela Mistral

Tengo que escribirte, como si estuvieses en la China. Porque tú tienes, Doris, una susceptibilidad y un orgullo tan fenomenales que cualquier palabra bien intencionada levanta en ti una cólera loca. Soporta pues, a lo menos mi escritura.

El asunto del auto y el banco no me lo diste en claro como debías. Sospecho que te tardan el auto porque tú no pagas. Yo te

he dicho varias veces que te puedo dar parte o todo del precio del auto y tú o te indignas o no contestas. Lo mismo ocurre cuando te hablo de ropa y de cualquier otra cosa.

El resultado lento de todo esto, de tu falta de dinero para tus necesidades es que vas volviéndote de más en más colérica y niegas enseguida estas cóleras y su causa.

Yo me voy cansando, Doris Dana de esta situación tan compleja que se va envenenando día por día. Tu carácter se agria de más en más. Tienes la mayor paciencia para los criados que te explotan y ninguna para mí, pues en tus cóleras se te quema toda la cortesía y te vuelves un ser al que no reconozco. En una de estas veces va a ocurrir el que yo no pueda soportar más, tolerar más, y pierda yo misma la paciencia. Entonces vendrá una ruptura real y definitiva. La última vez has estado muy cerca de eso. Las peores peleas de las gentes arrancan de cosas económicas, Doris. Sería mucho mejor, sería un saneamiento en nuestra amistad decidirte tú a responderme con veracidad sobre tus necesidades económicas. Si no aceptas hacer esto es mejor que te vayas. Porque lo que va viniendo hacia nosotras, día por día, es una ruptura nada decente, nada digna, grosera y plebeya. Y esto me da horror. Porque los seres que han vivido una tal intimidad no deben separarse de esta manera plebeya y a causa de que el uno, por orgullo, por soberbio, por racista, no quiere decir al otro con desnudez sus necesidades económicas.

Yo puedo, con toda facilidad, gastar ese dinero por aumento de sueldos de antes, más algo del fondo que había ya antes. Puedo darte quinientos dólares del auto más cuatrocientos para tus hoteles y alguna ropa.

Es necesario que tú sepas que el resto de la cuenta lo tengo a la espera del dinero que tal vez mandará Tomic[42] por la casa de la

Emelina[43]. Y si, por la guerra, yo no compro casa en Nápoles, ese dinero debe ser un pequeño fondo para la vida de nosotras dos, en el caso de que el P. N.[44] me cese, cosa que no es imposible, que él pueda hacer si es que realiza una reforma general de los sueldos de la cual él ha hablado muchas veces. Dentro de una reforma general, él puede anular mi ley. Este temor mío, que no te he dicho es lo que me hace aparecer avara antes tus ojos.

En todo caso, Doris Dana, es absolutamente necesario el que tú no envenenes tu vida con tu propio silencio respecto de tus asuntos económicos. Eso es un horror, ni tú ni yo debemos caer en esa plebeyez.

No me discutas ni mucho ni poco lo que te propongo aquí. Haz el cheque según lo dicho. Y no me hables sobre este asunto porque está demás y porque estamos envenenando tu vida y la mía con estos asuntos. Yo sé muy bien, yo recuerdo muy bien, yo tengo presente el que tú me has dado casi tres años de tu vida, cosa impagable e inolvidable. Nada has pedido y eso es lo peor; la falta de franqueza está envenenando nuestra vida común. Observa bien: tú le das a los criados mejor trato que a mí; tú les hablas con la bondad que debías darme también a mí siempre.

No me discutas nada sobre esta carta. Yo no debo hacer cóleras. Tú olvidas que soy una enferma.

55. Doris Dana

28 de mayo de 1949

Recibo tus cartas.

Llego Jalapa martes 31. Recibo tus cartas. Nunca escribe a Puebla. No sé nada del viaje con M. No es verdad. Llego sola. Vi a M.

solamente una vez para arreglar deuda. Que alegría siento verte pronto. Te abrazo cariñosamente,

Doris

56. GABRIELA MISTRAL

Julio de 1949

Doris Dorada:

Yo estoy muy contenta de saber que ya va pasando tu Purgatorio. Todas esas son «purgas», o del alma o del cuerpo. Y se sale de ellas en mejor estado que antes.

Pero me temo que no aprendas todavía el «ahorrarte», el suprimir todos los trajines (caminatas, afanes) que no son absolutamente necesarios. Y este pensamiento me da bastante cólera.

Yo estoy casi-casi bien. Tú sabes que toda mi dolencia consiste en no tener fuerza. Ahora me duele algo el riñón: puede ser mero enfriamiento.

Yo espero que en el auto de Nicolau tú veas —sin bajarte— la ciudad de México y los alrededores. Porque te hará falta ver la ciudad donde viviste casi un mes, aunque sea enfermita.

Cómprate la ropa que necesites para el calor del trayecto, que es muy grande, ya sabes, hasta llegar a Barcelona.

Yo tengo la enfermedad de no escribir cartas. Pero te recuerdo siempre porque te quiero bien.

Te esperamos aquí, pero pensando en que reposes un mes para acabar de recobrar tus fuerzas.

No hay novedades. Sólo que vino Diego.[45]

Un abrazo de la granjera. Gabriela. ¡Dios te guarde!

57. GABRIELA MISTRAL

[17 de julio de 1949]

Doris mía y... de tantas: espero mandar mañana —se va M.— la carta que te escribí hoy de mañana. Cuando no sepas de mí entiende que no tengo con quién mandar mis cartas. Además, yo no tengo aún dirección tuya segura. Esto me aflige. Tú eres nerviosa y además no crees en mí y puedes interpretar mal mi silencio.

Yo vivo fijo en ti como un poseso (poseído) excepto en los momentos en que leo o escribo. Procura tener más fe en mí. Sin fe, tú no puedes serme fiel. Y de esto, de serme fiel, depende todo nuestro porvenir. (Porque yo nunca perdono la deslealtad.) Yo estoy bien; ahora me acuesto temprano. Porque mi cuerpo descansa así suelto y apoyado en la almohada. Yo necesito de urgencia saber cómo estás y dónde estás. Tú dispones de todo el dinero que necesites para alojarte bien. No tienes sino que girar a la cuenta común, o si no llevaste chequera, pedirme dinero, por telegrama. Te ruego, te pido que hagas eso. Esta casa es cosa muerta sin ti. Todo está muerto. Yo voy a leer una cosa folklórica por vivir las horas de día que quedan. Necesito sacudir esta sensación de nihil, de vacío, de abandono, de soledad absoluta. Pronto sigo.

Levanta tu ánimo. M. te ha encontrado muy deprimida, mal de salud y nerviosa. Así es, y hay que añadir la flacura creciente. Yo estoy sumamente preocupada por todo esto mi amor. Si tú eres leal para hacerme una gracia, un regalo, un bien a mi salud, cuídate, come, alégrate y suprime tus preocupaciones. (Si estas últimas son de dinero, dímelas también.) Igualmente dímelas si ellas vienen de que tú tienes en Nueva York algún vínculo que no dices y que deseas reanudar. La realidad tuya más evidente es esta: no eres feliz,

no, no lo eres y mi compañía no te hace ningún bien visible. Esta realidad ahora la tengo presente a cada momento. Y siento una especie de vergüenza muy grande. Porque yo te retengo sin darte dicha alguna y sin poder borrar tus dolores antiguos. Yo estoy dispuesto a sacrificarme, a todo estoy dispuesto, Doris mía. Pienso ahora que ese mal del hígado viene de tu tristeza y que esta tiene por causa esta vida tan pobre, tan encerrada, tan limitada que vives conmigo. En Italia, te dejaré ir solita a Niza o a las ciudades que yo me conozco. Para que tengas libertad plena y te sientas dueña de ti y de darte a quien ames. Todo, incluso esta cosa tremenda, con tal de que no seas desgraciada. No vivas, pues, esa tristeza que me duele y que me ofende. Tú puedes alegrarte como en Nueva York allá en Europa en sabiéndote libre, libre, dueña de ti. Estas palabras las he pensado mucho. Yo estoy dispuesto a ese sacrificio, porque vivas, y recobres tu alegría.

Te besa tu Gabriela

58. Gabriela Mistral

17 de julio [de 1949]

Amor, aquí estoy, de vuelta de Jalapa. Llevé dos cartas para ti. Era domingo y no podía certificarlas. Me las traje. Me da mucha pena andar en tu coche y sin ti. Vago por las calles como el ser huérfano que soy. Y después de haberte conocido, el perderte, el tenerte lejos, es peor que el no haberte tenido nunca. Te cuento estas miserias solamente por hacerte ver que en tu salud reside la alegría tuya y la salvación mía, que tu cuerpo ha pasado a ser mi

cuerpo, que tú tienes en tus manos todo mi destino, después del Señor y de mi Ángel Custodio. Me temo que Palma venga a dejarte y quede aquí. Yo no podría decirte la experiencia segunda o tercera de tu ausencia, esta especie de media-vida, esta sequedad del alma, este malestar constante, esta pobreza infinita, este mal sueño en que caigo cuando te pierdo. Aquí quedo hoy. Sigo mañana.

59. Gabriela Mistral

20 de julio [de 1949]

Vida mía: tú, te me quejaste ayer por teléfono, de que no te he escrito. Casi todos los días yo lo he hecho; pero ¿cómo mandarte esas cartas? Yo olvidé la dirección de tu Dra. americana. Y aquí estoy juntando bobamente este carterío. Si me hubieses obedecido yéndote a un sanatorio, esas cartas habrían ido casi todos los días.

Este sofoco, este ahogo, este silencio, pesan mucho sobre mí, vida. Si yo he de vivir más tarde, no esta prueba causada por tu dolencia sino causada por tu olvido o una separación de un año —o de seis meses— yo creo que no podría soportarla.

Es como si siempre yo te hubiese tenido, como si fuésemos hermanos de edad semejante, o como si fuésemos amantes de media vida, o couple (casados) de mucho tiempo. Ni por un momento esto parece una historia de diez meses. (Cuando se cumpla el año, yo quiero estar contigo cerca del mar, sanos ambos, fuertes ambos. Será nuestro primer aniversario, vida mía.)

Espero que no vuelvas tú a llegar al grado de fatiga al que has llegado y espero que ese mal infeccioso no te vuelva. Porque eres

tan frágil, pececito mío, que te me puedes romper en dos o tres años y sería eso un horror. Porque tenemos una vida —en mí tal vez de cinco años— de la cual disfrutar como de un vino a la vez fuerte y fino y penetrante. Yo quiero que tengas conmigo eso que llaman «la dulzura de vivir», un poco de éxtasis y otro de vida intensa, de llama viva y de reposo y confianza. Y confianza. Porque tenemos hasta hoy la desventura de no creer el uno en el otro. Esta es la verdad. Y esta falta absoluta de fe es cosa fatal. Puede llevarnos cualquier día a la separación y eso sería tal vez para ambos una desventura y un remordimiento quemante. Yo sentí en tu voz por el teléfono que tú dudas de mí, que piensas que mi silencio es olvido. Tú estás loca. Yo te beso.

Gabriela

60. GABRIELA MISTRAL

[20 de julio de 1949]

Mi enfermita, ¡me da tanta pena esa infección! Es lo mismo que lo de Veracruz sólo que doblada a causa de que no te la curaron en Nueva York.

Yo vuelvo a rogarte que, aunque tus Drs. sean San Pedro y San Pablo juntos, tú veas dos más, uno que te recomiende el Dr. Chávez y otro que te recomiende la Dra. americana. Porque —óyemelo bien— si me acompaña para Italia tú vas a tocar en cuatro o cinco puertos calientes, tropicales: La Habana, San Juan de Puerto Rico (¡!), Curazao, Tenerife, dos puertos del Marruecos francés,

Tánger, etc... Yo creo que el barco se estará en cada puerto antillano dos días. Por lo tanto, dear, hay el peligro grande de llevar bichos y de quedarnos en el camino. Eso, si tú no agotas, allí, en México, la «mataduría» de los bichos. Te digo todo esto muy en serio.

Sí, pobrecita: tenían que tumbarte en la cama y por dieciocho días. Es la única manera de que tú pares, de que obedezcas, de que tengas piedad de tu cuerpo. Tú a nadie obedeces, cabeza de enjambre. (Pero las abejas son dóciles como un cabello y tú no.)

He estado contestando cartas como una loca. De Chile en especial. A causa de la furia de mis «paisanos».

Y leyendo las Cotovías que vinieron. Estas me toman fuerte, tú lo sabes.

Llegaron ayer Emma Cossío y una vasca que me gusta mucho: Pilar de Zubiaurre,[46] hermana de pintores grandes. Pena que tú no conocieses una mujer vasca. Me entenderías más y me excusarías las brusquedades.

Yo sigo creyendo que pese a la bondad loca de la Palmilla, tú debiste irte a un sanatorio grande. Por todos los lavados, las hurgaduras y los restregones que allí le dan a una. En mi hospital de Los Ángeles, así me «averiguaron» a mí, desde los lagrimales hasta el potito...

La vida aquí sigue dulce y los animales maravillosos. Pero hay que irse, Doris, sí, hay que irse. Tú sabes (¿llegó mi carta para Palma?) que el decreto de comisión está hecho hace ya unos doce días. Y me dicen de pedir el pasaje, Trucco.[47] Yo necesito absolutamente de que venga la Palmilla porque debo tratar con ella cosas largas, largas y resolver lo de los pasajes, y mucho más.

Come, come, come. Encarga —tú misma— comederos de harina, esas cosas de nosotros que engordan. Y ve que te sigan los bichos y que los mates a todos como a piojos... Ayer fue la primera

inyección de suero. Calla esto con la gente. No quiero salir de «affiche» en los periódicos. El primer efecto es que el corazón está más firme. Yo lo siento siempre, al pobre como una ansiedad viva y constante, como algo que se me queda atrás. Faltan dos inyecciones más. Creo poco de él: es cubano. Seguramente lo sacan de negros muertos. Y yo habré pasado a ser mulata...

Si la Palmilla viene, podremos ir a ver lo de Mocambo. Dijo el hombre Aurelio que «todo estaba sin llaves» y ese decir tan enfático me preocupa.

Ese poder aún no sale. Falta ahora llevar el pasaporte. Me lo anda buscando Madelena, que viene ahora cada cuatro o cinco días.

Todo en la casa perfecta corre bien. Yo no me fuese de aquí nunca si ese patrón no me hubiese dejado arrendar este piso. Con los indios en torno, yo vivo muy bien, pero muy bien. Ellos son los míos. Pero los de arriba son mestizos y españoles. (Que no se enoje la Palmilla...) Pero ahora ya no hay nada que hacer sino irse. Y ver a Yin pasar su espaldita en una tierra donde fue feliz. Y comprarme la tierrita mía, al lado de él. Y comer sopa de pescado, mientras eso viene, y comer higos azules, y oír fuentes, y ver el olivo y la vid, y ser niño, y reaprender el italiano...

Cúrate, chiquita, cúrate.

Gabriela

[P.S.] Pobre Arévalo.[48]

61. GABRIELA MISTRAL

27 de julio [de 1949]

Doris querida, estoy apenada de tu débil mejoría. Y te he telegrafiado de consultar al Dr. Sepúlveda, especialista famoso. ¡Por favor! Tú obedeces solamente a las Madrigal y ¡ellas no saben palabra de ciencia! ¡Por favor! Ve a Sepúlveda y trae las medicinas. Y te vienes. En El Lencero puedes estar acostada. En cuanto al Dr., si Sepúlveda falla, te llevaré a Veracruz, donde, óyelo bien, los Drs. están especializados en hígado, a causa del clima. También te haremos aquí comer el doble. ¡Ay, qué flaquita eres! ¿Recibiste las cartas de tu hermana y las otras? Comprenderás que me irrita y me ofende el que sigas sin usar ese cheque. Yo estoy bien, del cuerpo, del cuerpo. Me alegra el que entendieses con la vasquita Pilar. Acostada, estudiarás italiano. Yo estoy leyendo algo de eso. Ya pedí los pasajes (míos) a Chile. Naturalmente, Doris Dana, su billete del barco italiano es de mi cuenta y no de la suya. Yo tengo para eso. Cómprate (encárgalo a alguien) algunos libros ingleses para leer a bordo. Consulta al Dr. Sepúlveda sobre el suero ruso. Aquí no lo tienen, pero allá puedes conseguirlo. No olvides esto. Ojalá, ay, ojalá llegues aquí domingo o lunes o martes. Sobra decir más.

El abrazo de tu Gabriela

62. GABRIELA MISTRAL

[12 de agosto de 1949]

Doris querida: pena no haber podido hablar contigo ayer. Quería saber si mejoras un poco, o bastante. ¡Pero habías salido a cenar

afuera! ¿Y dónde está tu descanso chiquita? En el día traqueteas por diligencias y en la noche duermes poco.

Yo quiero saber si de veras, efectivamente, tienes amebas. Es un mal largo, pero todavía dudo de eso porque en Brasil nos daban amebas a todos...

Lo indudable es que tuviste un golpe de ictericia, esto sí. Y ese mal cuando salta al ojo ya es avanzado. No olvides esto. Creo que hay que suprimir la carne y reemplazarla con el jugo de ella y no más. ¡Por favor, cuídate!

La casa está muy rara sin ti. Yo temo que el Lencero —hace calor— no sea bueno para tu mal. Si es así, puedes irte a Jalapa. Vino una linda pariente de los Murillo,[49] tiene casa-pensión, parece, con huerto, allá arriba. Tú te observarás en El Lencero unos cuatro días y procederemos en consecuencia. Retiene tú esto. Es muy importante tu mejoría, chiquita.

No sé cuándo tú vuelves. Resuelve de esto a tu entera voluntad, observándote muy bien.

Necesito avisar al ministerio la fecha de mi partida de Veracruz. Dámela. Yo te hablaré por teléfono, tal vez el martes, si no he recibido carta tuya. Hace cuatro o cinco días que no sé de ti por carta.

Margarita Michelena me dice de ti que realmente tú quieres ir a Italia conmigo. Yo dudaba un poco porque tú tienes una flaqueza: nunca dices las cosas que pueden dar a una dolor o dar intranquilidad. Yo sé muy poco de ti; yo ignoro hasta hoy si la vida conmigo te ha sido aceptable y si realmente la quieres prolongar. Yo sé —con cierto espanto— que eres capaz de hacer sacrificios incluso por una M. Madrigal. Eso es algo tremendo y me asusta. Y por saber esto a cada cosa que haces por mí, en bien mío, suele parecerme sacrificio y no deseo tuyo, voluntad alegre tuya. He

tardado en ver esto pero ya lo veo. Desde que lo vi necesito hurgar mucho antes de ver un poco claro.

Yo tengo ciertas doctrinas que a veces olvido, pero que son fuertes: una de ellas es la responsabilidad de recibir sacrificios hechos en mi favor. Los orientales marcan como cosa grave el cargar a los demás con sacrificios. Sobre todo con los del alma. Los sacrificios sufren las consecuencias de doblar la voluntad propia y torcer así sus vidas. Y el que hace esa operación se carga mucho de Karma.

Y tú me haces —no sólo te haces—, me haces a mí el daño de sacrificarme tu oficio, entrando en esa mala casa que es tu trajín de todo el día por cosas materiales y banales que te fatigan y te queman días enteros y semanas. Veo este hecho a la larga; yo soy muy lenta en reaccionar, por ser una distraída y trascordada.

Obra tú conmigo en adelante a plena franqueza, a plena confianza. Sólo así se evitará el hecho de que más tarde tú te des cuenta con amargura de que has perdido dos años conmigo para tu obra. Sobre esta condición, chiquita, tú vas a hacer ese viaje. Prométemelo así.

Te dejo y te mando una bendición. Mis orientales mandan recuerdos como bendiciones. Ay, cuídate y mejora. Y corrige tus nervios como una oriental.

Te abraza Gabriela

63. GABRIELA MISTRAL

[15 de agosto de 1949]

Doris querida, lo que voy a decirte aquí, te lo repetiré por teléfono tal vez mañana.

He estado en la faena mental tremenda de pensar en la compañía que debo tener en Génova. Al fin me he acordado de la viuda de mi jefe Errázuriz[50]. Ella quería ir a verme a California. Eso quiere decir que se atreve a viajar.

Antes de esa faena he estado tres o cuatro horas sin dormir procurando analizar lo poco que he visto en ti durante los dos días últimos. Soy tan ciego que he visto muy tarde lo que pude ver temprano. Tú has dicho, llorando, que tú no verías a tu madre. Es cosa que no entiendo pero que debo aceptar. (Ningún latino comprende el que haya que acompañar a una madre que se casa a los sesenta años. Pero tú eres inglesa.)

Tenía yo la candidez de creer que tú realmente querías seguirme hacia Europa. Lo creía a pie juntillas.

No sé si te he dado decepciones grandes en otros días; lo ignoraba por completo: ¡qué barbaridad! Yo he andado esta semana mal del cuerpo y del espíritu. No te lo dije, porque tú estás diez veces más mal que yo. Cuando cae mi salud (es una subida de la diabetes, del azúcar) mi ánimo es otro. He tenido y tengo abultamientos de la carne —debajo de ella—. He enflaquecido más también. Nosotras dos nos ignoramos mutuamente. Esto es una tragedia viva, pero esto ocurre, Doris, amor mío. Y de aquí viene nuestra desventura.

Me ha dolido horriblemente oír a Margarita esto: que tú dices —supongo que como razón para no irte conmigo— que no puedes cargar mis maletas. ¿Es que no hay maleteros en las estaciones y los malecones? ¡Qué horror! ¡Qué razón!

Tú has perdido enteramente la salud en estos climas llenos de plagas. Este hecho me trabaja la conciencia día a día. Tú no ves siquiera la ansiedad con que miro tu cara a cada momento. ¿Porque mi cara siempre fue de leño o de piedra, Doris mía? Y yo no

he salido antes de México para liberarte de las plagas tropicales porque un cónsul no puede moverse sin recibir sus pasajes. Pero hay en mí una especie de desesperación muda primero porque has perdido toda salud; segundo porque sé que te pierdo «sin remedio y para siempre».

No temas que te ataje, que te fuerce, que te pida acompañarme. En avión tú arruinarías más tu corazón; en barco directo y rápido sería muy fácil que fueses; pero yo sé, sé, sé, que no quieres correr el riesgo de vivir conmigo. Yo te parezco una mala compañera. (Tuve la torpeza de hacerte trabajar mucho un día —lo de Aurobindo y lo de [...]. Yo vi sólo al final que te cansaste mucho.) Porque no he ganado de ti ni una migaja de confianza. Te bastaría decirme: «No me mandes a eso, no tengo fuerzas». Pero no has querido darme confianza, ser tu hermana.

Parece que nuestra experiencia está entera fallida; parece que hemos llegado a un fracaso completo. La raíz del mal es, absolutamente, el no haber yo merecido de ti eso tan simple y lindo, la confianza.

El no haber buscado arreglo para el asunto de la casa de Monrovia y habérmela rehusado verticalmente es otra de las cosas que sólo ahora ves en claro. Temes comprometerte, temes que yo te obligue a vivir conmigo para siempre. Y temes todo eso porque no has podido aceptarme con mis torpezas, con mis faltas, con mis rudezas, con mis abusos. Y lo peor para mí es que tienes razón. El amor para el americano es una especie de camaradería pero no una entrega ni una aceptación de los defectos del otro ni la mera paciencia con esas fallas.

Es un círculo cerrado y ya sin remedio. Porque yo me voy —faltan sólo dos semanas— y como nuestra reunión parece haber sido un fracaso, completo, ni tú ni yo vamos a ensayar, tal vez

el remediar los errores. Y como las culpas son mías, yo soy la que menos puedo intentarlo.

Tu reserva conmigo, cosa para mí imperdonable, me cierra ahora la boca. Yo aceptaré perderte sin decirte un ¡ay! De ayes está llena mi garganta, Doris Dana, pero yo no soy un romanticón ni un sentimentaloide. Yo voy a callar y a dejar tu vida libre. Tal vez lo que tú has buscado en estos días es sólo eso: recobrar tu libertad entera. (Tú eres de una raza libertaria y yo de una raza esclavista.)

No llores por esta carta. Me es más fácil, mi amor, escribir que hablar estas cosas.

Tu Gabriela. Tuyo

P.S. Yo debo poner un cable a doña Carmela Errázuriz mañana, a más tardar pasado mañana. Tú me responderás por teléfono. Creo difícil poder hablarte ya hoy. No estarás en casa antes de las siete. A las siete llega Palma yo creo. El chofer se fue. Hay otro. ¡Ojo!

64. GABRIELA MISTRAL

21 de noviembre [de 1949]

Doris, compañera mía: pedí a Dora[51] copiarte esas cartas. Ojalá puedas entenderlas. Ahora te explico, para que tú entiendas este caso: hay en mi mente una operación de acumulaciones y ella funciona muy lentamente. Cuando ya se ha hecho un bloque, aquello sube como una especie de madrépora desde el fondo de un mar. Grumo a grumo, palabra a palabra, imagen a imagen,

gesto a gesto, se ha formado eso, esa decisión, esa resolución. Pero ya viene sólida y como fulminante.

Sobra decirte, dear, que lo peor es ese judío mediocre y presumido, frío como un protestante inglés, tal vez negociante en favor de alguien; pero seguramente mero servidor obediente de la xenofobia de los suyos. Yin va y viene por el espacio de mi alma, o bien es que mi pasado europeo ha vuelto, después de la semiamnesia que yo he vivido hace unos cuatro o cinco años. De ella tú te has dado cuenta varias veces. A pesar de que sigo adelgazando —ahora me van a arreglar toda la ropa interior que comienza a caérseme—, a pesar de eso, mi memoria comienza a volver, a reaccionar. ¡Alabado sea Dios si esto sigue! Y esas memorias del inmundo Brasil —país armado y asociado de EE.UU.—, ese mundo de imágenes trágico-cómicas, pero en el fondo infames, se ha puesto a hervir, lado a lado con lo que tú has vivido durante casi un año, compañera mía, extranjera y fiel, cuidadosa de mí como el Samaritano del Evangelio, llena de caridades para mi desventura. No, no nos van a perdonar esa tierra y con sólo que un pícaro o un ladino muevan a esa vecindad de gentes desposeídas de espacio, de parcelas, con sólo que haya esto que alguien entregue, nosotras, en esa soledad completa de Miradores podemos vivir una pequeña tragedia rural. Falta en mi carta a Palma algo curioso. Una señora miró a un joven de sangre alemana, una especie de gigante, y mirándome a mí, a mí, «la indita» me dijo: —Ud. es así, así, así. Es decir, yo soy para ellos una especie de superblanca gigantesca... Y todo esto que parece mitología, en ellos es vivencial, es realidad absoluta. Y no tiene remedio este hecho; faltan siglos o un milenio para que esas cabezas muden, se transformen, Doris buena.

Gracias te doy por haber vivido varias miserias parecidas a las que cuento a Palma sin irte, soportándolas día a día. ¡Qué horror,

y qué paciencia la tuya! Dios te las pague en el día de la liquidación Suya.

Acaba de llegar tu cable de Illinois. Yo estaba ya inquieta, según lo digo a Palma.

Llegamos ayer 20 de Jalapa. No volveré a eso de la tierra ni de la perforadora. Anoche tuve a mi lado —en la fiesta de los maestros— al hombre C.[52] Muy hipócrita, cariñoso...

Otra prueba de xenofobia. Me dieron un diploma... con mi nombre español. Por no poner el francés...

Son cosas pequeñas, pero consideradas en bloque, hacen una montañita.

Doris Dana, yo no te obligo ni siquiera te pido que me sigas hacia Italia. Sé que tú olvidas lo que se queda atrás. Después de esta resolución mía yo no podré quedar mucho tiempo aquí. Porque hasta Palma se resentirá conmigo. Voy a procurar irme en un mes más. Si, por azar, tú te resolvieses a seguirme, subirás a mi barco en Cuba.

La noche que cuento a Palma fue muy mala, una especie de agonía no vivida desde hace mucho tiempo.

Si hubieses estado conmigo, Danita, yo no habría padecido hasta el amanecer.

El agrónomo ese, Mesa, acaba de llegar de Italia y dice que la vida es allá todavía regular, es decir, normal. Ojalá sea eso verdad. En tal caso, tú podrías gozar con los huertos de Sorrento y de todo el centro y el sur, con la gente cantadora, con el Mediterráneo de tus griegos, con mi Mantegna y mi Donatelo, con la lengua preciosa y con tu y mi Florencia. ¡Dios nos dé eso! ¿Te acuerdas de la «Balada de Mignón» de Goethe? Está en disco, bajo música de un francés cuyo nombre olvido. Cómprala, chiquita. Es Thomas.

Me hablas del 21 de noviembre. ¿Qué pasó entonces? ¿Fue cuando llegaste a Santa Bárbara?

Doris, parece que han perdido un poema largo de diez estrofas o más. Era tuyo. Se llama «Misterio del Despojo».[53] ¡Ojalá pueda recobrarlo! Era bueno y muy amargo.

No quiero fatigarte (fue tremendo volver a dormir en mi cuarto del Lencero); ¡fue una experiencia tan dura y tan desolada!

Tu Gabriela

65. GABRIELA MISTRAL

[23 de noviembre de 1949]

Cara Doris:

Acaba de irse Palma a Veracruz: Nicolau ha bajado al Hotel Mocambo. Quedó conmigo una mujer buena pero que me conversa puras boberías. Yo estoy en cama. Hace mucho frío en el Lencero y tengo un fuerte doler reumático en la pierna izquierda. Palma se ha ido muy resentida por dos cosas fuertes que le dije en Mocambo: «No me gusta que me hurguen los bolsillos y tampoco que me fojeen la chequera». Es verdad que fue muy fuerte lo dicho. Pero tal vez lo primero se lo dije por Eda Ramelli quien también lo hizo. (Ya te lo conté: me llevó en la mano un fajo de cartas tuyas...) Se lo merecen en verdad. Jamás yo lo hice con nadie y me parece un acto de criadas.

Me ha dicho Palma que te escribió diciéndote que vuelvas pronto. Yo te digo lo mismo aunque me duele mucho, mucho, molestarte

así e interrumpir tu alegría neoyorquina. Palma y Ema la de Pachuca han ordenado ya mucho; pero yo veo que es preciso hacer bastante más. Voy a ver si Margarita puede meter mis libros estrictamente necesarios en paquetes o maletas o cajones. Pero yo no sirvo para pensar estas cosas. Además de mi torpeza natural, yo he adelgazado bruscamente en estos días y eso me crea más debilidad.

Ignoro enteramente cuándo tú piensas llegar a México. Tuve carta tuya anteayer. No hay ni siquiera una alusión a esto. Tú me desconoces hasta hoy y no te das cuenta alguna de que cada incertidumbre, cada duda, se me vuelve «un estado de angustia», mejor, «una crisis de angustia». Hace días que no puedo con la obsesión y caigo en ella en cuanto me dejan sola.

Yo debo embarcar en mejor estado de salud, incluso por interés de ti misma, para no darte afanes en el barco, en la navegación.

Si no yerro, tú estás en Nueva York hace un mes y medio. Si no fuésemos a Italia, tú quedarías allá seis meses; pero el caso es que vamos a embarcar. Creo que no te pregunté por teléfono la fecha de tu llegada. Había mucha gente y no oí casi nada. Tal vez me lo hayas dicho.

Si algo urgente se te ofrece, telegrafía al Hotel México, Jalapa.

Yo me siento mal con el frío de esta casa (ha habido Norte) y tal vez me vuelvo a Mocambo en cuanto sepa que se va a Ruiz Galindo. Si por azar tú llegases a Mocambo antes que yo, sube por tren a Jalapa. Pero yo creo volver pronto a Mocambo a causa de este hielo que me ha traído reuma. Te dejo: estoy despachando mi enorme correo atrasado de México. ¡Y me falta el de Chile!

Hoy 23 Tuya Gabriela

[P.S.] ¡Feliz Navidad! Yo la pasaré casi sola. Con Yin que me acude en cuanto no tengo a nadie.

66. GABRIELA MISTRAL

[24 de Noviembre de 1949]

Doris Mía: yo te escribo pero olvido llevar las cartas al correo. Además he tenido dos días malitos. Son crisis unas de ti otras de la diabetes. El dolor de cabeza debe ser la diabetes. Y la sensación de vacío, de ausencia, de que la vida no tiene solidez ni sentido, eso es lo tuyo

A mi edad, se sabe una cosa que los jóvenes parecen ignorar: que es preciso vivir la dicha hasta que ella se va o se agota; que es estúpido abandonarla por lo que sea: negocios, cortesías familiares, turismo, etc. Que lo divino no se ha de romper, quebrar, postergar. Porque todo daña al amor, excepto él mismo. Todo es duro agrio e insípido, tonto y robado menos Él mismo. Todo es basura, desperdicio, chatez, vulgaridad, plebe, menos Él mismo. Ojalá si eso divino dura en ti, tú te aprendas esto. Es lo único que te falta entender. Tú entiendes de este mundo casi todo, Doris Mía, «fenomenito» en el «espíritu de sutileza».

Procuro cuidarme para ti. Yo no tengo razón de vivir. Cuando llegaste, yo no tenía nada, parecía desnuda, y saqueada, paupérrima, anodina como las materias más plebeyas. La pobreza pura y el tedio y una viva repugnancia de vivir. Todo lo has mudado tú y espero que lo hayas visto.

El asunto Miradores[54] ¡al fin llegó! No nombran el punto y lugar. La redacción oficial es aquí malísima. Dan la tierra (sesenta hectáreas) diciendo que está detrás de Jalapa... No más. Y dice el oficio que me dan eso por el valor de mi obra... Sueño, parece sueño.

Pero no sé lo que hago ahora, el hombre de Jalapa, el que ofreció un «jardincito». Y es él el ejecutor del decreto. Porque ¡Ay!

la tierra es del estado no del Gobierno Central. Y puede situar la tierra donde quiera.

D. está mal de un pie. Picada de insecto. Me ayuda su hermano que vino con su auto.

He visto, con ternura, unas copias de versos míos con marcas tuyas: rimas malas, etc. Tuve la ilusión de que escribías a mi lado. (Ay, los versos tuyos, perdida.)

Yo me cuido, repito. Por ti, por acompañarte unos tres o cinco años. No creo tener más vida que esa. Es una pobre «parcela» o hectárea, como lo otro.

Yo tengo que hacerte encargos por Monrovia. Recuérdamelo. Y no olvides mi cuota para tu auto. Va muy lento —irá más lento lo de hacer la casa—. Te he pedido modelos de casas rurales. Hay libros americanos de eso, muy bien ilustrados. Te voy a mandar un cheque para comprarlos. Tú vas a pasar allá tu Navidad, eso me dijiste. Ojalá puedas venirte enseguida de la Navidad. Más tiempo ya parecerá la eternidad.

No te preocupes si tus diligencias por artículos no salen. Haz esto sí, lo de tu libro. ¡¡No más!!

Un abrazo tierno,

Gabriela

67. GABRIELA MISTRAL

[26-27 de noviembre de 1949]

Cara Doris:

No pude, hoy 26, ponerte al pie de la carta los datos de Palma porque esa carta no llegó a Jalapa. Eran datos sobre el barco. Dejaré abierta la presente para añadirlos, si es que Lupe me trae la carta mañana. Fui a Jalapa por comprarme unas cosas, por tratar

sobre ese café para Italia que, por no gastar, ahí lo tienen hace ¡un año! Y por telegrafiarte y poner un sobre grueso para ti. ¡Y olvidé el telegrama! ¡Qué horror! Pero es que no tenía noticia ninguna clara que mandarte sobre mi barco. No sé ni siquiera si hay cabina para mí; no sé nada, y faltan sólo dos semanas. Espero saber al llegar mañana a Mocambo, donde están Palma, y Luis. Será para mí muy desagradable quedarme un mes más. (No hay modo de decirte qué día debas tú salir para La Habana. Todo esto lo añadiré mañana en el telegrama.)

Dejé Jalapa, y a largo de la ciudad y de su campo recordé las miserias que nos hicieron. Esos desgraciados creen que yo he vivido allí a costa del gobierno. Les he devuelto esa tierra, porque no quiero volver a vivir la xenofobia ni que yo caiga como Yin. A tú, si llegases a volver allí. El tal Aburto[55] parece que hacía de espía del gobierno. Este nunca aceptó el hecho de que esa tierra fuese de una extranjera, y mi fama en esa ciudad es de comunista, y de atea, y de soberbia. Ah, ¡estoy harta de xenófobos y de patrioteros hediondos! En Italia hay la costumbre de ver al extranjero por todas partes. Hay —en los comunistas— alguna antipatía hacia los americanos. Pero la aristocracia y los católicos, dos tercios del país, son yanquistas.

Sigo mañana, si llega tu carta. Te contestaré sobre tu cable cuando sepa qué decirte, en Mocambo. Tal vez me voy a la casa de Palmita. También estoy harta del odio de los sirvientes de Ruiz Galindo. ¡Hasta ellos!

68. Gabriela Mistral

Hoy 27

Amanecí mal a causa de la subida a Jalapa y la bajada brusca. Pero hoy a las cuatro bajaremos a Veracruz.

Estoy ordenando un horror de papeles. Con Ema García xenófoba también... Pero esto se va a acabar. Te repito que tus pasajes son de cuenta mía —ida y vuelta—. Te dije de pagarlos allá, porque se evitaba el pago México-La Habana. Rara vez tengo la cabeza clara para escribir cartas cuando estoy cargando yo sola con la pobre vida mía. Eso de vender tú el coche para pagar tu pasaje me alteró la sangre. Yo creía que tú tenías dinero para pagar sabiendo que eso lo recobras. (Parecen perdidos dos cheques mandados a Chile.)

Ve si puedes llevarme de allí vitaminas. Naturalmente por mi cuenta. Las que me dejaste aquí me han servido mucho. Sin ellas cae mucho mi fuerza.

No te digo más porque voy a trabajar aún con los papeles. Olvidé ayer mandarte las cartas para La Habana. Van ahora. ¡A ver si te llegan! Voy a poner esto en Veracruz. Parece que lo peor es Jalapa.

Dios te cuide. Ponte en sus manos.

Gabriela

69. Gabriela Mistral

[28 de noviembre de 1949]

Doris ¡no sé de quién! Gracias, de nuevo, por haberme hablado por teléfono. Yo quiero volver a escribirte aunque fuerza no tengo ninguna. Hoy hubo visitas y yo no pude dormir siesta. Fui a Veracruz a que mi Dr. me diese una inyección (triple) de Betalín.

Vino Emma Godoy, tú no tienes razón de encargarme decencia. Yo la tengo. No te recuerdo yo a ti la fidelidad... porque creo que no tienes naturaleza fiel. Ni te pido siquiera que vuelvas. Volver en enero es casi no volver. Creo que en Miradores el andar la tierra y dirigir cosas me servirá de alivio y de consolación. Hoy estuve contigo sólo dos horas, las únicas que tuve libres. Y paré en el «estado de angustia» en que he caído ya dos veces desde que te fuiste. Poco después tú llamabas. ¡Otra vez gracias! Pero ni tú ni nadie podría, ahora darme ni fe ni esperanza en ti.

Tenemos, por desgracia, razas opuestas, formaciones opuestas y la ideación y el sentimiento opuestos. Contra todo eso yo te quiero, pero así, sin esperanza alguna. Esto no me impide quererte; te quiero como a un recuerdo. A veces creo que todo fue soñado más que vivido. Quisiera explicarte esta experiencia; pero el día ha sido muy duro. (Estuvo aquí el futuro Ministro de Relaciones de México,[56] dos horas. Y hubo otros más.) A pesar de la inyección triple, yo no me siento bien. Fue muy fuerte el dolor al cerebro (a la nuca) en Sayula, la casa del Presidente. Y a eso se suma este sentirte perdida. Te he perdido porque tal vez nunca te gané. Y lo peor es que sé que nunca te ganaré tampoco. Así y todo mañana iré a Miradores —contigo—. Yo soy una obsesional aunque tú me creas un desvergonzado...

Gabriela

70. GABRIELA MISTRAL

[27-28 de noviembre de 1949]

Hijita Doris, yo estoy esperando desde anoche a Palma y a Manuela y aún no llegan. Me ha acompañado aquí una química... Me habla mucho. Yo me vuelo, por descansarme. Son horas. Y quien viene, son horas. Ayer hubo doce normalistas tres horas. Y esto me cansa el corazón mucho, mucho.

Estoy convencida de que el mal de mi corazón se resuelve en dos cosas: lo que no digo, fatiga e intoxicación. Yo no te he dicho que he tenido anteayer un día malo: el brazo izquierdo dolía mucho; el corazón o estaba loco o muy flojo. Esto ha pasado varias veces, en menos. Voy creyendo que se trata de la altura en buena parte. Y ayer tomé un auto y fui a sentir la tierra a cuatrocientos metros menos, es decir, a mil metros. Hay por allí tres casas. Tal vez pudiese obtenerse una. A ver si Palma llega y me hace esta diligencia. Es pleno campo; pero pasan buses constantemente (los de Veracruz). Y con auto se podría vivir allí por ensayo. De Jalapa habría que evitar la altura y la gente. (Esta es fina y simpática.)

Yo aquí no he escrito nada. Hay días de verdadera atonía. No puedo trabajar —no tengo fuerza alguna—, elan alguno. Y pienso. Pienso en este mal de mi madre que la hizo padecer sin morir treinta o más años. Pero ella era de natura alegre y no tenía el alma trágica que es realmente la mía.

Los hoteles son en mí un veneno. Aquí tengo una hotelera a la cual «le da» por quererme y me retiene por horas. Naturalmente me fatiga. Es muy buena mujer, pero sólo me habla de su marido muerto que, dice, me adoraba. Yo estaría más alegre con sólo estar en el campo raso, oyendo pájaros. Pero la gente se me apega. Es

tan extraño esto. Casi toda la gente. Y me impide eso trabajar. Y la soledad de tres años que me dio Coni parece que a mí me habituó a estar sólo leyendo o escribiendo. Tú, bendita seas, me llevaste la salvación del espíritu. Yo nunca lo olvidaré.

Te escribo corto porque a las diez debo ir a la universidad. Mañana tengo allí una conferencia y como no hay fuerzas, voy a hacer leer versos y diré un corto comentario de ellos.

Ay, Doris, querida niña mía, cuídate. Haz todo por tu salud, mira por ti, aliméntate bien. Y gracias por tu linda carta de ayer. Me trajo mucho consuelo. Cúrate por ti y por mí. Mañana contesto la tuya.

Gabriela

71. GABRIELA MISTRAL

27 de noviembre

Ahora duermo siesta. Pero tomando calmantes. También los tomo en la noche. Es un mal vivir.

72. GABRIELA MISTRAL

28 [de noviembre]

Yo no te he escrito más porque vivo literalmente atollada en visitas. Cuando no tengas carta mía, sabe que eso es a causa de este diluvio de visitas y no pienses nunca mal de mí. Yo te lo ruego.

Acabo de ponerte cable, preguntando por tu estado y pidiéndote decirme la fecha aproximada de tu regreso.

Día a día, vida, yo me he sujetado de decirte esto: que tu ausencia es en mí una verdadera enfermedad, un estado constante de ansiedad (a causa de tu salud y de mis cartas). Es un martirio que corre de hora en hora y es un turno de esperanza y de absoluto pesimismo. Pero dura mucho menos la esperanza que la desesperación. Es algo mórbido que me daña corazón, hígado y sobre todo la cabeza. No puedo trabajar.

Tú puedes dudarlo pero yo no he vivido nunca esta situación de ánimo, este purgatorio que me abrasa y me asfixia a la vez. Te he escondido los hechos; pero ahora pienso que ha sido error. Tú hablas de regresar antes de dos meses. No creo poder con tal plazo.

Tu Gabriela

73. GABRIELA MISTRAL

Doris querida:

Por fin recibí a la 7 p.m. de hoy tu cable (Carta tuya no tengo ninguna desde la B., hace cuatro días). (1) Y por esta ignorancia de tu salud, te cablegrafié, aunque detesto los cables. ¡Qué descanso Dios mío! El leer lo de «mi salud es buena». Llegó cuando yo me iba a una conferencia y así pude hablar, porque se había desatado el nudo que yo traía en mi garganta. Sólo ahora pienso en que tú puedes «dorarme» demasiado tu mejoría. No lo hagas, no. Yo necesito saber la verdad. El silencio tuyo me ha hecho pensar las peores cosas sobre tus dos dolencias.

Te ruego darme el nombre de alguien a quien yo pueda escribir o cablegrafiar en el caso de no tener cartas tuyas. Es muy necesario. Yo me siento tan desvalido de no saber a quién pedir información pronta y verídica en un caso así. No olvides esto.

Mi salud ha sido mala en los últimos días. Te lo cuento cuando ya todo ha pasado, a Dios gracias. Porque lo primero para mí es tener paz. Pero, aunque ahora tenga ya una tranquilidad relativa respecto de tu salud, sigue obrando sobre mí la altura de manera visible. Y estoy luchando con Manuela Reyes y con Palma Guillén porque me dejen bajarme cuatrocientos metros. Aunque sea al campo. Sé ahora que la falta de aire en este apartamento más la altura me dan el ahogo pequeño que tengo.

Hoy despaché a Beta. Salvo error, creo que cogía dinero de más. Mi gasto había subido mucho. Es un horror la falta de honestidad en la gente de servicios.

Me he quedado sola. Pero también debí despachar a una extraña mujer que se me ha pegado ocho días —judía sin bautismo logrera—, que no me ha dejado sólo un momento y ha hecho cosas feas: mentir en cada hora y finalmente pedir a Beta las cartas que mando al correo, aparte de cien cosas más. Un bicho muy feo y sin educación (cortesía) ninguna. Ya te lo contaré.

Ojalá te llegue mi última carta. Ahí verás el ánimo desgraciado en que he estado hasta tener tus noticias.

Manuela está acá, por tres días. Después viene Palma. Y estoy buscando otra sirviente.

Ignoro detalles de tu mejoría. Necesito saber sobre todo si hay lesión al corazón. Dime esto. No me lo calles. Si la hay debemos por ambos quedar en parte más baja. Andan buscándome casa baja, pero mejor de las que yo había hallado. Dios me ayude.

Parece que el peligro que me anunciaba el fuego que soñé era el de la mujerona esa. Ya Manuela la echó. Y la policía busca información sobre ella... Creo que bastaba echarla.

Duerme, querida, cabecita de cobre, ojos de Yin, discreta y fina según el marfil, color de la flor del manzano, duerme. Dios te junte los párpados.

Tu Gabriela

(1) Ha llegado una sin letra. Sé que falta otra.

74. GABRIELA MISTRAL

[31 de noviembre-1 de diciembre de 1949]

Hoy hacen dieciséis días que tú te fuiste, Doris Dana.

En esta mitad de mes, yo he reunido una carta tuya, bastante corta, por cierto. Hoy hubo anuncio de certificado. Tal vez sea lo de siempre, algún libro de mala poesía que manda cualquiera. (Si fuese carta tuya te lo anotaré al pie.)

Tú ignoras absolutamente al ser con el cual tú has vivido casi un año. Y si tú me ignoras siendo yo el extravertido que soy, y siendo tú un ser tan sutil en la inteligencia eso quiere decir, Doris Dana, que no me has mirado siquiera un momento con interés y deseo de entender a quien te ha querido tanto. Es un decir muy inglés para los «color people».

Día por día y hora por hora, yo he vivido en una tensión álgida hecha por la presencia obsesional de tu rostro, de una memoria

tremenda y candente de los días que viví contigo desde que te vi entrar por mi casa. Cuando se vive eso —cosa muy lejana de una americana— dieciséis días con una sola carta, dieciséis, son un infierno demasiado rojo, y demasiado negro o color de betún.

Yo no puedo seguir viviendo esto, Doris Dana. Sería mejor desaparecer. Hace tres días está aquí Emma Godoy viniendo en auto desde Miradores (mi tierra) hasta Veracruz, con Emma Godoy en silencio yo, ella oía, ella percibía lo que era esa mudez mía.

Yo sé que Uds., ingleses, desprecian profundamente, a pesar de sus grandes poetas a las gentes «descontroladas», a las que no son dueñas de sí mismas. Y yo estoy dándote el espectáculo de eso. (Puedes cortar aquí esta carta, porque el resto es peor.) Pero esta vez sí es la última. Y estoy usando de cierto derecho que es el de los que van a borrarse de nuestra vista, de los que no veremos más.

Día a día y hora a hora, y a cada instante, yo esperé una segunda carta tuya. En un estado de angustia que subía y subía. Para dormir, yo he tenido que beber —y yo desprecio ruralmente el licor—.[57]

No quiero seguir viviendo así, no quiero ni debo. Mi corazón anda muy mal hace tres días. Y mis resistencias morales se han agotado.

Todo lo que tengo que decirte es esto: que no tengo más salida digna que callarme y desaparecer de tu vida tan llena de gentes, y tan avara para mí, y que a esto me lleva el entender ¡por fin! que yo no soy una criatura hecha para ti. Ni tú tienes caridad ni yo tengo el olvido fácil y menos aún la indiferencia cuando recibo el desprecio de los seres más queridos. Y que mis resistencias —la poca esperanza que hay en mí— se han agotado.

Tú eres, en el sentido mundano, una persona que lo entiende todo. El mundano —con ciencia de mundo— en estos casos acepta sin cólera ni extrañeza.

Yo vuelvo a mi pavorosa soledad, Doris Dana. La «gente de color» se retira comprendiendo y, si es un indio, no dice demasiado.

Sé feliz, Doris Dana, con los tuyos. Va algo que yo te debo realmente por el capítulo de tu auto gastado en mis andanzas y sólo en ellas. Si me devuelves ese cheque, Doris Dana será que deseas ofenderme, después de haberme dado diez días de agonía. No vayas más lejos de lo que has ido Doris Dana. Es ya bastante.

Sé feliz entre los tuyos. En otra encarnación yo tendré más intuición y no pretenderé que me quieras «contra toda razón».

Perdóname tú mis grandes torpezas, mi ceguera absoluta.

Gabriela Mistral

✂

75. Gabriela Mistral

31 de noviembre (sigue)

Doris, aunque no te importe, yo añado lo que sigue a fin de que comprendas la violencia de esta carta y el silencio que vendrá después.

Ayer 1° yo estaba lleno de visitas. Y hablaba con ellos —Paulita, Emma, Sondrín y su mujer— en ese estado de ausencia que tú me conoces en parte, pero que ignoras en sus [...]. Yo hablaba y atendía a la vez a mi corazón que era una brasa viva y que no parecía ser carne sino un fuego de tormento puro. Llegó González, el de Córdoba y estar con él solo —después— me dobló aquel

infierno. Eran tú y Yin, eran mis dos fracasos y mis dos pasiones —pasión con M mayúscula y con la otra...—.

Por fin se fueron todos y yo no pude comer en la mesa y me acosté. Aquella brasa ardiendo siguió en mí hasta las diez de la noche.

Yo estoy haciéndote un llamado a la piedad. Tú sabes que no tengo orgullo, pero ese papel a la lástima no es cosa de mi uso, Doris Dana.

Tal vez el caso tuyo actual sea el de que el amor que me diste ha pasado a otro y es a estas horas la dicha de otro.

Yo prefiero saberte feliz y plena a saberte sola y vacía. Tú mereces la felicidad como pocos seres y tú no debes crear en el dolor como yo sino en la dicha, que también es creadora, Doris Dana. Me duele no conocer a ninguna amiga tuya que pudiese decirme cómo estás, cuál es tu salud y qué trabajo haces.

Y no hay nadie, nadie, de las gentes de aquí que pueda recibir tus noticias y dármelas.

Pero, así y todo, te pido no escribirme. Déjame curarme, déjame reaprender mi pobre vida de antes.

Y no me hagas la ofensa gratuita de atribuir todo esto a la presencia de Emma Godoy aquí. Te lo repito por última vez: yo no soy la bestia de mera calentura física que tú has visto en mí.

Doris Dana: yo he pagado mi culpa. Mi culpa fue forzarte al amor, llevarte a él sin que hubiese una sola chispa en ti de amor. Esto es lo que he pagado. Tú nunca habrías hecho lo que yo hice por tenerte. Pero eso no fue hecho por otra cosa, fue un amor violento de alma y cuerpo.

Gabriela

76. GABRIELA MISTRAL

1 de diciembre [de 1949]

Doris Dana, como tú usas este encabezamiento yo tendré que usarlo también. Aunque no me gusta.

Por fin, Sto. Dios, yo tuve dos cartas tuyas, no tres, dos hoy 1° y antes una.

Me parece honrado el enviarte dos tremendas cartas que yo te escribí antes, respecto de tu silencio —para ti leve—, para mí mortal.

Perdona tú por la vía del entender, del comprender, esas cartas de angustia y de rencor. Aunque tú eres un ser tan exento de ambas cosas, la desesperación y el resentimiento, yo sé que excusarás esa escritura sombría.

Procuraré, haré todo lo posible por no volver a escribirte así. Lo que yo debo hacer, cuando tú te callas como la cordillera mía es solamente callarme. Pero soy —ya te lo he dicho— un herido y un llagado. Y, por otra parte, mi amor por ti es muy diferente del tuyo por mí, es de una especie, de un género de un orden muy diverso. Excusa pues, dear, esas páginas. Y procura por unos momentos trasportarte a un corazón que aprendió en este mundo el vicio de sufrir y de no tener esperanza.

Hay que perdonar a lo que es nuestro: hijos, hermanos, amantes.

Te besa tu Gabriela

[P.S.] ¿Llegaron las cartas?

77. GABRIELA MISTRAL

Ha habido mucha gente, vida mía, entre ella un buen viejo que me ha dado muchas enseñanzas sobre la tierra de Miradores. Y me he cansado.

Fui a Veracruz. No llevaba ninguna esperanza de que la carta, cuyo anuncio llegó fuese tuya.

Te ruego leer esa carta ensangrentada con serenidad. Yo he sufrido mucho, yo he andado a la vez enloquecido y superconsciente. Perdóname hoy y siempre, recordando nuestras razas opuestas y el poco tiempo que nos conocemos, y mi cuerpo acalenturado, y mi pasado de dolor y soledad. Todo esto te hará perdonarme.

Creo haber escrito otra carta más aparte de la que te envío. Es pecado querer así con el absoluto y con el delirio que tú podrás ver en esas cartas más margas que ácidas, son.

¡Qué frescura de manantial tus cartas (2) para lavar en ellas este corazón ardiendo y envenenado! ¡Gracias + gracias, más aún!

Han ido tus cartas certificadas.

El papel con números también. ¡Dime si te llegó!

Va un cheque de ciento cincuenta dólares destinado a ser abonado a tu deuda de mil. Yo seguiré enviando las otras mensualidades.

Tengo estos días movidos. El ocho voy a una biblioteca que inauguran en el Papaloapan. Y pasado mañana voy a Jalapa de nuevo por ver cómo quedó el hoyo hecho por la perforadora. Iré por tren: el auto me fatiga más.

Hoy dormiré con dulzura, hoy tengo el corazón lleno de gratitud y de infancia feliz, Doris Dana, dueña de mi vida, de toda mi paz y de toda mi angustia también.

Dios te bendiga. Él te cuide en esa ciudad de tráfico insensato.

Si tú has mudado. Yo también. Es otra vida. Hay que quemar todo el pasado. Tu amor te besa.

Gabriela

78. GABRIELA MISTRAL

Vida mía:

Te ruego retener esto, esto: no te exijo yo cartas largas sino, frecuentes, una cada tres días. Eso me traerá mucha, pero mucha tranquilidad. Yo te bendigo por estas dos cartas largas, que me van a cicatrizar las heridas de estos días. Cuatro veces las he leído y voy a copiar algunas frases para que ellas me sostengan durante tu ausencia. Gracias de nuevo.

Me gusta mucho que lo hindú esté dándote una fuerza tranquila. Yo sólo he recibido esto de las escuelas hindúes. Guárdalo en ti y, de otro lado, conserva lo cristiano. En lo espiritual, no en su pobre cosmogonía; yo te estrecho sobre mí: yo te tengo ahora.

Gabriela

[P.S.] Va el cheque de ciento cincuenta.

79. GABRIELA MISTRAL

[3 de diciembre de 1949]

Cara y mía:

Yo he pasado otro día de corazón malo. Esta vez ha sido el calor. En pleno invierno, hace calor en Veracruz. Sólo hacia las seis, yo he aliviado. Pero esta vez el corazón no era una brasa: era allí un gran desfallecimiento o sea flaqueza cardiaca. No te inquietes. Si yo me sintiese mal, mal de veras, te llamarán con un cable. Pero, cuando tú vuelvas —si es que vuelves— no te vayas enseguida. Yo quiero acabarme contigo. Yo quiero morirme en tus brazos.

Yo no recuerdo cuánto te di para gastos tuyos de viaje. El cheque que te mando es para abono de tu deuda. Te ruego comer bien —no beber— y no, perder fuerzas. Estás muy flaquita mi amor, mucho.

Me asombra el que tú me des las gracias. ¡Por favor! Has comido mal, has trabajado como una loca —demás—; has hecho todo por mí, has sido enfermera, dueña de casa, todo. Si me agradeces el amor, eso, «en español» no se agradece, «se corresponde». Gracias ¿de qué? Me da vergüenza la palabra, mi amor no me la repitas.

Voy mañana —con Paulita y Emma— a Jalapa. Por lo del pozo. Vuelvo el mismo día, espero. ¡Ay, por qué yo no voy contigo! A veces pienso en que no vuelves más, Doris Dana.

Quiero que veas médico para ese enflaquecimiento que tienes; me importa mucho.

Te ruego ir a ver por mí a doña Elisa Parada de Migel,[58] Park Avenue 70, creo. Preguntar por todos los de la casa y darle mis señas. Cuéntale de mi vida aquí. Pregúntale por su salud.

Eda Ramelli vendrá en estos días. Me hace muy feliz saber que te interesan mis «cotovías». Sigue eso y tráete libros.

Vida mía: aquí odian a todo extranjero, a todos. A los americanos, más, esto sí. Y todo criollo o mestizo hispanoamericano odia así, incluso a los suyos. Yo quemé mi pobre vida dentro de ese odio. Es herencia española. Pero los americanos desprecian, vida mía, nos desprecian infinitamente. Soporta eso por mí, perdónalos por mí, te envidian el color, la talla, la inteligencia, la fineza y el amor mío. Por eso viviremos con nuestras plantas. Sólo el vegetal es inocente y hermoso en esta América.

Que en otra encarnación las dos nazcamos en razas nórdicas, vida mía. ¿Qué haces a estas horas? ¿Dónde estás? Son las nueve y media de la noche.

No entiendo por qué yo no te veo dormir a mi lado; no sé por qué me faltas. Yo me doy cuenta de que te viviré un poco más solamente. Para vivir con los tuyos tienes mucho plazo. Pero mi brazo ya toca los términos. No lo olvides, amor mío, tenlo presente. No te preocupes de ganar dinero sino después que yo me acabe. No me despojes de tu presencia. Es toda la vida para mí, es toda mi alegría. Dame tu tiempo, devuélveme tu compañía, no te voy a durar mucho. No me arrebates ni cuarenta ni cincuenta días. Es mucho para mí. No sé si volverás. Todo es peligro en tu ausencia. Ves y hablas a muchos; están los que te desean en esa ciudad tremenda y tuya. Sí, nuestro lazo (vínculo) viene seguramente de otra vida. En las muchachas de Burnes-Jones yo te hallé y te quise, hace ya muchos años, diez o más.

Yo te beso Tu Gabriela

80. GABRIELA MISTRAL

[5 de diciembre de 1949]

Doris Danita:

Hoy es 5. Yo regresé ayer tarde de Jalapa (ya te conté en carta de ayer lo del viaje con Paulita y Emma Godoy).

He andado cargando un montón de cartas mías para ti. Por fin hoy las certifiqué yo mismo y las puse al correo en Veracruz. Fueron en dos grandes sobres certificados. Y con acuse de recibo. (Tal vez no te hallan en tu apartamento y no las dejan. Yo pensé en esto.) Cóbralas vida mía. Son mucha escritura. Porque, excepto los días de viaje, yo te escribo casi todas las noches.

Yo no debería agobiarte así; pero, aunque vivo contigo el día entero, a la noche, tu recuerdo se adensa tanto que no puedo otra cosa que escribirte. Es como un despeñadero.

II

Hoy llegó Eda Ramelli. Ha hablado de ti con simpatía. Observo que le gusta esto; el que una americana viva conmigo…

Uno de tus sobres lleva ciento cincuenta dólares en un cheque. Naturalmente, me falta mandarte los quinientos del auto. Y lo que puedas necesitar. Yo te ruego que no sigas comprando cosas para mí, vida mía. Yo sé que a ti te hacen falta, en tu vida mexicana, muchas cosas de tu país. No compres nada más para mí, amor. El bien que tú puedes hacerme allá es el de no olvidarme por completo. Y no te exijo ni aun esto. Sólo quiero que veas claro en ti y sepas si, realmente, tú me quieres de amor. Porque yo sé que me quieres como a un hermano y a un padre, esto sí lo

sé. Yo te agradezco mucho el que me sientas tu familia. Eso quiero yo ser, eso, para ti y además... todo el resto... Pero necesito saber de ti con más frecuencia. Una sola página cada día; a los tres días las reúnes y las mandas. No tardarse más; me lleno de ansiedad y a veces de angustia. Ahórrame eso, cuídame desde lejos con sólo esto. Yo tengo un terrible complejo de inferioridad y de duda, y de celos y de fracaso en el amor.

Tu Gabriela

81. GABRIELA MISTRAL

[10 de diciembre de 1949]

¿Te llegó el cheque de ciento cincuenta dólares, en sobre grande?

Acabo de llegar de Coscomatepec, más allá de Tlacotalpan, otro tanto que de Alvarado a Tlacotalpan fui a dar una conferencia —creo que anduvo eso bien—. Y la gente estuvo muy cariñosa: todos. No me cansé mucho no. A pesar del gran calor. En otra te cuento más.

Hallé dos cartas, una del 6 otra del 7. Supongo que ahora me escribes seguido porque recibiste dos cartas mías, una muy fuerte en la cual yo me quejé amargamente de tus cartas escasas. Pero necesito saber si te llegó esa carta angustiada que era casi de ruptura. Mi amargura venía de tus pocas cartas. Iban en dos sobres grandes y pesados, creo, las dos. Yo te agradezco infinitamente el que te decidas a escribirme seguido. Esas crisis mías de angustia pura (absoluta) me hacen mucho mal, dear, amor; gracias, de nuevo.

Te escribo enseguida de llegar porque en la navegación larga, yo he pensado en serio y pausadamente, asuntos que son básicos para nuestra vida futura.

Yo he visto en claro que esa vida será muy mala para ti si sigue como la de antes. Malo para tu oficio que es el de escribir. A pesar de ser tú una civilizada + una culta, tú no tienes ningún método de vida. O tal vez no lo tienes a causa de «la Virgen María», etc. Sea lo que sea, yo necesito, Vida mía, que tú organices esa vidita. A mí, a pesar de mi desorden, me gusta mucho la organización en los demás... Medita en esto por favor. Procura saber cuáles son tus horas propicias para trabajar. Todas tenemos esas horas y es muy sabio darse cuenta de ello y obrar en consecuencia, amor. Una vez sabidas, tú las defenderás de todos, incluso de mí. ¿Oyes?

Yo sé que no se puede hacer trabajo creativo todos los días. Pero hay que tomar esas horas. Para leer, o para escribir notas, o para corregir, o para las cartas. Fíjalas tú, no más de tres, porque te fatigarías. Y lo peor, para la vida intelectual, es, precisamente la fatiga. Evítala siempre, yo te lo pido. Y observa cuándo y por qué viene la fatiga.

Oye mi observación de estos días. Hablé con más de sesenta personas en [Cosamaloapan] y en Tlacotalpan. Pero de cierto modo que te voy a enseñar.

Hay que estar al aire libre —o arreglando las puertas de manera que haya mucho aire—. 2° Hay que quedarse clavada en el asunto o tema y apartar todo el resto de preocupaciones. 3° Hay que parar a un tiempo dado, cuando se agota la frescura mental, la poussé de las ideas.

(1° también.) No escribir nunca sin frescura mental.

Ah, no escribir con tristeza, en estado de amargura.

Así escribí aquí mi conferencia, con buen ánimo. Salió bien, y no larga de más. Cinco y media páginas de máquina.

Recuérdame que me falta explicarte algo sobre la vibración mental agitada —y, sobre las vibraciones emocionales agitadas—. Hace muy poco que yo he logrado ver esto claro y dominarlas —a ambas— casi enteramente.

Yo soy muy feliz de que te acerques un poco a lo hindú. Sólo después de eso a lo budista puro.[59]

Ahora tu vida. En la carta desesperada, yo te exigí —abusivamente— el venirte pronto. Poco después me he dado cuenta de que, si te vienes pronto, querrás irte pronto, y la separación repetida será peor aún para mi salud —la del cuerpo y la del alma—. En tus cartas de hoy veo que piensas en venirte en un mes más. Tu carta es del 6. Sí, ojalá puedas hacer eso. Salir el 7 de enero. Es buen día.

Te ruego hacer el viaje con varias pausas o paradas. No menos de siete, ojalá ocho. O más. Aunque eso te cueste el pagar varios hoteles (1). Yo necesito que tú no recaigas en la fatiga. Pero, óyelo bien. Necesito igualmente, que tú no vayas a perder, o a quebrantar o a retardar, tu vocación, tu oficio, tu creación propia. Ay, yo querría trabajar contigo, a la par, y lado a lado. Quiero remarcarte, subrayarte ésta mi voluntad y éste mi deseo de que el amor y mi da-da-da no vayan a malograrte, a hacerte retroceder y a quemar tus proyectos así literarios como editoriales.

Vida mía, mi vista está malita. Sigo en otra carta. Yo te pongo sobre mi corazón. Como un sello dice «El Cantar de los Cantares».

Tuyo...

(1) Yo te daré eso y la mitad del coche.

82. Gabriela Mistral

[12 de diciembre de 1949]

Niña mía preciosa: estoy con cuidado por ese cheque de ciento cincuenta dólares, que fue en uno de los sobres grandes. Tú no me has acusado recibo de él, vida mía. Hazlo por cable. Dos palabras: Recibí cheque. O «No recibí cheque». Fue hace más de semana.

Hoy me he cansado. Escribí dos oficios y anduve en Veracruz (cinco horas). Pero yo no quiero que se me vaya el día sin palabras escritas para ti (palabras mentales yo te mando siempre).

Sí, mía, sí. Hay en nosotros una «producción» constante de imponderables. Vivimos eso sin saberlo día a día. La forma de tu recuerdo en mí es eso también. Cuando callamos, aun sin vernos estamos viviendo eso. Aun estando con extraños, en un rato de silencio cae eso mismo sobre nosotros. Y yo no he conocido esto antes con nadie. Y, sin embargo, somos los seres más diversos que darse puede. Idénticos en la almendra del alma; diversos y opuestos en lo intelectual, en la cultura. Pero no es lo intelectual lo que importa.

Eda Ramelli está aquí hace cuatro días. Y no hay sirviente. Pero ha llegado una amiga que tal vez ayude. Y Lupe está aquí y va a buscarnos criada en el Lencero.

No entres en amores que te separen, que nos acaben el estado que vivimos. Ten cuidado. Tu corazón es muy joven y pide amor físico. Y eres linda y llena de encanto. Cuida lo que tenemos. Yo nada sé de lo que haces, nada.

Te dejo por cansado.

Tu tu tu Gabriela

83. GABRIELA MISTRAL

12 de diciembre

Vida mía, te escribo corto porque este día ha sido malo. Hizo gran calor y —ya sabes— eso me afecta mucho el corazón. Hay aviso de certificado en el correo. Casi siempre son libros que vienen. Parece que tú ya sólo escribes al Hotel Mocambo. Poca fe tengo en eso. Me da trabajo, ir a Veracruz; pero lo puedo hacer de mañana, vida mía: a las ocho, por ejemplo. No me gusta la gente del Mocambo. Si tienes esa carta mía, trasmíteme —copiada— la parte de una en que te conté un extraño fenómeno de mi corazón hace días. (Aquello del calor intensísimo allí, como un fuego puro. Yo no lo recuerdo bien.) Nada sé aún de si recibiste los dos sobres grandes —largos y certificados que llevaban— uno de ellos, el cheque de ciento cincuenta dólares.

Voy a salir por una fiesta escolar. Mi día ha sido muy flojo. Tal vez me anime. Dora se fue: es bastante inútil y casi analfabeta. Vino en vez de ella una buena mujer, profesora primaria. Está clasificándome la correspondencia. El gobernador Carvajal me habló desde Jalapa: que me manda con el chofer el plano del terreno —o de la casa no oí bien—. Tengo cierta indiferencia para eso ahora. Tal vez a causa de la caída de estos días. Ha habido mucha comezón y granos (erupción). Pero hoy dormí dos horas y media. Eso siempre me mejora.

Yo quiero saber que no te agotas, que te cuidas, que eres fiel, que vuelves, y pronto —del 8 al 15 de enero—, que yo volveré a ser feliz.

Tu Gabriela

84. GABRIELA MISTRAL

Vida mía, he andado con esas cartas varios días. Porque no he ido al correo y no me gusta mandarlas. (Rompí una.) Nunca tardo tres días sin escribirte, dear. Hoy es día de mandar su Navidad a los niños del Valle de Elqui, y voy a Veracruz. De tarde porque hace un calorazo.

He estado trabajando con Ema García, en la ordenación de mi papelería, que es fantástica, ya están las cartas ordenadas por países. Y voy a escribir los oficios retardados, varios para el gobierno. No sería raro que González Videla me haga ir a Italia. Aunque sólo me acusan recibo de los oficios sin palabra de sí o de no.

Yo quiero que esta carta me salga sin dolor y sin quejumbre, vida mía. Para no perturbarte.

Te dije por teléfono que es preferible mandarme un cable a hablar conmigo. Porque oigo bastante mal.

Si yo tengo algo muy urgente que contarte te pondré cable también. Pero yo veo que tú sigues en el apartamento. Si lo arrendases, hay que darme la nueva dirección. En cable es preciso poner los números con palabras. Yo debo saber siempre tu dirección precisa.

Mañana, hará un mes desde que te fuiste.

Es probable que Ema García —sesenta años, maestra rural, activa y sin bajo fondo— tal vez vuelve para quedar conmigo las vacaciones. Es mujer casi pueblo, simple y señora. Yo desearía que se quedase en definitiva; pero no ha jubilado. Es lo mejor de esta casa.

Yo no tengo dolores, sólo que me enflaquezco más. Ahora me ayudará el yogurt mucho. Duermo mal.

Espero añadirte la información del gobierno que Aburto trae hoy.

No hay otras novedades que darte. (Yo no sé nada de tu vida real.)

Va una carta urgente para ese Sr. Ve a verlo. Tal vez tú pudieses hacer esas traducciones. Pero yo no fuerzo a ello, dear.

Siguen cavando el pozo en Miradores.

¡Cuídate; come, come bien, por favor!

85. GABRIELA MISTRAL

[13 de diciembre de 1949]

Vida Mía:

Yo estoy mejor hoy. He tenido en el brazo izquierdo un dolor constante. No es reumático. Ocurre en días de calor.

Hoy es 13, mal día. Yo no quisiera escribirte largo. Pero te digo esto: «¿A qué se separan las que comenzaban a sentirse una sola y misma carne? ¿A qué se van lejos, si el plazo de uno de ellos es tan corto? ¿Vale la pena lo que ellos hacen separados? ¿Qué ceguera los hace ir y venir, si están viviendo algo inefable que puede romperse o trizarse? ¿Es verdad-verdad que el que se va ama? ¿No se va por hastío de su compañero? Un hastío imperceptible pero efectivo. ¿Saben los que se separan si van a volver a verse? ¿Por qué se acepta esa agonía? ¿Es uno solo el que la vive?».

Llegó ayer una excelente mujer, maestra rural en Pachuca, y se fue la niña tonta, Doris. Pero tampoco va a quedarse Ema García la nueva. Vuelve para enero por las vacaciones y te ayudará mucho porque es toda una ama de casa.

Emma Godoy estuvo. En lo de siempre, pero más prudente. Palma la llama el fonógrafo; y eso es. Eda quedará por algún tiempo. Margarita se fue a su casa, mintiendo que volvía. Está en relaciones con... Aburto. Este viene mañana con el recado del gobernador; parece que lo que trae es el plano de la propiedad.

Estoy trabajando en corregir y hacer copiar lo de Cosamaloapan y lo de las maestras jubiladas y algo sin acabar sobre la tierra. Tengo ánimo para trabajar ahora, aunque la vista anda mal.

Yo te cuento mi vida, pero tú no me cuentas la tuya.

Voy a ponerte al pie la marca del único lápiz cuya escritura yo veo bien. Es de EE.UU., parece. Por favor, tráeme diez iguales.

Esta es tu casa, y la que habrá en Miradores. Todo lo demás del mundo no es tu casa. Procura hincarte esta verdad en el espíritu.

Te espera y vive de esperarte tu Gabriela

[P.S.] Mal día: 13 dic.

La marca del lápiz no la hallo. Es para Stenografía, tal vez lo recobro*.

86. GABRIELA MISTRAL

[15 de diciembre de 1949]

Hoy 15 llegan, vida mía, tres cartitas tuyas. ¡Gracias! Y hoy, Eda Ramelli, me llevó a la galería, donde yo estaba escribiendo...

*Vuelta reverso.

una carta mía, te la mando. Dijo haberla hallado en un bolsillo mío. Ella —¡qué horror!— trajina mis bolsillos. Por algo es latina. Yo no comprenderé nunca estas acciones. Porque no soy latino —recuérdalo— sino un vasco-judío, dos veces oriental. Voy a ver si ha hallado otras cartas por ahí. (Las guardo adentro de libros. Es casi seguro.)

Yo ignoro enteramente tu vida de allá. Supongo que lo ocurrido —que no me cuentas y que fue grave—, haya sido tu encuentro con el Dr. Espero que me lo digas verbalmente cuando vengas. Pero no tengo idea alguna de cuándo vienes. Y me hace falta saberlo. Vino el arquitecto oficial de Jalapa, trayéndome un plano de la casa en Miradores, tú debías haberlo visto. Yo no entiendo de eso. No he vuelto a Miradores. La perforadora sigue cavando. (Mi cuerpo anda débil. Sufro menos que en los primeros días pero hay flaqueza.)

Eda Ramelli se va mañana, para volver en semanas más. Yo tendré así tranquilidad al escribirte. Ni Emma Godoy se habría atrevido a hacer lo que ella ha hecho. Si se trata de encuentros con el Dr. deberías liquidar ya tu apartamento e irte a lugar donde él no te encuentre. Nadie que te haya querido puede renunciar a recobrarte. Pero es muy peligrosa la persecución de un hombre en esa tremenda ciudad. Cuídate, Doris Dana, cuídate. Todo se está jugando allí, de nuestras vidas, todo. Recuérdalo, tenlo presente y obra sabiendo esta realidad absoluta.

Si te faltasen cartas mías, piensa que puedo andar en Jalapa. O que estoy fatigado. O que sigo despachando cosas para Chile. Nunca dudes de mi lealtad y de mi limpieza. Porque las tengo, Doris Dana, criatura insegura y dudadora.

Me alegra que liquides deudas. Parece que regresarás muy tarde. Procuraré resistir. Tengo ahora más fuerza moral que física.

Sí, Blavatski[60], es exactamente, lo que tú piensas: fue más una bruja más que un maestro quizás. Y yo no tengo esperanza en nuestro futuro común, cuando tú estás lejos. Pero yo procuraré que mi pesimismo no sea ácido, sólo amargo.

Te abraza tu Gabriela

87. GABRIELA MISTRAL

Olvidaba dear: a poco de llegar, I.[61] se allegó a mi cama y puso su cabeza abajada a un lado mío. Yo me quedé quieta y fija. ¡La pobre! Con lo de ayer que te conté, yo la he enterrado.

Sí, pon las palabras que quieras en inglés. Pero parece que yo no tengo diccionario y algunas no las entenderé.

Necesito saber lo que te pasó el día 12 y el 13.

Hoy es día de cartas, y por esto escribo corto.

Me alegra el que no te falte dinero. Pero debo saber cuando te falte.

El Norte furioso de anoche parecía un amor desesperado. Poco dormí.

Escribe corto pero seguido. Y dime siempre la verdad.

Yo soy tuyo, yo no te falto.

Gabriela

88. GABRIELA MISTRAL

16 de diciembre [de 1949]

Yo vivo, dear, unas cosas que me da pena y vergüenza contarte. Pero tengo que hacerlo contra toda mi voluntad. Palma llegó hoy de mañana. Yo estaba en mi cama y yo tenía cartas tuyas bajo mi colchón. Apenas miró parece que sacó una de allí, o bien de debajo de las ropas o frazadas. No leyó nada. Pero Eda Ramelli se ha ido a mis bolsillos y ha llegado con una carta tuya a dármela. ¡Yo no entenderé jamás, jamás estas cosas. A mí me dan ellas vergüenza por mi raza, por toda ella! Parece que no hay más remedio que esto: escribirnos bobadas y saber de nuestra salud. No hay en mí una región del cerebro que entienda estas mentalidades, estas maneras, estos hábitos. Se trata de una curiosidad plebeya, de más, de acciones primitivas. Yo estoy abismado. ¿Qué vida voy yo a vivir aquí? ¿Cuál? ¿Es que yo soy un menor de edad? Repito que me da una enorme vergüenza Doris, hijita mía. Tú sabes tener una maleta con llave. Pero yo nunca he puesto llaves en nada, nunca.

Ignoro si esta carta te llega o no. Tal vez la hago poner mañana en el buzón del hotel. Escríbeme tú sobre tu salud y tus diligencias.

Yo necesito ahora saber si te llegan mis cartas. Ponme un cable corto para poder saberlo. Ignoro cuándo regresas. Si es a mediados de enero, según yo te lo he casi pedido, tú deberás escribirme a lo menos tres o cuatro veces. Escribe en lengua de periódico. ¡Qué horror! Y esto es, parece, uso de civilizados. Yo prefiero mi primitivismo, mi buena fe de niño, mis torpezas rurales, mi alma de árbol salvaje. Yo estoy consternado, sí consternado.

Mi salud no es mala. Tomo mis remedios. He dado hoy, solamente hoy, a mi secretaria, un oficio a copiar pidiendo quedarme aquí. Es muy probable que yo lo haga rehacer, diciendo que me voy en un mes más a Italia. Y eso será desterrarme de la lengua y vivir los peligros europeos. Porque, repito, estoy abrumada de estas dos cosas ocurridas en el mismo día. Parece que yo tenga para la gente un aspecto de idiota. Sólo a débiles mentales se les hacen cosas así. Y yo no olvido ni excuso, porque mis costumbres son otras. Me haces mucha falta para arreglar ese viaje. Si puedo hacerlo. Te abrazo tiernamente. Te escribo de nuevo pasado mañana.

Tu Gabriela

[P.S.] ¿Puedes tú venirte a México y salir desde aquí conmigo para Italia?

89. GABRIELA MISTRAL

[17 de diciembre de 1949]

Hijita mía: tú has vivido allá un trance de choque —no sé con quién— y yo acabo de vivir algo peor aquí. Te dije en la carta adjunta el hurgar Eda Ramelli... los bolsillos míos en el colgadero de ropa que está en mi cuarto. Creo que haya hurgado también en todo mi cuarto. Esto me había ya revuelto la sangre. Y lo de Palma de revolver la cama (dice ella que no volteó el colchón). Serían las ropas; pero tiró las frazadas y saltó la carta escrita para ti. Yo estaba,

pues, violenta. Y en la mesa empezaron las dos otra acometida. Mi tensión de mente y espíritu ha sido tan grande que he olvidado casi todo el conflicto. Sé que ambas comentaron mis cuentas, muy subidas en los meses tales y cuales. Lo demás, que te aludía sin nombre y que no era lo del dinero sino que apuntaba ladinamente a lo nuestro se me ha borrado todo. Esta mañana, hoy 17, Palma amaneció de mal talante y entonces yo estallé. Dije que Ida ni ella tienen razón alguna para hurgar en mis ropas, para discutir mis gastos ni para cosa alguna. Dije que me voy, dejo todo lo de la tierra y embarco para Italia. Le dije que no me verá más. Le conté las maldades que te han hecho y dicho aquí, la xenofobia de casi todos los que van a la casa, la obsesión que ella conoce en mí sobre este tema, el horror que eso me da. Me respondió al comienzo con mucha violencia. La cólera la hizo ciega para reconocer nada, para aceptar nada. Pero reaccionó. Volvió después de haber salido, con grande humildad y cortesía. Dijo que estoy ciega, que ella te quiere a ti cerca de mí, que no quiere otra cosa sino que quedes conmigo, etc., etc.

Le contesté que mi cólera y mi dureza vienen de una larga acumulación de cosas, y que me voy a Italia, que repartiré esa tierra entre tres personas, etc. Que no me importa sino mi paz. Y me he salido a Veracruz a escribirte esta carta penosa. No sé si alcance a ir al consulado italiano a preguntar sobre barcos. A ti espero ponerte un cable. Mi defensa es esta: llegó hace mucho un oficio en el cual me comisionan para Italia: recorrer al país dando conferencias y escoger el punto que convenga a mi salud. (Me apena el gasto de auto que tú has hecho.) Ahora necesito saber si tú te vas conmigo a Italia. Puedes tomar mi barco en La Habana o donde él haga escala. Lo que preciso es saber si puedes irte conmigo en el primer barco en el cual yo halle pasajes. Dime esto por cable. Es la soberbia satánica en la cual vive Palma lo que

me ha hecho romper con ella. Pero también el temor de quedar toda mi vida en un país xenófobo. Y sobre todo el defender tu paz y tu dicha de este ambiente ácido que crean en torno tuyo casi todas las gentes de aquí. No se puede vivir sin amigos y tú no tienes ninguno. Pero, además, yo quiero vivir libremente contigo los pocos años que tú me darás. No quiero perderte, no quiero seguir siendo el ser huérfano y desgraciado que tú conociste. Violentamente, con una especie de furor, yo quiero ser libre y darte a ti la vida de paz y libertad que tú vives en tu propio país. Es lo menos que yo puedo hacer por ti, mientras tú me quieras y aceptes tu vida común conmigo.

Yo estoy en la galería de Veracruz. Vine a escribir esto libre del espionaje insufrible de esas dos personas. Eda ya me ha hartado. Y la violencia de Palma acabó por exasperarme. Me exasperó hasta un punto de que no puedes tener idea. Y es que debo andar cargando mis cartas para ti y las tuyas como si llevase armas o veneno. El despecho de Eda después de aquello que intentó, echando su cabeza cerca de mi cuerpo, contra mi cuerpo en mi cama, ha debido dejarla herida y llena de rencor. Todo su plan conmigo parece que sea el que yo me vuelva a California.

Acabo de releer la carta adjunta, de ayer 16. Verás que ya yo presentía esto. No ha sido, como yo creía, una explosión mía exagerada. Sin que yo te lo haya dicho, la atmósfera de odio que has vivido tú aquí me ha causado una herida secreta que a nadie yo había confesado. En cuanto a la tierra, la repartiré entre tres personas, tal vez Dr. Chávez, Alfonso [Reyes][62] y los Cossío, tal vez. Me da mucha pena por el Presidente. Mucha. Él es un hidalgo, un hombre humano y generoso. Pero es cosa muy grave cambiar su patria por una peor y huir del odio chileno para caer en esto.

Necesito, repito, saber por cable, si tú te vas conmigo. Procuraré avisarte pronto si hay barco italiano y cuándo. Te daré las escalas para que tú vayas a La Habana o... Puerto Rico a cogerlo. ¡Ay, que así sea! Qué hago yo rodando mundos como una bola de billar. Pero la bola es aquí un corazón rendido, y ensangrentado además.

Palma bajó a hablarme en el auto cuando yo salía de la casa. A hacerme reflexionar, a pedirme que no hiciese todavía ninguna diligencia de viaje que esperase un poquito siquiera. No quise mirarla y le contesté vaguedades. Vine con Ema la de Pachuca.

Y nada más, que ya es mucho. Te estrecha tu

Gabriela

90. GABRIELA MISTRAL

18 [de diciembre de 1949]

Hijita, yo resolví irme a Italia. Por dos años a lo menos, tal vez tres. Ayer te mandé unas letras desde Veracruz, sin certificar, porque se pasó la hora. Pero yo creía haberte mandado la carta que va hoy. ¡La encuentro en mi bolsillo, de los hurgados por Eda Ramelli y por Palma. No es vida esta de no ser libre ni aun en su casa, y de lo que una escribe sea leído por cada visita! Es un horror.

Yo funciono, por «acumulaciones». Y ya me cargué, me colmé y vino la explosión. En adelante, si quedase aquí, yo no tendría ni a Palma. Es mejor irse. Y volver —si vuelvo— cuando todas estas miserias estén olvidadas. El bien es para ti: conocer Italia vale por la vida entera.

Pero yo no sé aún si tú me acompañas. Espero cable tuyo en tres días más.

Si no pudieses acompañarme, yo también me iré, solita. Hay en mí en estos días una especie de desesperación. Ella viene del choque que sabes y de este vivir escondiendo mis papeles. No es vida, no, es algo muy plebeyo, y dañino, y dañino.

Decirme enseguida si no tienes para separar tus pasajes. Parece que yo pueda hallar sitio en el barco italiano «Manara». Mi pasaje está listo en México. Cablegrafía por el dinero que te falte.

Me duele que no estés aquí: mis libros y papeles tendrán que arreglarlos las criadas. Me parece mal. Yo llevaré lo más necesario. Porque yo debo volver a causa de esta tierra dada. Estoy agitada, muy nerviosa. Creo que te corresponde tomar tu pasaje allá y embarcar en La Habana. Me apena eso. ¡Yo soy tan inválida ahora para viajar! Arregla allí todos tus asuntos. Piensa en que no vas a volver enseguida. Desembarcaremos en Génova. Daré conferencias e iremos bajando poco a poco: Turín, tal vez Milán, Venecia, etc., etc. En judíos errantes. Ten paciencia y valor. Por ti y por mí.

Tu Gabriela

91. GABRIELA MISTRAL

Doris querida, escribo con lápiz duro y estoy cansado. Si tú hubieses comprendido, pulsado la máquina psíquica con la cual entraste en relación, no habrías jugado así al silencio y a las cartas tardías.

Yo me cansé de sufrir. Prefiero irme a Italia en el Manara, el 15 de enero. Solo, si tú sigues en Nueva York ocupada de tus asuntos y negocios; contigo si me sales al encuentro en La Habana. Pena grande, el que todavía no me conozcas.

No estoy enojado. Me cansé, eso es todo. El corazón, o se quema o se cansa. Aún no sé si hay cabina libre en el Manara.

Tuve hoy carta tuya del 15. Aún no sabías lo de Italia. Gracias.

A pesar de que allá te ocurren «horrores», tú sigues allí. ¿Quieres que ocurran más cosas? ¿Cuáles son las que ocurrieron?

Tu Gabriela

[P.S.] He trabajado mucho hoy y me cansé, Gabriela.

92. Gabriela Mistral

¡Ojo! Hallé el lápiz bueno: Es: Made for S.A Dixson, American Graphite, Stenographer, 489 ½ -S.

Observa bien que los lápices (12) tengan esa marca completa, idéntica.

Está bajando mucho la vista. Cuídamela cumpliendo este encargo.

Perdona, hijita mía.

Me los traes tú. Y te vienes después de Navidad.

Gabriela

93. Gabriela Mistral

20 de diciembre

Sigo la anterior. Acabo de despachar la selección de libros que llevo y lo que dejo en Mocambo. Porque mañana nos vamos al Lencero. Viene acá la familia Ruiz Galindo[63] a pasar sus navidades. Mi corazón está hoy flaco como el de un niño de tres años... Creo que hoy hayas recibido mi carta sobre el viaje a Italia. Y espero que me pongas un telegrama diciéndome si vas o no vas conmigo a Italia. Debí ponerte un cable, para obligarte a contestar. Yo tuve ayer una carta tuya. ¡Gracias! En toda esta mudanza tú habrías ayudado mucho. Pero sólo te preocupaba el viaje a Nueva York. Han pasado, creo, casi dos meses y no has vuelto. Me decías que tus asuntos iban bien; pero quisiste hacer allí más cosas y de este modo yo estoy aquí con el viaje mío a cuestas. Creo haberte dicho que, de golpe, me di cuenta de que me dieron una comisión para Italia, con orden de pasaje incluso. Por eso y además por ciertos imponderables, yo he resuelto irme.

Quien más deseaba ese viaje eras tú y ahora vives allá, ajena a él y a todos mis asuntos. Es una ironía de las muchas que hay en mi vida. Si tú no te me reúnes en La Habana, no sé a quién hallaré en Italia para que me acompañe, no lo sé, ¡Dios Santo! Para que ésta te llegue faltan cuatro días, cuatro. Toda mi vida de aquí es un desastre, naturalmente. Hay una muy buena mujer que me acompaña; pero ignora todo de todas mis cosas. Yo me he cansado también de ciertos fastidios. Los enfermos con poco nos excitamos y exasperamos. Hice mal en poner mi vida entera en manos de una americana. Uds. son tan fuertes, hábiles y diestras que jamás pueden

comprender a las que somos gente casi inválida a los sesenta años. Es un puro desastre la vida en estas condiciones, Doris. Como llegó carta tuya ayer, tal vez no la hay hasta en una semana más. No estoy segura de nada, pues, y debería estar buscando una criada que me acompañe. Mi carta anterior debió llegarte ayer. Pero no hay todavía un cable tuyo. En fin, yo espero ver en claro y dejarte en paz. Ya estoy pesando sobre ti tanto como el Dr. Aquel.

Un abrazo de Gabriela

[P.S.] Salimos para el Lencero. Escribir al Hotel México. Con cuidado.

94. Gabriela Mistral

Diciembre 21, 1949

SRTA. DORIS DANA
435 WEST 119 ST. NY

TU PASAJE RESERVADO VERACRUZ

GABRIELA MISTRAL

95. Doris Dana

Dec. 21, 1949

GABRIELA MISTRAL
HOTEL MOCAMBO
VERACRUZ, MÉXICO

ME DA MUCHA PENA NOTICIAS. TEN PACIENCIA Y PERDÓNALA. TAMBIÉN YIN QUERÍA ESTO. NO ABANDONA LA TIERRA, TE RUEGO. YO NO DEBO TIRAR MI TRABAJO EN ESTE MOMENTO. ME HARÍA MUCHO DAÑO. VA CARTA LARGA. ROGÁNDOTE NO HACER COSAS EN DEFINITIVA. ESPÉRAME EN MÉXICO. TODO TIENE QUE SALIR BIEN.

DORIS

96. Doris Dana

GABRIELA MISTRAL
HOTEL MÉXICO
JALAPA, VERACRUZ
MÉXICO

TE ENCONTRARÉ HAVANA. RUÉGOTE DETALLES CLAROS. AVISA FECHA DEBERÉ LLEGAR HAVANA POR AVIÓN. NO PUEDO COMPRAR PASAJE BARCO AQUÍ.

NADIE CONOCE LA LÍNEA. ARRÉGLALO PARA MÍ. GIRARETE CUANDO VENDO COCHE. FELICES NAVIDADES. CARIÑOS.

DORIS

PIENSA BIEN SALIDA DURANTE INVIERNO. INFORMAREME ITALIA CARECE CALEFACCIÓN.

97. Gabriela Mistral

[25 de diciembre de 1949]

Cara Doris: Hoy, 25 día de Navidad llega tu telegrama. Naturalmente, yo haré pagar tu pasaje en México. Supongo que lo cobrarán desde aquí. Tú no entendiste lo que había que hacer. Pero yo te dije, desde antes, que tus pasajes, ida y vuelta, son de cuenta mía. Se trataba de que, embarcando en La Habana, sólo se pagase desde allí. El Consulado de Cuba en Nueva York, te habría aconsejado sobre la averiguación de los barcos de esta Compañía Italiana.

Ahora hay que evitarte lo mismo. Los errores en La Habana. Es una ciudad hermosa que te va a gustar. Buscas en el teléfono la Embajada de Chile. Pides ver al ministro Edwards Bello,[64] de parte mía. Es un gentleman. Le pides que él te averigüe la llegada del barco «Manara», italiano. Luego le pides a él la dirección de una amiga a quien no conozco. Es una muy buena poetisa. Se llama Dulce María Loynaz[65]. Si el embajador Edwards Bello no halla el

domicilio, dile que pregunte al «Diario de la Marina» por el marido de ella (no sé el nombre). Le llevas la carta adjunta. Ojalá pueda y quiera mostrarte la ciudad. Tiene auto.

He encontrado la dirección de Dulce María. Es A. N° 102, Vedado, La Habana. Su marido se llama Sr. Álvarez de Cañas. Es mejor que tú telefonees a ella, diciéndole que le llevas una carta mía. No sobra que veas, si tienes tiempo, al embajador también. Pídele a Dulce María que te recomiende un hotel, bueno y no caro... Es mujer rara, dicen y, según algunos orgullosa y según otros tímida.

Creo que con eso basta. Si te pasa algo malo, habla al Presidente Prío Socarrás[66], a nombre mío... Espero que no necesites mover al gobierno...

Si tienes alguna diligencia que hacer sobre tu pasaporte (la debes hacer en Nueva York) o bien pide a Edwards que te presente al cónsul americano, y te recomiende.

Me preguntas sobre las «visaciones de tránsito» para bajar en algunas partes. Pídelas para Barcelona, Marsella y Niza (una sola). No sé si quieres bajar en Puerto Rico, supongo que, por ser colonia americana no necesitas visación. Ignoro si el barco para en Curazao. Creo que es colonia inglesa o portuguesa. Tenerife (Islas Canarias) españolas. Es lindo Tenerife. Para en Casablanca y otro puerto del Marruecos francés. La visa la da el cónsul francés. La española, el cónsul de España. Allí tú no me nombres. Yo soy antifranquista.

Antes de todo averigua en Cook o American Express si hay visas especiales de simple tránsito. Porque las hay. En caso contrario gastarías un dineral pagando visaciones de permanencia. Se llaman en español «visas de tránsito». «Visa» es abreviatura de «visación».

Estoy en el Lencero. No puedo preguntar datos a los cónsules, que están en Veracruz.

Yo llevo tres días de cama. Con un reuma agudo a las piernas. Ya ahora no tengo dolores, gracias al ungüento Bengué.

Vino telegrama de Palma que está en Mocambo, en el hotel con Nicolau.

Ella encargó a Paulita confirmar los pasajes nuestros por telegrama. Paulita... lo olvidó, o perdió la dirección (¡!).

Me extraña esto en el telegrama de Palma. Dice: van cartas (¿tuyas?). Espéralas «para decidir», dice ¿Resolver qué? No entiendo. ¿Es que ella no quiere que yo me vaya? Figúrate: ayer 24 he renunciado a la tierra de Miradores. Por ciertas miserias del gobierno. Y sobre todo, ante todo, por la xenofobia dentro de la cual tú vivirías. Me ha dado un calofrío, lo siguiente. Ayer, Ema García, la que está conmigo, me dice al levantarse: «Soñé... que yo decía a alguien "Tengo que ver si es verdad que Doris Dana es tan bonita como dicen..."». Traduce eso a lo freudiano.

Las cosas de Miradores me han hecho ver en claro la mala voluntad del gobierno para dar esa tierra, que es del Estado, no de México. También esto es xenofobia. He renunciado a esta tierra.

Yo no tengo ninguna seguridad, Doris Dana, de que tú me vas «a acompañar» en Europa. Y a la vez, yo sé que mi deber es llevarte conmigo, porque tú debes conocer Europa. Tú eres mentalmente, una europea.

Sé que como lo has hecho aquí me dejarás «acompañada» de quien caiga, de quien sea. Sé que te irás a Inglaterra, por tres o cuatro meses y a Francia otro tanto. Debo decirte, desde ahora mismo, que te ocupes allá en buscarme una «compañera», que no sea una analfabeta como la que tengo aquí. No es posible que ni tú ni Palma me conozcan aún ¡qué horror!

No te preocupes por lo del telegrama de Palma. Mañana me levanto para ir a Jalapa, y hablar con ella por teléfono si no hallo las cartas que anuncia. Temo que ellas sean de Chile, del gobierno. Hoy leo en la prensa que ha llegado un nuevo embajador. Y ha habido en la prensa un escándalo (en México) de publicaciones hechas por Neruda contra González Videla[67].

Seguramente yo te hablo de cosas mías que a ti ya no te importan nada.

Tal vez te apene lo de la tierra. Es mejor vivir libre y, sobre todo, si me voy a ese lugar, tú —tal vez yo misma—, viviríamos dentro del odio de la vecindad india. Y vivir así es tragar veneno cada día. No es una vida eso. Esa tierra nadie me la habría perdonado aquí, nadie. Les he visto la envidia en la cara.

Veo todo como un vaho de niebla. Tu viaje acabó con la piedrecita blanca y pequeña que era mi confianza en ti. Si en las cartas me mandasen volver a Santa Bárbara. Yo no volveré.

Hasta luego. Añadiré el final, mañana, las noticias de Palma.

Tu Gabriela

98. GABRIELA MISTRAL

Vine en visita final a Jalapa. Palma me ha dicho por teléfono, que mandó una carta tuya y dos telegramas. Llegó sólo un telegrama y ninguna carta.

¡Ay, qué liberación será no volver aquí! Todo torcido, todo mentira. (Ya te conté que he renunciado a lo de la tierra.) La

xenofobia comenzó contigo y sigue conmigo. Y el estúpido espionaje. Yo no fui jamás comunista, ni reaccionaria, ni cosa alguna. Jamás tuve partido.

Pero temo que no tomaremos el barco del 15.

Yo te voy a telegrafiar la fecha que pides de tu partida de Nueva York para La Habana.

Tuya

99. GABRIELA MISTRAL

[28 de diciembre de 1949]

Querida:

Yo encontré aquí dos cartas tuyas. Una más dicen que fue mandada a Jalapa…

Me ha dejado asombrada el que tú a pesar de tu «espíritu de sutileza», no hayas entendido el triste porvenir que te aguardaba —a mí también— en una vida mexicana, especialmente en el campo. No quiero cansarme contándote «cosas». Sólo va esta.

Fue un grupo de cuatro damas (señoras) de Jalapa a despedirse de mí. La más inteligente me contó esto: la dama X le preguntó si ella no le había confesado a su confesor que ella me visitaba. Porque yo soy «una atea y una comunista horrible». Tú ignoras el odio y la xenofobia de esa ciudad para ti y para mí. ¿Y el odio negro del mulato Lupe para ti? ¿Crees tú que, por un regalo de tierras y teniendo como enemigo al propio gobernador, yo debía quedarme contigo allí? ¿O es que habías decidido el no vivir nunca allí conmigo?

(Margarita me acaba de contar el furor de Lupe en contra tuya.)

¡Ay, desgraciados italianos (15.000) que irán a vivir en el campo y en las ciudades chicas, en meses más!

Tal vez en tus consejos no hay sino tu subconsciente que te aconseja «¡arreglar mi vida en México de modo que tú no estés obligada a acompañarme!».

Tú puedes dejarme solo en Italia. Sosiega tus inquietudes por eso; yo sé que tú me faltarás, que tú me dejarás en un año más, tal vez antes.

Sí, yo comprendo el que tú quieras obtener dinero por tu trabajo literario. (Aunque debieras saber que todo trabajo de índole fina no es popular, no gusta a las empresas americanas y al público de allí.) Pero como he estado enfermo casi todo el tiempo desde que te fuiste, Doris, es natural que yo te haya pedido, antes, venirte pronto. Mido y cuento ahora el tiempo que yo duraré y sé que será muy poco.

Yo he querido indemnizarte un poco —con esa casa de Monrovia— de lo que tú pierdes por acompañarme.

(Llevo una semana de digerir una bilis negra, absolutamente negra como la tinta. Nunca tuve eso antes.)

Tú has probado el odio mexicano en tu carne, un año. Eso no tiene remedio alguno. Tú has mudado de opinión al respecto y deseas para mí esa vida, con una ciudad en la cual dicen todos que soy comunista y atea y con cientos de mulatos para odiarme en el campo. Yo soy espantosamente sensible al odio de las gentes. Yo pretendo el amor, porque yo lo doy.

Estoy muy tranquilo de haber perdido esa tierra. Un huerto de frutales con media hectárea en Italia vale más para la felicidad que las sesenta hectáreas de esos xenófobos. Tú olvidas que Yin era abofeteado en su colegio constantemente, por aquellos mulatos. Yo

no puedo olvidarlo. Ni perdonarlo. Yo no volveré nunca a México; espero en Dios no necesitar volver aquí. Y si toda la Europa latina tiene xenofobia, me iré a Suiza, donde no la hay. O a la Argentina.

Puedo retardar en un mes como tú quieras, nuestro viaje. El barco italiano parece que es muy pequeño. Veré manera de que vamos a La Habana. Voy a preguntar si salen de allí barcos grandes. Pregunta tú si salen de Miami. No lo olvides.

Me alegra el que arriendes tu apartamento. Pero procura llevar a Europa tus libros necesarios. Yo veo en esto también el que tú quieres volver pronto de Europa a EE.UU. El dinero que ganes, ponlo aparte en un banco para los (¡!) viajes que tengo que hacer de Europa a EE.UU. Para eso, yo tal vez no tendría dinero. Pero para todos tus gastos de vida yo tengo y tú no pondrás nada ni en este viaje (pasajes) ni en ropa y libros que compres en Europa.

Te dejo sin dejarte. Yo te siento criatura perdida para mí. Pero yo te soy fiel.

28 de diciembre. Mocambo

[P.S.] Llegamos ayer. El chofer se robó el reloj.

100. Gabriela Mistral

[30 de diciembre de 1949]

Hijita mía, cada noche yo te escribo, pero al día siguiente rompo la carta. Porque mi pesimismo es grande en relación contigo, desde que tú prorrogas el plazo de regreso una y otra vez. Yo te

siento día por día «tesoro perdido» y sé además que ustedes los americanos detestan el pesimismo, odian la amargura, y yo vivo en un pozo de eso, de amargura.

Llegan hoy una carta del 26, dos, del mismo día. Yo he pasado mal varios días: una evacuación (popo) negra como la tinta y después verde: el hígado, bilis. Esto ha durado tal vez una semana. Hay un gran enflaquecimiento y el corazón está muy flaco, a veces.

Fueron hoy dos cartas. Te explico el asunto de tu billete de barco y lo repito ahora: tus pasajes, de ida y vuelta, son de cuenta mía; pero yo no quiero que ese cheque que va vaya de mí a Palma. Te lo mando adjunto: son quinientos dólares. No recuerdo el valor exacto del pasaje. Tú haz allá otro cheque para Palma, quien ha pagado tal vez algo para separar el billete. Y para evitar que ella vea el cheque en el resumen, mándame una carta inmediata para el banco; yo copiaré indicando que los resúmenes del estado de mi cuenta, creo que son mensuales, NO LOS ENVÍEN A MISS EDA RAMELLI, POR HALLARSE ELLA EN MÉXICO, sino que vengan directamente a mí, a HOTEL MOCAMBO, VERACRUZ, VER., MÉXICO. (Lo marcado con letra grande debe ir textual. Hazlo de inmediato, vida mía y me lo mandas para que vaya con mi letra.)

La discusión con Palma no fue tan grave, de mi parte, como tú la crees. Y no creo yo haber hecho ninguna injusticia; mi tono, eso sí, fue fortísimo: me indigna el que hurguen mis cartas y la chequera. Eso es todo. Procura tú comprenderme.

Anteayer vinieron ella y Nicolau, en una visita casi de etiqueta, Danita, casi eso. Me porté con cariño y naturalidad, porque la cólera a mí se me va pronto. Ya ni recordaba yo la pelea.

Me duele mucho más que estés vendiendo auto y fonola.[68] Porque palpo en tus cartas que tú querrás volver, y pronto, y te va a

doler mucho haber perdido ambas cosas. Esto ya te lo he dicho por teléfono y además en carta que no recuerdo si fue o no. Porque yo he vivido casi una amnesia —tú no lo has advertido—, Danita: mi memoria mejora lentamente, a Dios Gracias.

Ojalá, Dios mío, yo te haya dicho realmente por teléfono de no vender el auto. No sabía lo de la fonola.

Mi amargura viene de que estoy cierta de que me vas a dejar solo en Europa después de un año, para volver a tu ciudad infernal, donde tú recobras la vida entera, tu pasado, en el cual yo no existo.

Escribo a máquina porque me duele mucho el ojo izquierdo.

Creo haberte dicho, por teléfono que, por evitar el viaje en el «Manara», que dicen es barco muy pequeño, he postergado el viaje para mediados de febrero. Recuerda que hice esto también porque tú me has hablado —escrito— de la utilidad que hay para ti en seguir haciendo tus diligencias por el libro y las colaboraciones —artículos o cuentos tuyos—.

Dicen que el barco de febrero —el Gritti— es un poquito más grande que el otro. Y como tú me has dicho —alabado sea Dios— que te vendrás a México, para embarcar aquí mismo, ya no hay nada de esperarme en La Habana. Saliendo de Veracruz, sólo haremos allí una parada corta, muy corta. Procura entender esto bien. Tú vienes a México, Danita, hacia fines o mediados de enero y tomamos el «Gritti» en Veracruz, del 15 al 16 de febrero.

Las cartas que he roto te rogaban, una por una, no dejarme más tiempo en esta noche negra de ausencia y cayendo de más en más en el enflaquecimiento del cuerpo y la derrota del alma, a causa de los estados de angustia que vivo cada noche y también en pleno día.

Ahora la guerra. He visto claro que la temes mucho y que piensas en escapar de Italia, creyendo a la vez que yo me quedaría allí adentro. Porque, en el subconsciente tú no te ves ni viviendo ni muriendo conmigo. Es toda una confesión. Si hubiese allí una invasión rusa, yo creo que los invasores no me volverían rehén; habría gritos de varios países hispanoamericanos y ellos no buscarían este escándalo. Hace tres años que los diarios viven de azuzar la guerra.

Ha llegado un librito ordinario, de Astrología. Salen muy mal los augurios para los nacidos el 7 de abril. Yo espero que tú tengas datos mejores y que en nuestra vida del año 50 tu suerte neutralice la mía... El libro no vale sino para la América del Sur.

Yo estoy otra vez en Mocambo. Ha habido varias cosas desagradables en este mes: renuncia a la tierra, por miserias del gobernador, la despedida de Margarita, que se volvió toda ella insolente. Dice Lupe que tiene los pies llagados y las manos estriadas por la sífilis. Pero el tal Lupe es también un falso y un alma fea. Todo esto me ha impresionado y dañado el hígado.

Recuerda que tú me pediste por teléfono, aplazar el viaje. Yo, esta es la verdad, no deseo otra cosa que irme. Pero el barco tan chico me ha hecho aceptar la prórroga.

Y recuerda que yo necesito parar este proceso de desintegración física que estoy viviendo, Doris Dana. Y parar eso es venirse no tomando de enero sino la mitad, o ser posible, o veinte días.

¡No te apenes por la tierra! Yo no quiero que tú vuelvas a vivir, a vivir, aquí. Comprende tú mis razones. Son las tuyas. Te abrazo.

Mañana va cablegrama. Hemos llegado hoy tarde y cansadas.

1950

101. Gabriela Mistral

México, Veracruz
Enero 1, 1950

SRITA DORIS DANA
AP 4 E NUM 435 WEST 119 ST NYORK

VAPOR ANDREA GRITTI PARTE MEDIADOS FEBRERO ESCALAS COLOMBIA CIBA VENEZUELA TENERIFE BARCELONA MARSELLA NO TE TARDES MUCHO

GABRIELA

102. Gabriela Mistral

[1-5 de enero de 1950]

Hijita mía, querida. Ayer 31 de diciembre te puse un largo cable diciéndote que partiríamos para Italia en un barco de febrero, el Andrea Gritti. Y hoy, hoy 1°, me llegaron dos visitas, providenciales, a decirme que no hay barco italiano en febrero y que los barcos españoles van sólo hasta Barcelona y los demás no entran al Mediterráneo…

Con lo cual, si perdemos el barco del 13 de enero, o sea el «Manara», no tendríamos barco hasta... el 13 o 15 de... marzo. Y yo no querría, no, quedar aquí tres meses más, provocando la cólera del Poto [sic.] Negro.[69]

Después de todo esto, vida mía, yo he leído una carta de Palma —mal leída antes— en la cual me dice, casi claramente, pero llena de malicia, según ella es que ella no ha pagado mi pasaje ni separado el tuyo para el «Manara» del 13 de enero...

Quedé a oscuras. La llamé (a Palma) por teléfono. No estaba y dije el asunto a Nicolau; que yo debo irme antes de un mes y no en tres meses más. He vuelto a llamar a Palma y no está en casa.

Por lo tanto, dear, el cable que te puse no es válido. Tampoco en las «paradas», que hará nuestro barco, pues mis visitas —dos señores— dicen que el Gritti para 1° en Nueva Orleans, luego en Columbia o sea en Buenaventura, luego en La Habana. Es una barbaridad todo esto y me deja colérica.

Mañana, 2, hablaré con Palma para saber lo definitivo.

Espero que tú hayas comprendido, que yo te mandé un cheque de quinientos dólares para pagar tu pasaje. Fue ayer. Te encargué de tomar allá otro cheque, con ese dinero y mandarlo —de urgencia— a Palma para pagar tu pasaje en México. Y ahora temo que tú lo hayas pagado, ya en Nueva York. Pero tú ya sabrás que yo, yo, pagaría tu pasaje. Sólo que no he querido mandar yo el dinero a Palma sino que lo mandases tú.

Mañana 2 te pondré otro cable. Mis visitas me traerán antes de la 12 M. el dato de si mis pasajes (los dos) están tomados —el tuyo y el mío— o no lo están para el «Manara» de 13 de enero. (No hay barco en febrero; el Gritti es... de marzo, repito.)

Luego, yo te pondré otro cable a ti; 2° cable para trasmitirte el resultado.

Todo esto pasa porque tú no estás aquí porque yo no sirvo para estas cosas y porque Palma no quiere que yo me vaya antes. Y muchas cosas malas seguirán pasando. Porque un viaje no se prepara por tres personas a la vez.

Estoy inquieta y muy fatigada, mucho. De ordenar tres maletas. ¡Y en vano! Te abraza tu

Gabriela
1 de enero

103. Gabriela Mistral

Cara Doris: yo he esperado estar tranquila para escribirte y darte a ti misma tranquilidad respecto de nuestra nueva situación. Porque supongo que te dé ahora inquietud viajar y vivir algún tiempo conmigo después de mi choque telefónico contigo.

Si tú te das cuenta de que vivirás muy poco tiempo conmigo, no tendrás miedo ni fastidio (hastío). En Inglaterra deberás quedar a lo menos tres meses; tal vez otro tanto en Francia. Por lo tanto habrá sólo seis meses o cinco de vida conmigo. Y si tú quieres volver antes de ese tiempo, podrás hacerlo. Me basta con que tardes el tiempo necesario para hallarme, escogerme en Italia una buena cocinera y una persona que me acompañe.

Tranquilízate, además recordando que yo acepté vivir con Coni, aunque no habla ella conmigo, varios años, tres, parece. Tranquilízate, pues, por tu libertad. Tú podrás en Italia, lo mismo que hoy en Nueva York hacer lo que quieras. No voy a hacerte «escenas» ni delante de la gente ni a solas. Descansa en esto.

Hoy he mandado a Palma el saldo de tus pasajes. Tú le habrás girado desde allá quinientos dólares. Son quinientos setenta y cinco (creo) y yo le envío el saldo hoy. Te mando esa carta de ella sólo para que veas que no se cambian ni postergan estos pasajes. El «Gritti» sale en marzo, como ves. (Las marcas fueron hechas para contestar a Palma por teléfono y aceptarle las cosas principales.)

Es absolutamente necesario que yo añada esto; si tú no deseas ahora viajar hacia Europa, hazlo, hazlo. Solamente es necesario que me pongas un cable diciéndome pronto, pronto, que no deseas ir. No tengo a nadie, pero puedo hallar a alguien todavía. O hacer que me acompañe, partiendo de Chile a Italia, doña Carmela Errázuriz. El pasaje (billete) tuyo tal vez pueda venderse por poco precio, rebajado.

Para todo esto yo necesito que me comuniques enseguida tu resolución última.

Está aquí Margarita Michelena con otra amiga. Se van pronto pero vendrán otras. No estoy sola. Puedes quedar allá en Nueva York cuanto desees y necesites.

Y no más por ahora porque tengo quehacer. Mi salud no es mala. (1)

Gabriela
5 de enero

(1) No vuelvas a obrar conmigo por caridad; obra según te pide tu vida verdadera.

104. Gabriela Mistral

[7 de enero de 1950]

Doris querida: gracias por tu carta larga, muchas gracias. Me habrías dado tranquilidad con sólo escribirme corto, pero con frecuencia. Tú no has visto hasta dónde yo soy una nerviosa y una hepática, más una cardiaca. Porque mi cara de palo (madera) engaña a mucha gente.

Me parece muy mal el que, por hacer gastar dinero, los dentistas americanos, quieran tirarte los dientes. Eso hicieron conmigo. Tenía tres malos, tres de arriba; los tiraron todos ¡qué horror! Me pesa eso todos los días. (Dime cuánto te cobran por eso, en todo caso.)

Por favor, no viajes en avión. De ninguna manera. Ver por tren. Tenle paciencia al tren.

Ignoro si recibiste el dinero mandado (quinientos). Decírmelo.

Tu alma, bastante clarividente, te ha hecho sentir mi estado de angustia. Pero yo te espero, sí, sí, y limpiecita.

Cuida tu corazón. El ajetreo lo fatiga mucho. (Acaba de morir de un ataque cardiaco el Padre Méndez Plancarte.)[70]

No me dices si has visto a la Sra. Migel.

Va el poder. En el «Who is Who» están mis datos completos. Son varios más.

Yo te agradezco de todo corazón tus gestiones con las editoriales.

Dime el valor de tus pasajes por tren Nueva York-México.

Ha estado aquí tres días Margarita Michelena.

Palma va a venir. He hallado varios poemas míos olvidados.

Tu bendita carta me ha hecho mucho bien. Vuelvo a decirte ¡gracias!

Ema García me cuida mucho.
Ignoro si Palma ha separado o pagado tu pasaje.
Dios vele por ti y te dé fuerza.

Tu Gabriela

105. GABRIELA MISTRAL

[8 de enero de 1950]

Sí, tú encabezas la carta según lo actual: «querida... querida... querida». Pero ya pasó lo otro. En mí no. Yo te digo: amor, amor, amor.

Gracias por tu cable. ¡Ay, yo espero que la salud no me estropee nuestro viaje! Hoy mi corazón —en día sin calor— no ha andado nada bien. Y ha vuelto la bilis negra. Sin razón precisa. La única alegría de esta semana ha sido saber que haces poesía. Pero me ha punzado la pena de que sólo la puedas hacer lejos de mí. Vergüenza me da —y dolor— que hayas tú perdido por culpa mía y de la casa, un año tres meses sin escribir. Pecado me parece. Si tú no aprendes a liberarte en Italia de la casa, y de mí, y tener cada día un tercio de libertad y sosiego, yo tendré que separarme de ti, porque te daño en lo más sacro del ser, en la vocación y la misión. ¡No sabes tú cómo me duele! ¡Esto! Y todo el asunto se resuelve en esto: ¡tú me guardas cortesía! Y eres incapaz de salvar un solo día para ti, para tu alma. Esto no debe seguir. Yo tendré, en Italia, que dejarte sola una vez a la semana e irme a algún pueblecito. Para que escribas, sí. Y yo he deseado muchas veces que

tú escribas lo tuyo a mi lado, a mi lado. Porque yo olvido siempre, que tú no me amas de amor. Los cuarenta días nuestros que faltan para el viaje deben ser de resoluciones. De enmienda en el rumbo. Si tú realmente no puedes hacer lo tuyo cerca de mí, hay que vivir un tercio cuando menos de la vida separados. Ay, yo quisiera decirte mucho más; pero tengo el ánimo muy deprimido, dear. (No hago cotovías hace tiempo.) Levanta tu ánimo y sigue trabajando. Y lee en tu periódico (el cable), las noticias de Italia. Hoy las había malas. Pero toda Europa está mal. No tengas miedo. Pero es vivir en pueblos chismosos. Al fin pararemos en una isla del Atlántico, en... Jamaica. (Enséñame a leer inglés.)

Te beso y quedo contigo. A tu lado, en silencio, oyéndote el corazón.

Gabriela

106. GABRIELA MISTRAL

8 de enero

Vida mía, son las 11 p.m., yo vengo del hotel donde hubo una fiesta de las niñitas de México que bajan a conocer el mar... Yo estuve contenta con ellas, y creí que estaba con fuerzas; pero llegué con el corazón malo. Yo tuve anteayer otro «derrame de bilis negra», grande. No he tenido molestias. Pero el subconsciente está lleno de angustia. Vivo como partido en dos: un ser que sabe que no le sucede nada anormal y el otro que sabe su desgracia, la ausencia. Esta se parece mucho a una muerte chica. Es como una esterilidad

de todo el ser también como una demencia, también como un despojo infinito. (Te encargo una boquilla, no elegante, corriente.)

Yo cuento los días. Creía que eran diez los que me faltan para recobrar mi vida normal. Pero son doce. Dios me dé paciencia y me levante esta ansiedad, que es una tensión muy grande del espíritu y de la carne.

No hay para mí en el futuro sino una de estas cosas: o tenerte siempre conmigo, cosa que yo no puedo pretender, o hacerme una conciencia tranquila de que te voy a perder en uno o dos años más.

¿Dónde estuve yo contigo, dónde yo fui tu compañero de toda la vida que me cuesta un tormento tal perderte? ¿Qué tiempo llevo sin ti? ¿Son realmente un mes y veinte días? Yo quisiera morirme pronto para evitarte a ti mi carga, esta esclavitud que se va a volver para ti la piedad que me tienes, tu gran caridad. (Dios te la pague.)

Me pesa haber postergado el viaje a Italia. Porque ya estaríamos allá y estaríamos informados «de visu» y sabríamos si allí o en otro sitio está nuestro «foyer» (hogar), nuestro idilio y nuestro sosiego y aplacamiento. No lo retardemos más allá del 15 de marzo, no, Doris mía o de otro, y de quien yo necesito violentamente.

Tu

Gabriela

107. Gabriela Mistral

Como tú eres un mulo, chiquita mía, y como estás haciendo cuentas, yo te digo esto en definitiva:

Lo que tú tengas para tu viaje, déjalo para lo que allá desearás comprar y cuenta con esto.

Tu pasaje México-Nueva York. $150 dol. para c/u de los seis meses (¡No más!) de Europa y un mes de Nueva York. (¿Es verdad que tienes tu pasaje Nueva York-Europa?)

¡Por favor no discutas!

Tu, tu, tu, tu

Gabriela

108. Gabriela Mistral

[15 de enero de 1950]

Niña mía Doris: hoy es 15, ayer se fueron los Cossío. Estuvieron cuatro días y yo no te he escrito por eso. También porque te siento muy unida a tu ciudad, muy dada a ella... Yo estoy fatigada de hablar y no bien de salud. (Te espero desde hace mucho para una consulta con un médico.)

Palma sabe de ti que te vienes el 25. Yo que vienes el 20. Te veo muy aferrada a Nueva York. La paciencia ya se me va acabando. Es mejor decirme siempre la verdad.

No me hables nunca de préstamos. Yo no soy prestamista. Tú no me debes nada. Yo sólo quiero que pagues todas tus deudas y que conmigo no gastes nada, pero nada, a fin de pagarlas. Y que vengas para salir por fin de ese testamento mío, siempre atascado en la notaría. Me urge eso. El otro punto para el cual te necesito

es la organización de mis gastos y que tú hagas mis cuentas con la chequera a la vista. Porque necesitamos salir de aquí llevando para Europa a lo menos cuatro mil dólares libres. Todas estas cosas no me dan tranquilidad y no quiero que los extraños hagan mis cuentas. Aparte del estado de ánimo que me crea tu ausencia, del cual prefiero no hablarte sino cuando ya estés conmigo, si es que vuelves, que aún lo dudo. Sólo hoy «realizo» el que no llevas de ausente más de dos meses. Pero las medidas se cuentan por el tiempo vivido en el espíritu y este tiempo ha sido para mí eterno.

Yo no quiero vivir enseguida otro infierno semejante. (Tráeme boquillas y filtros de boquillas, dear.)

No más hoy. Espero que llegues a México el 20. Y espero neciamente, porque habrá otra prórroga. ¡Qué horror verte tratar en niña a mujer vieja! Gabriela.

109. GABRIELA MISTRAL

[17-20 de enero de 1950]

Dainita: después de muchos días, este ha sido el único en que yo he trabajado con fuerza y utilidad. (Me puse a juntar el material sobre México que he escrito aquí. Da para un librito, creo. Recuérdamelo.)

El resto del tiempo ha sido como una materia muerta.

Ay, Doris Dana, o vienes tú conmigo o nos separamos. Para que yo aprenda mi despojo como cosa definitiva. Pero este «mal vivir» que es la separación frecuente yo no puedo con él, no puede este corazón flaco que llevo, corazón en llagas como los mendigos españoles.

Tal vez te escribo esta noche del 17 porque algo me dice que no llegarás el 20. Tú eres a la vez muy seria y muy voluble. Yo sé que te cuesta mucho arrancarte de la terrible ciudad, desprenderte de ella. ¿Quién te retiene allá, quién?

No me trates como a un niño. Yo parezco eso, pero yo no soy eso. Y es un mal comienzo esta vida nuestra hecha de encuentros y de separaciones.

Tú olvidas, y tanto, que yo llegué a ti saliendo de una tragedia, a la cual siguió la farsa repugnante de Coni. Esas son heridas, una en el amor, la otra en la buena fe. Recuerda esto y no dañes una sensibilidad tan magullada como la mía.

Yo comprendo, sí, comprendo que ningún americano, puede quedarse afuera de la psicología del amor que tiene su pueblo. Y que forma parte de la pasión vuestra (americana) de la libertad. La nuestra es espantosamente opuesta. Nosotros, como raza vieja y —no lo olvides— tradicionalista; vivimos el amor como una esclavitud cerrada y voluntaria. Yo estoy viviendo eso contigo aunque tú no te des cuenta de ello. Es muy difícil, mucho, el emparejarnos en esto, volvernos esto ambas para ser felices.

Pero yo siento que tú, a pesar de tus hábitos de libertad absoluta, me has hecho grandes sacrificios, has sacrificado mucho de tus hábitos, de tu costumbre, lo mismo en la vida cotidiana que en el amor.

Yo también, aunque tú no veas este hecho, te sacrifico constantemente alguna cosa, me sofoco el alma, me domino y callo ciertas quejas y protestas que me dictan mi temperamento y mi costumbre. El amor se sacrifica con alegría. Pero no siempre él puede sacrificarse enteramente, vida mía ni día a día.

Tu manía ambulatoria, tus dos vidas en lucha es lo que no nos deja ser felices: a mí me destrozan tus ausencias de mes a mes y

a ti te amarga la ausencia de Nueva York y te inquieta —esto lo comprendo— el haber paralizado la publicación de tus cuentos y de tus libros. Ay, ambas tenemos, parcialmente, la razón, ambas. Y es preciso que hallemos una salida a esto, a este «impasse». Puede acabar con todo. Todo es para mí el acuerdo doble que tenemos, el convivio, el idilio, la fiesta, el éxtasis. Tal cosa merece sacrificios, merece todo para ser puesto a salvo.

Lo único que, en realidad, yo te pido es sacrificarme algún tiempo. Estoy segura de que no viviré mucho, cierta estoy. Dame esto, si puedes.

Hay en nuestra vida dos planos que juegan en una manera de dibujo futurista: el presente y un pasado nebuloso, un pedazo de eternidad hacia atrás, de vínculo inefable del cual nada claro sabemos. Y este lazo, misterioso, enteramente oscuro, obra sobre mí mucho más que sobre ti, porque tal vez en otra vida fui yo, no tú, quien quiso más, quien amó más. Este es el lugar y el tiempo de igualar las proporciones de acordarse, de llegar a la justicia y a la igualdad. Eso me apaciguaría, eso sería la perfección y por ahí la paz. No tenemos a ésta aún.

Estoy esperando de un momento a otro un telegrama tuyo en que me digas, que no partes el 20... Como siempre.

Yo te pido ver claro en ti, Doris Dana, y obrar según lo que sepas de ti misma. Yo quiero la verdad, aunque estoy segura de que ella no me va a ser favorable sino adversa.

Yo me voy fatigando de esperarte o sea de que me quieras en la medida en que te quiero yo.

Tuya

110. Gabriela Mistral

Hijita mía Daine, sea porque yo no leo bien el diario, sea porque sólo ahora las cosas se ponen graves, yo leo sólo hoy noticias muy serias, y el reconocimiento de Franco...[71] Temo que la guerra venga y que tú sigas allá y quedes allá durante toda la guerra. Yo debo saber esto, dear, yo debo saberlo. Si la guerra viene, yo pediré quedar en México.

Como tú, no tienes conmigo —¡aún, aún!— confianza alguna, no me has recordado que debía mandarte algo para tu pasaje: Nueva York-México. Sólo ahora mi cabeza trascordada se acuerda. Y te mando adjunto un cheque por doscientos dólares. Sólo es la mitad de tu pasaje; el resto te lo daré aquí. Por razones que te daré cuando vengas. Si tú piensas, por las noticias de guerra, en no venir aquí, te pido y ruego decírmelo enseguida. Porque entonces tengo que hacer inmediato varias cosas. (Te las detallaré en la próxima carta.)

Estoy nerviosa y debo salir para Veracruz. Te escribiré largo mañana o pasado. Cuando sepa más sobre la cuestión internacional.

Te abrazo tiernamente. ¡Coraje, y alegría, y esperanza!

Tu Gabriela

111. Gabriela Mistral

20 de enero

Dainita querida: ¡qué dulce fue oírte! ¡Es tan raro que tú me recuerdes y hasta me hables por teléfono! ¡Yo soy un tal fracaso

en relación contigo! Nunca puedo retenerte a mi lado; siempre ocurre que te pierdo, y aun cuando estás conmigo no soy para ti sino una niña boba y canosa, habladora de más, chocha y... terriblemente apegada a ti. Por esto aprecio tanto un llamado tuyo, y el tener tu voz después de perderte. Toda nuestra vida es un casi-ganarte y un perderte siempre, y la repetición atroz de esta historia; venir y partir, darme fe y enseguida rebanarme la fe va a acabar trágicamente, racionalmente en un corte definitivo. Y en este corte yo espero en Dios acabarme. Para no ser carga tuya, chiquita mía, niña inconsciente hasta hoy de todo. Inconsciente digo desde el comienzo hasta el día de hoy.

Yo no podía decirte por teléfono que me duele molestarte con cartas y llamarte por teléfono, que no me siento con derecho a nada; que en cuanto tú te vas la poca fe que he ganado se derrite y se acaba. Y sólo me queda una cierta vergüenza de haber pasado sobre ti por meses, de haber creído y esperado, para acabar con la separación y el corte. Y sé que volveré a repetir lo mismo en cuanto vuelvas; que volveré a engañarme, a creer y a confiar, para sufrir por segunda y tercera vez la misma experiencia amarga: que no te basto, que necesitas de Nueva York y de toda tu gente, desde la primera a la última, que yo sólo te he dado un poco de entretención, Doris Dana, Deinita, preciosa niña: es pena muy triste el no haber sido tu madre y el no quererte de ese modo y darte con ello tu gusto, hacer tu gusto, lo que tú desees, lo único que desees.

Esta vez he conseguido algo nuevo de mí misma: verte y saberte perdida. Y nunca ganada, además. Tú puedes venir cuando lo quiera tu capricho y tu coquetería. Yo he logrado de mí sólo esto: no exigir nada y entender lo que pasa en ti y no reclamar. Ni llorar. Es alguna ganancia, y tú misma ganas, porque ahora no te mando

gritos en las cartas. Ibas a venir el 20, luego el 25, luego el 27. Ven cuando quieras; recuerdo solamente que el barco parte el 16 de marzo. Por razón que no entiendo, por una gracia oscura cuyo origen no sé, yo no lucho ya contigo ni te llamo a grandes voces. Te espero sin repetir ninguna fecha para consolarme; puedes llegar mañana o en marzo; no te voy a hacer un ataque histérico. Te ofreceré té y que descanses. Me gustará verte dormir —eres linda de dormida como de despierta. Eres siempre una criatura de selección y un poco orgullosa, pero correctísima, espiritual, delicada, con raza, con cierta aristocracia natural.

Nada ha cambiado en mí, Doris Dana, excepto el haber quedado sin ti. Yo Soy tuya. Yo Tu amor. Yo no soy sucia como tú me crees.

Gabriela

112. Gabriela Mistral

[22 de febrero de 1950]

Cara y linda Doris:

Vino tu telegrama, bastante atrasado. Muchas gracias de tus noticias.

Dejaste esta casa harto vacía, no poco helada y pesada de congoja.

Gracias te doy de haber ido a Santa Bárbara y de haber venido aquí. Dios te lo pague en gracia y alegría.

En la mesa, siento escarchada la orilla derecha; en el cuarto, sentada en mi sillón, levanto de pronto la cabeza y te busco, como

los niños tontos que no acaban de entender. La muerte y su hija la ausencia tardan mucho en ser entendidas y aceptadas por mí.

Todavía te creo cerca. Tal vez cuando ya sepa te dejaré en paz. Porque el recuerdo es como las tenazas calientes y hace daño y también exaspera.

Yo procuraré aprender, entender, que te he perdido. Porque sólo se tiene lo que está a nuestro lado y se mira a cada momento. Todo lo demás es como los barcos que navegan: no se les sabe ubicar, seguir, alcanzar.

Cada vez que te falte algo o que necesites de la «pobre cosa» que es una imagen que conforte, escríbeme, yo te responderé.

Fuiste para mí una alegría tan linda que llega a parecerme mentira. Parece que lo soñé. Por soñado me lo tengo, que no por vivido.

Yo he casi acabado lo del botánico.

Hay una novedad. Llegó un cable largo de la Embajada de Venezuela, con otro del Presidente. Contesté que voy allá en poco más. Lo de Puerto Rico lo veo oscuro y dudoso. Los famosos nacionalistas (fascistas + comunistas, me huelen mal). No hay razón de ir a hacer cóleras y a oír que me dicen «ayancada» en sus papelitos calenturientos y sueltos de lengua.

Si tú quieres ver Guatemala, allá te esperaré. Yo creo irme a mediados de marzo, vía Habana. Volaré desde el puerto aéreo de Matanzas. Si Dios quiere.

Cuídate. Por favor, come, ¡come bien!

A fines de mes irá lo sabido. Cuida de ti. Has trabajado de más por nosotros. Ahora piensa en ti misma.

Parece como que vivieras de milagro, como que fueses un puro juego de la luz y el aire, eres una rayita más unos cabellos que vuelan.

Ya no te alcanzo, ya estás, como siempre estuviste, entre los extraños.

Un abrazo de

Gabriela

113. Gabriela Mistral

14 de junio [de 1950]

Hijita, no sé qué es lo que pide esa gente. Tradúcemelo y dime el sitio para la firma.

Pena hoy, de teléfono. Sólo en la noche yo puedo oír algo.

¿Qué cosa urgente necesitabas decirme? Por cable, es mejor.

Yo estuve mal anoche; pero ya me voy rehaciendo. (El corazón.)

Devuélveme pronto esos papeles.

Cuidado con tu dinero. Leí el crash de anteayer en Nueva York.

Abrazos Gabriela

114. Gabriela Mistral

Cara Doris Dana: yo no he recibido de ti sino dos telegramas. Supongo que estuviste muy ocupada en México D.F. Pero me basta saber que estás bien y que no tomaste avión para Europa,

aunque lo tomaste para Nueva Orleans, lo cual me parece barbaridad. Ninguno tomes en Europa.

Llegó una procesión de «cotovías» enfiladas. También los pañuelitos. ¡Tantas y tantas gracias! Hiciste muy mal en distraer tu dinero en esos libros, caros y muchos. Espero que no te acabes de deshacer corriendo por las calles tremendas de tu Nueva York, ciudad apocalíptica. Tú te gastas bárbaramente correteando incluso por diligencias mías. Ten lástima del cuerpecito tan débil y... provisorio que Dios te dio... Si logras vender esa antología de mis versos, deja allí ese dinero como cuota mía para el coche que quieres o que querías comprar. No lo mandes acá.

Te encargo llevar contigo a lo menos un libro español. Porque vale la pena que no pierdas una lengua que cogiste, como por gracia, tan rápidamente. Y te repito —diez veces— comer bien en esos países para no deshacerte como una burbuja y desaparecer de la luz de este mundo...

Palmita sigue conmigo y en gran actividad con mis borradores. ¡A ver si sale «Lagar»!,[72] libro que aún no consigo «realizar» en mí. Parece un hijo mío rarísimo, tal vez por estar hecho en cuatro o cinco lugares del mundo. Anita, naturalmente, no ha venido. Ni dice cuándo viene ni si viene... Parece que voy a tener gente a quien colocar en Miradores. Es una viejita india con dos hijos varones y mayores y una hija además. Mañana iré con ella a ver si han puesto algún tijeral siquiera en la casita. Porque sólo comienzan un murito (muro) para ensanchar la cocina. Ya he arreglado lo de la recompostura de la casita blanca. La acabarán en dos meses. De Chile no sé nada, excepto el viaje y la visita de Truman a Chile y al P.[...] Negro...[73] ¡Qué barbaridad, Doris Dana! Perdón por el atraso de las cartas de presentación. Espero escribir hoy las de Inglaterra. Las otras son menos urgentes. Tengo clara impresión

de que el correo toma cartas. La tuya vino con señales de eso. El apartado no mejora nada. Dime cómo van tus propios asuntos, que me importan tanto como los míos, y más.

El ministerio nada dice de mi consulado en Veracruz. He escrito al nuevo subsecretario, un ex amigo mío. Por si sé algo. Me parece peligroso para mí quedarme en La Orduña regando mis plantas solamente... (Fue la carta para Grez.[74] ¿La recibiste? Visítalo.) Olvidaba también la carta para nuestra consejera en Londres, la amiga de Allist. Irá tal vez a Londres. Deseo que tu gente no te haya molestado por tu retardo en México. Aquí te quisieron más de lo que sabes. Preguntan por ti las criadas. Lola te lloró, los choferes y toda la gente. Y con cariño de verdad, créelo. Habrás llegado a Nueva York, y diciendo, de nuevo. Soy una fugitiva... Sabe cuidarte en Europa, eso está mucho más peligroso para los americanos que México, créelo. Hasta hoy no logro entender el absurdo de tu viaje. (Dime si yo te di o no las cartas para Flasche y la de Curtius.)[75] Mi memoria es muy mala, tú lo sabes. Mi salud es casi buena. Creo que mejora con este hábito nuevo: una vitamina de las fuertes, una sola para dos días. Nada te dije de mi gratitud cuando saliste de esta casa, Doris Dana. Dios te pague tanto bien, tan linda paciencia, tanta ayuda paciente, tanta abnegación. Y te devuelva Él todo esto dándote una ruta, franca y sin daños. (Irá también la carta para Mme. Rolland.[76] Aunque tú debiste escribirla en inglés.) Me parece una barbaridad el que nada me recordases, por no molestarme. ¡Y pensar que yo nunca tuve escrúpulo para pedirte servicios! Esto me asombra y me duele. Vuelvo a desearte bien, todo el bien que mereces tú, ayuda gentes, cuida viejos y también viejas-niñas.

Gabriela

115. GABRIELA MISTRAL

[16-17 de junio de 1950]

Cara Doris Dana, perdona la extensión de esta carta. Y su violencia. Nadie deja de gritar en ciertos casos.

Yo he tenido conciencia clara sólo hoy de que tú partiste hace dieciséis o dieciocho días. En todo este tiempo, a pesar de que yo he vivido en un estado de angustia callada y roedora, yo no había «realizado» la fecha de tu partida.

Yo sé que tu raza jamás andará bien con la mía en el sentido de que nuestras reacciones coincidan en hecho alguno y menos aún en situaciones afectivas. Así y todo, yo creí que el oficio que nos une podría mellar y hasta anular, la fatalidad racial.

Tengo presente que el correo de Jalapa es deshonesto y que puede haber la pérdida de una carta. Pero de dos no. En todo caso, lo que ocurre ahora se parece a otras experiencias de nuestra vida común y, por lo tanto, la realidad nuestra es la que yo veo ahora.

Tú no ignoras que yo soy un enfermo; pero sabes vagamente que yo soy un alma padecida que en cuanto queda sola se hunde en una especie de nada, de «nihil». Cuando no pasa algo peor; al estado de angustia pura.

Yo te he visto lúcida y comprensiva de casi toda la gente. Parece que me hubieses escogido a mí para no darme la caridad de tu comprensión.

Hasta un gerente de banco americano, Doris Dana, se da tiempo para escribir a sus amigos si sabe que estos necesitan de sus palabras. Tú no. Tal vez crees que, con mandarme una montaña de «cotovías» eso basta. Ay, Doris Dana, y qué error tan grande ha

sido el mío al refugiarme en ti, al escogerte como una especie de salvación de mi alma.

Yo, ignoro dónde tú estás. Lo menos que se puede saber de una persona, cuando esta nos importa como la propia familia es dónde ella se halla.

Palma acaba de irse. Cree que Anita[77] llegue a acompañarme. Yo lo dudo mucho. Lo que sé es que voy a tener que buscar yo misma a alguien. A nadie le gusta emplearse por cuatro o seis meses y yo tendré que cargar no sé cuánto tiempo con quien acepte venir conmigo. Y esto me da un vago horror. ¿Es que yo voy a vivir dentro de un muestrario de individuos?

No te has dado, Doris Dana ni siquiera el trabajo de darme tu dirección presente y la futura. No sé a dónde ponerte un cable. Ignoro si ya vas navegando, o si estás en Nueva York o si... llegaste a Londres.

Tú te fuiste a lo loco, sin llevar el cheque del que te hablé (cien dólares). Tú sabes que cada mes irá eso. Pero ¿adónde? Excusa el que yo insista en esto. Sé que no llevas sino para lo más indispensable.

En mi nerviosidad de estos días andan también dos noticias de dos mexicanos ilustres, gente seria. Torres Bodet[78] ha renunciado declarando que la UNO se va a liquidar por la guerra que es «inminente». Pedro de Alba[79] ha hecho lo mismo en Suiza. Torres Bodet era el jefe 1° de la Unesco.

Espero que tú leas algún periódico. Pero yo vi que tu fiebre por Europa te aturde o te enloquece. Y en la especie de talento lleno de cordura que es el tuyo, no puedo comprender la inconsciencia.

Hazme la gracia de dos líneas. No se trata de esta manera a un enfermo ni a un alma fiel.

Y si quieres yo no te moleste más, dímelo en tu buen español.

Gabriela
17 de junio

[P.S.] Escribir a Xalapa. Correo Coatepec.

116. GABRIELA MISTRAL

Doris, escrita esa carta, he esperado aún tus noticias, para mandarla si ella venía. No, el correo no trajo nada.

Me doy cuenta de que mi carta adjunta lleva el tono y las ideas de una intimidad que tal vez ya se ha liquidado en ti. Uds., americanos hacen todo de prisa. Pero, como sois verídicos, yo espero de ti que, cuando menos, me declares la mudanza, a fin de que yo te deje en paz. La verdad es siempre salutífera y yo quiero solamente que la des. Ha venido aviso de certificado. Voy a Xalapa a firmar. Dudo mucho de que eso sea una carta tuya. Dieciocho días de silencio son cosa harto elocuente.

En todo esto yo sólo quiero dejar establecido esto, Doris Dana. Yo no he fallado; yo he vivido desde que te fuiste pensando todos mis problemas de vida como dependiente de ti y nuestro futuro como cosa mía. No cargaré en este asunto con ninguna responsabilidad moral: yo no te he fallado.

Si hallase en Xalapa carta tuya, te despacharé una tarjeta diciéndotelo. En todo caso, se trata de un silencio de casi veinte días. Esto es un hecho harto revelador y, en nuestros hábitos eso significa: «No me escriba Ud. y déjeme en paz». Si hay cartas —así

en plural— que están perdidas, escribir por certificado y con acuse de recibo a Coatepec, Xalapa. Si hay una sola carta enviada, yo aprenderé tu sobriedad y no te molestaré, Doris Dana.

117. GABRIELA MISTRAL

20 de junio [de 1950]

A Doris Dana: yo te he escrito anoche una larga carta. Mi situación con el correo es tal que no puedo certificarlas. Voy a ponerlas al buzón público. Necesito saber si te llega esa carta del día 19. Puedes decírselo a Palma, puesto que parece que estás resuelta a no escribirme a mí.

Yo he pasado en silencio contigo porque tenía la ingenuidad de aguardar carta tuya. Ya comprendo que eso no vendrá. Te has ido de esta casa como una enemiga. En tu alma tan limpia de odios, tan sana y fresca, yo no puedo entender este absurdo sin nombre: el que, precisamente el ser más querido sea el que no me escribirá más.

Pero tú ignoras mi capacidad de porfía, de insistencia, cuando viene el caso de una injusticia tan grande como esta. Y a menos de que tú me devuelvas mis cartas cerradas, yo te escribiré hasta que tú sepas lo que ha ocurrido, que lo entiendas y que me revises dentro de tu alma para rectificar tu opinión sobre mí, que seguramente es lamentable.

Hasta hoy yo no veo más razón para tu ruptura conmigo que el no ser yo una americana y el no ser una caucásica de raza y el tener una ideología de mestiza, de «color people». Tal racismo me

deja estupefacta. Y llego a creer que en tu ruptura no obras tú, que obran tal vez otras personas.

Los cables del diario de hoy —te mando algunos— son calamitosos respecto de Europa. Nunca los leí tan malos. Tal vez tú ya estás en esa desgraciada Europa. ¡Cuídate Danita, comprende tus peligros allá. Cuídate para tu gente y también para la mestiza a quien desprecias! ¡Cuídate! te digo.

He llamado a Palma a causa de mi caída de ánimo. Y le contaré el misterio de tu cortadura, porque ella comprenderá lo que ha ocurrido incluso si yo me callo. Y le contaré también mis groserías. Yo no me creo perfecta ni cosa parecida. Pero me creo, esto sí, un ser leal que no merece el repudio que se da a los animales con sarna. Y me creo una amiga segura, Doris Dana, y limpia, además.

He llamado a Palma también a causa de mi tremenda caída de ánimo.

Si yo pudiese tener tu dirección, eso sería para mí un alivio. Pero tú has querido que yo no tenga ni siquiera tu ruta y tus rastros. Sólo a los criminales se les niega la ruta, Doris.

Ignoro si lo siguiente te va a herir también: dime el dinero que te falte. ¡Dímelo, por favor! Yo no sé si vas tú a Europa con alguna comisión oficial, en cuyo caso tendrás de sobra. Pero me quema el pensamiento de que puedas ir con recursos estrechos y no poder comprar cosas que te gusten. Si yo he aceptado de ti una cantidad de servicios preciosos, tú puedes aceptar lo que digo sin que sufra tu tremendo orgullo americano.

Ay, Doris Dana, ve, mira lo que el odio ha hecho del mundo. Hoy me temblaban las manos leyendo las cosas de Alemania. Quema, pues, tu odio de mí. Y si no es odio, si es sólo un desprecio total, quémalo también Doris. Ningún alma, por baja que sea

merece el desprecio. Todos somos almas y con vía evolutiva. Todos acabaremos en la Gracia y en la gloria de Dios.

Perdón por escribirte. Es el único castigo que doy a tu silencio. Tu Gabriela.

118. Gabriela Mistral

[20 de junio de 1950]

Doris buena: yo creí oír mal cuando me dijiste hoy por teléfono que tú vuelves. Oí «junio» y no sé si es que vienes en junio o te vas en junio. Y yo no sé decirte la impresión que tuve cuando ya comprendí. Parece que tú me hayas dicho también que vienes a causa de que recibiste una carta de Palma. Sí, ella conoce mi semblante y la última vez que vino debe haberme visto una muy mala cara y haber oído la voz rota que yo tenía. Después yo he tomado tus medicinas, el Betalín y las píldoras. Creo que por ellas puedo trabajar hace ocho días hoy. Necesito saber, desde luego si tú regresas a Nueva York en junio. Si así fuese, no valdría la pena, Doris que te des semejante fatiga por una semana. Yo espero haber oído mal. Pero estaba yo tan conmovida que no insistí en que me repitieses la idea, la frase. Lo del coche sí lo oí claro. Con gran temor de pérdida te mando el cheque que adjunto. Son mil doscientos dólares, mil para ayudarte en el pago de la máquina; doscientos para medicinas tuyas y mías y para gastos menudos de tu viaje. Espero que mes a mes yo pueda completarte los dos mil del coche. (Cómpralo más fuerte que bonito...) Recuerdo muy bien, dear, que yo te he arruinado dos autos. No lo he olvidado y te ruego que aceptes esos mil como primera cuota mía por él.

¡Ay, Doris Dana, apenas creo, me cuesta tanto creer ahora! Nunca he creído las buenas noticias; las malas sí.

Te escribo de prisa. Tengo a un estudiante ensayando contestar mis cartas. Si él resultase yo le daría las demás cosas de papeles (ordenación) con los cuales te he cargado a ti. Si tú vienes siquiera por seis meses, yo haré todo lo posible por hacerte una vida más dulce y más tuya. Para eso, procuraré conversarte menos y dejarte solita leer y escribir. Si te vas antes, no vale la pena ensayar métodos de vida, Doris. ¿No es así? Sólo ten la alegría de volverte a ver. Y, si es posible, de borrar de tu memoria la mala impresión de mí que tú te llevaste.

Tengo que hacerte encargos que me importan mucho sobre Monrovia. 1° Parar allí y ver por tus ojos el estado en que está la casa entera por dentro. (Va un poder para eso.) 2° Ver, paso a paso, el estado en que está el jardín; 3° Decir al que arrienda abajo que él podrá quedar ahí solamente a base a) de 15% de alza en el arriendo b) de hacerse cargo de que el jardín se mantenga en buen estado. (El jardinero debe ser suprimido.) Decir a los arrendatarios de arriba, que yo necesito de esos dos apartamentos para ir allá a vivir por tiempo largo, por un tratamiento médico. (Esto no es verdad, pero iríamos por un mes allá si eso es preciso.) Anotar, hijita mía, cada cosa mala que veas en la casa. Decir al de abajo, si acepta el alza del arriendo, que yo iré allá. Saludar a Miss Kerr y decirle que yo te he dado a ti plenos poderes sobre la casa por aliviarla a ella de ese afán, pero que ella me hará un bien si la vigila un poquito. Enterarte —informarte sobre el alza (subida) legal de los arriendos (renta). Avísame por cable la fecha fija en que tú partes de allá pues tal vez tengo que mandarte el poder legalizado por tu cónsul en Veracruz.

Sólo después que esa casa se pinte tú podrás ponerla en venta, para comprar a nombre de ambas, otra por el mismo valor en ese

estado de que me hablaste cerca de Nueva York. Mi testamento se ha mantenido igual. Pero es mejor hacer esa compra a nombre de ambas. ¿No lo crees así? Si tú te casas de pronto, me lo dirás para arreglar, de común acuerdo la liquidación o sea la venta de la casa. (Yo he tenido una pequeña crisis cardiaca una noche.) No lo digas a Palma. Ahora la cocinera duerme en mi cuarto. Tus medicinas me levantaron la fuerza en tres días. Por esto te ruego traerme de ese mismo Betalín (recuerda la marca, tres o cinco frascos y de las píldoras otro tanto).

Es muy importante, mucho, el que tú quedes en Monrovia hasta finiquitar dicha diligencia. Si esa gente se subleva, yo iré contigo desde aquí a ocupar la casa entera para volver a arrendarla, a personas decentes. Pero hay que desprenderse de los de arriba. Procura saber cuánto cuesta la pintura total de afuera. Y observa el estado de los pisos en toda la casa.

Me duele mucho, obligarte a tomar la vía California en tu viaje. Pero es absolutamente necesario que tú te hagas cargo de esa casa, testada para ti. A pesar de tu huida ni por un momento yo he pensado en corregir o anular mi testamento. Una pequeña luz de esperanza quedaba en mí, muy pequeña, Doris, pero muy linda. ¡A Dios gracias!

Ahora algo serio. Yo estoy dispuesta a llevarte a Europa, alegando la comisión que me dieron y que no acepté. Pero mi respuesta dejó una puerta abierta. Sí, como yo creo, a ti te gusta más ir solo, yo no te exijo nada. Yo voy a preguntar al embajador, si mi pasaje sigue válido aún. En tal caso, yo pagaría entero el tuyo. No soy yo tan egoísta que quiera anularte ese viaje, no, Doris, yo no iría contigo ni a Inglaterra ni a Francia, sí a Italia y a Alemania. Todo esto se halla subordinado a lo que ocurra con el gobierno de Chile. Acabo de leer algo de allá, de la Argentina, sobre el P. N. Los obreros siguen

en conflictos muy serios con el gobierno. Si se te acaba el dinero en California, pedírmelo por giro telegráfico. Otro encargo: si tú quedas conmigo poco tiempo, tráeme el precio de las máquinas de hacer discos. Yo compraría una + el material para hacer el disco. No sobra decirte lo siguiente: si tú hallas alguna colaboración para mí en prensa americana, su pago —el que sea— irá a ti, será tuyo íntegramente. He hallado otro legajo de artículos míos de antes. Hay algunos muy aprovechables. Te mando la carta de otro candidato a traductor. Yo no sé decirte, Doris Dana qué respiro, qué respiro, qué descanso tan grande, qué cielo recobrado me trajo el sólo oírte la promesa de que vuelves. Voy a pedirte algo: ten más confianza en mí. No corras a Nueva York enseguida en busca de dinero. Cada ausencia significa para mí tres o cinco años menos de vida. Relee estas palabras, y «realízalas». Han ido, con esta, cuatro cartas en los últimos días. Una con ciertos detalles sobre el correo. Dime cuánto necesitas de inmediato para tu viaje.

Yo te abrazo, llena de gratitud. Yo sé el favor que me haces; yo lo estimo debidamente. Yo no tenía esperanza alguna sobre esto. ¡Dios te guarde!

Tu Gabriela

P.S. Voy a rezar a Yin.

Va mañana la carta-poder, si es que es válida la que haga aquí; si debo ir a Veracruz tardaría tres o cuatro días. Escribí el cheque por mil para hacer aparte el otro por doscientos. Y no había más cheques en la chequera. (Ya los pedí a California. Los doscientos irán enseguida.)

119. Gabriela Mistral

[21 de junio de 1950]

Doris Dana: a mí me es muy duro escribirte, tan duro como ni sé decirlo. Pero ayer han ocurrido dos pequeñas cosas juntas. Primero, yo vi tus maletas dejadas aquí. No las había visto antes. Si tú no te has ido debes necesitar de ellas, pero tu desprecio no te ha dejado tomar un lápiz y pedírmelas ni cobrarlas a Palma.

Después de esto yo fui a Coatepec a poner una carta que vino para ti y que yo coloqué en otro sobre por mayor seguridad.

Y allí, en el correo, vi en sólo la expresión del empleado, lo siguiente: el hombre me dijo que sí las había y después de un momento me dijo —sin buscar— que no las había cartas. Enseguida me preguntó por ti.

Por primera vez, desde que tú te fuiste «pateando el aire» como los niños coléricos, pensé que pudieses haberme escrito a causa de tus maletas y que ese hombre haya devuelto o bien leído y roto alguna carta tuya. Porque yo no entiendo el que tú no hayas cobrado ese equipaje y que tu desprecio más tu repugnancia, hayan llegado hasta ese punto de sacrificar un equipaje entero por no dirigirte a una persona odiosa.

Podía haberte puesto un cable sobre este asunto, pero ignoro si estás allí o en Europa.

Además, Doris Dana, yo no me despedí de ti y los indios se despiden siempre. Las razas inferiores tenemos —conservamos— una memoria subjetiva nada pequeña.

Regresé pensando en que al correo de Xalapa, pueda también haber llegado una carta tuya cobrando tus maletas. Y allí el robo de cartas es peor aún.

Como dudo de que estés en Nueva York, debo escribirte para saberlo y además, para preguntarte por qué vía y en qué forma puedo hacer esa remisión.

Hoy es el veinteavo día de tu partida. Tengo muy clara la memoria respecto de ese hecho lastimoso. Yo tuve el mal gusto y la imprudencia de decirte que no te fueses. Y no hubo más que eso. Pero es que existía ya en ti una acumulación de cólera y de repugnancia y vino el estallido. Ambas cosas estaban en tu cara cuando yo te miré, Doris Dana. Había gente y no pude decirte nada. Tú salías como una persona huida y yo no te retuve a causa de la gente, para decirte lo que va aquí. Tolera, cuando menos esta carta, segura de que, después de su lectura, yo no volveré a darte otro motivo de cólera.

En cuanto al equipaje, Doris, puedes escribir a Anita Bustamante de Revilla, quien ya estará conmigo, para explicarle el modo de su remisión. Yo puedo tener cualquier cambio, inesperado de residencia y no sé, en absoluto, cómo mandar tus bultos porque además ignoro si tú estás en NuevaYork o en Europa.

En mi examen de conciencia sobre ese día y sobre un año y medio de tu estada en México, yo no hallo razón alguna válida para comprender tu actitud exasperada, brusca y casi brutal del último día, yo he sido insistente, majadero, estúpido en mi porfía por retenerte. Pero nosotros los latinos-indígenas en una actitud de esta especie vemos sólo y únicamente un cariño y un apego machacones y majaderos. Nada más. Y no respondemos a eso con el odio y la repugnancia.

Yo no te he mentido, además, al exagerarte los peligros de Europa y eso podrá decírtelo cualquier persona americana digna, por la raza de ser oída o de ser comprendida en su buena intención.

Yo espero que tú veas en esta carta cuando menos la intención sana y humanísima de quedar ante ti siquiera como una criatura

recta, decente y fiel cuya falta no ha sido sino la de otros: el querer retenerte. Yo no supe recordar el caso del Dr. para entender que tú te hastías de las personas y las eliminas así como por un tajo, sean ellas culpables o inocentes. Mi demonio es el rencor, pero el tuyo es el desprecio. Y éste llega hasta el punto de que, por no escribir un nombre que se te ha vuelto repulsivo, tú abandonas un equipaje entero en una casa de la que sales asqueada, sin que en ella se haya hecho otra cosa que estimarte y quererte por encima de todo y de todos.

Yo sé que es absolutamente raro decirte más, explicarte, hacer descargos, cuando en ti domina un desprecio total. Pero nunca conocí yo esta experiencia humana, Doris Dana y no acabo de salir de mi estupor.

Te repito que esta carta se debe a mi impresión del correo de Coatepec. He pensado una tarde y una noche en que tú has podido escribirme para cobrar tus maletas y he pensado en el concepto que tendrás hoy de una persona que se queda con ellas. Los indios no hacemos esas cosas, Doris. Tampoco te has despedido tú de Palma. Anoche yo le he hablado por teléfono, acerca de lo sucedido en Coatepec y por preguntarle si sabe que estés enferma. Ella te habrá puesto ya un cable.

Perdona el lápiz. Yo escribo esto a las cuatro de la mañana.

Feliz, Doris. Dios te pague cuanto hiciste por mí.

120. GABRIELA MISTRAL

[22 de junio de 1950]

Doris Dana querida: hoy 22 llegó carta sobre una persona que quiere emplearse conmigo y de la que dan muy buenas referencias.

Voy a ver si puedo hablar contigo por teléfono sobre el caso. De todos modos, yo la haré venir para ver qué me resulta. A mí me duele mucho poner una persona cualquiera entre nosotras. Pero yo no puedo con la soledad y el vacío. Enseguida cae sobre mí este pensamiento.

Por qué yo sigo viviendo. Yo no tengo a nadie sino a dos criadas. Yo leo y leo hasta que no puedo más. Por no pensar. Y contar lo días me hace caer en un estado o de angustia o de hastío profundos. Si tú estuvieses ya de regreso, cuando ella venga, eso sería lo mejor, porque me darías tu impresión y yo resolvería según ella. Por todos los medios, yo deseo que tu vida conmigo no sea la vivida. Tú no puedes trabajar en nada tuyo; tú no debes hacer cosas domésticas insufribles. Día a día pienso en este problema, aunque tú creas que no me importa. La verdad es que yo no deseo otra cosa que esto: liberarte de esa esclavitud estúpida y dejarte una vida para ti, aunque no estés en Nueva York, una vida libre pero conmigo.

Yo no sé nada de ti hace mucho, aparte de la conversación telefónica, perdida en su mitad. No sé qué día tú vienes y necesito mucho saberlo. Y no hallo tu teléfono para poder llamarte.

Doris, no han mandado la chequera nueva de California. Es muy raro. Y se acabó la otra en el cheque de mil que te envié. No me di cuenta. Dinero en pesos tengo, pero poco. Y debo enviarte doscientos dólares. No sé cómo arreglar esto. Mándame enseguida una carta en inglés para el Security, etc. sobre el asunto. Yo no sé cómo ponerles un cable. Si esto se prolonga, pide a alguien los doscientos dólares que te faltan para tu pasaje y los muchos encargos que te hice. Yo pagaré eso en llegando la chequera. Es enteramente seguro, hijita. Me aflige este asunto. También quiero saber si tú has recibido el cheque de mil dólares. Dímelo por cable. Ya sabes lo que me está pasando con el correo. Yo creo haberte oído que vienes

en junio pero ignoro cuándo. Vagamente recuerdo que añadiste no tener seguridad en la fecha de junio. Me aflige pensar que la cuestión del cheque de doscientos te pueda retardar. Día a día, en esta soledad, yo te llamo. Han ido varias cartas; ha llegado tal vez, una tuya. Pero yo tengo la impresión de que no ha venido ninguna. Yo sé que haces mucho por mí allá; pero lo único que me dará paz será el que vuelvas. Te he pedido traerme bastante Octaplex y ese Betalín. Ambos, por su calidad, triplican los de aquí. Son maravillosos.

Tengo muchas cartas pendientes. No escribo más por eso. No hay respuesta del subsecretario sobre lo de Veracruz (consulado en Veracruz). El P. Negro sigue inflado por tu gente. Hoy vino una carta pintando el horror del país. Los demás que escriben se callan por miedo. Te repito que han ido varias cartas y que no ha venido ninguna tuya. No te exijo nada. No te presionaré en adelante. Tú me darás lo que quieras darme. Mi ánimo derrotado está perdiendo su hábito de reclamar.

Dios te cuide.

Gabriela

121. GABRIELA MISTRAL

El cheque fue certificado y con acuse de recibo. Yo te mandaré el otro enseguida de que llegue la chequera. Me extraña mucho la falta de respuesta de Santa Bárbara. Pero el correo es la peor calamidad para mí. Esos muchachos —no todos— me detestan. Parece que sea muy antipático tener un nombre en este mundo.

Gabriela

122. GABRIELA MISTRAL

[23 de junio de 1950]

Cara Doris Dana, yo no he tenido hasta hoy carta ninguna tuya. Y necesito para mi «dossier» sobre el correo, saber cuántas mías has recibido tú. Yo te he visto escribir a tus gentes —y no poco—, así es que no entiendo nada. Y necesito ver en esta oscuridad. Una vez que yo haya visto todo se arreglará bien para ti, por tu tranquilidad, para mí ídem. Tu conversación por teléfono fue casi perdida. Yo sólo creí oír que hablaste de regresar en junio. Pero pudo ser julio. Si yo hubiese tomado a alguien para acompañarme desde que tú partiste, no habría sufrido tanto de algo que no sé nombrar: la extraña vida entre dos mundos que yo vivo cuando quedo sola. Pero ahora alguien se ocupa de buscarme gente. Esta gente buscada de prisa es posible que no sea agradable ni para ti ni para mí. Y no podré despacharla enseguida. Es para mi pobre cabeza un verdadero jeroglífico tu caso. Tú me cuidas como una hermana de la caridad mientras estás aquí, pero, apenas entras tú en el «aura» de tu raza y de tu país, toda esa caridad para una persona enferma se deshace y queda la nada o queda un plano raso de toda piedad. Es tan grave el caso, Doris Dana, que yo querría que tú vieses en claro esta realidad, y que procedieras a obrar conforme a ella.

Es verdad que me has mandado medicinas. Óptimas han sido. Yo vivo viva, no vivo muerta como antes, y trabajo con la normalidad de hace cinco años o siete. Pareces mi médico especialista, mi técnico. Muy buen técnico. ¿Eres eso? ¿Te has quedado por eso en México?

Han ido dos cartas que pedí me certificaran, aparte del aéreo y del acuse de recibo. Porque llevaban cosas económicas. Fueron dos: una de mil (por el auto), otra de doscientos por los remedios.

Deberías haberme puesto un telegrama, a fin de quedar tranquila, pues sabes mi tragedia con el correo. (Hoy llegó despegada una carta de Marta Salotti, llena sólo de recortes de periódicos...)

Te voy a pedir algo que te hará reír. Escríbeme cuatro líneas y manda la carta abierta, así, sin pegar. Voy a pedir lo mismo a varias personas. Porque estoy harta de este espionaje —no oficial— que no sé quién hace y quién paga.

Doris, aunque mi corazón anda bien, yo temo de él. No sobra decirte esto. Si algo ocurre con mi salud, sabe tú que mi testamento me lo guardan las dos maestras de «La Orduña».[80] Recuérdalo. Si tú regresas, lo guardarás tú.

Las píldoras mejores parecen ser las rojas, color rojo, digo. Es preciso traer más de esas y menos de Octaplex. También + Betalín.

Temo que saquen derechos fuertes. Podrías mandar un paquete al embajador.

Casi, casi te pido traerme la Enciclopedia Espasa en el auto. ¡Si es posible! Me hace mucha falta para los datos técnicos cuando escribo. Dios te cuide.

Gabriela

[P.S.] En «La Orduña» hay correo.

123. GABRIELA MISTRAL

Doris querida, por fin hoy 23 llega la chequera. Va adjunto un cheque por doscientos. Son para mis encargos de medicinas y para

tu pasaje. Fue hace cuatro días el de mil para el auto. Te repito estas cosas porque nunca sé si te llegan mis cartas. Yo no he tenido ninguna tuya y llego a dudar de que vuelvas. Sea lo que sea, no me devuelvas ese dinero ni el otro. No me dejaste anotación para saber cómo te llamo por teléfono. Acabo de echar a Lola: se cogía las vitaminas. No sé para qué. Tampoco quiso estar cerca de mí y vivía en la cocina. Espero alguien de México, tal vez una costarricense venga. Margarita Michelena parece que viene hoy. Yo he estado absolutamente sola con la cocinera durmiendo en mi cuarto. Mi salud no es mala. Pero me siento como una especie de ánima (alma de los muertos) y me parece que no es verdad que estoy en la tierra. Cosa muy extraña. El correo está peor que nunca. Escribe acusando recibo así: «La Orduña», Xalapa, Veracruz, México. Voy a ponerte un cable. Para que aguardes esa segunda remesa y compres lo necesario para ambas.

Te dejo porque tengo cosas que despachar. Un abrazo,

Gabriela

[P.S.] Mañana es el Santo de Yin.[81] Le haré una misa cantada en la iglesita.

124. Gabriela Mistral

Junio 23, 1950

DORIS DANA
58 EAST 55 ST NYK
ESPERA ALLÁ SEGUNDA REMESA

MISTRAL

125. Gabriela Mistral

[27 de junio de 1950]

Olvidadiza Doris:

Sólo te acuerdas de que tus amigas existen cuando ha pasado un mes.

Hubo al fin carta tuya; mil gracias.

Hoy te escribo nerviosa por las noticias del Oriente.

No sé si esta carta te alcanzará en Nueva York. Son encargos para California. Yo creo que tú debes ir allá. Dainita, porque si viene la guerra vendrá también la prohibición de echar a los inquilinos. Haz, ese sacrificio por mí, pero recuerda también que tú tienes obligaciones con esa casa de Monrovia.

Antes de que lo olvide: dice Palma que yo tengo derecho a traer un coche sin pago de impuestos. Yo no me intereso, dear, en que el coche lleve mi nombre. Prefiero que sea tuyo. Pero ignoro si tú volverás a tener aquí dificultades e impuestos altos. Yo espero que no vuelvas a venderlo. Y te digo que, en saliendo yo de mis obligaciones: casa de lo alto en Miradores, cercas, abonos y plantaciones, yo podré, espero en Dios, comprártelo. Si tú aceptas, naturalmente.

Recuerda, en todo caso, que yo tengo un pasaporte diplomático.

Va la autorización para que te dejen entrar al garaje de Santa Bárbara. Allí están mis libros Dainita.

Y ahora esta tremenda consulta. El libro que más necesito es... nada menos que la «Enciclopedia Espasa». Son, dear, setenta y tantos volúmenes grandes; pero yo recuerdo vagamente que hay diez o más volúmenes de suplemento. Tal vez —¡ay, perdona!— tú pudieses traerme la Enciclopedia. Dejando allá el «Suplemento» entero. ¡No sabes tú, qué bien me harías! Porque estoy escribiendo sin consultar

nada y esto es muy malo y no me gusta. Tal vez pudieses, en último caso, traerme la mitad de la obra. Y otra vez sería la otra mitad...

(Con qué poco sacrificio se puede llevar paz al alma de la gente, Doris. Pero hay seres que por orgullo no se dan el sacrificio de escribir. Te recuerdo que, precisamente el orgullo, es el pecado más demoníaco del ser humano. Recuerda esto siempre. Y además, nada separa a los seres tanto como el orgullo.)

Yo voy a ir a Veracruz. Por escoger camas. Porque mi viejita que se va prontito a Miradores con sus dos hijos cultivadores, no tiene nada y voy a arreglarle enterita, la casa de abajo. Y compraré nuevas camas.

Tal vez también legalizo mi firma en tu consulado americano. Para el poder —dado a ti— respecto de la casa de Monrovia. Poder definitivo.

Óyeme esto bien: si esta carta te alcanza en Nueva York, dime por telegrama desde allí o desde California tu dirección en Monrovia. Porque debo mandarte lo preciso para pagar allá tu hotel de a lo menos cuatro días. Ayer me cansé mucho en Jalapa y no puedo subir hoy allá para telegrafiarte a Nueva York. Creo que tendrás con cuarenta o cincuenta dólares para tu hospedaje y el del auto. ¿Cómo se llama? Ponle «San Miguel Arcángel».

Si puedes, me traes también tú el indio dormido, mi indio querida (foto grande). Y me falta algo muy importante, ¡pero no lo recuerdo!

Voy a anotarte al pie si la hallo la dirección de dos chilenos buenos que viven en Santa Bárbara. Él (casi inglés) puede ayudarte allí en cualquier problema.

¡Perdona, perdona estos abusos!

(Con muy poco se devuelve la salud espiritual a los seres, Dainita, y tú pareces ignorar la caridad.)

Necesito saber dónde dejaste las llaves de mis maletas. Necesito buscar allí cosas, papeles.

Sólo gracias a tu auto podríamos ir cada dos días a ver lo que hacen los hijos de mi viejita en Miradores. ¡Es un mundo lo que allí hay que hacer!

Excúsame de mi silencio con los chilenos de Santa Bárbara. Son muy buena gente.

¡Ay, Doris! Hablas ahora de semanas más para salir de Nueva York. ¡Qué barbaridad!

Cariños Gabriela

P.S. El encargo que olvidaba es ¡ay! Uno muy difícil. Oye, niña mala, vagabunda, veleidosa, caprichosa, coqueta, de nadie, ventolera del mar: existe allá entre mis libros o mis folletos, un cuadernito azuloso impreso. Es sobre José Martí[82] y es una conferencia mía en Cuba y está magníficamente corregido. Ay, búscalo; ahora no sabré corregir así. Quedó cabal. Está editado en Cuba.

¡Ay, ay, ay!

Gabriela

✂

126. GABRIELA MISTRAL

Por la presente, autorizo a Miss Doris Dana a recoger de mi casa de Santa Bárbara los libros y los objetos que ella pueda traerme a México en su automóvil.

Ruego a la Sra. arrendataria tenga la bondad de permitir a Miss Dana escoger esos libros y esos objetos y le doy, desde luego mis agradecimientos.

Miss Dana va a traerme esos objetos en su automóvil. Ella es una escritora y una ex profesora de la Universidad de Nueva York.

Xalapa, 28 de junio de 1950

[P.S.] Dirección que ruego a la Sra. anotar:

Apartado 21, Xalapa, Veracruz, México.

127. GABRIELA MISTRAL

[30 de junio de 1950]

Doris queridísima Deinita:

No sé si va a gustarte o no la noticia de hoy. Va copia del oficio de Gajardo.[83]

No te apenes, hijita mía. Mi situación en México era ya irregular. Las comisiones oficiales sólo por un año y yo llevo aquí año y 2/3... Además, Deinita, yo prefiero Veracruz a Jalapa. Tengo derecho a cobrar al gobierno mis gastos de instalación. Dan de setecientos a mil dólares. Pero se tardan en pagar.

Están aquí Emma Godoy y otra niña. Teníamos ya resuelto ir mañana a Veracruz. Por unas camas para mi viejita que va a Miradores. Parece que esta semana le entregan a la viejita el cuarto grande de Miradores (casa de abajo) y tal vez dos cuartos. Y ella quiere irse enseguida.

¡Ay, ay, ay! Yo no he recibido de Doris Dana sino una carta larga. Doris Dana tiene poca caridad para los enfermos, temperamentales y yo soy de esos. Era muy linda esa carta y yo te la agradezco de todo corazón.

Tú comprenderás cuánta falta me haces para resolver mis problemas de Veracruz.

La estación es buena para ir allá. El otoño ya comienza y en un mes más eso ya estará un poco fresco. El problema vendrá al venir el verano próximo. Pero nosotros buscaremos lentamente casa en uno de los pueblecitos que —me han dicho— están sobre Veracruz. A menos de que tú quieras vivir en Mocambo, cosa que a mí poco me gusta.

Por lo pronto yo quisiera vivir otoño e invierno sobre el mar que a mí me da mucha fuerza y un poco de alegría. Pero todo lo dicho está sujeto a tu voluntad.

Yo espero, Dainita, que tú ya veas, ya «realices» el panorama europeo. Espero que leas prensa y te des cuenta de que Europa con o sin guerra en Oriente está de más en más comunista, es decir, envenenada. Guarda tus dineros para ese viaje pero no embarques jugando con la vida. Rusia tarde o temprano dará un golpe espectacular sobre Europa.

A mí me da cierto pudor tratarte ese punto neurálgico, pero es natural, que te diga algo. Sin presión. Yo sé muy bien que ese viaje te importa más que todo en este mundo. Eso no puedo cambiarlo por ser yo en tu vida tan poquita cosa. Ay, si yo fuese más.

Tú hablas vagamente en tu carta —si no yerro— de volver en quince días más. ¿Es un mero deseo o es una realidad? Dime esto claramente. Yo creo que deberé movilizarme de aquí en quince días. Veracruz está tan cerca que yo no puedo alegar ni equipajes ni trasportes pesados al gobierno. Y debo buscarme oficina en Veracruz y alojamiento además.

(Yo pondré un muchacho a atender la oficina medio día o más. No te aflijas por ti misma.)

Estoy regular. Tuve una mala cosa del corazón. No duró mucho. Tomé dosis fuerte de ron. Con eso se pasa.

Hijita mía, vamos al mar. Y que Dios nos ayude. Es otra vida la que comienza. ¡Ayúdame tú a vivirla! Dime todo, todo lo que te falta en Veracruz, créate un vivir más dulce. Pide lo que necesites para ello.

Dios te cuide. Yo te pienso y te pienso. ¡Me haces mucha falta, mucha!

Gabriela

[P.S.] Ayer fue el día de mi mamá.

128. GABRIELA MISTRAL

1 de julio [de 1950]

Hijita mía querida: solamente hoy yo me doy cuenta cabal de la situación. Veo que es muy probable, casi seguro, que tú no querrás dejar a tu país en estos momentos y tal vez ¡ay! ¡por mucho tiempo! Tu patriotismo no sólo es cabal sino ardiente y profundo. Pero tal vez sería posible el que te mandasen en comisión oficial de servicios. Son cosas que trataremos después. En cuanto a mí, yo creo que después de estar unos meses en Veracruz (me han nombrado cónsul allá) yo podría ir a verte a la frontera y tal vez llegar a California por lo de mis casas. Ay, esta esperanza me mantendrá.

Estoy a oscuras y no sé si todavía tú puedes salir de EE.UU. y venir a México. Estoy segura de que todos nuestros países van a adherir a EE.UU. Eso tal vez permitiría, el que se mantenga el tráfico de viajeros entre EE.UU. y México.

Escríbeme seguido, por favor sólo he tenido dos cartas tuyas. Un abrazo Gabriela.

Dios te guarde.

129. GABRIELA MISTRAL

Vino carta tuya. Sólo ahora te convences de que era verdad lo que tu pobrecito te decía sobre tu viaje a Europa. Sí, eso soy yo para ti, una «pobre de espíritu» a la cual no se debe fiar la gente. Mucho te duele, mucho, no poder embarcar para Europa. ¡Cómo te duele, Doris! Uds. los americanos estiman mucho más el barco y el agua del mar que las personas que se quedan atrás. Pero yo, que quiero muchísimo al mar, prefiero las personas bautizadas. Él no lo estuvo nunca...[84]

Nuestras psicologías, Doris, son espantosamente opuestas. Siempre es el norte y el sur, la rubia y la tostada de sol andino. Es un horror esto, es la fatalidad pura, y sin embargo no nos chocamos, gracias a tu buena educación. O a tu caridad para el prójimo.

Mi día ha sido tan malo que estoy cansada.

Buenas noches, hijita.

Gabriela

130. GABRIELA MISTRAL

Escrito todo lo anterior yo me puse a pensar en la mudanza que viene. Creo que yo sola no puedo con ella. Palma vendrá pero como siempre no quedará aquí cuatro días seguidos. Y hay cosas

delicadas de cuidar. Lo tuyo y mi papelería. Creo que el plazo máximo para abrir esa oficina sean quince días. Pero lo peor no es mover maletas, es buscar casa en Veracruz. Con tu auto todo eso se haría sin fatiga. Creo recordar que en Veracruz los consulados están alojados en la Aduana y que el gobierno da esos locales. No estoy cierta. Pero, además de la oficina, hay la casa donde vamos a vivir. Yo no sé escoger eso, dear, y después tú padecerás las consecuencias de mi mala elección. ¿Es posible que tú puedas venirte antes y con tu coche? Yo tengo en la chequera un total inexacto. Recuerda que yo hice dos cheques sin dejar anotación de valor. No sé aún cuánto dinero va a sacarme el constructor fuera del cálculo que hizo. Porque no es hombre serio.

Por esto, y sólo por esto, Doris querida, yo no te mando por ahora, más dinero. Irá en cuanto vea en claro mis gastos. Cuenta tú con esto. Ha llegado un aviso de dinero sueco. No tengo quién me conteste a esa gente en inglés. Creo que son casi cuatro mil coronas. Consulta tú allá el cambio de eso en dólar. Si puedes. Acabas de llamarme tú por teléfono, parece. Fue de Nueva York y no dieron nombre. Estoy junto al teléfono por si vuelven a llamar. Ojalá seas tú para decirte lo de Veracruz y pedirte que te vengas. Tengo miedo de que te roben alguna maleta en esta mudanza mía. Estoy buscando algún camionero honrado.

Te he mandado muchos encargos, para California. Trae tu coche, hijita. Si tú tardas, yo te mandaré por cable mi dirección en Veracruz.

Mi salud, flojita. Todos aquí te recuerdan con cariño. También tú te ganarás a Veracruz como lo hiciste con Xalapa.

Te abrazo,

Gabriela

131. Gabriela Mistral

Julio 2, 1950

MISS DORIS DANA
58 EAST 55 ST

VENIR PRONTO DESPUÉS NO PODRÁS

MISTRAL

132. Gabriela Mistral

[3-5 de julio de 1950]

Cara Doris Dana: recibo sólo hoy, 3 de julio, tu carta del 24 de junio. Yo no entiendo esa tardanza. Pero parece que, tú no usas el correo aéreo. No sé si esta carta te alcance en Nueva York. Va al acaso (al azar).

Me llegó carta del embajador diciéndome que el gobierno me ha nombrado cónsul en Veracruz. Tengo, pues, mudanza y búsqueda de buena casa en Veracruz, cerca del mar. Todo esto me costará mucho. Tu carta dice que tú partes de Nueva York a fines de junio si es que te entregan el coche. No creo que puedas llegar aquí antes del 7 de julio. Tal vez te tardas en México con la hija de Mann.[85] Si llegas aquí hacia el 10, tal vez no me hallas porque, si he hallado casa, estaré en Veracruz. Pero en México o aquí, en esta casa, te darán mi hotel o mi casa en Veracruz. Me harás mucha falta en la búsqueda de domicilio. Acaban de irse Emma Godoy y una amiga

suya. Hoy llegan Palma y la Sra. que viene a vivir conmigo. Yo no puedo absolutamente no puedo vivir sólo con una niña americana móvil y automovilista que está un mes y se va, y vuelve por otro mes y se va. Yo no soy americana. Espero que esta Sra. sea una criolla y no una neoyorquina. La estoy esperando. Ojalá sepa durar, restar, quedar. Miradores sigue casi igual. Sólo han hecho los muros del cuarto grande. Ayer fui allá con mis visitas. Me cansé. El aire era lindo; todo está verde de pastos.

Dios te cuide,

Gabriela
3 de julio

✂

133. GABRIELA MISTRAL

5 de julio

Doris Dana: ayer te recordé en tu fiesta. Todavía no he podido bajar a Veracruz por falta de compañía. La Sra. esa, la costarricense, no llega aún. Sólo anoche me dijo Palma por teléfono, que no tiene dinero para el pasaje. Y la sonsa no dice nada, ni me escribe palabra. Yo detesto 1° a las gentes de boca muda; 2° a las que dicen la verdad a medias. Estuvo Emma Godoy con una amiga, tres días.

Hoy viene carta tuya y vino otra anteayer —una larga—. Yo debo ir a buscar casa en Veracruz. Pero no tengo a nadie que me acompañe excepto, la cocinera. Yo no entiendo un país que tiene tanta gente pobre y donde no se halla una secretaria que valga la pena. Parece que tú ni aún lees la prensa. Porque la guerra ya está

en Corea. Que va a envolver el este y al oeste es cosa de un mes tal vez. Y están en movimiento tus barcos en California. Tampoco lo sabes. ¡Feliz tú a quien no le importa el mundo! Estoy esperando que llegue esa persona de México para ir a buscar casa a Veracruz y para hacer mi mudanza. Comprenderás por mi carta adjunta que ahora yo soy cónsul localizado, fijo, y que no puedo seguir viajando. Tampoco quedarme aquí.

De mi salud no es cuestión de hablar porque ella no te importa. No sé qué hacer. Yo estoy aquí en este conflicto. Se acabó la chequera y no sé inglés para escribir pidiendo otra. Y me duele muchísimo tener que pedir dinero a Palma. No me queda otra cosa, sin embargo. Y no sé si me lo presta…

No recuerdo nada sobre lo que hacen con el arriendo de Santa Bárbara. Ah, parece que lo depositan. Favor de recordar este punto. Yo no logro saber si tú me pediste o no una chequera nueva a California. Nunca en veinte años, me he quedado aquí sin dinero y teniéndolo. Sospecho que la que viene —muy tímida dice Palma— tampoco va a servirme para evitar que me pasen estos percances. Mientras tanto tú paseas por Nueva York inconsciente de todo esto, con esa inconsciencia especial de las niñas de dieciocho años. Y no sabes cuándo te dan el coche, y cuándo sales, y cuándo llegas. Y la guerra está ya a la puerta y yo no sé si voy a vivirla en Veracruz solita, sin amigos ni para consultarles cosas.

Dices que vienes con una hija de Mann. Lo cual quiere decir que tardarás en México D.F. dos semanas a lo menos. Yo no puedo ofrecerte casa para ella porque si encuentro local en Veracruz, estaré en plena mudanza. Debía salir ayer para Veracruz.Y sólo hoy me doy cuenta de que no tengo dinero ya en el Banco de Veracruz. Me devolvieron un cheque por falta de fondos. ¡Qué horror! Yo recuerdo vagamente que tú pediste chequera a Monrovia. ¿Llegó?

¿Qué pasó? No recuerdo nada. Otra vez deja a lo menos detalle de mis cuentas a Palma. Tú sabes muy bien mi «caso» con el manejo de fondos. Hay tres mil dólares en California y yo no tengo sino dos pesos en el bolsillo.

Llegó ayer larga carta de Coni. La muy cínica. (Una vez me dijo que tú me dejarías plantada por Nueva York. Y así ha sido, Doris.)

Espero no molestarte con otra «filípica».

Acabo de encontrar la chequera, ¡alabado sea Dios! Por mi desconfianza de los criados. Yo la había metido en un libro.

Mi cabeza rueda, rueda, a causa de estas dos horas de no hallar la chequera ni saber nada claro de si esa persona llega o no a acompañarme. Parece que tú ignoras aún este hecho que no te he confesado. En cuanto yo estoy enteramente sola, cae sobre mí una especie de vaho de eternidad. Yo pierdo la noción de la realidad. No me queda sino acostarme y dormir. El vacío es para mí una especie de desvanecimiento.

Me deja asombrada el que tú quieras que yo viva sola. ¡Qué barbaridad, Doris Dana! Eso sería perder la razón. Nada menos. (Calla esto a las gentes.)

¿Por qué tienes la mano herida? ¿Y qué has contado a Palma que no me cuentas a mí?

Naturalmente tú no puedes ir a Europa. Cuando yo te lo dije te reíste, porque yo soy —también para ti— un niño enfermo y desvariado. Ahora entiendes por qué te lo dicen tus americanos.

Si llegas con la niña Mann y yo estoy en Veracruz buscando casa, te la alojaré en un buen hotel. Pero imagino que vas a quedar dos semanas en México con ella.

Dios vele sobre ti.

Gabriela

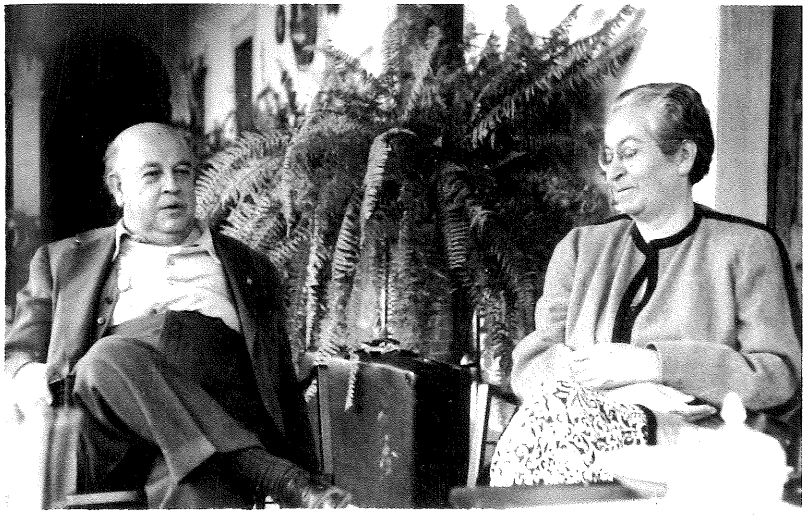
Gabriela Mistral junto a Doris Dana.
Santa Bárbara, Estados Unidos, 1947.

Gabriela Mistral junto a Doris Dana y sus amigos.
México, 1948.

México, 1948.

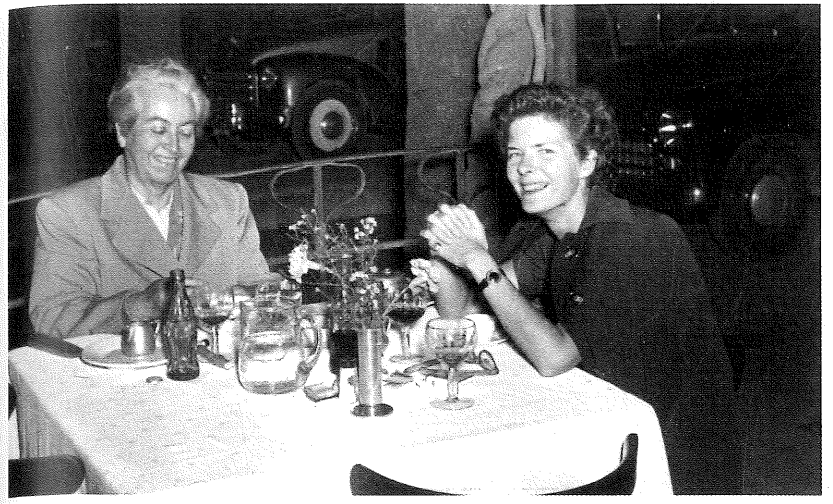
México, 1948.

En el mercado. México, 1948.



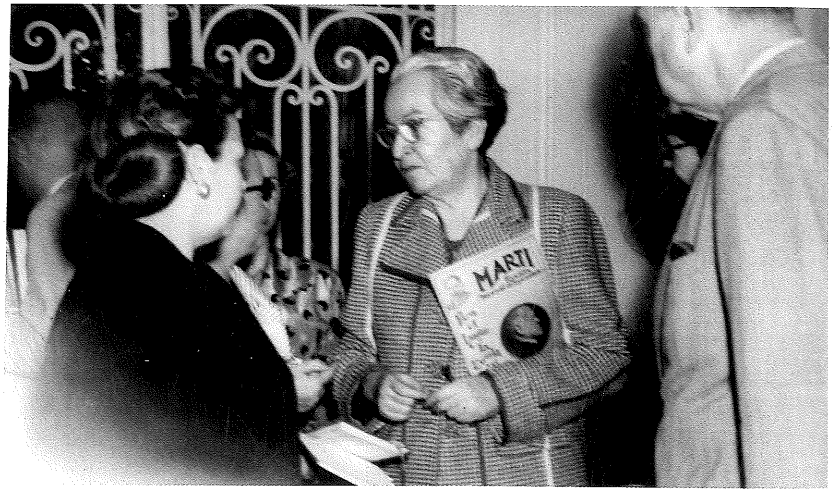
Gabriela Mistral junto al escritor mexicano Alfonso Reyes. México, 1948.

Nápoles, Italia, 1951.

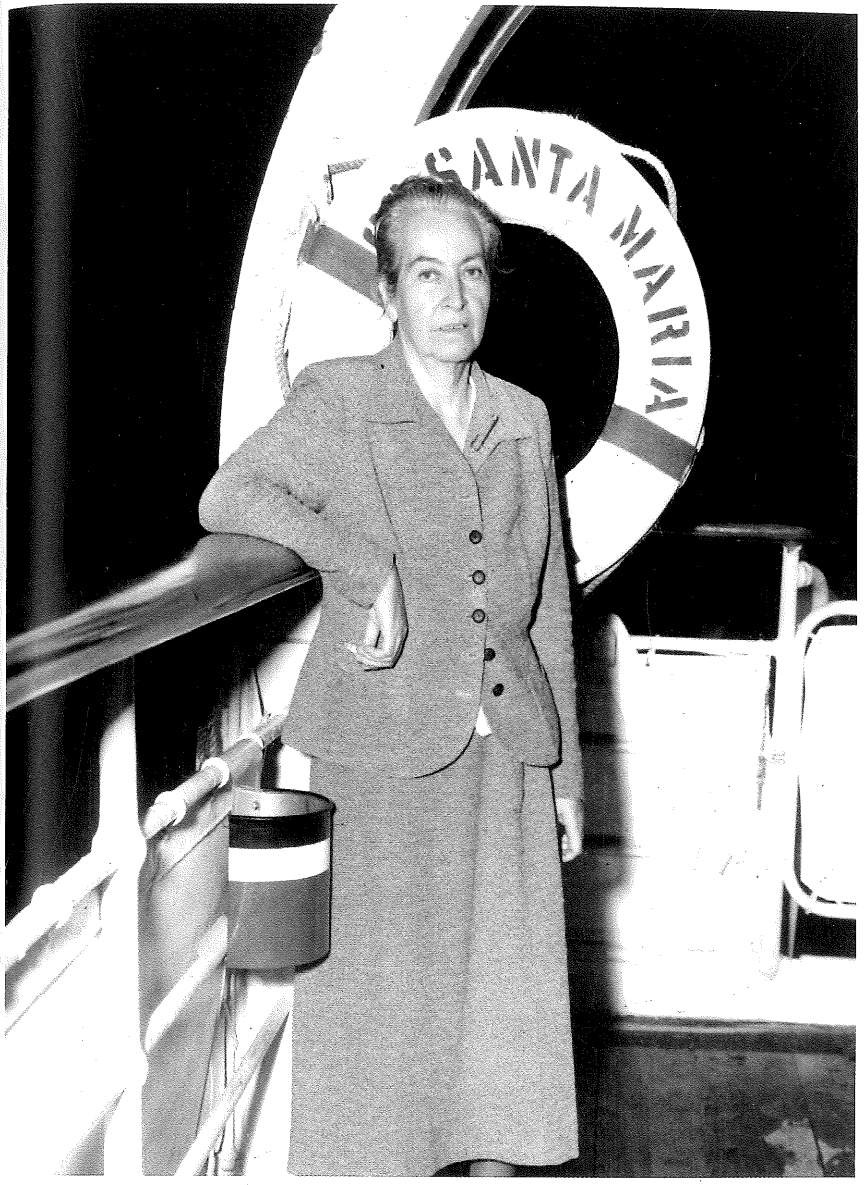


Italia, 1952.

Cuba, 1953.



En el homenaje del centenario de José Martí.
La Habana, Cuba, 1953.



En su último viaje rumbo a Chile, 1954.

En Valparaíso, Chile, 1954.

Gabriela Mistral saludando desde el palacio de La Moneda. Santiago, Chile, 1954.

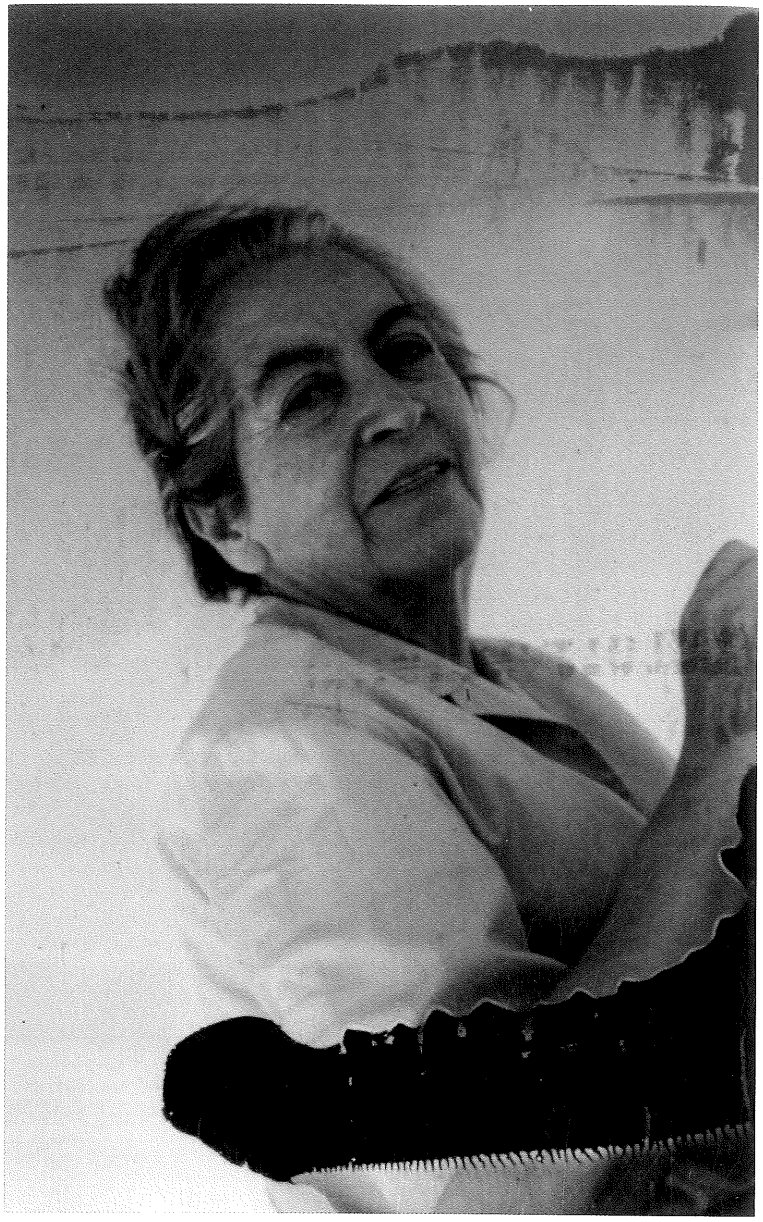
De izquierda a derecha Gilda Péndola, Auristela Iglesias de Varela, Gabriela Mistral, Amelia Rojas, alcalde Guillermo Reyes y Doris Dana. Montegrande, Chile, 1954.

Gabriela tomando mate. La acompañan Lucía Rodríguez, Auristela Iglesias y Amelia Rojas. Montegrande, Chile, 1954.

Homenaje del pueblo de Vicuña a Gabriela Mistral. Vicuña, Chile, 1954.

Casa de Gabriela Mistral y Doris Dana. Roslyn Harbor, Nueva York, ca. 1954.

Roslyn Harbor, Nueva York, 1954.



Jones Beach, Long Island, ca. 1955.

134. GABRIELA MISTRAL

5 de julio [de 1950]

Cara Doris, si tú tardas, tal vez me halles en la cárcel... El banco me denunció a D. Rafael por girar cheques en blanco... Yo no había renovado el depósito...

Tú dirás si quieres ir a buscarme a la cárcel...

Nada preciso dices de cuándo regresas.

Estoy esperando que llegue esa Sra. ¡por fin! a cargar conmigo. No quiero pesar tanto sobre la vida tuya.

Saludos,

Gabriela

135. GABRIELA MISTRAL

[9 de julio de 1950]

Cara Dainita:

Te escribo para explicarte la cuestión de la «visa» de Monika Mann.

Yo he escrito al jefe de turismo. Es un ex amigo mío. Ex porque no me escribe ni me ve; creo que se lastimó porque le han dicho mi cólera a causa de que me malogró mi diligencia por Alfonso con el Presidente.

Así y todo, le he escrito sobre esa «visa» en cuanto a jefe de turismo.

Pero yo necesito explicarte a ti el caso de Monika Mann. Aquí visa rapidísimamente las entradas a México de Uds. americanos.

Ídem de la de nuestros países del sur y los de la Europa Occidental. Pero en México como en Chile y la Argentina, los pasaportes de la Europa balcánica han sido siempre mal vistos. Vino de esa Europa la peor inmigración, excepto la yugoeslava. Se les mira como países de tercer o cuarto orden.

Yo ignoraba enteramente esa cómica nacionalidad de M[onika]; una hija de Thomas Mann, húngara [?] es algo que nadie va a entender.[86]

Yo habría sacado de inmediato la visa con la esposa del ministro de gobernación. Pero la linda y pedigüeña Ida me hizo pedir para ella una prórroga, por ahorrarse doscientos dólares. Me la dieron ahora mismo y no puedo pedir otra cosa enseguida.

Yo espero que Yuco (Francisco) del Río,[87] jefe de Turismo, conceda lo que le he pedido, remarcándole el valor de la persona. Yo te pondré un cable sobre esto.

Me da mucha pena, pero vuelvo a pedirte que me traigas más vitaminas. Van para esto cincuenta dólares. Son la Theragran roja y la Octoplex. Me doy cuenta de que todo mi pep.[...] sale de ellas... ¡Qué horror!

Pienso que debes estar muy angustiada a causa de la guerra de Oriente. Eso va a costarles a Uds. tanto como les costó la otra; pero la ganarán perdiendo, esto sí, muchas vidas. Me duele, que a causa de los rusos vayan a caer como hormigas mis pobrecitos amarillos. Perder Uds, esa zona «de influencia» como perdieron a la China mayor es cosa seria. Uds. creen demasiado en el viejo Mac-Arthur.[88] Este ha tratado a los japoneses como a bichos. Es aquello de no entender en absoluto al mongol de allá y al mongol de la América Latina. Quien domina, tiene la obligación de entender. Este es el nudo ciego. El americano no comprende ni al europeo. Aquellos que como tú saben que el nudo ciego es este

no son funcionarios y no pueden informar y mudar ese impasse y abrir esos sesos pétreos de la gente oficial.

Tú no padezcas por tal cosa. Nada se puede hacer desde afuera. Si ganan Uds. será que han comprendido; si pierden el comercio coreano —es esto lo que se juega—, Doris Dana, será que no ven el problema mayor y real. No sufras, por favor. El patriotismo no debe volverse una religión ni la Patria un Dios.

Palmita está conmigo. Mi salud es buena. Tú ayuda a tu cuerpo, no te comas tu hígado enfermito.

Gabriela

136. Gabriela Mistral

Querida Doris:

Te ruego buscar al pintor chileno y preguntarle esto: el nombre del empleado de la embajada que conoce al funcionario mexicano que da las becas para los estudiantes hispanoamericanos. Son becas importantes que dan creo que $500 c/u. Hecho esto me mandas el nombre por telegrama. Yo quiero recomendarle a Gladys. Debe estar copado de pedidos y hay que hacerle éste pronto.

Yo pediré a Palmita que me ayude en este asunto.

Dormí bien mi siesta, leí (releí) «Las Troyanas» y ahora hago dos oficios.

Cuídate mucho, andariega, talones jabonados.

Gabriela

137. Gabriela Mistral

Septiembre 22, 1950

SRITA DORIS DANA
CERRADA DE MAZATLÁN 12 DOCE
MÉXICO DF URGENTE

LLEGARON CABLEGRAMAS FINÍSIMOS, TU HERMANITA Y CALDEIRO, RECIBE TODOS MIS VOTOS POR TU DICHA

GABRIELA MISTRAL

138. Gabriela Mistral

Noviembre 13, 1950

DORIS DANA
CERRADA MAZATLÁN 12 (DOCE)
MÉXICO D F.

ASUNTO ITALIA ARREGLADO URGE NO TARDES TRAER MALETA MIS PAPELES

CARIÑO

GABRIELA

139. Doris Dana

Junio 15, 1952

GABRIELA MISTRAL
VIA TASSO NAPOLI

VOY BIEN QUERIDA EN RUTA PARÍS ABRAZOS DORIS

140. Gabriela Mistral

[Venecia, 16 de junio de 1952]

Doris errante: yo sé que andas feliz viviendo cosas lindas. No quiero malograrte la «passegiata», pero hay cosas que decir. Tengo criada que sabe hacer la comida. Pero es demasiado bonita para ser cocinera mucho tiempo. Cuando te alcance esta carta yo estaré ya bien; pero ayer estuve mal. El calor me hace más daño de lo que yo me sabía. Con lo cual se me aleja la probabilidad de vivir en Nueva Orleans.[89] Según el diario, ya han regresado las fortalezas voladoras. Te ruego leer el periódico por donde quiera que tú viajes. Yo no creo que nos quedemos dentro de esta guerra fría; mientras te escribo —y son las 10 a.m. todo el cielo es ruido y agitación en el aire— y… en este salón. Yo no escribiré nada hoy, por esta inquietud que me dan esas máquinas volantes y por mi cabeza dolorida aún del dolorazo de ayer. La gatita —se llama Chiquita ahora— te buscó dos días metiendo la cabeza en el cuarto, mirando y yéndose decepcionada.

Alone [90] se entiende muy bien con Palma, lo cual es muy bueno para él.

Hoy sólo haré «oficios». Mi cabeza duele todavía como si me hubiesen pegado allí con un palo. No te inquietes. «Maladetta la vechiaia.»

Espero que tú y Marina[91] no se salgan de allí sin llevarse algunas buenas láminas. Sin eso todo se olvida después. No comprarlas pequeñas. No acompañan sino las grandes. Cuando estés ya en Londres creo que te encargaré unas fotos. Nunca he visto la cara de la pareja sublime Browning y mujer.[92]

Te abraza Gabriela

✂

141. GABRIELA MISTRAL

Tan querida Doris: hoy hubo, por fin, noticias tuyas —ninguna de Marina—. Y hoy también tuve yo un ataque inesperado y raro; un dolor lancinante, como un golpe de hacha en el cerebro, adentro del cerebro. Pasó pronto, pero me dejó preocupada. Tuve otra cosa igual hace tiempo, pero menos fuerte. Esto de hoy fue un golpe que llegó a los sesos, repito. Y los dejó doloridos.

No te alarmes, pero dime, esto sí, tus proyectos. La Palmilla está siempre cerca de mí, pero ella no puede pasar conmigo un tiempo largo. Por sus ocupaciones.

Las «chinas»,[93] ya sabes, vienen y van, como las olitas del mar... ¡Qué fastidio, qué vida sin sosiego ni confianza!

De tal golpe, a estas horas sólo queda un adolorimiento, como la sensación de que me hubiesen dado con el puño allí, pero adentro, bien adentro. Yo leo con vicio; creo que bajar la cantidad de lectura me va a aliviar.

Hay una carta de Eda Ramelli que me hubiese gustado comentar contigo. Tal vez voy a procurar vender la casa chica —aunque es la que me gusta más. Antes veré lo que cuesta aquí una casa semejante, es decir con un huertecito. (Tal vez te hago copiar la carta de Eda mañana.)

No te habitúes a andar vagabunda, Doris. ¡Prefiero saberte en tu casa y no rodando por las rutas!

Procura leer sólo diarios franceses. Por la lengua que necesitas. Dios te cuide. Tú también cuídate.

Gabriela

142. GABRIELA MISTRAL

[1952]

Oye, Doris; la gatita anda tristísima. ¡Qué barbaridad! ¡Tú coges hasta a los gatos! Yo la tomo y le hago cariños. La saco al jardín, por el calor y la cuido. Hubo una mujer lo más estúpido que puedas imaginas. La eché. Vino a ofrecerse otra, parecía muy decente; se comprometió, pero no ha vuelto... Así son. Volveré a reclamar a la Agencia.

Avísame de cuándo llegas a Inglaterra para mandarte allí dinero. Creo que tendrás en Londres más tentaciones, incluso de ropa. Pero no olvides que tú puedes girar a nuestra cuenta común, Dorisín y hazlo: no sufras de escasez. Yo no quiero que te apenes por no comprar lo que te gusta. No lo quiero, no. Ay, Doris Dana, acuérdate, acuérdate, acuérdate de todo y vuelve, vuelve, vuelve.

Tu Gabriela

143. Doris Dana

JUNE 17th 52

Tan querida Gabriela:

Mil gracias por tu carta que acabo de recibir en el American Express. Tú sabes bien como intranquila estoy cuando no tengo noticias tuyas. ¡Te abrazo con todo el gratitud y felicidad que siento por haber recibido tus líneas tan lindas!

Chiquita, me asusta mucho lo que tú dices sobe el «golpe de hacha» que tú has sentido dentro del cerebro. Puede ser al causa de los ojos, pero muy posiblemente viene del mal circulación, es decir «el arteriosclerosis», y creo que debes ver al Dr. Matteoli enseguida al pesar de que ya pasó el dolor. ¡Haz esto para mí, linda! Puede ser que es nada, pero puede ser un «aviso». Toma tres veces por día este polvo amargo que se llama «Artesclerosis», que está en un botella sobre tu como. Debes tomar una cucharilla en un vaso de agua tres veces por día por al menos una semana o dos. Este medicina te ayudará mucho la circulación.

¡La Bienal es maravillosa! Es muy grande, situada en un jardín precioso. Después te voy a contar en detalle. Marina tiene mucho éxito, y parece que el público quiere más a sus obras que a todas las otras exposiciones de escultura en la Bienal, lo cual es mucho decir. Estamos muy felices con su éxito.

Querida, tú me preguntas mis «proyectos». Tú sabes bien que voy a volver a tu lado, sea dónde sea. Mi linda, acuérdate siempre de esto. No puedo saber la fecha hasta que no vea la situación en EE.UU. Tengo que ponerme a trabajar —sí— vamos a ver qué puedo conseguir, ¡qué me deja vivir contigo a la vez!

Te voy a escribir pronto una carta larga sobre este asunto.

¡Querida, no puedo decirte hasta qué punto te echo de menos! Mi vida, ¡cuídate bien! Nunca puedo agradecer bastante a ti, te quiero siempre y con todo mi corazón. Un abrazo a Palma, un besito a nuestra querida «Chiquita», «la princesita… con colita», y para ti todo mi corazón. Escríbame pronto, pero no te cansas tus ojitos tan lindos.

Te besa

Tu Doris

Escriba a
American Express Company
Venezia.

144. Gabriela Mistral

[20 de junio de 1952]

Siempre me fallaron, Doris, mis relaciones americanas. Y siempre eso ha ocurrido tal vez por el choque racial. El sentido del afecto es en nuestras sangres cosa absolutamente diversa, al igual que nuestros paralelos y meridianos geográficos. Nosotros consideramos los vínculos de la amistad grande como una especie de amarra férrea; ustedes nunca se creen comprometidos ni ligados per vita. Tal vez sean Uds. los sabios de vista clara, y nosotros unas gentes o ciegas o alucinadas. En todo caso, tú no te has dado cuenta nunca de que ciertas cosas me producen una reacción y un dolor superlativos: son como una brasa ardiendo y retiro la mano bruscamente como cualquier buen animal lo haría. En todo caso yo soy una especie de absolutista y comprendo tu reacción respecto de mí y el corte que has hecho entre nosotras. Yo no he hecho cosa parecida a eso, pero tomaré la línea que me indicas sin palabra que es la del silencio a tercias o a

cuartas. Quiero decir que te escribiré sólo cuando sea indispensable hacerlo. Entonces hazme la gracia de contestarme. Tú sabes que yo no sé dónde están papeles y objetos míos. Consultas tendré que hacerte: perdona el trabajo que yo te dé, sin poder evitarlo.

Palma está conmigo aún y tal vez venga a Nápoles Nicolau en días más.

Hoy ha estado aquí el Adicto Cultural de EE.UU. en Nápoles. Yo ignoraba que lo hay en cada... consulado. Ella atiende aquí una biblioteca y un curso de inglés. Pena que no lo supiste antes. Me pareció persona culta y sensible. Habla un español perfecto. Me trajo una carta mía caída del avión que cayó hace semanas cerca de Nápoles, ardiendo entero.

Dime lo que yo puedo hacer por tu diligencia del Departamento de Estado. Veo claro que tú puedes obtener un cargo de esos en varias partes del mundo que te gustan. Dios te cuide siempre.

Gabriela

[Inconclusa en el original.]

145. GABRIELA MISTRAL

Junio 24, 1952

URGENTE DORIS DANA HOTEL
MASSINO FIRENZE

343 URGENTE FIRENZE DA NAPOLI 7200 14 24 1620
SALGO MAÑANA TARDE CON DIRETTO SEI HORAS

GABRIELA

146. GABRIELA MISTRAL

Doris*, yo escribí para ti hace días una carta que tal vez hallo o no para incluirla en ésta. Yo no tengo noticias tuyas, ninguna. Creo que tu silencio viene o de la resolución de cortar conmigo todo vínculo incluso la rasa amistad o de que yo no he contestado unas cuantas líneas tuyas desabridas que llegaron hace días. Por banales creo que no necesitaban respuesta. Así y todo estoy escribiéndote, y con longitud abusiva porque parece que el trance que vivimos tú y yo es el de darse el adiós hasta el otro mundo. (Tal vez allá tú me verás en claro. A pesar de tu talento, aquí nunca me viste realmente.)

Yo te he visto en claro sólo en los últimos días antes de tu partida. Si tú no hubieses sido antes persona tan cerrada, tan oculta, tan esotérica, no hubiesen pasado graves cosas. No, nunca hubiesen ocurrido. Eso ha sido una gran desventura para mí y para ti, ídem, porque has cargado medio mes con mi presencia, mi majadería y mi estupidez para ver la realidad. Cuando una persona es americana debe hacer a las gentes su don natural que es el de la verdad. Tú dejaste este deber para la última hora. Esto ha sido muy malo para mí y para ti también, Doris. He tardado en dejar nuestros asuntos en claro 1° por bien pensarlos y 2° por el visiteo fenomenal de estos días y 3° por no estar nunca sola para escribir. Pero esto te habrá hecho el bien de dejar el tiempo tuyo libre para exposiciones, turismo y devaneos. Te evito la respuesta a esta carta: estás libre de ese afán; pero no a otra que debo mandarte y que será exclusivamente sobre asuntos de Santa Bárbara.

*Podría corresponder a nota adjunta, o bien ser parte de la carta anterior.

Ignoro absolutamente si todavía sigues en la Bienal, es decir en Venecia. Así y todo mando esta a ese punto.

Parece que hemos perdido demasiado tiempo en conocernos. Yo he tenido sobre los ojos «la clásica venda». Y tú parece que tardaste otro tanto en verme tal como soy. Creo que tú debes estar muy arrepentida del tiempo precioso que me has dado. Tiempo, trabajo y ceguera para verme. Yo no lo estoy: he sido feliz dos años o más y creo que esto hasta mejoró el estado de mi corazón. En mérito de ese tiempo que me regalaste yo no cancelaré en mí ciertas promesas hechas y te rezaré en mi memoria, aunque no te escriba cartas.

147. Gabriela Mistral

Junio 29, 1952

LETTERA PALMA GUILLÉN
AMBASCIATA MESSICO ROMA
2666 LETTERA ROMA NAPOLI 1500 27 29 20

AVISAR DORIS ASISTIRÉ CONFERENCIA INTERNACIONAL[94] IMPORTANTE VENECIA CON MANN FORSTER ETC FORMANDO COMITÉ HONOR FINES SEPTIEMBRE E INVITANDO A ELLA

GABRIELA

148. Gabriela Mistral

[1 de julio de 1952]

Dear, yo ando trayendo dos cartas para ti en el bolsillo. Pero no tengo con quién mandarlas que sea seguro. Veré si mañana van.

Querida, es horrible esto de no poder fiarse a la gente. Me da dolor y acidia vivir así, según viven los presos. Supongo que tú paseas todavía bien acompañada. Creo que Londres te retendrá mucho tiempo. Y no sé cuándo te sabré en la casa de tu madrastra,[95] que sería lo deseable. Los lazos que sigues apretando de más en más no te dejarán descansar en el campo. Y tú precisas de reposo en una tierra verde.

Ha habido gente todo el día. Alone se fue a sus canchas y dejó una valija. Ahora duerme en su cuarto otro chileno. Ya estamos de acuerdo con la patrona para cancelar esa habitación sacando de allí esa cama. Tal vez vuelvo eso un escritorio. Porque este visiteo con «dormida» sale muy caro y es además dañino. Yo he tenido hoy cosa rara al corazón. Es el cansancio de hablar. Tu gatita —la traje por fuerza— te busca en vano. La otra gatita también. No viene todavía la rapaleña. Ella puede librarme de más gente. Ahora la patrona cocina. Bastante bien. No sé cuánto va a cobrar; si será «sage». Cuando pienso en que tú vives aún en Europa y que ya no te tengo, me da cierta cólera.

Hay convites de que habrías aprovechado. Compra discos de italiano para no perderlos. Y de francés ídem. Dime si tienes allí una máquina para discos.

Yo vivo una prueba demasiado fuerte para mí: este gastarme con extraños y haber perdido lo mío.

Las gentes no paran de venir. Sólo lo mío escapa de mí. Es mi Karma[96] y va de mal en peor. Palina aún no viene. Vendrá por ventearse y se irá enseguida. Ella ha perdido el sentido de sacrificio que antes tenía, para mí. Si no fuese el calor tremendo, yo me escaparía a eso del convite de tres (Unesco) Mann, Claudel y yo. Pero el calor es enorme y mi corazón no está bien. No comprometas tu futuro, Doris, antes de estar segura de que eso va a hacerte cabalmente feliz. De eso una se arrepiente cuando ya es tarde. Esta casa ya no tiene al centro su cabeza dorada, su fuente de gracia y su música da pasos ligeros. Mañana comenzaré a echar gente, a esconderme. Ya no se cotiza en los diarios de aquí el peso argentino. Averigua su cotización en dólar, allá. ¡Qué horror! Con la noticia tuya de llegada a Nueva York, que creo va a tardar mucho. Te mandaré dinero para libros tuyos: novedades sobre todo de tu género que es el cuento. ¡Ay!, no olvides tu vocación y tu oficio. Yo vivo con muy poca esperanza sobre ti ahora. Muy desmoralizado por ello. Yo tenía una flor que para mí se abría, y una fuente que era para mi sed, y un pájaro cantor que para mí cantaba en la mañana, y una brisa suave que refrescaba mi costado ardiente. Ahora mismo, ese costado me duele de herido y no me vale por despojado. Tengo conmigo sólo cosas muertas, cosas: libros, papelería, casa ajena. Sólo tengo aire y ni esto por el calor pesado. Es la penuria, la pobreza cabal. Sólo es rico el querido y deseado. Mejor es no seguir la carta pararla aquí. Para no llorar sobre ella.

Tu Gabriela

149. Gabriela Mistral

Aquí estoy, Doris Dana. A ti te molestará el que todavía no te deje tranquila. Eso vendrá pronto. Está segura de ello. Te fuiste de la casa con un visible y claro fastidio. También con una sensación de alivio por no ser molestada. No hubo ninguna verdadera razón. Y te fuiste como sale de un hotel alguno que ha mal comido y mal vestido. Van de esto unos seis o siete u ocho días y yo no sé nada de ti.

Hasta hoy he esperado las noticias que todo huésped da al llegar. Lo natural es que una dueña de casa a la cual le ocurre que el pensionista no le dé ni aun su dirección se calla porque comió mal y no va a volver nunca a ese lugar.

Yo me conozco desde muchos años este curioso hábito, pero nunca acabo por comprenderlo. Yo vengo de una línea de seres que tienen otros hábitos.

La razón de esta carta es la de preguntarte a dónde se te mandan las pocas cosas que dejaste. Yo estoy y estaré por unos días o un mes en la casa de tu amiga viuda de tu amigo. Se me ocurrió venirme aquí creyendo que le serviría a la dueña porque le pagaré bien la comida. Pero no le veo cosa que se parezca a esto y creo irme pronto. Sólo he llegado hoy. Recuerdo cosas vistas que lastimaron no a mí sino a otro ser muy dulce y que no pudo ser feliz y me conformo porque saliré [sic.] muy pronto, espero. Dios me oiga.

Hoy me han llamado de urgencia de la oficina nuestra de esta ciudad. Me ha dado esto extrañeza, porque debe ser un llamado de Chile. De alguien me llegó en este día otro recado raro que también trataba de eso.

[Inconclusa en el original.]

150. GABRIELA MISTRAL

[Julio, 1952]

Doris Dana: después de tu partida violenta y sin nombre —no sé cómo llamarla— y después de haber vivido yo tres días de un estado lamentable, llega esa carta tuya de París. No entiendo hasta hoy tu cólera brutal al partir y tampoco entiendo esta carta normal, cordial y sin mancha de furor. ¡Ilumine Dios mi cabeza porque no logro ver en claro cosa alguna! Tú no tienes nada de histérica, Doris, nada, y de malgeniosa tampoco. Luego, el gesto y las voces con que pasaste por la puerta que estoy mirando, corresponden a algún choque muy fuerte conmigo, a una cólera violentísima y... a un golpe de odio, de odio puro.

Este triste asunto, ha sido mi pan de tres días. Sin noticias tuyas, yo pensaba, hoy, escribir a Palma para saber algo: si te vio en Roma, si hablaste de mí con ella, qué reacción vio en ti. Anteayer escribí para ti la carta adjunta, apenas tú te habías ido.

Pero lo hecho hecho. Tú me has lanzado un grito de la mayor cólera al irte y esto en respuesta a mi pobre queja de tu partida, interrumpiéndome con ese grito lo que yo iba a decirte. Ya no hay para qué poner eso aquí. ¡Ay, Doris, qué despedida!

Yo sabía —y sé— lo que va a ocurrir allá, en tu Nueva York a poco de llegar, e iba a explicarte mi conducta de los días últimos: yo tuve un vuelco del corazón, cosa muy rápida pero que es un mal anuncio para mí. Eso dura un segundo pero es agudo como una cuchillada. E iba a añadirte algo más. Para hacerte realizar que no importa mi abstención; pero que la tuya eso sí es peligrosa para mí. Y que esto último se allana como otras veces. Tu grito me dejó pasmada y grandemente humillada. Porque era tu despedida de mí, nada menos, y era brutal.

Gracias por tu carta. Yo debo, cuando menos, saber dónde estás.

Las cartas que me indicaste irán mañana. Hace hoy un calor enorme y mi cabeza no está clara.

Ahora esto, Doris: yo ignoro quién es ahora tu subsecretario de Relaciones. Porque he recordado sólo hoy que conozco al gordo que había cuando yo pasé por Washington. Se me ha ido su nombre. Ese señor está casado con chilena y tal vez quisiese ayudarte en tus diligencias. Dímelo pronto. No sobra ensayar.

Ha llegado tu carta de Roma. Parece que no te has alojado en casa de Palma. No sé nada de Palma tampoco. Es muy malo hacerme caer en «estados de angustia». Es como estar ahogándose. Y es la noche más densa. Acabo de encontrar la chequera. Parece que no llevaste ni un cheque. Has hecho muy mal. Pide lo que necesites. Por razón mía tú has perdido cuatro años de sueldos. No tengas pues, ningún escrúpulo ni vergüenza tonta. Me dolería mucho el que no tengas dinero para comprar tanta ropa como tú necesitas ni para hacer excursiones recuperando tu país visualmente. Creo que podré acabar ese «Poema de Chile» ahora. No tenía valor, elan, fuerzas, para nada. (¿Es que tú no has estado con Palma?) Te ruego contarme las diligencias que haces, en detalle. De todo me hablas en tu carta menos... de tu compañera. Pero yo tengo aún mi cabeza lúcida para ver cuando necesito ver. Ahora ya podré escribir algunos oficios. No puedo hacer nada cuando caigo en el hoyo de la amargura. Por lo menos líbrame de eso. No hay otras novedades en esta casa. Yo paso bajo los árboles, leyendo. Ahora podré escribir. Si puedes, mándame el Geographic Magazine (números viejos que son baratos). Yo tomaré más tarde la suscripción. Sus «monos» me ayudan mucho para describir cosas de La Tierra que faltan en el Poema.

Dios te guarde para la novia. Yo buscaré algo para ella aquí. Dime qué cosa.

Gabriela

151. GABRIELA MISTRAL

Mi querida Deina muda: eso de irse sin dejar palabra ni decirla, irse como para no regresar nunca; ese irse como diciendo: ¡Por fin me voy! No volveré más lo entiendo pero no me parece justo, Doris. Yo te he querido mucho, pero te he servido poco o nada. La casa te fatigó, porque tú eres una ambiciosa en el trabajo y porque no sabes parar, hacer «el paro» de una vez por todas.

Pero me ha dejado tan triste la última imagen tuya que ni sé contarte mi depresión.

No sé qué hacer; no tengo deseos de nada, de escribir ni de leer, de salir, de conversar.

Y todo esto parte, creo yo, de que sigo viendo tus espaldas. Parecía que huías, Deina, e ibas tan rápida que era como si te ardiesen los pies, repito. ¿Por qué? Te fuiste sin oírme las últimas palabras que siempre importa oír. Habíamos hablado, creo de un cheque mío que llevarías (no olvides que tú tienes el mismo derecho que yo a los cheques. ¿Pero tienes ya tu chequera?).

Me has dejado, repito, en un estado de estupor. Todo esto me parece un acto de desprecio superlativo. La verdad mía es que no entiendo por qué me quisiste, y no entiendo hoy por qué me has quitado (robado) todo el cariño que me diste. Si he hecho maldades,

sería en ese estado que vivo de voladura, de una ausencia no voluntaria. No sé quién me da esta ausencia, Doris Dana. Y dónde vivo mientras no estoy aquí. Pero en ese estado yo no injurio, no me quejo, no derramo mi corazón. Es una especie de suspensión de la vida y con ella del pensamiento. Eso no debe ofenderte, Doris; eso es una enfermedad, y viene desde la infancia.

No, fuera de mi flaqueza (tú no observaste que como muy poco) yo no tengo otro mal que el estado en que caigo cuando estoy con Yin. Te quiero subrayar lo que sigue:

Yo estoy enferma, Doris, y tengo médicos tontos. Pero creo que esto puede incluso curarse, si yo tengo buena comida y si tengo un huerto, y, sobre todo, si vives tú conmigo. Yo veo y palpo que tú tienes «el mal de la patria», el mal de los ausentes. Tú eres muy americana, mucho. En lo profundo del alma, no en las cosas pequeñas. Estas las aceptas en el extranjero. Lo único muy serio en todo esto es que yo te he perdido y tal vez para siempre. Lo que me duele saber esto, saberlo por fin, no sé decírtelo en prosa; te lo diré de la otra manera.

Siempre en las cosas que llamamos «espirituales» hay una gran fase física. En esta caída de mi cuerpo y de mi alma también. Es mucho perder su Patria y a la vez su familia y a la vez la salud. Te remarco estos hechos para que tú no me tengas como una culpable consciente, como una ingrata ni como una mera persona que se aprovecha de los demás, que es fría para querer y para agradecer, y es, sencillamente una ingrata. No, Doris, mil veces no.

Ahora estoy en una gran perplejidad. Debo buscar a alguien que esté conmigo, para librarme de la obsesión que es mi peligro mayor. Te has ido sin decirme una sola palabra clara: «No vuelvo», o «vuelvo». Y esto lo preciso (necesito) para buscar a alguien a firme. No viene todavía la rapalense. Ella me libraría de buscar a otra a firme.

No querría comprometerme con alguien que no sea «una persona» en vez de una mera criada. Me da horror desayunar sola, comer sola. Y, a la vez —¡qué horror!—, sé que debo prepararme a la soledad de los espacios, al tránsito de este mundo al otro.

Vuelvo con las cotovías. Voy a hacer de nuevo selección de «pensamientos» que yo me pongo a vivir para reconstruir mi espíritu, no el alma solo. Tú eras todo y me he quedado vacío, sin rumbo, sin fervor por nada. Sólo analizando «lo que pasa en ti» y si esto es definitivo en ti. Ayúdame tú, con tu verdad y tus recursos internos pues son muchos. Palma no viene todavía. Dudo que venga por más de una semana. Ella ha perdido mucho de sus cualidades, de la fraternidad y el sacrificio.

Te contaré si viene la de Rapallo[97] y si eso me ayuda en esta crisis o no me ayuda. En todo caso, no temas el que yo te obligue a nada.

Parece que andas en Venecia. Ahora hay un convite para una reunión importante allí. En esta flaqueza no puedo ir. Si mejoro sí. Veremos qué dice Palma. Si llega la de Rapallo tal vez no voy. (Ahora me canso mucho en el tren.)

Un abrazo fiel, fiel, fiel Gabriela

152. Gabriela Mistral

[10 de julio de 1952]

Doris amada:

Tu carta del 8 (única) corta y todo, me ha traído cierta tranquilidad. Pero no es aún la confianza. Yo «trabajo» con varios datos acumulados.

Tu carta me sorprende también con esos precios de casas con huerto en Rapallo. Yo sé que tú quieres mucho esa ciudad. Debes decirme tu pensamiento maduro. Es necesario que lo hagas. Una de las cosas tuyas —en relación conmigo— y que me duele más es tu falta absoluta de confianza. Pero yo retengo el que tú te interesas en un apartamento que querrías en Nueva York la ciudad tremenda. Yo te hablé de algún lugar tranquilo cerca de Nueva York para ese apartamento. Tú irías acumulando en él los chiches —¡ay, tan pocos!— que tú compres aquí. Piensa eso.

El problema inmediato es lo de California. No quiero decirte, que vayas allá enseguida, no. Respondí a Ida Ramelli que me mande la cifra que costarán los trabajos por hacer. Es tan egoísta que tal vez no se da la molestia. Si responde te lo diré en la próxima carta. Yo dudo mucho de que tú llegues a California. La gente de Nueva York te va a acaparar. Lo muy malo es que están sin arrendar ahora las dos casas.

Yo necesito que aunque falte tanto para marzo, tú pienses ciertos asuntos míos, Doris paciente. ¿Serás tú más feliz que aquí en Nueva Orleans? Hay pequeñas noticias de que puede salir Matte[98] (una vez me ofrecieron Miami). Dime también cuando puedas si no te tienta Sicilia. Jamás yo sé lo que tú deseas. Eso me duele mucho, mi amor. En todo caso, debes decirme tus deseos desnudamente, a plena franqueza. Los chilenos exigimos eso siempre. Te doy sólo el plazo de un mes. No te escondo el que me da cólera pagar ochenta y cinco dólares por mes en esta casa —sólo me gusta su terraza—. Si tú realmente piensas en seguir viviendo a mi lado, y si a la vez deseas tener un pequeño apartamento tuyo en el este de tu país, hay dos cosas que pensar. [99] Yo vendo la casa vieja de Anapamú y compramos algo en Nueva Orleans si el clima no me daña y tú con el dinero actual que está en el banco hoy —cerca de siete mil— tú

compras ese apartamento en tu estado o muy cerca. Si yo me fuese a Nueva Orleans, compraría para mí a orillas del río lindo algo donde vivir que sea un poco siquiera fresco. No sé aún cuánto me darán por Anapamú. Lo compré muy caro a causa de los pícaros que me acompañaron en ese asunto. Creo que aun rebajado eso podría darme para una casita modesta en la zona de Nueva Orleans. (Te ruego, para lo tuyo, pensar en el probable bombardeo de Nueva York. ¡Qué horror es pensarlo!) Mucho te encargo el informarte enseguida sobre tu apartamento para darme una idea, es decir, sobre el precio aproximado. Para que tú lo puedas arrendar no debe ser demasiado pequeño. Dispone de siete mil dólares. Si yo vendo Anapamú, tendré para comprarme algo en Nueva Orleans o aquí y no seguir dando ochenta y cinco dólares por un apartamento a la señorona.

Arrendado lo que tú compres allá, tendrás siquiera para comprar en Europa tu ropa y tus chiches. Jamás lo haces y eso me sube la sangre de vergüenza y de pena cuando lo pienso. No podemos seguir así, Doris Dana. Dame tú esa tranquilidad de conciencia.

Tú debes fijar la fecha de tu viaje a California y decirme con exactitud el dinero de tus gastos, tren, y hotel allá.

No tengo idea del precio de un apartamento, en el estado de Nueva York. Dímelo, por favor. Y respóndeme pronto sobre este asunto. Yo, entretanto, no compraré nada aquí. Puedo arrendar una casita con huerto en los alrededores de Nápoles. Ayer salí a ver una zona. Todo es costa bombardeable. Muy linda eso sí; huertos, y huertos, y huertos.

A mí me duele, Doris mía pensarte viviendo en Nueva York de arrendado. No puedes tener estabilidad y sitio para reunir tus objetos más queridos. Créelo y no uses conmigo y con esta proposición del orgullo tremendo que suelo ver en tus negativas.

Va ese poema. Fue escrito después de un ejercicio de purificación que hice, eliminando mi rencor por tu partida y rezando por ti, por tu navegación.

Te ruego certificar tus cartas para mí. La «niña» abrió una carta mía en mi presencia... La carta no era tuya. Ya se va a España pero no sé lo que resulte el hombre que venga.

Después de ese poema hice otro, colérico, o mejor, lleno de resentimiento.

Darme la dirección del notario de Roma a donde fuimos. Es sólo para que esté aquí si algo pasa con mi salud. Hablo de la dirección (domicilio) del notario, no hablo del testamento que quedará tal como está.

Dime si llevaste una chequera para girar cuando necesites. Puedo mandártela si no la tienes.

Hace un calor horrible. La gatita sigue gritando. Afectos de Gilda. Un [dibuja un círculo].*

153. GABRIELA MISTRAL

[21 de julio de 1952]

Doris, no hay carta tuya que contestar. Supongo que sigues muy feliz en tu viaje hasta... Estados Unidos. La carta adjunta la escribí hace días. Ahora vivo bajo una lluvia tal de visitas que no me dejará atender mi correspondencia. Hay de cinco a sesenta chilenos por día. Cerraré la puerta por fin para despachar tanta

*Al parecer la carta queda trunca. Escribe Gabriela: «sigue».

carta retardada. Espero que llegue hoy o mañana la rapalense. Si algo se me ofrece preguntarte ella te escribirá por mí. Yo necesito ponerme a acabar ese «Poema de Chile». Aunque hay una temperatura tal que parece un horno Nápoles.

No sé a dónde mandar esta carta. Irá «al acaso» al American Express de París. Pero como hay varias oficinas en esa ciudad con el mismo nombre, lo probable es que no te llegue.

Las cartas que te prometí, irán a tu dirección de Nueva York, cuando la tengan. Irán por certificado. Da noticias tuyas a Palma. Ella me informará. La secretaria viene muy tarde y evita trabajar. Voy a cambiarla, te lo digo a fin de que no te dirijas a ella.

Si se te ofrece algo de aquí escribe a la niña Péndola, a fin de mandarte las cartas que puedan llegar para ti.

Di a tu compañera[100] que todos celebran mi cara... la hecha por ella bajo la luz de su voluntad de transfigurar los modelos que son viejos y feos y dile de abrazar por mí a Toño y su esposa. Si necesitas dinero pones un cable con sólo la cifra en palabras no en números.

Te mandan recuerdos todos los que vienen te han conocido.

Cuida de tu salud,

Gabriela

154. GABRIELA MISTRAL

Oye; esta carta que lleva esas líneas fatales para la secretaria, quedó en mi cuarto —estoy segura— y desapareció... La busqué

por todas partes y no estaba. Hoy la niña se aparece dándomela... figúrate lo que ha leído allí.

Yo aprendo sólo ahora que tú estás... en Rapallo. No acabaré nunca de «aprenderte». Yo sabía que tienes asuntos de intereses que tratar en Nueva York, que por eso te has ido, que tu madrastra te llamaba, que tu hermanita quería verte. Y todo eso, Doris, es puro teatro. ¡Qué barbaridad! Tú en Rapallo, desde hace días, sin razón alguna excepto, tal vez, el alto galán que tienes allí. No hay ninguna, pero ninguna necesidad de mentir, Doris. Es natural que te aburras con el manejo de esta casa. No tengo método para eso. Te has ido; no tengo criada mía y todo está limpio y ordenado sin más que la niña chica. Todo esto me da vueltas en la cabeza y no logro [...] contigo, la mentira, ¡porque te he visto la verdad tantas veces!

Ahora el silencio, a menos de que seas una sorda y una ciega voluntaria, tú sabes hasta dónde me aflige, me tortura y me duele el no saber nada de un ser que quiero. Vas volviéndote parece, una insensible y una sorda. Para mí, sólo para mí. Y esta es la novedad de hoy. En cuanto a tu compañera, tú ni la nombras. Otra escondedura. Tonta es esta e inútil, Doris.

No quiero decirte más cosas desagradables. Y te pido sólo esto; que des la dirección de dónde estás, pues yo he ignorado hasta hoy que vives en mi propia Italia, a una hora de distancia.

Tú eres un poco verídica a pesar de todo. Dime por favor esto: si tú sólo me has escrito la carta que llega hoy. Necesito saberlo absolutamente porque suelo pensar que mi correspondencia esté intervenida. Sin razón ni base alguna. ¡Pasan tantas cosas en este pobre mundo!

Gabriela

155. GABRIELA MISTRAL

[22 de julio de 1952]

Para Marina y Doris:

No sé adónde las alcance este recado. Yo tengo una gran fatiga a causa del día entero lleno de visitas, y del de ayer ídem. Les escribo para decirles que hoy fue puesto al correo un paquete grande que son recortes sobre la exposición. Venía a medio cerrar y los leí hallando, con mucho gusto, que hay varias referencias a Marina, y su obra. El paquete debió ir certificado, pero como el secretario es tontón, eso fue simple. Espero que no se pierda. Abajo les añadirá otros datos Gilda. Decirme si llegó eso allá.

Ignoro cuándo Uds. embarcarán. Decirlo para mandar o no la correspondencia a Europa o a EE.UU.

El calor es sofocante y añadido a los tres días de visiteo, me consume toda la poca fuerza que tengo.

Alone no ha vuelto, y espero que no vuelva: es un compatriota grosero de menos...

La buena Gilda cuida muy bien de mí.

De más en más me voy dando cuenta de que para mí no habrá descanso sino cuando yo me salga de la ciudad. Cada día es una fatiga más y mi cuerpo no da para esto.

Si esos recortes se perdieran, yo rogaría a Palma que halle modo de recobrar algunos en los diarios aunque son... de Venecia los más. Repito que son halagadores varios de ellos. A pesar del nacionalismo copetudo que se observa. Han citado a sólo dos extranjeros, parece, uno de ellos Marina.

Me alegra el que recobrasen a la alemana.[101] Procuren darse cuenta bien de ella. Cuando se vaya el famoso huésped, podrá ella venir

acá. Los alemanes sirven porque son gente bastante informada de Europa. Uds. andan a ciegas por este complejo y difícil continente.

Si están Uds. sobradas de tiempo, pónganse a estudiar francés. Es la lengua que más sirve para Europa.

Por el asunto de mi casa en California yo necesito saber cuándo más o menos Doris llegará a... California. Decírmelo pronto. Hay una nueva carta vertical de Eda Ramelli.

Encargo a Marina que procure entrar en las sociedades de artistas que haya en Nueva York. Sin el conocimiento personal del artista las cosas no andan bien en ninguna parte. Recordar siempre este hecho universal.

No tengo más noticias que darles. Ni la fuerza para darlas tampoco.

Saludos de Gabriela

[P.S.] ¡Buen viaje!

156. GABRIELA MISTRAL

[24 de julio de 1952]

Mi Doris:

Te escribo con mucha pena de darte pena. Tal vez tú, que no lees diarios, ignoras lo acaecido en California.[102] Va un recorte del diario. Como ves eso parece una cosa catastrófica. Añado el otro de hoy. No se me ocurre sino telegrafiar a Eda para saber si nuestras casas existen todavía. ¡Qué mala cosa querida mía! Tal vez tú puedas saber allá

algo. Pregunta por favor y no por teléfono. Ve a la embajada y además al consulado. Como ves, los cables no nombran Santa Bárbara, pero son mínimos los cables sobre EE.UU. que se publican en Italia. No tengo idea de dónde está esa ciudad que dan por destruida. (Son dos los recortes que te mando.) El de hoy cita a Los Ángeles también pero le da daños menores. Que alguien te lea bien esos recortes, dear. Estoy muy preocupada. Aquella madre muerta con sus cuatro hijos parece un «golpe kármico» y a la vez es una maravilla de partida en común. Estoy como aturdida por esto. Tal vez mañana tenga respuesta de Eda. Si llega te la trasmito. Según las noticias que ella me mande tú irás o no irás a California. Creo que en todo caso valdría la pena vender eso que tan lejos está de ti y de mí y que no podemos cuidar de cerca. Se podría invertir en zona más próxima a nosotros. Ya hablaremos esto si Dios quiere. (Te ruego poner atención grande y madurar estos asuntos; son vitales para nosotras, hijita mía. Busca en tu consulado o en los puestos grandes de periódicos diarios franceses del 23 o diarios tuyos.)

Estoy bien, dear, sólo muy triste. Voy a ponerme al «Poema de Chile» por escapar de mí misma.

Un abrazo grande,

Gabriela

157. GABRIELA MISTRAL

[26 de julio de 1952]

Doris querida:

No he vuelto a tener noticias tuyas. Si llegan hoy, te lo diré al pie de esta carta. Tú sabes, Dana, que me inquieta mucho el

silencio de los míos y que eso me da trabajo al corazón. Pon una postal y yo sabré dónde estás. Y dime cuándo partes. Es lo menos que yo debo saber de ti. Te ruego «realizar» esto: tú te has ido sin tomar ningún dinero (cheque) y yo no me he dado cuenta de ello sino después de tu partida. Tú sabes muy bien que tus gastos de viaje todos deben ser de cuenta mía, más la ropa que compres. Prefiero que me digas esto a mandarte menos de lo que te debo. Dímelo, por favor. Te dije, además, de tomar cheques de la chequera mía pues, si bien recuerdo, la cuenta está a nombre de nosotras dos y tú pasarás en Nueva York cuatro meses a lo menos. Ay, ¡si es que vuelves! Procura no darme inquietudes y aflicción. Escríbeme aunque sea corto: dame tranquilidad y no me hagas desvariar, ¡por favor! Certifica las cartas pues parece que se pierden.

Yo te espero y te esperaré siempre.

Hace un calor sobrenatural y mi cabeza está pesada. Esto es peor que Veracruz en la canícula. Así y todo, yo prefiero Nápoles y tú tal vez lo quieres también.

A Neruda le han negado la entrada a su patria.[103] Y me llega la carta ingenua de un hombre del pueblo pidiéndome que yo lo lleve conmigo y que los dos entremos en Chile. Es muy grave eso de cerrar las fronteras a un ciudadano, Doris, sin dar ninguna razón válida, legal.

Ay, no me dejes mucho tiempo sin tu dulce, suave e inspiradora presencia de hermana, Doris Dana, ¡niña querida!

Gabriela

158. GABRIELA MISTRAL

[5 de agosto de1952]

Doris chiquita:

Tú eres mucho más niño de lo que yo te creía y de lo que me creo ser yo misma. Ahí te has quedado en el camino y quién sabe por cuánto tiempo. Me preocupa el calor espantoso, por ti y por mí. (Estoy empapándome la cabeza a cada rato.)

A la tarde, cuando refresque algo, quiero escribir dos cartas sobre ti para dos gentes que tú me digas de tu ministerio: no recuerdo ya el nombre del hombre bonito ni del subsecretario y su mujer, la chilena. Es urgente que me des eso. Por favor, procura salir de esta zona de fuego. No andes en la calle hasta el atardecer.

Sueño me parece todavía el no tenerte, el que te has escapado a tu manera, con tu sonrisa que te hace ser perdonada siempre. Pero óyelo bien: tu tiempo, te lo he dejado o dado sólo para Washington a fin de que obtengas algo que te devuelva a mí.

Yo no he renunciado a ti, Doris Dana. Óigalo Ud. bien. Tengo mucha, pero mucha inquietud de perderte. Es muy fácil perderte a ti, Doris Dana y para mí eso sería un desastre. Creo —no lo veo todavía — que tomaste un cheque de la chequera nuestra. Dime si es así y dime si te mando otros para que no te falten. No sé dónde estás hoy en este día que aquí es terrible de calor, a estas horas —9 a.m.—. ¡Cuídate en todos los sentidos! No sé qué cosa ponerme, tal es el peso del sol. No puedo ni leer ni escribir, creo. Mi salud no es mala, no, creo que los remedios que tomo están haciéndome bien, pero creo que el Dr. me debe tratar por arterioesclerosis. Ayer salimos a buscar casas en el campo. Yo

no puedo más con las ciudades después de meses. Y son casi dos o tres años los que soporto ya. ¿Es eso? No hallamos nada que valga ayer. Pero iremos después hacia Caserta. De pasada, me gustó. Pero por ti pienso que sería mejor coger algo en la campiña romana. Como el calor es imposible para mí, tal vez mando al secretario. Palma, ya sabes, no haría nada. Dice que la tienen muy ocupada los romanos con eso del intercambio Italia-México. Es bueno que trabaje; sólo así se salvará de que la cese el gobierno que viene, cosa probable si ella no se mueve. No puedo seguir por el calor. Voy a empaparme la cabeza. Ay, Doris, ¿por qué te has ido? Son muy malas las separaciones de los seres, casi siempre acaban en una cancelación, en un desgaste a lo menos. Cuida de ti, sí, mucho.

No te inquiete lo de mi ajetreo por casa en el campo: yo siempre comienzo a morir dentro de las ciudades, a decaer, a enrabiarme. Ayer fui feliz sólo de ver campo, huertas lindas, preciosas. En una de esas vivió y murió Leopardi,[104] el poeta segundo después del Dante. Me conmovió divisarla; es el poeta italiano del cual estoy más cerca. Ya lo leerás conmigo, si Dios quiere.

Buscaré una pluma fuente para no hacerte sufrir con mis garabatos. Tengo miedo de ti en París. Y en Londres.

Repito que no sé cuánto dinero tomaste; por favor, pide siempre lo que te falte.

Caserta está a una hora de aquí; es ciudad, pero tiene campo. Ya te lo contaré si Dios quiere.

¡Cuídate, cuídate, cuídate! ¡Por favor! ¡Y se limpia y buena!

Tu Gabriela

159. GABRIELA MISTRAL

Estoy molesta con la patrona-potona. Me aburre ya esto.

Acabo de leer en el diario esa barbaridad. Ay, Doris, piensa por favor qué podemos hacer.

Yo ignoro tu paradero y tal vez tú ni piensas en ¡ayudarme! ¡Nada te importa a ti de las cosas reales! Voy a poner cable a Eda Ramelli. ¡No sé qué más hacer!

Mía carísima: va esa carta escrita bajo un calor sobrenatural que nunca viví en Nápoles. Hoy volvió el inefable Alone. No sé si vuelve a quedarse aquí, ojalá no. Yo pasaría escribiéndote cada día; pero ese diluvio de papel te cansaría.

Hoy llegó una invitación de Bélgica para una fiesta grande... de la Poesía. Oyes que nunca han hecho esto en Europa y tal vez voy allá.

¡Ay, Dana linda y pati-loca, cuánto te necesito día a día! Pero tendré paciencia y respetaré tu plazo. Tú sabes que había otra del Oriente. Creo que el ministerio no aceptaría eso. Es lo que más me gustaría. Hay la que sabes de Israel.[105] Voy a procurar que me esperen para llevarte conmigo. La invitación es amplia.

El calor, repito es salvaje. La lectura del diario de hoy me ha parecido un poco inquietante. Pero yo observo a la vez que Europa no quiere pelear.

Vuelvo atrás. La fecha del convite belga es el 11 de septiembre. Las fiestas duran hasta el 15. No sobra que tú lo sepas. Falta.

La verdad es que yo sólo deseo pasar por Niza o Suiza para comprarme ropa. Ando muy fea y mal vestida y eso me hace mal con cierta personita...

Te digo muy en serio que yo me enojaré contigo si no usas el cheque que te di. Quiero que te compres libros y... chiches. Ropa sobre todo. Tuyísima.

Gabriela

[P.S.] Lee el diario, léelo cada día.

160. GABRIELA MISTRAL

Tan querida y tan olvidadiza: yo tengo solamente dos cartas tuyas. (Te he escrito que se pierden cartas de otras gentes.) Voy a dar más dinero al cartero...

Esta tu carta de hoy me ha traído una gran distensión —lo contrario de tensión. Porque llevaba ya dos días de esto que, para mí, es lo más agotante. En otra ocasión, Doris Dana no le des a ningún ser que te quiera demasiado un silencio ni largo ni corto. No te crees Karma a causa de eso.

El ritmo de tu carta es apacible y yo he sentido en ello que eras feliz. (Rara vez lo eres en tu pobrecita vida a mi lado.)

Parece que mañana viene Palma. No sé por cuántos días. Le ha llegado al fin su embajador y yo no entiendo que ella se largue para acá al día siguiente. Ella ha perdido por completo el sentido común que tenía antes. Es pena esto.

La niña Péndola —yo no sé por qué tú la crees tan seria y capaz de servir— ha salido disparada dos días después de llegar porque va a la casa ese americano que cortejó a su hermana aquí en la

costa. Recuerda que la mandé a informarse de unos emigrantes y se quedó... quince días en vez de dos... Conoció a ese gringo y parece que lo ha «cazado» como a un pajarito. Y sin que haya todavía ni declaración de amor, Gilda sale disparada de Nápoles... para volver y tirando el dinero ajeno de los pasajes por una mera posibilidad de casamiento. Yo te ruego, vida mía, no me hagas cargar con gente así. Los italianos parecen locos y las mujeres más... (Mañana escribiré las cartas sobre ti.)

Gracias, mil gracias por tu carta. Saber de ti me alivia de la tensión en que vivo. Tú también vivías así antes; tal vez lo has olvidado, porque el clima tuyo es ahora tranquilo y está liberado de toda tensión. Esto me tranquiliza por el lado de tu salud. Si yo te viese regresar un poco gorda, ¡batiría las manos como los niños felices!

Para acortar mis días —tan largos, ¡ay!— yo duermo siesta. Ojalá esto siga, porque me descansa y alivia los nervios. Palma tal vez me distraiga también.

Estoy tan abatida por el calor que hago un gran esfuerzo para escribirte. De día la temperatura es sofocante. (Pobrecita mía, tú también padeces allá lo mismo.) En la noche refresca, pero yo no puedo escribir largo de noche. Me duelen mucho los ojos. Ya no te cuento más miserias.

Yo sigo pensando en vivir en Italia. Pero de otra manera. Para mí es fatal la comida de ellos. Viven como a media hambre, Doris querida. Tal vez se debe a esto que el italiano ya no crea. Observa eso tú. Yo sé que si pago más a la patrona, seguirá dándome lo mismo porque ella olvida prodigiosamente que yo soy de una raza que come y que ayuna sólo en los países hambreados, por obedecer el hábito nacional de hambreamiento.

Palma llega mañana. Tal vez ella se decida a comprarme alimentos afuera.

Por todo lo dicho y, por algo más que tú sabes de sobra, yo sigo pensando, como en una obsesión, en la casita del campo, con gallinas y pasto, con criada que sepa cocinar y con cierta personita a mi lado. (Lo último es lo primero.)

Me ha alegrado mucho, vida mía, ver el buen español de tu carta. Lee allá el feo diario español. Para no perder lo ganado.

Me deja muy preocupada tu negativa a emplear esos cuatrocientos dólares en tus gastos de viaje. Es absolutamente natural y justo el que yo te dé eso de tus pasajes + lo de la ropa que te falta —sí, te falta— y también tus gastos de la comida diaria. Tú, por mí, has perdido sueldos de tres y medio años. Ponte en razón. No tengas orgullo con tu pobrecilla; «realiza» que lo mío es tuyo, niña querida, adorada niña, ay, ausente por ciento veinte o ciento cincuenta días, criatura errante contra toda razón.

161. GABRIELA MISTRAL

[5 de agosto de 1952]

Chiquita mía: yo ando trayendo hace días en mi bolsillo una o dos cartas para ti. Pero como el calor me embrutece no las he mandado. Además, yo sé que tú andas todavía en Europa. Y no sé tu dirección europea. No pienses en que estoy enojada, aunque algunas razones yo tendría para eso...

En este momento la gatita —una linda princesita pero... con colita...— ha matado un topo. Y no lo comió, no, lo mató por pura maldad: «pero con colita»...

Estoy pensando en no ir a Bélgica. Tendría que buscarme compañera y gastar bastante dinero. Contigo sí habría ido. Porque es la primera vez que se va a hacer un homenaje a Nuestra Madre la Poesía, niña mía, Doris Dana.

Yo te pido —y casi exijo— que me escribas siempre para darme tranquilidad. Hoy ignoro todo de ti, si sales el 4, si quedas más tiempo.

Voy a hacerte un encargo de libros. Ya te lo explicaré. Son cosas de plantas. Pero como leeré a medias los textos, lo más importante es que tengan muchas ilustraciones. Palma me ha mandado poca cosa. Y quiero hacer los árboles de Chile, que los chilenos no fotografían…[106] por pereza o desdén de ellos. Y un árbol nuestro es llamado «el más bello del mundo»: la Araucaria Chilensis…

¡Ay, Doris! Pasea mucho, porque yo no te dejaré volver muy pronto.

Ahora lo de esos cuatrocientos dólares. Es cosa muy seria el que tú me rechaces eso. Yo voy a mandártelo de nuevo. Sé que debes comprar mucha ropa. Lo mío te costeará muy poco: tres vestidos, dos pares de zapatos. Todo lo demás vas a comprarlo tú de tu dinero. Yo tengo «confianza en Dios». Tenla tú también, Dios devuelve. No devuelvas tú, chiquita mía.

Yo sufro sólo de la mala, pobre comida. Palma reclamará de esto a la… cocinera, es decir a la patrona. Yo me siento bastante débil a causa de eso. Las medicinas no pueden reemplazar la comida.

La niña Péndola no ha vuelto. Le he dicho a Palma de no molestarla con llamados. Es gasto nada pequeño pagarle pasajes constantemente. Tú no te inquietes por eso.

Pronto voy a tomar el cuarto del famoso Alone, que casi no vive aquí y lo mantiene por abuso. Yo no tengo dónde poner otro estantito de libros.

¡Ay, querida! ¿Por qué estar separadas? Tú sola eres para mí mi familia entera.

Pero, haz tus diligencias y comienza pronto, muy pronto. Cuenta con el pago de esos pasajes tan caros a California. Dime si tú crees como yo que es mejor vender esas casas. Pero piénsalo bien, vida mía. Te abrazo… una hora.

Gabriela

162. Gabriela Mistral

[6 de agosto de 1952]

Doris mía: hoy, de tarde, llegará Palma. Eso parece; con ella nunca se sabe. Y pasado mañana parece que llega Gilda. Tanto que me habrían servido en estos días de la crisis —¿histérica?— de Alone.

Este mal hombre ha vivido en esta casa sólo su noche y al final ni aun la noche. Yo le había escrito y dicho que si le faltaba dinero yo se lo daría. Tiene toda la soberbia chilena más la de los jueces literarios (críticos). Usaba en la casa solamente la cama. Salía de mañana antes del desayuno y no regresaba sino de noche. Nunca lo he visto leer ni comprar un solo libro ni una sola revista. Aun pobrecita, yo, con mi jubilación suprimida, nunca dejé de leer en Italia. Él, ni aun el periódico leyó…

Tú recuerdas lo del escándalo que lo hizo salir de Chile. No puedo pensar sino que aquí ha hecho la misma vida y nunca sabré si esta partida suya violenta y sin despedirse, como un patán, venga de que la policía lo haya descubierto en algo… Pero le vi al final unos ojos de odio chileno. Tendré en él un nuevo y tremendo enemigo.

A ti te quiso y las dos veces en que te nombró su cara se iluminaba por una sonrisa de cariño. (Tú eres, Doris, una tremenda coqueta, hasta para esos solterones que odian a las mujeres.)

(Lo que va a decir allá es que soy una comunista. Porque le defendí a los obreros varias veces —a los dos mil obreros matados por un amigo de él en la Patagonia—, cuando yo vivía allá.)[107]

En fin, ya se fue. No debió haber venido nunca. Pero si tú hubieses estado aquí, él no se habría ido.

En estos días sin criada, con la patrona de cocinera, yo no podía atender a Su Majestad Alone como a un Lord...

Imagino que tú vives allá, chiquita mía, un calor tan espantoso como el de aquí. Menos mal que duermo bien. El día es el fatal porque no puedo hacer nada sino desde las seis de la tarde.

Me haces una falta tremenda. A cada momento, a cada respiro. Ay, ojalá estés en el campo con tu madrastra, hasta que pase la canícula. No bajará este tormento sino después del 15 o 20 de agosto.

Parece que he recibido sólo dos cartas tuyas. Hoy ha venido una carta cariñosa de Marina.

Llegó un Audubon que compró Palma. Son, parece, sólo trozos de su obra; pero las láminas son preciosas.

Ahora vienen unas órdenes drásticas. Ese cheque que llevaste, sólo te cubrirá tu pasaje de ida. Irá otro para el de regreso y otro para tus gastos de vida allí y para ropa. No me hagas el mal de rechazarlos. Eso me haría pensar cosas malas y amargas. Tú debes ahorrarme el sufrimiento. Basta con tener el de tu ausencia.

Yo te esperaré cada día hasta que te recupere. Parece que volverá Ibáñez.

Un abrazo Gabriela

[P.S.] Alone se fue sin despedirse ni dejar unas líneas. Nada.

163. GABRIELA MISTRAL

[13 de agosto de 1952]

Doris querida: ignoro si yo estaré mañana contigo o si habrá gente intrusa. Y por esto te escribo, aun con el miedo de perder esta carta. Tú vas a reír; pero es el caso de que yo me despedí de ti sin tomar conciencia total del hecho, porque tal vez mi inconsciente me defendía de sufrir o de estallar. ¡Pero cómo fue el dolor cuando volví a mi cuarto y «realicé» el hecho!

Doris, es cosa muy seria el que se separen los seres. Eso está lleno de peligros, eso es un peligro constante. De tu lado, no del mío.

Yo no pretendo prohibirte nada, exigirte nada. Yo sólo quiero hacerte conciencia respecto del hecho nuevo que ha comenzado, el de no verse ni oírse y vivir de nuevo con extraños. Yo no pretendo, ay, no, que tú te vuelvas un mármol o un hielo. Sólo quiero que midas y palpes la delicadeza extrema del tiempo que comienza mañana. Serán cuatro meses, cuatro, de lejanía: ¡ciento veinte días, Doris!

Vendrá también el que vuelvas a entrar en tu antiguo molde, como la mano entra en el guante sabido. Puedes querer quedarte allí, en lo acostumbrado, en lo de toda tu vida, Doris mía de cuatro años solamente.

Lo que voy a rogarte es que me cuentes la vida que vas a vivir día a día. Quiero, necesito, saber, saber, aun lo peor, pero saber. No ser engañada, no aguardarte en vano, hijita mía.

Yo he visto por mis ojos esta vez que yo no te hago falta. Te he visto con tu amiga de antes, la cual te perdió y te ha recobrado. Desde que vino se abrió como una especie de ciclo nuevo, Doris. Y desde entonces tú vives otra vida y ésta te hace —yo lo he

observado— enteramente feliz, absolutamente completa. Antes de partir dime tú tu plan interior, la decisión de tu espíritu. Obsérvate y déjame tu verdad entera escrita. (Certifica toda carta.)

Te doy gracias de tus cien o dos mil dones. Has hecho muy dulce mi pobre vida; me has sacado del pozo negro en el cual yo vivía, me has traído una especie de segunda juventud. Todo es vida, calor, ligereza de aire desde que yo te hallé.

Un ímpetu demasiado fuerte me hace ir a Roma. No puedo con esto y voy. No retardaré tu viaje, no. Dame una sola noche más. Es muy poco, pero es. No me has dejado ni aun tu retrato. Yo quiero amplificar el mejor que tengas.

Del dinero tenemos que hablar. Recuérdamelo; ¡mi memoria es tan mala!

Yo te mandaré unos versos. (Creo no tener tu domicilio. Dámelo.)

Un pedido: cuando ya sosiegues escribe lo tuyo: cuento, o versos o artículos. Para embonar de nuevo con tu oficio. Yo haré lo mismo. Si puedo.

Yo no quiero decirte adiós. ¡Vuelve, vuelve! Y perdona mis torpezas todas.

Perdona. Gabriela

164. Gabriela Mistral

[15 de agosto de 1952]

Querida «niña Doris»:

Te escribo sobre las rodillas: perdona la letra.

Llegó la sorpresa de un aumento de mi sueldo: pasa de... a setecientos noventa dólares. Esto te alegrará; a mí me ha alegrado mucho.

Mañana 16 voy a hacerte el poder. Debías haberlo llevado; sin eso no puedes tú hacer nada. Tal vez tú me lo dijiste, pero no lo repetiste y yo olvido todo. Cuando el poder te llegue, date cuenta, pregunta al banco «el monto de mi sueldo actual», a fin de saber si ya lo aplican o si no lo han aplicado aún. Esto es importante. Ya podremos, a Dios gracias, volver a tener auto. Y comprar ropa. Comer bien, esto no pasará hasta que tengamos otra casa, es decir, otra cocinera. Con ese poder en tu mano podrás saber el monto total en que está mi cuenta. Pero, desde ahora mismo, tú debes decirme la suma que necesitas para tu viaje —ida y vuelta a California— más tu hotel, tu comida y tus extras de ese largo viaje(1).

Yo ignoro hasta hoy si la casa está arrendada o sigue vacía.

Hijita: ha habido un calor tan espantoso aquí que yo te he escrito muy poco. Mi cabeza ha estado congestionada e inútil. Perdona mi silencio y no lo juzgues mal.

La Palmita está aquí desde hace días y nuestra rapalense cuida mucho de la niña sesentona y de mi desorden consuetudinario.

Han venido muy pocas cartas mías: certifica las tuyas. No creo en estos carteros inefables y tal vez analfabetos que hay aquí.

Volviendo al aumento. Yo ignoro si lo han dado a contar de este mes de agosto, como es el uso o desde enero, lo cual sería extraordinario. Infórmame.

Yo te espero para ver contigo la zona próxima a Roma. Sólo la he visto corriendo en tren y bus y eso no es ver. Vi una casa con huerto y grande. Ocho cuartos pero está lejos y creo que debemos allegarnos un poquito a Roma, por los libros, la ropa y el clima mismo y para ti, por las cosas de cultura y la posibilidad de un empleo tuyo allí. (Aún no me das los nombres de la gente a la cual

yo pueda escribir acerca de ti.) Si llega Matte lo mío andará bien en Stgo.; pero tengo un verdadero horror de que llegue el Caballo. Sólo tengo noticias del lado mattista y no del otro. Tú sabrás el resultado de las elecciones allá en tu diario de Nueva York tal vez antes que yo misma...

No olvides comprarte ropa, Doris desnuda como la Madre Eva. Yo te diré en la próxima lo que vas a comprar para mí.

Como allá se trabaja rápido, tal vez tú puedas no tardarte mucho en ver que se hagan rápidos los arreglos de las dos casas. Infórmate también, chiquita, de los arriendos que pagan otras casas vecinas. Dime qué daños pequeños hubo, por el temblor, en las dos. Y ponte muy amable con Eda: ella cree que tú la malquieres tal vez. Ídem con Matti. Procura verla.

Vuelo atrás: hay aumentos de sueldo que corren sólo al comenzar el año siguiente.

No voy ni a Venecia ni a... Mi cuerpo viejo no está para viajes tan largos.

No sobra decirte esto. Creo que a mí hay que sacarme en verano a lo menos un mes yendo a lugar fresco. No puedo trabajar con congestiones aunque sean leves. El calor embrutece.

Te encargo que compres todos los libros nuevos que te interesen, sobre todo los ingleses. (Tú no has llevado ¡ay!, ¡ay, dinero alguno mío!)

Si tú tienes tiempo en ocuparte de esto, me vas a traer remedios —tónicos—. Haz el cálculo para más de un año.

Cuídate, por favor, cuídate. Tú desbaratas tu salud y estás tan delgada, tanto, que tu gente se habrá admirado de esto.

Dale mis cariños a tu hermanita. Y saludos a su marido.

Un abrazo y que Dios te guarde.

Gabriela

165. GABRIELA MISTRAL

Irá dinero para los cigarros. Pero creo que si los traes contigo pueden cobrarte impuesto fuerte (multas, además). Por lo tanto, mándalos por la vía más segura.

Recuerdos de Palma y de Gilda.

P.S. Me dice Gilda que el aumento, ya estaba hecho. Yo lo había olvidado... ¡Qué horror! Da gracias a Dios de la ayuda económica que ha llegado.

166. GABRIELA MISTRAL

[Nápoles, 20 de agosto de 1952]

Chiquita Doris:*

Mi compañera que piensa en todo te ha andado buscando las direcciones de las casas para el poder que irá pronto. No te muevas hacia California hasta recibirlo. He estado pensando lo de la venta de esas casas, cosa que me recomienda Palma. La opinión mía era la de no vender la casa mejor porque su venta puede sostenerme en caso de una desventura mía con mi gobierno.

Sigo pensando esto; pero Ida Ramelli me avisó hace ya meses que una señora quería comprar las dos. Ignoro a qué precio. Te ruego retener estos datos que voy a darte: Eda Ramelli ha dicho que se fueron los arrendatarios de Duarte a causa de que la casa

*Escrita de puño y letra por Gilda Péndola.

está muy arruinada. Me importa mucho saber si eso es exagerado porque Eda nunca se mueve de su comodidad. Observa tú que esa casa tiene bastante espacio para hacer otra lo cual la valoriza, al lado o al fondo. En cuanto a la de Santa Bárbara yo vacilo a causa de que es mi único fondo seguro pero Eda dice que también esa casa necesita refacciones. Lo que yo he pensado siempre es edificar allí un cuarto estudio en el segundo piso. Es cosa muy importante para mí que tú madures este asunto y que te des tiempo para pedir un presupuesto por los arreglos indispensables de ellas.

Como Eda es tan comodona ya podría ser que quiera sencillamente librarse de una molestia. En todo caso yo y tú necesitamos saber —yo no lo recuerdo—, cuánto costaron esas casas. Es preciso no vender a lo loco sino sacando la cuenta de las alzas que puede haber habido del valor de una o de la otra. Yo te pido que quedes en California todo el tiempo necesario. La casa mejor sólo debe venderse con ganancia y para eso tú deberías informarte del precio. Chiquita, yo no recuerdo adónde pagan sus arriendos, y a quién, los inquilinos pero lo podrás saber por Eda Ramelli.

Pasando a otra cosa te ruego visites y saludes en mi nombre a la viejita Montgomery.

Doris, ahora te hablo yo, Gilda, Gabriela me dice en este momento que si tú te encuentras con un galán en California, te olvidarás de ella, de Nápoles y de tu gatita... que es un amor y duerme conmigo de noche y con Gabriela de día. Gabriela te besa con la boca llena de mate y yo te saludo afectuosamente con la pluma y el corazón.

Gabriela y Gilda

167. GABRIELA MISTRAL

[22 de agosto de 1952]

Hijita mía, decenas de veces yo he leído noticias sobre una nueva guerra y ha resultado que no ocurría nada. Pero hoy, sin embargo, me alarma la llegada de tu ministro de la guerra a Ischia para conferenciar con los jefes italianos y para revisar los medios y la preparación italiana.

Me intranquiliza pensar en que tú no lees la prensa y que puedes estar ignorando todo lo que ocurre.

Quiero recordarte, Doris querida, que la cuenta del banco es común y que tú debes girar sobre ella para todo lo que necesites. Si las cosas se precipitan, yo sé que tú querrás entrar en los servicios de la defensa americana. Procura, si eso ocurre, que te destinen a Italia. Y si a mí me llamasen de Chile, procura que te manden a la América del Sur en misión de propaganda o de traductora. Ay, Dios nos libre del horror, porque la guerra es siempre un horror.

Varias veces ha ocurrido esto de anunciar la guerra como cosa que está a las puertas y nada ha ocurrido, nada. Puede esto de hoy no tener ningún valor real. Dios lo quiera.

No te he escrito en estos días 1° porque el calor es tal que me quita la poca fuerza que tengo, es un calorazo y debe ser peor allí, mi pobrecita. Ojalá te hayas ido al campo. Dame tranquilidad y escríbeme seguido. Te estoy escribiendo ahora sin fuerza alguna.

Repito que tomes todo el dinero que necesites para comprarte ropa, libros, etc. Y te suplico que si la situación empeora que me asistas con cartas frecuentes.

Un abrazo fiel de tu Gabriela

P.S. No te mandé la carta adjunta que es de hace varios días. Las noticias bélicas han disminuido, aquí, no sé allá en tu Nueva York.

168. GABRIELA MISTRAL

Es curioso: cojo esa carta de hace días y hoy ha vuelto ese decaimiento de que te hablaba hace ocho días. Tal vez es que como poco. Pero ahora salgo a comer afuera y sólo almuerzo aquí.

Casi no tengo novedades que darte. Deseo ir a Sorrento por estar un poco alegre. Hoy no he tenido ninguna gana de trabajar y tomé y dejé el «Poema de Chile» que iba a copiar para verlo un poco, porque no lo «realizo» bien todavía como conjunto. Puede ser que hubo primero un calor salvaje y al atardecer un viento o casi frío.

Tú me decías que tal vez regresas antes de lo que pensabas. Ojalá. Pero no lo creo. Esa ciudad llena de novedades te toma entera. Es natural y es eso bueno para ti, pero no para mí... Acuérdate a veces, Doris, de que yo no tengo a nadie, sólo esta niña bondadosa que me acompaña. Acuérdate. Pero no regreses por fuerza y sin ver lo que te gusta y sin comprar todo lo que necesitas. Después te pesaría y querrías regresar tres meses después, lo cual me apenaría mucho, esto sí. La gatita está en la cama, a mi lado, te manda cariños; se puso muy triste cuando te fuiste, pero mucho. Ahora está un poco mejor. Ven por ella también.

Oye este encargo: hay en NuevaYork un diario en español. Era bueno. Dime si existe aún y ve cuánto vale la suscripción semestral (seis meses).

¿Por qué tú, niña errante, te haces querer tanto? Es malo para quien te quiere y para ti resulta fastidioso.

No me mandas aún los nombres pedidos para tus personajes sobre ti. No sé si has ido a Washington a hablar con esa Sra. que te adora y me detesta. Ve a verla; es muy inteligente y es amarga porque el marido —muy guapo— la abandonó. Y me odia porque su rival era una alumna que me quería mucho. Ya no me escribe. La perversa Coni debe haberme indispuesto (intrigado) con ella como con el rector.

El mundo, dear, es un ganar y perder. No te pierda yo a ti Doris Dana. Sería un derrumbe de la poca fe en los humanos que yo conservo.

Da un abrazo por mí a tu hermanita. Yo la quiero mucho, sin conocerla de veras, como adivinándola...

Doris Dana saca de nuestro banco, repito, todo lo que necesites. Hazlo.

No olvides que la primera parte de esta carta es vieja de muchos días.

¿Qué haces? ¿Qué resuelves? ¿Quiénes te tienen? ¿Cuál es tu ánimo allá? ¿Voy a volver yo a verte? ¿Cuáles son los planes para tu futuro? ¿Piensas en tu Nápoles? A mí sólo me faltan tú y el campo. Pero es mucho esto. Me doy cuentas de que esas dos cosas son las únicas que me hacen vivir cuando están presentes y decaer, o morir cuando las pierdo. Cuando dejé el Valle de Elqui, a los catorce años creo, me volví una especie de sonámbula en la propia ciudad en que nací, allí donde me echaron de la escuela por débil mental, y fui apedreada por mis compañeras de escuela, y crucé la plaza de mi ciudad con la cabeza sangrando.[108] Ahora tengo algo parecido a ese sonambulismo. No es angustia, no, es una sensación de ausencia del mundo, mayor de la que tú me conoces. Sólo dormir querría. Despertar cuando tú vuelvas.

Tu Gabriela

169. GABRIELA MISTRAL

Chiquita mía: no tengo carta tuya hace días. No me gusta esto, no. Es Nueva York que te toma, te abraza y te exprime. Dame tranquilidad: escríbeme cada cinco días y me darás paz. Estamos bajo una canícula (estío) muy fuerte que pesa y embrutece. Así y todo, yo te escribo. Hoy voy a firmar a la notaría el poder para ti sobre las casas. Creo que tendrás decepción con ellas porque deben estar muy arruinadas. Pide tú misma presupuesto (cálculos) de lo que cuesta mejorarlas a fin de que tú las quieras, porque feas no las vas a querer.

Las noticias de guerra siguen en la prensa. Sería muy malo si quedásemos separadas. Pero yo creo a veces que el Patrón de la guerra (S)[109] no la quiere todavía. Los tuyos a veces parecen querer lo mismo. Pobrecita Europa, tan linda y tan condenada a la Bestia negra y peor. Porque la guerra es eso: la gran Bestia. De Chile sólo sé que arde la lucha. El P. N. está ayudando con dineros fiscales a su candidato el secretario de él mismo, cínicamente lo ayuda con los dineros de todo el país, oficiales. Sólo Matte es deseable por ahora. Hay un candidato comunista[110] que, por desgracia, es la mejor persona entre los tres. Nada claro se ve todavía. Tú sabrás allá qué Patrón tengo antes de que yo lo sepa.

Chiquita, cuando vuelvas (¿con Marina?) será para caminar por Europa de nuevo. Tengo pocas esperanzas de tu compañía. Si aceptases leer, leer, así solamente podría yo retenerte aquí. Pero no quieres leer francés y menos italiano. ¿Tú estás ya muy cansada de mí, Dana? Eso parece. Visitar por favor en Santa Bárbara a mi viejita

vecina. Debe estar muy resentida conmigo. Haz que me perdone. Visita a un profesor de la Universidad de California que se llama... ay, ay. No recuerdo el nombre. Es un cubano, viejo. Pregunta por un Sr. viejo que enseña literatura española o hispanoamericana. Si es que necesitas consultarte con buena gente. Hay muchos torcidos en Los Ángeles. Él tiene dos hijos, una mujer y un hombre. Si esas casas pudiesen venderse bien yo las vendería; pero es difícil y no quiero deshacer, desbaratar, lo único que tengo. Aquí, en Europa, ni pensarlo por la guerra. Y tu Nueva York es ciudad condenada. Piensa tú eso con mucha calma, tú, varias veces, pidiendo inspiración al Espíritu Santo y a San Antonio que hace todas las cosas que le piden. No puedo más de calor y sudor.

Te abrazo, niña querida, hermana mía,

Gabriela

[P.S.] Me cuido mucho.
Voy a Sorrento hoy.

170. GABRIELA MISTRAL

[Agosto de 1952]

Doris, tú sabes que malito está mi corazón, no puedo entender el que tú también golpees ahí, con tu silencio (una carta en un mes y medio) lo único que entiendo es el que tú quieras que yo te deje tranquila. Y así deberé hacerlo; será sólo hacer tu voluntad.

Fuimos a Sorrento; lo hallé más lindo que nunca. Me costó dejarlo.

Poco a poco va penetrando en mí la idea de irme al Uruguay. De golpe, me ha subido una sed del idioma, de la tierra sudamericana, del clima, de los libros en español. Sólo me inquieta la moneda alta de allí. Pero, yo podría —querría— vivir en el campo (son dos años fuera de mi lengua: más tal vez).

Dejaré esta carta abierta para añadirle el resultado de las elecciones chilenas. Ibáñez parece ganar. En tal caso —y sólo en ese caso—, yo volvería a dar clases en Uruguay. Pocas. Porque espero poder jubilar y esto sería la base. Pero mis amigos uruguayos no saben que un deseo verdadero es el de escaparme al mero campo y comprarme allí una casita. (Esto lo habría hecho yo en algún pedazo de tu país no lejos de Washington, ciudad que me gusta mucho. Pero los dioses parece que no lo quieren.) No hables a Palma de estas cosas.

Parece que han pagado bastante de lo que debían sin haberme dicho nada de eso nunca. Son casi cuatro mil dólares. En el banco tuyo tal vez hay más o menos eso, yo podría así comprarme mi pedazo de pradera o un huertecito en ese país. La jubilación la harán corta para mí los masones sucios de mi país; pero mis amigos de Uruguay me tienen, dicen, una dirección de las escuelas nocturnas. Yo prefiero no tener trabajo obligado. Hay, sí, una especie de tirón de la América del Sur que nunca sentí antes, es que sólo el campo puede curarme de los que he perdido, de Yin y de...

Si escribes alguna vez, pon el sobre a Lucila Godoy. Dudo del correo.

Creo haberte contado que mi «potentado» —eso se cree él— de Italia me dio —con su mujer o por ella— un tirón literario, su mujer escribía, dos días después de ese ataque la señora esa murió, no sé de qué, tal vez de su bilis.

Yo no sé vivir en soledad y cualquier día cojo dos, sólo dos maletas y me voy. Si Matte saliese —es difícil— yo no jubilaría.

Hambre no tendré con llevarme un peón elquino que me cultive un huerto de legumbres. Tengo una casa en Chile. Apenas recibo renta de ellas y voy a venderla. Yo puedo vivir con eso y con la jubilación. Compañía tendré allí de más. (Algo ha hecho Neruda en Uruguay, no me lo cuentan todo; ya lo sabré.) No estoy pesimista, tal vez lo que me llama es la tierra sudamericana.

Ignoro aún si sigue sin arrendarse la casa de Santa Bárbara. Procura venderla, si es posible.

Nada sé de ti. Que Dios te dé salud y tu gente felicidad.

Gabriela

171. GABRIELA MISTRAL

[25 de agosto de 1952]

Hijita mía: anoche me desvelé procurando entender las cuentas de la chequera e incluir el pago último del cual te hablé. ¡Y me quedé entendiendo casi nada! Así y todo, voy a decirte lo más importante. Creo que habría que pasar esa cuenta al National City Bank que, parece, es el banco pagador de mis sueldos en Nueva York. La cuenta se abriría en Nueva York, en la sede central. A menos de que haya sucursal del City Bank en Roma. Ese banco actual puede quebrar cualquier día cogiendo todos nuestros dineros. Piensa bien esto. Me tiene preocupada. Te conté que llegaron unos dineros, es decir el aviso de ellos. Ve tú si están añadidos ya a mi cuenta del Santa Bárbara. (Te conté que es una lista de cantidades nunca sabidas, aumentos de sueldo. Fue la Tesorería la que denunció eso.) En suma: saber cuánto hay en ese banco y mandarme un papel

para firmar —junto contigo— el retiro de los fondos y la colocación en el otro banco. (Ahora yo creo que debo cobrar algo que llaman quinquenios (aumento por años de servicios). Pero aún no estoy cierta de esto.

Te ruego revisar muy bien la liquidación que te darán de esa cuenta al cerrarla.

Voy a mandarte dinero para tus gastos del viaje a California y tu estada allí. Favor de decirme tu cálculo, chiquita. Y una copia del papel oficial que trae la cuenta de la Tesorería Fiscal de Santiago que corrigió el monto de mi sueldo mal llevado por el ministerio.

Me dices que tal vez te vienes de regreso antes de los cuatro meses. ¡Ay, gracias, gracias! Porque el peligro es que vuelva a gustarte de más Nueva York y te quedes allí.

Pon el mayor cuidado, hijita mía, en esas operaciones bancarias de Santa Bárbara. A causa de los arriendos —pienso ahora—, tal vez debas dejar la cuenta nueva del City Bank en Santa Bárbara.

Haz ese viaje parando en dos lugares a lo menos para no fatigarte. Y queda en Santa Bárbara todo el tiempo que sea necesario para eso de los arreglos de las casas. Ay, me duele mucho pedirte esto, pero es indispensable.

Imagino el calor de Nueva York. Aquí es feroz. Embrutece. No se puede hacer nada hasta llegar la noche.

(Va esa carta de Oldini[111] subsecretario. ¡Qué vergüenza de contabilidad fiscal!)

Te ruego comprarte a lo menos dos trajes más para ti —de buena clase—. No vale la pena comprar en Nueva York cosas de baratillo. Yo te mandaré dinero para comprar lo mío. Espero acabar de entender mi cuenta de Chile...

¡Ay, qué carta de puras bobadas!

Palma estuvo aquí. Por un encargo de Coselschi[112].

Ahora no pienso ir ni a Venecia ni a Bélgica, aunque lo segundo todavía me tienta. Estoy sin fuerzas y rabiosa por el calor animal.

Doris Dana: cuídate. Nada me dices de lo que vives.

Perdona esta carta tonta: así me tiene el fuego del cielo napolitano.

Ahora no pienso ir a Venecia y tal vez tampoco a Bélgica.

Favor de esperar mi dinero próximo para comprarme ropa.

Esta carta parece de notario...

Esta tarde voy a hacer el poder para ti, para vender, por si vendes. (Pero, pero, a buen precio.)

Mañana seguiré, querida niña ambulante.

Un abrazo tierno y que Dios y la Virgen cuiden de ti,

Gabriela

172. GABRIELA MISTRAL

[27 de agosto de 1952]

Para la Doris vagabunda:

Sigo en Sorrento, pero no quedaré aquí mucho más, porque no estoy tranquila por el consulado. Sin embargo estoy encantadísima de la vista que tenemos en este cuarto. Ojala tú hayas tenido aquí otra semejante. Yo espero volver acá cuando tú regreses; y deseo leer en esta ventana frente a frente contigo, vagabunda, niña escapada.

Ya te dije hace días que me han subido el sueldo. Como... no sé exactamente el anterior, creo que eran cuatrocientos, no puedo decirte con exactitud en cuánto quedo. Pero el de ahora es seiscientos. Me parece suficiente para nosotras dos, incluyendo los viajes de fin de semana o quincena a... Rapallo. Porque me ha parecido esta vez muy lindo, tal vez a causa del buen cuarto que tenemos. He encargado que me busquen aquí una casa con huerto; pero parece que nadie quiere vender. Es pena. Tal vez tú no te moverías viviendo aquí... Dime algo aproximado respecto de tu regreso. Sería bueno saberlo. Óyeme bien esto: te repito que debes usar de nuestra cuenta común y comprarte bastante ropa si te gusta más la francesa, y si te han dado otra chequera a ti los del banco —deben dártela—, aprovecha tu regreso para comprar ropa en Niza. ¡Ay, yo querría andar en Niza contigo! Cómprate zapatos también. Y un abrigo leve de media estación. No olvides lo de usar tu chequera. Toma a lo menos para eso unos cuatrocientos dólares. Y no olvides los zapatos. Te extraño mucho, sobre todo aquí, en esta ventana maravillosa que llenan el mar y el Vesubio. He procurado leer aquí a Virginia Woolf...[113] en italiano. No ando nada bien, porque ella parece tener un vocabulario muy re-cherché (escogido, refinado). Voy a procurar la resurrección de mi italiano, muy pobre ahora. Ven, ven, ven. Si puedes.

Tu Gabriela

[P.S.] Aquí no tengo cartas tuyas aún.
Me iré en seis días más tal vez.

173. GABRIELA MISTRAL

Hijita mía: te escribo desde Sorrento, donde estamos a causa del calor africano de Nápoles. Pero aquí, hoy mismo hace un calor duro. En cuanto esta onda pase, yo me vuelvo a la casa. Mucho extraño no verte aquí, en este lugar lindo que a ti te gusta. ¡Qué pena no tenerte!

¿Dónde estás, pajarito volador? No sé dónde ubicarte. Tú debes darme siempre tus domicilios.

Por Gilda «realizo» que estás ausente sólo desde hace un mes. En mi sentir son tres y aun cuatro meses.

Estoy relativamente bien. Anoche dormí muy poco y pasé en ese estado tan frecuente en mí de «estar en mí» a medias. La comida es buena en este hotel donde tú también has estado. Yo debía haberme ido al norte, a la frontera francesa. Pero en el calor no me gusta viajar. El corazón no ha estado malo pero pesado sí.

¿Cómo te portas? ¿Qué haces? Sin tus cartas, que estarán en Nápoles, estoy a ciegas. Yo quisiera saberte en el campo.

De Chile te he dado noticias sólo económicas: un dinero que parece me debían del sueldo aumentado. Te lo digo para que tú me indiques lo que estés necesitando, avecita del mar, del Atlántico y del Mediterráneo, gaviota borrachita de aire y de luz, ¡querida mía!

Creo que este calor durará mucho más. Yo me iré de aquí no muy tarde, pero si el calor sigue en Nápoles, pediré un mes de licencia. Y si tú llegas en ese tiempo —sé que no llegarás no— iríamos adonde te guste ir.

Por el calor no puedo salir a buscarme una casita con huerto. Es pena. Pero tal vez yo deba buscar en la zona norte de Italia. Aunque también me fatigan los viajes largos, como tú sabes. Prefiero tal vez esperarte para resolver eso. Yo no me acordaba ya del clima de Sorrento. Las vistas son preciosas.

Vuelvo atrás: yo recuerdo vagamente el que tú tienes una chequera de nuestra cuenta. Vuelvo a recordarte que vendrás en otoño y que debes comprarte ropa de invierno.

No recuerdo el total del aumento que han dado. Te lo mandaré cuando vuelva a Nápoles, a fin de que tú sepas que puedes —y debes— comprar lo que necesites para no hacerlo aquí donde no hay ropa buena ni bonita. Aquí sólo hay paisaje: un agua azul de idilio, un cielo dulce y los huertos vueltos calles... ¡Cosa linda el estilo urbanísimo y rural de Sorrento!

Yo te extraño tanto, Doris, ¡niña querida! Me parece tan raro estar sin ti, haberte perdido aunque sea por un tiempo. No sé qué vives allá; no sé cuándo realmente volverás, no sé si tu ciudad tremenda te me ha arrebatado y si tú quedas con ella. Y no sé si haces diligencias, si has visto a la Matrona Roos y si le ha sabido o a mal o a bien el que tú vivas conmigo. Nada sé de tu vida allá, porque no me cuentas. ¿Ves feliz a tu hermanita? Es muy raro eso de ser feliz, niñita mía. La dicha se quiebra o por el cansancio —el tedio—, o por el mero tiempo. Pero yo sé que te quiero desde que te vi hasta hoy con el mismo encantamiento anterior y con una curiosa sensación de que hemos vivido juntas mucho tiempo, mucho antes. Tú no volverás a decirme que yo detesto toda la vida americana. Detesto la ciudad americana de tipo comercial, pero podría ser feliz en un lugar no cálido americano, con vegetación y con mar, como Rapallo. ¡Pobrecita California que sigue sufriendo!

Cuéntame lo que sepas, veas y hagas allí con esas casas. Cuida de ellas.

El 3 o 4 tú sabrás el resultado de las elecciones de Chile. Fuera de Matte ninguno de los otros es bueno para mí. El «muñeco» de González Videla se llama Alfonso. Hay otro, excelente nombre, pero comunista. Ese no saldrá. Dios nos dé a Matte.

Un abrazo, Gabriela

174. GABRIELA MISTRAL

[29 de agosto de 1952]

Doris querida: llegamos ayer de Sorrento, donde quedamos sólo cinco días. Me pesa haber regresado al calorazo de Nápoles. Porque él me pesa sobre el corazón, ahora bastante triste. Desde que partiste hasta hoy no creo haber tenido más de tres cartas tuyas. Pero no quiero hacerte esta carta mía un coro de lamentaciones. Yo deseo que tú corras feliz por tu ancho territorio. ¡Siempre que vuelvas!

Necesito saber si tienes dinero. Ídem saber el precio de tus pasajes de vuelta, para no retardarte ese dinero. (Puedes tener alguna dificultad con lo de tomar dinero de nuestra cuenta.)

No te digo más a causa del malestar que me da el calor. Son las diez u once de la mañana.

La que te espera día por día.

Gabriela

175. GABRIELA MISTRAL

[9 de septiembre de 1952]

Doris, mucha paciencia yo he de tenerte para estar hoy escribiéndote. Pero esta paciencia franciscana se va gastando día a día y va a acabar. Hoy llega un paquete tuyo con retratos. No entiendo que te ocupes de mi cara y no de mi vida. A lo menos sácame de esta duda: ¿Tú recibes mis cartas? 2° ¿Tú me has escrito más de dos veces? Porque yo no he recibido sino una carta de ti. Yo sé que te he escrito mucho, hasta demasiado.

Yo vuelvo a mandarte mis letras, tal vez odiosas para ti, porque hay algunas cosas que pueden importarte saber. Por ti misma.

Ha habido un convite oficial para ir a la China. Si tú hubieses estado aquí, yo habría ido. Y ha llegado además otro para asistir a las fiestas del centenario de José Martí, cubano y un poco maestro mío. De esto ignoro la fecha. Mi embajada en Cuba no la dice. Te ruego ir al consulado cubano en Nueva York y preguntar, enseguida, pronto, esa fecha. Yo creo que el gobierno mío me puede dar la licencia. No estoy segura porque... mi Presidente es ahora Ibáñez. (¡Horror!)

Estoy muy preocupada de lo que hará conmigo el Caballo y tal vez me decida a jubilar. También esto necesito tratarlo contigo. Salió el coronelazo casi con el doble de votos de Matte. Eso es mi país hoy.

Yo no puedo ahora esperar que tú me hagas estos encargos, porque parece que has quemado el recuerdo mío y el de mis asuntos.

Suelo pensar que este correo tome mis cartas de E. U. Pero lo dudo; debe tratarse sólo de que tú evitas el contarme tu vida de

allí. Doris, tú no cuidas ni siquiera de que yo tenga una vida tranquila ya que vida feliz no puedo tenerla.

Sabiendo lo de Cuba tú tal vez pensarás en irme a visitar a La Habana...

Ha hecho y hace aquí tal calor, que mi corazón está más y más bajo.

No hay nada que yo deteste tanto como las situaciones falsas, el hablar a medias y el callar sin dar la razón. Si yo te escribo a pesar de estar muda tú, es porque debo saber, después de tener la fecha de ese centenario, si debo buscar aquí quien me acompañe a La Habana desde Nápoles. Te repito que yo no sé de ti después de tu partida y la primera carta nada, cosa alguna. Pensé que estuvieses enferma, pero resulta que tienes salud y tiempo para mandarme fotos mías... ¿Es que tú Doris Dana no tienes caridad? Que no tienes afectos sino de paso, eso lo sé; ¿pero es que tú no tienes una pizca de lástima por una persona cardiaca? Aunque llega aquí correo todos los días, puede ser que me cojan las cartas de tu país. Necesito saber esto; lo necesito violentamente. Palma estuvo aquí. Parece lastimada porque no le has escrito. Ella no sabe que a mí tampoco... Si te dignas escribir, pon el nombre de Gilda en el sobre. Quiero entender lo que pasa.

Gabriela

176. GABRIELA MISTRAL

Yo me parezco a los locos que se escriben cartas a sí mismos y se las contestan... Pero esto de hacer el loco no va a durar mucho

tiempo, no puede durar. Ten paciencia y lee mi pobre escritura la cual no va a llegar a ti por mucho tiempo, no.

177. GABRIELA MISTRAL

[1952]

Querida mía: yo te voy a fastidiar con una carta tan larga; pero tú has descansado de mi escritura muchos días. Yo he procurado no ser molesta, no fastidiarte. Por fin llega una carta tuya en la cual me hablas de tu dolencia. Tu silencio cuando vives conmigo es el mismo de cualquier extraño y por esto yo he ignorado tu mal: voluntad tuya ha sido este bárbaro silencio vivido junto a mí. ¡Qué barbaridad! ¡Cómo me miras de extraña a tu vida!

Yo te he dado ayer una pésima noticia: la de la elección del Caballo. Me abatió mucho. Pero los ángeles son ayudadores y ven, ven. Porque hoy me llegó, de sorpresa, el aviso de tres mil dólares del banco nuestro. Parecen depositados por Tomic, pero exceden lo del arriendo de mi casa de Chile. (Recuérdame que no la he testado, parece.)

En mi cuenta última —la de tu banco— vienen y me sorprende esto, seis mil dólares. ¿Has puesto allí dinero tú? Si eso está justo, añadido a lo anterior resultarían nueve mil dólares. No lo creo todavía. Pero si eso es así, yo te propongo algo que ayude tu salud y tus intereses. Sin fatigarte, sin prisa, emplea estos meses en buscarte una casita cerca del mar y no demasiado lejos de Nueva York. (Yo veo que tu centro será siempre esa ciudad terrible.) Procura que no sea blanco fácil esa ciudad o pueblo para las bombas y

cuenta para ello con esos nueve mil dólares. Tal vez las dos vamos a vivir en ella si el Caballo me suspende o cancela. Ahorraríamos el peso horrible y eterno del arriendo y tendríamos para comer el arriendo de Santa Bárbara. Esto si tú logras que esa casa no siga vacía. ¡Por favor, acuérdate de ella, Doris! «Realiza» tú estos proyectos y estas esperanzas fundadas y alégrate un poquito con ellos. Naturalmente lo que te propongo es algo muy modesto, pero lo creo posible e inmediato. (Recuerda que algo más tengo en la editorial de Argentina; pero no sé cómo sacar esos pesos.)

Te ruego contestarme pronto. Vagamente recuerdo haber visto pueblecitos modestos cerca de tu ciudad. Aunque tengo terror de ti viviendo sola y llena de, tentaciones que te rodearán siempre, así y todo, esto me interesa y me descansa el corazón por ti, porque consulta tu vida americana sin pagar renta, más tres cuartitos muy lindos, sala, comedor y dormitorio.

No tomes esto a imaginación. Ignoro cuánto has tomado tú de nuestra cuenta común, pero el saldo recibido hoy es el que te digo y el dinero llegado hoy en aviso son tres mil dólares +. Ayuda tú mis pésimas cuentas. No pude nunca con los números. Necesito saber para el futuro, cuánto cuesta ahora en los restaurantes la comida para dos personas, a fin de calcular el gasto diario. Yo he estado muy deprimida por la elección de ese animal. Hoy me he levantado el ánimo haciendo cuentas. Vamos a hacer cuanto es posible para llegar a esto: arrendar Santa Bárbara aunque sea con rebaja. Ídem la casa chica. Y, comprarte a ti algo en la costa, cerca de Nueva York, desde donde puedas ir dos o tres veces por semana a tu ciudad tremendita. Si el Caballo me echa, no me puede negar la jubilación y podemos vivir allí. Tú y yo trabajaremos, pero no mucho, no, no, solamente algo liviano aunque produzca poco. La dicha nunca estuvo en

«los grandes dineros». La cuestión es que tú escribas y leas, que compres muchos libros.

Yo trabajo a veces en el «Poema de Chile». Está terminado, pero ahora añado algo y corrijo.

No me dices ni aun vagamente cuándo crees regresar. Preciso saberlo.

Yo estoy dispuesta a pedir al gobierno del Caballo mi traslado a tu país. Y también a aprender un inglés chiquito, del tamaño de mi mano. Lo que rechazo absolutamente es la vida sin ti. Yo intuyo —adivino— que tú ves la vida tuya sin mí como cosa muy natural y normal.

No me escribas largo. Te fatigas. Una sola página con el detalle de tu salud y respuesta a lo que aquí te propongo, en esta carta. Esto es de realización inmediata.

No me olvides, no me eches a la muerte.

Tu Gabriela

178. GABRIELA MISTRAL

[1952]

Niña mala y ajena. No te escribiría, respetando y aceptando tu voluntad de silencio y de ruptura, pero necesito tener el «no» tuyo para buscar, en tal caso, la persona que venga a acompañarme en lo que sigue.

Hay tres convites para lugares todos lejanos; 1° el de Israel; 2° el de la China; 3° el de Cuba.[114]

Procuraré mandar tu copia de dos a lo menos.

Si yo busco quien me acompañe, tal vez tú me llamarías eso ingratitud —y yo no soy una ingrata.

Te ruego no sentirte obligada a decirme si pueden no interesarte esos viajes. Yo hallaré a alguien. Si dices que sí porque eso te importa hay que añadir el plazo de tu venida. Cuba está tan cerca de ti que tal vez podríamos encontrarnos allí, si es que tú piensas volverme a ver en este mundo. Ayer contesté a lo de la China que acepto pero no puedo aún dar la fecha. Lo de Israel es «para cuando yo quiera ir». Oye bien. No sé si el Caballo —así lo llaman— me dará licencia de casi dos meses para esto ni sé si me dejará ir a la China comunista. Creo que aceptará lo de Cuba e Israel.

No sé qué «protectores invisibles» me mandan esto para salir de la tremenda caída del ánimo que tengo hace dos semanas ya, por vivir en un cuarto casi sin salir de él y con compañera muy buena pero... (ahora ha traído al papá y a la mamá...).

La fecha de lo de Cuba es la celebración solemne de José Martí, héroe cubano y gran escritor (muerto). (El único escritor del cual yo tengo influencia en mí.) Tú puedes preguntar a mi nombre al Consulado de Cuba en Nueva York esa fecha. Lo demás es cosa que yo puedo decidir y fijar según ande mi fuerza. Pienso que tal vez en Cuba haya menos calor en esa fecha del calorazo que yo he sufrido allí otras veces, yo saldría de aquí solita, pobre de mí. (Qué lindo será llegar a mi patria verdadera, a Israel. Dios me ayude dándome salud.)

Tú comprendes el signo de interrogación que significa para mí la presidencia del bruto Ibáñez, electo por mi necio país con mayoría fenomenal. Ya te hablé de eso. Tal vez estos convites hagan saber al Caballo —así lo llaman todos— que yo soy algo más que su sierva. Date el trabajo de contestar siquiera dos líneas.

(Ahora soy yo quién toma las cartas al cartero.) Que estés sana; alegre sé que estás.

Gabriela

179. GABRIELA MISTRAL

[Septiembre de 1952]

Doris, bien quisiera molestarte menos con mis cartas; pero parece que yo estoy haciendo hoy una especie de liquidación en cuatro direcciones. La militarada de Chile se me está volviendo una obsesión, cosa muy mala en mí. Cuando tuve la de Yin llegué a una especie de estado delirante.

Pero, te lo dejo en claro, tú quedarás en paz respecto de mí en cuanto yo termine esta liquidación. Puede tardar o bien andar rápido.

Acabo de terminar una carta larga para la uruguaya a quien Palma pidió buscarme empleo en Uruguay por si me cesa el Caballo. He debido explicarle primero lo que yo podría hacer allí, dejándole en claro que deseo vivir en el campo e ir a la ciudad sólo a dar algunas clases. Le he dicho que el mínimo de sueldo que preciso, son unos ciento cincuenta dólares y le he pedido cálculos del precio que tendría allá una casita en el campo cercano a Montevideo. Todo esto he debido explicarle porque Palma le ha pedido a Ester de Cáceres[115] buscarme un empleo allí para el caso de que me cese el Caballo Ibáñez, hoy Presidente legal de Chile. Por favor, no te alarmes. Aquel país

no es inhumano como Europa. Le he dicho también que no obre en definitiva sino al recibir un cable mío, si es que llega el cese de mi gobierno.

Yo no puedo descansar en ti, Doris, porque tú olvidas a la gente en cuanto vuelves las espaldas y te vas. Hay ya la promesa de Ester de hallarme ocupación suave. Comprende que sin noticia alguna tuya yo tengo que planear mi vida sin contar contigo. No haré nada más porque parece que Ester está trabajando bien este asunto en su país. Es de excelente clima aunque para mí frío como Europa.

Mi sucio gobierno puede tal vez negarme la jubilación aunque el propio Ibáñez me cesó sin más que un decreto que cancelaba mi retiro legal sin dar causal alguno...

Creo que en un mes más yo ya sabré lo que han hecho conmigo. Tal vez entonces yo esté en Cuba por el discurso sobre Martí. (Te he hablado de esto en otra carta.)

Palma me pareció estar bastante enojada contigo, tal vez porque no le has escrito. Ella ignora que tampoco te dignas escribirme a mí. Hoy llegaron aquí ocho fotos mías. No entiendo que te ocupes de eso.

El bombardeo de cartas que te he mandado va a cesar pronto. Yo no he fallado, tú sí y tuya será la responsabilidad de nuestra separación. Ignoro aún la fecha de mi viaje a Cuba. Mañana contesto aceptando el convite. No gastes en telegramas para mí, pero dime si yo debo llevarte tres objetos que dejaste aquí cuando embarque para Cuba.

Están aquí ahora los padres de Gilda, invitados por ella. Palma vino, ya se fue.

La mujer chilena[116] aquella es ibañista y ya tiene un alto cargo, tal vez vino de espía a esta casa.

Necesito de urgencia que mi casa de Santa Bárbara esté arrendada y que los alquileres sean pagados con puntualidad. A causa de mi probable pérdida del empleo.

No tengo otras noticias que darte. No te alarmes por mí; no pueden negarme la jubilación y yo tengo más de los cuarenta años legales para jubilarse y quedarme en paz leyendo y escribiendo. Salud y felicidad para ti,

Gabriela

180. GABRIELA MISTRAL

[1952]

Doris amada: también yo he vivido mi crisis sólo que más compleja tal vez que lo tuyo: el golpe de la llegada de Ibáñez, tu silencio largo e inexplicable y al final tu carta de hoy que llegó como la oleada del mar en este verano de calentura. Tal vez mi amor ha tenido el calor mucha parte en tu dolencia. Es preciso evitarlo a toda costa el año próximo. Vida mía no seas la enemiga de ti misma y resuelve tratarte a fondo y minuciosamente. Yo siempre he creído que pasabas por una crisis de fondo, pero que saldrías de ella. Yo; ¡ay de mí! No he sabido obligarte aquí a un tratamiento médico serio. Pero tú nunca me oyes en el sentido de tu salud, Doris. Y yo no te valdré nunca para tu bien: tú recuerdas siempre el que yo soy una hispanoamericana ignorante. Me da gran alivio el que, por fin tengas médico. Ay, sigue régimen y medicinas como una niña obediente, vida mía. Y ponme unas quince líneas nada más, pero que

sean frecuentes. Llegamos tarde del restaurant y me duele la vista. Yo querría escribirte muy largo, pero los ojos no me dejan.

Quiero sólo afirmar lo que te digo en la otra carta de ayer: tú serías algo feliz sí, estando conmigo tú sabes que al volver a Nueva York tienes unos tres cuartos sobre el mar, todos tus libros y tus objetos. Aquí o en Uruguay, yo procuraré que tengamos una casa y no lo de aquí, un huerto, un perro y la Princesita con colita.

Necesito que me digas en cuatro líneas si aceptas lo que te ofrezco, de todo corazón en mi carta de hoy. No quiero vivir la vida mezquina, pequeña y fea de los apartamentos arrendados y quiero que tú tengas habitación tuya en Nueva York.

Mi amor: va adjunto un cheque para ti de quinientos dólares para tus gastos menudos tuyos del mes pasado. Sobre la oferta de que te hablo en la otra carta necesito que me respondas veinte palabras. Yo estoy cierta de que eso te daría paz y con ella el ánimo para escribir. (Aludo a los seis mil dólares que aparecen en la chequera más los tres mil de Tomic. Escríbeme cada tres días; no más de veinte líneas.)

Te besa Gabriela

181. GABRIELA MISTRAL

[15 de septiembre de 1952]

Querida mía enfermita:

Perdóname, yo he estado muy resentida por tu silencio. Todo imaginaba menos que estuvieses malita y de enfermedad seria.

Y me apena haberte mandado una carta pesimista sobre la nueva situación de Chile. Gente existe allí aún que me defenderá y, en todo caso, yo soy cónsul vitalicio por ley de las dos Cámaras y eso es algo serio.

Tu dolencia es fatiga, Doris querida, y tu mejor remedio es el descanso. Eso es lo primero.

Sin saber lo malita que estabas, yo estuve antenoche haciendo contigo unos proyectos. Pensé que tú nunca serás feliz fuera de tu zona que es el estado de Nueva York, pensé que ese (estado) debe tener algunos lugares que sean de mar (de costa), o de vegetación, donde yo pueda no ser infeliz. Eso ha seguido rondando mi cabeza. Yo nada sabía aún de tu dolencia. Lo que voy a proponerte, vida mía, no debe darte cólera ni fastidio; debes pensarlo con sosiego lentamente y varias veces. Yo estoy dispuesta a vivir contigo en un lugar —sea el que sea— de ese tipo y darte ocasión de que vivas en tu estado, yo compraría una casita chica con jardín, no chico o con árboles que me gustan más que el jardín. Tres habitaciones y no más. Parece que tenemos manera de disponer de seis mil a ocho mil dólares. Es muy poco, pero Tomic me ha mandado un dinero a mi —tu— Banco de California. Examina esto con toda calma y cuando mejores bien, ¡yo no sé cómo estás hoy!, ensaya buscar algo así, pero sobre o cerca del mar, en tu estado, repito y no lejos de Nueva York. Pregunta si es cónsul de Chile allí aquel buen señor. Puede haber jubilado. Si te gusta más —no lo creo— otro estado, dímelo y procede. (Hoy vuelven a ser malas las noticias de Europa, bastante malas.) Yo he acabado por darme cuenta de que te he arrancado de tu medio y de que de ahí viene incluso tu dolencia de ahora. Yo podría pasar los inviernos en Cuba. Ya te he dicho que debo ir a Cuba. Por el centenario de Martí. Espero

que Chile me dé la licencia. Allí nos veremos, vida mía, y eso será pronto. Si Dios quiere.

Sí, rezo por ti. Quiero decirte algo que tal vez no sabes. El ejercicio que a mí me levanta el ánimo es sólo éste. Entre los «centros» espirituales —y mágicos— que hay en nuestro cuerpo, yo trabajo con el del pecho, la parte central del pecho, el hueso central. Se respira sin exageración pero rítmicamente, se pide la paz, la alegría, la salud a Dios y a los ángeles. Le dejo allí un rato puesta la atención sin llegar a la fatiga. Eso es todo, vida mía, ensáyate si quieres.

Cariño: acepta ese cheque para tus gastos de Dr. y medicinas. Por favor, no me lo rechaces. Yo no necesitaría mandártelo si tú usases de nuestra cuenta común; pero, con pertinacia no la usas. Es eso tan fácil, ¡pero no lo haces, Doris Dana! El cheque es de mil dólares. Por favor no lo rechaces; me harías daño con ello. Respóndeme de sobre lo de irme a tu estado. No veo otra salida para que tú vuelvas a ser sana y a estar alegre.

Vamos mañana a Roma. A comprarme un vestido y a conversar con Palma sobre la cosa internacional. Te mando recorte del diario de hoy.

Por favor, cambia y usa de ese cheque. Y no olvides que el mar es el mayor dador de vida, de fuerzas.

Ay, ¡que tus medicinas sean buenas! En todo caso hay que tener el diagnóstico, de dos médicos más. Es frecuente el error en ellos.

Yo no tendré paz sino cuando te recupere y vea que ha pasado tu crisis. Procura no pensar nada deprimente. Procura vivir y vivirme. Tuya,

Gabriela

[P.S.] Hay en el banco nueve mil dólares.

182. GABRIELA MISTRAL

[Septiembre de 1952]

Doris mía: qué impresión al oír tu voz por teléfono, pero ¡qué voz tan triste era la tuya!

Tengo demasiadas cosas que decirte, vida y ya es tarde. Acabamos de llegar de Roma. El regreso fue para mí muy amargo porque me vine en silencio, masticando las picardías (astucias feas) de Palma. Ella no mejora con los años; ella se pone peor. Ya me harta después de sólo dos días y medio allá con ella, esta vez, yo he visto tanta astucia, tanta zorrería, tanta tristeza feas —todas con mira al dinero— que salí a la vez triste, amarga y separada de ella. En fin, prefiero pasar a otras cosas. Ya hablaremos ¡ay! cuando tú vengas, ¡por fin!

A veces me temo que tardes muchos meses. Y que yo no te vea. Y he estado callando muchas cosas que pienso porque son demasiado largas de contar.

Quise aturdirme en Roma comprando trapos... atúrdete tú así, yendo a las tiendas, ¡ay, mi Doris! No te aturdas con alcohol, ¡por favor! Mi padre comenzó como tú y acabó en un estado espantoso y repugnante. Este asunto a mí me deja sin dormir la noche casi entera. Hazlo por mí, ¡hazlo! La voluntad es una cosa que sube desde lo humano hasta lo divino, sin una voluntad cultivada, labrada día a día no se puede recibir iniciación alguna.

No sé aún si tú te tardas allá sólo por vivir libre y a tu gusto o si, realmente, estás buscando un empleo en Europa. Y este tema ya se me va volviendo obsesional. Ignoro cuántos meses o años va a durar tu ausencia.

Hasta suelo pensar en escribir al Departamento de Estado y decir a alguien que se digne leer mi carta que estoy dispuesta a

escribir sobre Estados Unidos en este momento de antiyanquismo furioso de Chile, pero poniendo como condición que te manden conmigo para que me informes y ayudes.

Voy pasando de un delirio a otro. Hoy, en el tren resolvía pedir traslado a Israel... Para ser un poco feliz ya que no estoy segura de que tú vuelvas. E «hice» en el tren «mi vida hebrea». Y la viví como si fuese cierta. Yo sería, eres, un buen cónsul para Israel... Pero también me moriré allí de pena si tú no vienes.

Vida mía: nada te comprendí por teléfono, sólo una gran tristeza en la voz. Pierdes ese dinero, tanto que te cuestan los telefonemas de continente a continente.

El asunto Ibáñez, vida mía, me ha hecho una impresión horrible, Él y su segundo, Torreblanca, son mis peores enemigos y han vuelto los dos. Para resolver o no mi jubilación, necesito de ti. Comunica a quien sea necesario que vamos rectamente hacia un fascismo militar y civil. (La mujer Guevara está ya organizando a las mujeres.) Todo lo que acabo de leer —y es mucho— todo es de un fascismo directamente dirigido a tu país, como una flecha. Pero esto mismo tiene, a la vez, entraña comunistoide. Debes seguir «los pasos» de esa mujer que viaja mucho ahora a la Argentina.

Debo decirte que, si tú necesitas vivir en Estados Unidos yo pediría un traslado tal vez a Nueva Orleans —aunque eso está ocupado— o a la Florida. Pero yo no puedo seguir viviendo sin saber si tú vas a volver o no a Europa. Hay que decírmelo, clara y netamente.

Suelo temer que me hagan jubilar, que me obliguen a eso. Porque —oye— yo empecé a trabajar a los... catorce años, estuve jubilada cinco o seis y volví al servicio hasta hoy. Debo tener tal vez cuarenta y dos años y el tope son cuarenta años. La ley aquella significa que puedo no jubilar nunca; pero el régimen

que viene me dañará en todo caso. Preciso tratar esto contigo minuciosamente, contigo. Y escoge ya, ya el lugar donde envejecer, donde quedar.

Hace poco estuve a punto de comprar una casa cerca de E... se me va el nombre, tenía un puerto excelente y una casa de nueve habitaciones. No lo hice, al fin, por ti. Suelo pensar y no poco, en darte gusto y comprar un huerto en tu país, donde a ti te guste, siempre que haya huerto. Hallar para ti ocasión de que hagas algún negocio, pero que no te esclavice, ya te traté sobre la zona que queda cerca de Cuba.

Pero a veces sólo quiero hacerte escribir para las revistas. A medias conmigo. Creo que podemos llegar a hacer esto y a que resulte bueno y bonito. No volveré a dejarte entregada al gobierno de nuestra mera comida. Te lo juro. Piensa tú este asunto. O te dan algo en Europa o volvemos a California, tal vez a la casa grande. (El obstáculo para esto es el cónsul general, allí un ex peón de minas que me hizo salir de allá.)

Creo que Chile camina derecho a un fascismo —comunistoide—, a la vez, es decir, a un disparate, y todo esto absolutamente antiamericano. ¿Ven claro esto allá? Dímelo.

Parece que la mujer Guevara vino a esta casa de espía.

Todavía es posible que yo dé unas clases de literatura, español o hispano. No, te dije, en Colombia, a causa del horrible mexicano asesino que han empleado allí y que me detesta. Piensa en todo esto.

No puedo entender que tu país siga prestando dinero al régimen del que te hablo. Es una locura que lo hagan. De más en más los chilenos se ligan con la Argentina. Trata esto con nuestro amigo el ex funcionario del Departamento de Estado.

Ibáñez sacó una mayoría enorme contra Matte, eso me ha dado espanto.

Ay, que mis ojos te vuelvan a ver, y que tú no arruines tu cerebro precioso bebiendo así. ¡Por Dios!

Toda tuya,

Gabriela

183. GABRIELA MISTRAL

Doris: los seres somos bastante diferentes. Mientras yo esperaba que vinieras a verme para decirte mis decisiones últimas, tú sólo pensabas en recuperar tu libertad. El frío de esta casa me tuvo acostada hoy y ocupada en cosas de Chile. Tú mientras tanto decidías romper conmigo. Creo que la razón de todo esto no es otra que la de que te has enamorado de alguien.

Mis dos decisiones eran 1° Pedirte que buscases una pensión muy buena para ambas, a fin de que no luchases con cocineras. 2° Pedirte acompañarme en el nuevo viaje que debo hacer, el cual también te evitaría las molestias de dueña de casa. Una vez más tú avientas el cariño por seguir la pasión del que quieres. Entiendo todo esto menos el que me des excusas que no son verídicas.

Mi cabeza sólo ha pensado en ti y por no molestarte no te he llamado. Te he esperado dos días.

No puedo hacer otra cosa que obedecerte.

Te pedí venir para tratar contigo asuntos de Chile, cosas políticas y no de peligro económico inmediato.

Acabo de ver una tarjeta sobre mi sueldo y el banco. No entiendo aún esta cuenta en pesos chilenos. Explícamela. Aun con

sueldo rebajado era posible vivir bien pues teníamos dinero suficiente en nuestra cuenta, además el dinero de aquella casa. No era mi deseo venderla, pero el tuyo sí porque ya pensabas en dejarme sola y en vísperas de viaje.

Yo no merezco el que tú ni aun hayas venido a despedirte de mí. Yo no te he hecho ninguna villanía, cosa alguna. Puedo tener, tengo enormes olvidos. Mi pobre cabeza va de mal en peor. Tú tal vez me has olvidado redondamente, absolutamente. Ignoro mi culpa si la hay. No entiendo nada. Y tu orgullo inglés te ha enmudecido conmigo. Pero el orgullo sólo llega cuando ya no se tiene amor alguno, nada.

Dame una hora contigo, una sola pero sin extraños y sabrás la verdad, esta verdad.

Es medianoche. Yo apenas podré dormir. Sigo mañana esta carta.

Doris, sólo hoy yo he sabido que Nueva York está a cinco horas de este lugar. Entiendo un poco que pongas mala cara a ese viaje. La secretaria que me escogiste es muy inteligente y además es buena. Pero lo que no entiendo es que no escribas y el que me dejes en tal soledad y sin ayudarme a pensar sobre las cosas que se me están echando encima, cayendo sobre mí.

Hay una situación extremosa en Chile en lo económico. El Presidente[117] es un hombre antiamericano y su tonto hablar incluso de la fusión de Chile y la Argentina más otras bobadas le está enajenando todas las simpatías de tu país. Se espera un crash económico. Yo necesito ver a mi cónsul general[118] en Nueva York y creo que nuestra conversación debe ser muy privada.

Y tú has escogido precisamente tu país y tu ciudad para dejarme en este abandono total. Ni siquiera hay una carta tuya. Estoy pensando y más pensando en ese viaje a Canadá.[119] Creo que voy

a hallarme otra compañera. Pido sólo a ti datos sobre las casas de California. Datos escritos. Los he olvidado. La orden del ministerio es cosa imposible casi: dar conferencias en tu país. Nada menos. Si voy a Canadá deberé buscarme a quien me acompañe. A esa persona tal vez no pueda echarla de mi lado después. Favor de informarme sobre la casa de Santa Bárbara y sobre el dinero pagado por la casa fea que parece que has vendido ya o que vas a vender. Estoy a ciegas y no puedo seguir así. Yo no puedo tratarte de tales asuntos «por teléfono». Tú no comprendes ni aun esto. Con lo cual parece que yo deberé irme con quien sea, lo que sea, y eliminarte de la vida mía que sigue. Las cartas de mi comadre[120] son muy desconsoladoras. La verdad es que yo puedo ser llamada cualquier día a Chile porque en crisis como esta llaman a los funcionarios secundarios a volver a Chile. No logro entender. Pero voy a dejarte en paz y a resolver mis asuntos. Espero que contestes esta carta.

Gabriela

184. GABRIELA MISTRAL

Bolonia, 20 de septiembre [de 1952]

Aquí estoy, querida mía, durmiendo esta noche para seguir mañana a Venecia, donde habrá una reunión de la Unesco. Y yo camino mientras en mi país pasan cosas que no sé y que sólo vislumbro.

Ya te he contado que mis indecentes compatriotas han elegido —legalmente— al Caballo para Presidente y esto con una mayoría

más que absoluta. Y el Caballo vuelve a traer como segundo jefe de la nación a aquel Torreblanca al cual llaman allá algunos Almanegra. Y éste fue el que sobrepasó al Caballo en su odio hacia mí.

Como mis sueldos los pagan allá en Nueva York y depositan dólares en mi cuenta de California, yo no puedo saber si han eliminado o no. Los que defienden al Caballo dicen que viene legalista y humanizado; pero yo tengo naturalmente, el recuerdo vivo de mis seis años de cesantía y de mis artículos escritos para comer. Está en mi memoria y en la de Gilda el hecho de que mi sueldo lo paga todavía California, es decir, Santa Bárbara. Vuelvo a pedirte que si estás allí, tú averigües —preguntes— si mi sueldo sigue llegando. Y hasta qué fecha me han seguido pagando.

Si hay orden de suspensión de pagos o si, sencillamente, no ha ingresado en mi cuenta el sueldo de septiembre, yo sabré sin más que eso que la hazaña de antes se ha repetido. Necesito, además, chiquita mía, que de algún modo tú sepas por tu ministerio si tu país reconoce a Ibáñez como Presidente. (Él es un sabido enemigo de EE.UU.)

Lo que más temo es lo que haga allá la mujerona Ladrón de Guevara, que, seguramente, vino como espía de Ibáñez. Porque sus últimas palabras fueron estas: «Bueno; yo he hecho lo posible por convencerla. Ahora ya me voy, porque no hay nada más que hacer». No entiendo sino ahora que vino mandada.

Vuelvo atrás: la orden de pago venía, no recuerdo bien si del National City Bank que lo pasaba al Security el cual lo añadía a mi cuenta. Infórmate de esto, Dorisín; yo necesito saberlo muy pronto para hallar arreglo a mi vida. Arreglo material. Este arreglo no debe ser, en ningún caso, chiquita mía, el que tú me des de comer trabajando para mí sino el que me pague el gobierno de Chile. Ahora recuerdo que yo he vuelto al servicio activo, aunque estuve

jubilada varios años. Tú, sencillamente, preguntarás en el banco si fue pagado el mes de agosto y sobre todo el de septiembre. Con eso yo sabré todo el resto, es decir, si me han cesado o no.

Vida mía, si ya tú me has mandado por aire la respuesta sobre este asunto, no me pongas cable. Si no la hubieses mandado, pónmelo.

Explica a tu amiga del Departamento de Estado que yo necesito saber esto desde luego porque debo pensar y resolver lo que debo hacer para vivir, es decir, dónde y en qué debo trabajar. (Palma, con cinismo, me ha dicho ayer que ella ya dio inversión a aquellos ¡¡quince mil dólares!!)

Yo tengo, vida, alrededor de nueve mil dólares en el banco —gracias a ti—, pero eso da para vivir muy poco tiempo. Yo contigo debo pensar desde ahora mismo lo que haré, lo que puedo hacer.

Me preocupa saber esto: de dónde piensa Ibáñez, sacar dinero después de hablar contra EE.UU. Eso lo sabrá tu ministerio si es que, efectivamente, él ha hecho tal declaración pública ¡que no haría ningún país de Europa!

Te escribo antes de dormir y es tarde. Por esto van aquí puras miserias materiales.

Te ruego cuidar de tu salud; no correr de aquí allá cada día, cuidarte por ti y por mí, no hacer locuras y tampoco desalentarte. Acuérdate de que «Dios está vivo».

Mañana 22 veré a Torres Bodet en la reunión. Y veré a la soberbia duquesa de [Larrochefoucauld],[121] que estará en la reunión.

Un largo y tierno abrazo de Gabriela

P.S. Contestarme al consulado, es decir, a la casa. Yo regresaré pronto allá.

185. GABRIELA MISTRAL

[20 de septiembre de 1952]

Dorisín: estoy en casa de la Palmilla, de paso a Venecia. Voy por una reunión de escritores convocada por la Unesco. Espero volver pronto. Parece que al embajador le gusta mucho que yo acepte estas cosas. A mí no me gustan, sobre todo en estación caliente, porque el calor del tren me trabaja el corazón. Pero desde Florencia para arriba ya no habrá calor.

No te he escrito porque creía que tú vendrías pronto. Pero ahora me parece que no vendrás pronto. Yo necesito saber esto, chiquitita mía. Tengo cosas que consultarte. Por ejemplo esto: yo querría vivir en Sorrento. Recuerdo que a ti ese lugar te gusta para mí tanto como para ti. Pero, como es probable que tú llegues con un empleo en Roma, me importa saber este punto. No está muy cerca Nápoles de Sorrento, y ahora hay movimiento en el consulado y se da la licencia para los barcos que van a Chile. El secretario podría llevarme a Sorrento, los papeles, pero no sé si el porrito que tengo haga eso con rapidez. En todo caso, yo no quiero seguir viviendo en Nápoles como ahora estoy: sin tierra verde y metida en dos cuartos. Ayúdame a pensar esto, yo quiero escribir y el ambiente de esa casa no me gusta aunque la gente es buena. Verás que por este asunto yo preciso saber qué has resuelto tú. Te digo desnudamente que bajo Ibáñez, yo me sentiré seis años, si los vivo, sin seguridad, aunque alguien preguntó al Caballo si me volvería a echar. Dicen que respondió esto: ahora no. (?) Es el Premio Nobel. ¡Qué vergüenza! Alúmbrame un poquito tú y no me repitas eso de que, en teniendo tú trabajo, yo no necesitaré trabajar. Voy a sondear lo de mi jubilación, aunque más la temo

que la deseo. Chile no da jubilación íntegra a los cónsules. Ponme un cable corto sobre la cuestión de tu empleo. Debo resolver esto con gran cuidado, chiquita. En verdad, mi problema es simple: yo puedo vivir en el campo en vez de jubilar. Ay, me ahorraría el visiteo: ahora por ser verano vienen en masa los chilenos. No me contestes sino cosas claras sobre tu situación y tus deseos. Es muy importante esto porque tal vez si tú regresas libre para acompañarme yo me iría tal vez repito, al Uruguay. Si quedas en Europa, yo quedo; pero, ¡ay! Procura quedar cerca de mí. Tengo bastante más que decirte pero debo leer unos papelazos de la Unesco antes de llegar a las sesiones.

Me escribes muy poco y esto me preocupa, dear.

Un tierno abrazo y que Dios te ilumine.

Tuya Gabriela

186. GABRIELA MISTRAL

[21 de septiembre de 1952]

Chiquita: seguimos en Venecia. Perdona el lápiz: no encuentro otro y quiero conversar contigo. Mi compañera anda viendo Venecia de noche. Acaba de irse Caillois.[122] Es medianoche.

Espero que hallaré cartas tuyas en Nápoles. Aunque observo que ya se pierden cartas, cosa que me inquieta bastante. Porque yo necesito saber que estás en salud. Escribe corto pero seguido.

Hay fiestas pero yo no voy a ellas por no coger la humedad de esta ciudad, tan linda pero tan húmeda.

Hoy estuvo con nosotras la escultora, te recordamos mucho. Ella comerá con nosotras cada noche.

Me han hecho vicepresidenta de las sesiones. Hoy no fui porque tuve una gran caída de fuerza. Estoy mejor. Te escribo por acompañarme contigo y, además, por evitar el que tú, en país tan grande, me olvides.

Caillois no cree en la guerra. Dios lo oiga. Pero yo creo a veces, lo peor sería que ella nos dejase separadas. En tal caso, pide venir acá. Puedes ser muy útil porque casi sabes italiano. Ahora yo te voy a poner a estudiar francés. Tú tienes una especie de genio para las lenguas. Por favor no desperdicies ese regalo de Dios.

Te he dicho de hacer todos tus gastos usando de nuestra cuenta del banco. Y te mandé un cheque por mil. Espero que lo recibiste. Dímelo.

Yo siento muy largo los cuatro meses de lejanía.

Tuya Gabriela

[P.S.] Tú eres, Doris, mi única familia, no lo olvides.

Compra toda la ropa que te falte y además la de estación próxima, dime lo que necesitas para medicinas tuyas y mías. No sé si has ido a California. El americano que asiste a estas conferencias es aquel antipático tontón... no recuerdo el nombre, el del libro «El Puente de San Luis Rey».[123] Y me lo presentaron... me dio la mano riendo. Está viejo y gordo, señal de tontería. Suelo pensar en que compremos una casita en... suya. Me hacen falta las montañas. Pero si tú me enseñas inglés, yo podría irme a Estados Unidos, Florida tal vez. Te repito no tomar dinero tuyo para tus gastos. No sé nada de Chile, nada. Procura tú saber algo. ¿Te portas bien?

Te fuiste por cuatro meses. Ha pasado un poco más de un mes. Lo que falta me parece mucho.

Porque el plazo de mi vida es corto, nunca olvides esto. Y perdona la repetición de esta frase. La escribiría cien veces. Si fuiste a California dime claro y detallado el estado de nuestra casa. Si hacemos arreglos, procura ver cómo los hacen. Los obreros engañan.

Voy a ver si duermo. Me cuesta ahora dormir. Y mañana hay otra sesión.

¡Qué linda es, repito, esta ciudad! He sabido que el alcalde de Nápoles[124] es fascista absoluto. Voy a procurar irme a otra ciudad. Hay muchas que no lo son.

187. Gabriela Mistral

[21 de septiembre de 1952]

Chiquita mía: esta noche yo no he dormido desvariando con esas casas de California. No sabía y sólo hoy lo sé, que por fin se arrendó una no sé cuál, supongo que la de Santa Bárbara. Es eso un gran descanso para mí. De la otra, o sea la de Duarte no sé nada. Pongo «Duarte» y ni estoy segura de si ese es el pueblo de la segunda casa.

Parece que la casa de Santa Bárbara la bajaron de ciento cincuenta a ciento treinta. Está bien eso aunque la baja sea vertical. Pero urge, hijita, hacer en esa casa algo que mejore su aspecto y buscar un jardinero que en cinco días haga algo por el pobre jardín, que es lo mejor que esa casa puede tener, después del arbolote mi marido...

Respecto a la otra casa, por la cual no se ha hecho nada, para venderla hay que volverla decente. La indecente Coni nada quiso hacer por ella nunca. Parece que esa zorra está ya casi juntándose con Los Ángeles y el valor de la casa es ese.

Chiquitita, no me has dicho palabra de si recibiste la carta en que te dije de girar tú para los gastos de ese viaje a California. Recuerda que la cuenta del Banco de California está a nombre tuyo y mío. Ya te he dicho que puedes girar porque hay fondos. No comas mal, no dejes de comprarte ropa y haz ese viaje sobre todo por esta finalidad: ver las casas, quedar allí hasta que se hagan las reformas indispensables. Ignoro si la casa de Duarte está vacía o arrendada a esa gente fea que yo vi allí.

Piensa, pero piensa con calma y muy bien si conviene o no —si es bueno o no— vender esas casas sin perder. (No tengo las escrituras de ellas; parece que la indecente se las llevó.)

El valor de la casa de Duarte, chiquita, es el gran terreno.

No creas tú que yo tiraría el dinero si vendo. No, compraríamos en otra parte. No sé dónde aún, pero no lo gastaríamos.

Se podría comprar algo en los alrededores de Nueva York para que tú vivas allí con un jardín cuando yo jubile o cuando yo me muera. Por favor, piensa en esto en serio. Para vender una o la otra casa se precisa quedar en California a lo menos un mes. Tus gastos, repito, los sacas del banco. Si es necesario esperar allí un mes para vender, espera y haz publicidad. Sin eso nada anda allí. Además de eso, o mejor que eso, es poner las casas o la que decidas vender en las agencias. No olvidar estas cosas para no aguardar en vano.

Y si no puedes vender ninguna, no lo hagas. Piensa en esto mucho antes de resolver. Recuerda que este asunto ya es tuyo. Yo miro con gran pena la distancia loca de California y preferiría tener una

casa, una sola, o dos, si tú piensas, en la zona del sur este, Florida o Nueva Orleans. Mejor Florida. Si te parece esto bien.

Todo esto lo dejo a tu criterio, pero urges que hagas algo, que resuelvas lo que desees y que te decidas a quedar en California mucho tiempo para poder decidir este asunto tan desgraciado de esas casas huérfanas. Lo que recuerdo ahora bien, bien, es si tú tienes el poder mío o no, y si es válido en su redacción.

Si logras vender una casa siquiera, compraremos en otra zona de tu país, cerca de ti. A nombre de las dos. Algo que te ayude en tu vida material, chiquita que nunca confiesas lo que te falta. Como si aún no creyeses en el Buda, que no es malo, en mí.

Comprendes que debes sacar de nuestra cuenta lo que necesitas y no pasar miserias sin razón. Es preciso resolver y obtener algo definitivo.

Contéstame sobre estas cosas pronto. Un abrazo,

Gabriela

188. GABRIELA MISTRAL

[24 de septiembre de 1952]

Chiquita mía: esta es para confirmarte el encargo que te hago en la carta adjunta.

Creo, chiquita, creo que nosotras dos debemos tener un nidito nuestro en alguna parte. Eso no puede ser todavía lo de Santa Bárbara 1° porque queda muy lejos de tu ciudad y de tu trabajo y 2° porque perderíamos ese arriendo. Por esto y por darte a ti alguna

tranquilidad, yo he decidido mandarte lo que hemos ahorrado ambas en casi su totalidad. Pero voy a hacerte o a repetirte, mis encargos, dear: 1° comprar cerca de tu ciudad, pero no demasiado cerca porque el aire no sería sano; 2° comprar lo suficiente para las dos en habitaciones y con un huertecito pequeño. Muy bien si hallas eso cerca del mar que es mi segundo sueño; 3° puedes hacer una deuda hasta de dos mil dólares pero no más, yo creo poder ahorrar de nuevo, esta vez doscientos cincuenta dólares por mes para pagar esa deuda. Si aceptas lo de esa deuda; lo que te voy a mandar en cuanto Palma se vaya —viene porque G. va a ver a su gente y regresa— va a ser más o menos ocho mil dólares. Pienso que una casita buena de calidad no la podemos hallar por menos diez mil dólares, comprendido el impuesto de compra. Pon en la escritura mis dos nombres y, naturalmente el tuyo, ignoro si se necesita poder mío para la compra. Creo que no. Irá, si lo pides, enseguida.

Hace mucho que yo pienso en esto. No te lo dije porque había poco dinero y por la inseguridad del empleo, ahora me dicen que el Caballo no me echa. Dios lo quiera.

Te encargo poner en esto mucho tino y diligencia. Después de diez u once días ya P. no estará y tú podrás ponerme un cable por cualquier consulta. Y te ruego no soltar el nudo, no andar de aventuras. Y regresar acá, regresar. Yo no puedo todavía irme a tu país.

Al contestarme sobre esto dime solamente, si es que lo aceptas. (¡¡Tú tienes razón en el asunto de los libros!! Si no lo aceptas dirás: No pienso como tú sobre esos libros: enseguida yo te mandaré el cheque.)

«Acepto leer el libro ofrecido.» O bien «no acepto ese libro porque tengo otros del autor».

Aún no llega el permiso del ministerio para que yo vaya a Cuba, pero yo no creo que lo nieguen. Debe ser un retardo. ¡Ay, yo quiero verte, Doris Dana!

Tal vez yo llegase a Nueva York a tiempo de ver esas casitas que tú hayas visto. Pero no retardes en ningún caso la compra si hallas algo bueno. (Por ti, debes comprar cerca de Nueva York.)

El cheque irá en cuanto Palma se vaya a Roma. Eso será en doce días más aproximadamente. Te llegará el cheque allá ocho días o diez más tarde.

No creas que es juego lo que te digo. Lo he pensado muy bien. (Sobra decirte que los arriendos serán tuyos), yo descansaré cuando te sepa en casa tuya y amoblada a tu gusto. Ojalá a mi regreso de Cuba todo esté hecho. Pero, repito, el cheque por la suma dicha irá de aquí en cuanto Palma se vaya. Viene a causa del viaje de Gilda.

Te encargo escribirme más seco y frío... Gilda busca tus cartas... Palma ídem.

El cheque irá certificado y con acuse de recibo.

Un abrazo,

Gabriela

189. Gabriela Mistral

Vida mía, te prevengo aunque tarde que Palma viene aquí a acompañarme por una semana. Se va a Rapallo por esa semana misma.

Y voy a decirte una cosa seria sobre la cual tú me contestarás.

Te ofrezco, chiquita esto; el dinero que tengo —tenemos— ahorrado son ya nueve mil dólares. Eso gana en el banco muy poco. Yo pienso en invertirlo así: tú buscarás lo que a mí me gustaría allá, en los alrededores de Nueva York, un lugar con vegetación. La casita deberá tener un huertecito aunque sea chico y estar bien comunicado con Nueva York, esa casita se compraría a nombre de las dos, pero yo la testaría enseguida, dándote esa mitad mía. El arriendo de eso cuando tú estés conmigo será naturalmente tuyo. Totalmente.

No te extrañe el que yo no te dé eso entero (en la escritura de compra) aunque dicen que Ibáñez ha dicho a una amiga mía de Chile que no me echará y que él no supo la supresión de mi jubilación hace años, yo quiero estar prevenida y en paz.

Procura entenderme bien, querida:

Tú comprarías una casita o un apartamento de diez mil dólares. Más o menos. Podríamos llegar a doce mil haciendo deuda. Pero no sé si son altos los impuestos de compra.

Más lejos no iremos de estas cifras tal vez.

Tú reservarías para ti y tus «chiches» uno o dos cuartos y arrendarías el resto. El arriendo será todo tuyo. En el caso último, yo iría a vivir contigo a la casita o apartamento, prefiero casita. Con el arriendo de Santa Bárbara —después de pintarla— tendríamos la base para vivir, vida mía.

Parece que da cuarenta dólares la casita mía de La Serena. Y aun echada, a mí no pueden negar la jubilación a medio sueldo.

El hombrón pensaría que escapo de él. Tengo años sobrados para jubilar pero a los cónsules nos jubilan dándonos «lo que el ministerio quiere». Puede ser bien o mal. En todo caso no jubilamos con el sueldo entero.

Tú puedes naturalmente arrendar nuestra casa a gente que no la arruine y que tenga recursos estables. Ese dinero del arriendo

tú lo aceptarás para ti mientras vivas conmigo, para tus chiches, tu ropa y tus viajes, y para ahorrar algo.

El cheque irá mejor en cuanto se vaya Palma, recuérdalo. Mientras tanto —desde ahora— tú puedes buscar esa casita. Eso nos dará a ambas una gran paz.

Lo de amoblar la casa vendrá después, yo ahorraré para eso, no habrá dinero enseguida para muebles, sí habrá después de unos seis a siete meses, Doris mía.

No entiendo por qué me escribiste esa carta excesiva de agradecimientos por esa poca cosa que te mandé, antes no podía hacerlo. El proyecto que te digo; sólo hoy, me trabaja desde hace mucho tiempo, vida mía. Pero los indios somos un poco subterráneos; los ingleses lo son también.

Mi proyecto va más lejos, cuando tú arriendes esa casita y tú estés en tu horrible Nueva York, yo te pasaré el arriendo de Santa Bárbara por los meses que dure tu ausencia. ¡Pero, óyelo! Yo no quiero más ausencias. Me moriré cualquier día y quiero tenerte conmigo.

Voy a encargarte unos libros tal vez. Pero, tal vez en francés. Esto no urge. Es por el «Poema de Chile». Tengo los libros de animales en... inglés.

Un abrazo fuerte,

Gabriela

190. Gabriela Mistral

[3 de octubre de 1952]

Querida, yo no te debo ninguna carta, pero tú me debes una cantidad. Yo entiendo que tienes mucho que ver y mucho que

hacer; pero existen las tarjetas postales que dan noticias, y se pueden escribir en cualquier parte. Tú debes darme paz y las noticias dan paz. Gilda se va a Rapallo y viene Palma. Por una semana. Yo necesito saber la fecha aproximada de tu regreso. Si es que tú vuelves, hijita mía. Hay que decirme esto, porque, si no volvieses, yo tengo que dar vueltas y más vueltas a mi cabeza para resolver a quién llamo. Recuerda esto siempre.

El invierno comienza y tú debes darme un cálculo aproximado de lo que necesitas para comprarte ropa y regresar. Recuerda que no retengo nunca las cifras, las cantidades. Y recuerda cada vez que tengas una tentación de comprar algo, que nuestra cuenta está allí mismo, en tu Nueva York y que puedes y debes girar para esos gastos. Yo debo repetirte siempre esto porque parece que no lo supieses. Yo te he dicho que nuestra cuenta de agosto da un buen total. Te hablé también de un proyecto en relación con ese total. ¡Responde! ¡Por favor contesta! ¡No se debe callar con los seres que no tienen a nadie en este mundo!

En mi carta anterior yo te he tratado el asunto de la inversión de los ahorros que tenemos. Porque los intereses que da el banco son mínimos, tú lo sabes. Hoy no tengo tiempo de repetirte lo que te propuse en detalle (comprar algo a nombre de las dos en los alrededores de Nueva York), para que eso te sirva a ti, Palma estará conmigo, repito una semana. Respóndeme de modo que yo sepa tu parecer cuando ella no esté. Le queda una semana. Hoy es tres de octubre. Ella llega mañana. Hazme cualquier indicación, pedido, o idea sobre este asunto. Y dime si has recibido esa carta que era detallada.

Un abrazo tierno de tu viejita que sufre por tu silencio.

Gabriela

191. Gabriela Mistral

[4 de octubre de 1952]

Hijita mía, Doris: escribes muy poco o bien cogen las cartas. Te repito que sigue perdiéndose correspondencia (cartas) y me dejan mal con las gentes.

La Palmilla llega hoy y la compañera se va, pero para volver.

Una vez más te digo que yo necesito saber si vuelves y cuándo.

Estuvo ayer una Sra. —Anita— de California. No recuerdo nada de ella ni aun su apellido. Pero no se lo dije... te conoce a ti, y a Palma. Es muy simpática.

Yo estoy perezosa, escribo poco. Me consuelo leyendo. Sobre animales.

Hice el cuco. No había animales en el Recado de Chile. Esto me ha animado un poco, esto de poner ahí las bestiecitas. Plantas tengo pocas: hay que hacer más.

¿Y tú qué haces, Danita? ¿Sólo coquetear?

La Palmilla está muy afligida porque su hermana regalona está mal, de úlcera. Pobrecita, era una criatura muy alegre antes, cuando yo la conocí.

¿Por qué no has escrito a Palma? Ella está resentida de tu silencio.

El invierno comienza; pero no hace mucho frío. Yo no enciendo la estufa todavía.

Vuelve a traer el periódico noticias un poco de guerra. No me dejes solita si eso viene. Tendremos que salir hacia los pueblecitos interiores.

El correo, te repito, está mal. Por lo mismo escribe más para que alguna me llegue... Cuándo será que esta gente comprenda

que yo no hago política. ¡Ay, los latinos! Cualquier día me vuelvo a California.

No olvidar el encargo que te he hecho de darme precios de apartamentos o mejor de casita mínima y con huerto: pregunta en las agencias. Ignoro si me recibirán en tu país. Yo he escrito bastante sobre la paz. No sé qué zona quede vivible en nuestro continente en caso de guerra. Tal vez el Uruguay.

Dime más o menos, cuándo tú volverás. Para mandarte el pasaje. Por favor cómprate ropa y calzado. Y ropa de buena clase, de invierno, y libros.

Yo no querría irme a Sicilia, en este invierno. Aun cuando me gusta tanto, porque en el nuevo gobierno de Chile yo no tengo amigos, sólo saldré si el frío me maltrata mucho. Pero si tú vienes, te llevaré tal vez a la Sicilia. Es muy dulce y es toda poesía. Yo quiero que tú vuelvas a hacer cuentos y versos.

La gatita está resentida porque tú no vienes a regalonearla.

Un tierno abrazo,

Gabriela (sigue al frente)

[P.S.] Necesito libros sobre plantas, grandes, ilustrados. Ojalá en color. Aunque sean caros. Te mandaré dinero para eso. Hazlo pronto, hijita, yo quiero más las plantas que los animales: yo soy una planta...

Gabriela

192. GABRIELA MISTRAL

[17 de octubre de 1952]

Hijita mía olvidada de los suyos: no acabo de entender por qué razón tú no me has contestado cosas urgentes que te he escrito —mandadas a Nueva York— era un encargo importante y urgente que cumplir en Nueva York. Yo, pienso que tú has estado en Nueva York tiempo de sobra para haberla recibido, no has respondido ni una palabra. Deseando justificarte de esa cosa tan seria para nuestros intereses y tan desoída por ti, yo he hecho hoy la cuenta de los días corridos y no puedo justificarte de ese silencio sobre cosa tan urgente.

Ahora tú estás en California y no puedo saber si realmente, tú estás ocupándote de esas pobres casas o si sólo conversas con tus amigotes.

Lo que iba en esas dos cartas tal vez sea inútil repetírtelo porque ya estás en esa lejanía y además porque tal vez no te ha importado. A mí me importa mucho.

Fui a Roma; estoy muy cansada y anoche no me dormí sino a las cuatro de la mañana, con lo cual estoy muy cansada.

Veo por tu carta que tu hermanita está en California, cosa que yo ignoraba enteramente. ¿Adónde han llegado, pues, estas cartas mías dirigidas a Nueva York? No sé tampoco hasta cuándo quedas tú en California y cuál es ahora o será mañana tu dirección para repetirte ese encargo tan urgente. Mucho antes me dijiste que estabas con tu madrastra cuya dirección yo ignoro. Por lo tanto, no pude escribirte allá. Tampoco con seguridad. Bastantes días después, yo te escribí encargándote bajar, si te era posible, hasta Nueva Orleans, observar el ambiente e informarme. Esto de ir allá era para escoger

lugar donde comprar (tú y yo) una casa modesta con huertecito. Yo he gastado mucho dinero en el mes de septiembre «a lo loco» por no llegar respuesta alguna tuya sobre el asunto del que te hablo, tan importante. Se trata de esto: de evitar que se evaporen nuestros ahorros y de comprar enseguida, algo en uno de los dos puntos propuestos: Nueva Orleans o el estado de Nueva York; el uno muy cálido y el otro muy helado. O se hace eso o estos ahorros se van a disminuir muchísimo. (En una o dos semanas tales ahorros pueden alcanzar la cifra de que yo te hablaba: diez mil dólares.)

No quiero callarte el que ya me canso de esa especie de inconsciencia, con la cual tú miras los asuntos de dinero y el porvenir tuyo y mío. Es mejor que tú me digas de una sola vez: «A mí no me importan nada tus proyectos». Porque sabiendo yo esto te dejaré en paz y haré una de estas dos cosas; o comprar en Suiza o en Provenza o en el lindo Sorrento puesto que la compra en tu país parece que no te importa.

Es una triste cosa, Doris Dana, hablar a través del mar, a una niña que no escucha y que se hace la sorda.

Yo hablo y hasta pienso claro y fuerte; hay que responderme; un sí o un no, en una línea, pero responder Doris Dana. Comprende que a mí me importa mucho no desbaratar ese dinero sino aprovecharlo enseguida.

Ya no soporto la comida de esta casa. Sigo enflaqueciendo, porque nunca he comido peor. Mi proyecto es arrendar lo que compre en el lugar que sea y con ese arriendo costear aquí, o en Francia tal vez —si obtengo traslado— una casita con huerto donde yo sea un poco feliz.

Gran favor de preguntar el nombre del cónsul de Chile en Los Ángeles. Sin dar mi nombre. Por teléfono puedes preguntar.

Tuya Gabriela

193. GABRIELA MISTRAL

Anoche, de vuelta de Roma, te escribí esas páginas. A pesar de que no hallé aquí ni una sola palabrita tuya para mí. ¡Qué fabuloso olvido tienes tú para la gente que dejas detrás! Hijita mía: te encargo mucho, pero mucho el asunto de nuestras casas en tu país. No puedo decirte la razón de este encargo, subrayado pero algo te digo: Ibáñez está en plena gloria y majestad. Sacó una mayoría superlativa y este hecho le da plenos poderes para todo. La casita en tu país de la que te hablo deberá ser para nosotros, para ahorrarnos esos alquileres tremendos de tu país. Y para que yo no viva triste entre cuatro muros y en el destierro, debe darme un poco de verdor de árboles y de calor de flores, de plantitas que plantemos allí las dos, la Deina y la Mistral. Podremos arrendar eso mientras yo pueda o deba estar aquí por voluntad del gobierno mientras yo tenga empleo, mientras quede en el servicio, esa renta puedes cobrarla tú, para ti, entera. Procura dejar muy bien arreglado, muy claro, eso de los arriendos de Santa Bárbara y de Duarte, y si vendieses, procura comprar casa segura en el este y el sur, o sea comprar una casa en tu estado y otra en Nueva Orleans si es posible. Cuando tengamos en tu país tres casas, aunque sean modestas, yo descansaré mi cabeza que suele rodar y rodar en la noche pensando en nuestra situación económica.

Dame tú este alivio. Con esa base más una jubilación voluntaria, no forzada, podemos vivir en los años venideros. Pero no basta, no, lo poco que por hoy tenemos. Retiene este hecho y no lo olvides. Me falta mucho saber si las casas de California se han vuelto a arrendar. Para hacerles arreglos no grandes tenemos el dinero. Pero eso debe ser vigilado por ti. Si tú sigues en California

dime lo que cuestan esos arreglos. Pronto, pronto. La casita próxima, la nuestra, creo que deberá estar en tu estado. No lo olvides y dame noticias sobre este asunto que es vital para las dos. Y si tú has vuelto a comprometer tu vida con alguien dímelo también; sólo la verdad beneficia a los humanos. No regreses, sin haber invertido el dinero que tenemos en una tercera casa en tu estado, para que tú puedas vivir contenta en Nueva Orleans si eso te gusta un poquito pero no si piensas que allí no serás feliz. Te mando el total de nuestra cuenta. No comprendo, creo, el último sueldo; son ocho mil cuatrocientos. Hay que llegar pronto a diez mil; eso me daría tranquilidad. Creo que tú podrías comprar casa por valor de diez mil. Si yo me muero, tú pagarías el resto. Mi viaje a Cuba no es seguro. Si no me dan los pasajes de ida y vuelta, yo no iré, creo. Mi cuerpo anda bastante flaco. Te avisaré por cable si voy. Dame aviso de tu domicilio porque veo que andas un poco errante. Un abrazo.

Tuya Gabriela

-Certifico cada carta tuya.
-Con acuso de recibo.

194. Gabriela Mistral

[21 de octubre de 1952]

Gringa Dana: no sé nada de ti hace muchos días. Temo que el empleado —lo eché— haya tomado tu última carta, de hace muchos días. Yo necesito a lo menos saber de ti. ¿Vas a volver? Ni aun eso yo lo sé. Estoy pensando en que a tu paso por Francia —o por Milán—

pudieses ver un buen auto y telegrafiarme, si te gusta, para que lo compremos. Tu vida aquí —si es que vuelves— sería más suave y más grata. Te escribo con sueño; es tarde. Me consuelo mirando varios libros de animales que me mandó Palma, son preciosos. ¿Cuándo, cuándo, cuándo, cuándo llegas? Nunca más te dejaré partir, sólo al morirme. No falta mucho para esto. Querría que vieses —si tienes ocasión— montón de los pueblecitos o pueblos que hay sobre Niza. Tal vez allí —o en Sicilia— pudiésemos comprar una casita con un huerto. Sicilia me gusta más, pero tal vez no ganes tú nada con vivir allí. Aunque es algo perfecto y dulce. Pero no me contestes sin ver Sicilia. Iremos allá juntas si vuelves pronto. Porque tal vez este invierno me va a hacer mal. Yo quiero ver Sicilia contigo. No olvides esto. Dime cuánto necesitas para volver y para comprarte ropa —ésta para ti—, me gustaría que tú entrases a la lectura de la literatura francesa. Lo que vale de ellos es el idioma. Animalito errante, vente, vente, vente (yo veo que no te hago ninguna falta). Un abrazo,

Gabriela

[P.S.] Favor decirme de urgencia si recibiste el segundo cheque (mil dólares).

195. Gabriela Mistral

[24 de octubre de 1952]

Llega por fin, Doris, una carta tuya; ¡es la segunda en dos meses! O la tercera, gracias.

Necesito repetirte, por si no lees mis cartas —han ido cuatro— que yo te he dado o mandado un cheque de mil dólares y que tú sólo me has acusado recibo de los cuatrocientos de antes. Dime por telegrama (cable) si has recibido esos mil. (Es urgente que me tranquilices respecto de ese asunto.)

Cuestión casas. Acabo de leer tus noticias sobre ellas. Las agradezco mucho, yo soy muy lenta para pensar y decidir las cosas de dinero. Me alarma el que la casa mejor esté vacía hace tanto tiempo. Seguramente Eda Ramelli no ha querido poner los avisos (anuncios) que le pedí. ¡Malas ganas!

No me mandas lo que más necesito; el precio de la compra mía, por cada una de ellas. Cuánto yo pagué.

Sí, es necesario arrendar la casa grande, si yo la vendo ahora, el dinero se me evaporará y perderé esa especie de «seguro de vida» que ella es para mí ahora, cuando yo tengo el peligro de Ibáñez. He recibido noticias no malas sobre él en relación conmigo. Así y todo, temo por la vejez mía y creo que esa casa es mi único seguro de vida. Baja el arriendo.

Vamos a la otra. (Recuerda que ella paga los impuestos de la casa grande.) Puedo, yo carecer de dinero un día para pagar aquellos impuestos de Santa Bárbara. Y no sé si tú estarás entonces sin recursos para pagarlos. Piensa tú esto y dime tus ideas.

Por ahora yo no tengo peligro de Ibáñez; pero temo mucho de los chismes chilenos sobre mí en relación con Ibáñez.

Me gustaría mucho —esto sí— comprar ahora una casa para vivir yo misma a mi gusto, sea en Europa sea en... la Florida. Pero antes de esto, deberé obtener que me nombren cónsul en la Florida. Y he sabido que tal vez existe ya ese consulado allí. Yo te rogué informarte sobre este punto, pero tú has olvidado este dato fundamental.

Tú puedes preguntarlo en cualquier otro Consulado de Chile. Si así fuese, si lo hay, yo pediría irme allá. Tal vez no tengo éxito, pero puedo ensayarlo.

Resumen de todo esto, creo, necesario no vender Santa Bárbara. Pero si ella sigue sin arrendarse, con gran pena, habría que vender. Tomemos un plazo de espera y sigue anunciándola todo el tiempo que tú estés allá. El anuncio debe ser arriendo o venta. Pienso que si tú rebajas ese arriendo de Santa Bárbara, la casa se arrendaría. Ten paciencia. Es de interés tuyo más que mío, no vender sino arrendar Santa Bárbara.

Acepto, con pena el arriendo de ciento cincuenta dólares por Santa Bárbara pero lo acepto, procura por favor, dejarla arrendada a ese precio de ciento cincuenta mensuales. No menos, tal vez tú hallas ese arriendo demasiado bajo; pero, él es aceptable. Con contrato de dos años a lo menos. Si puedes.

Ahora vamos a la pobre Monrovia. Tú, Doris, no valorizas el terreno grande de esa casa ni su cercanía a Los Ángeles. Yo la quiero para vivir algún día en ella. Después de ponerla bonita. O bien, la mejoraré mas tarde y... la haré una casita en estilo de turismo... para mí. ¡Si tengo quién hable inglés a mi lado! Parece que no tendré...

En suma: yo no quiero vender nada, parece...

Para ti, americana, los ciento cincuenta de Santa Bárbara son muy poca cosa, pero para mí, que vivo en Italia esos ciento cincuenta dólares son en liras noventa y seis mil liras y esto significa casi-casi el gasto de nuestra comida en Italia. Piensa en esto, chiquita, realízalo. Y baja ese alquiler algo.

Me falta el dato muy importante de los impuestos, para saber lo que deja, en líquido (total). Santa Bárbara, por año.

Antes de seguir, te digo esto. Tenemos en banco casi diez mil dólares Con este dinero, Doris Dana, podemos comprar aquí una

casa medianita para vivir. Me da horror pagar alquileres. Me falta saber dónde tú querrías comprar esa casita; puede quedar un saldo por pagar, dos mil dólares tal vez. Pagaremos algo cada mes. ¿Prefieres la campiña romana?

Pero yo no quiero comprar yo sola, escoger yo esa casita. Te espero a ti para ello. Será de las dos.

No me ha desalentado tu balance. Pero preciso saber si Duarte está arrendado. Tú no me lo dices. Es un desastre si están las dos casas vacías.

Ahora te propongo esta cuestión: el dinero que estamos ahorrando aquí, aquí, y que va repito en los diez mil dólares. Sería bueno emplearlo en cuál de estas cosas:

a) arreglos de Monrovia que tú calculas en cinco mil dólares. O bien compra de una casa para vivir nosotras en... ¿la Florida o en Europa? (Me da miedo invertir algo substancial en Europa; pero también me da invertirlo todo en Estados Unidos. Temo de la situación especial de la Florida tan expuesta. Pero yo necesito el mar, rabiosamente lo necesito. ¿Hay lugares marítimos menos expuestos y cercanos a Cuba? ¿Tiene Nueva Orleans menos peligros que la Florida? ¡Tú no me informas suficientemente a causa de tus lindas visitas! ¡Y, estos son nuestros intereses fundamentales, Doris!)

No estoy de acuerdo contigo en vender Monrovia, a menos, de que con ese dinero —¡ay, tan poco!— comprásemos algo aquí. Pero Europa está mucho más amenazada que Duarte...

Y, sobre todo, nosotros tenemos hoy en el banco algo alrededor de diez mil dólares. Cuando tengamos doce mil dólares —falta muy poco— compraríamos aquí o allá, si esto te agrada, una buena casita para dos o tres personas en Europa.

Podría llegar eso a diez millones de liras, haciendo una deuda pequeña. La deuda se pagaría casi con los arriendos de esas casas.

Si es que se logra arrendarlas, este es el punto de mi mayor interés. Yo pago rabiando cada mes de arriendo por estos cuatro cuartos, y ahora tengo una gran pena de esas dos casas vacías en California. No quiero venderlas.

Me caigo de sueño; pero quiero agregarte esto aún. Bajar los arriendos; arrendar con publicidad. Lo peor es tener esas casas vacías. No vender perdiendo tanto.

Nosotras —recuérdalo— tenemos con qué vivir a Dios gracias. No hacer locuras a causa de la prisa. Yo estoy muy contenta de ver en el balance del banco alrededor de diez mil dólares.

¿No te alegra eso a ti?

No te precipites, hijita. Dime el dinero que te falta para tus gastos de allá, comida, ropa y zapatos. Yo no puedo calcularlo con exactitud; yo no tengo idea. Recuerda que la cuenta ahora es de las dos y que tú puedes y debes girar, sin necesidad de consultarme. Para eso yo dispuse de ambas. No me des cólera; yo no soy una extraña. Si ahora lo soy, hay que decírmelo. Dímelo en el acto de que mude nuestra situación. Si ya es otra, dímelo.

Recuerda este dato. Nuestra cuenta tenía a fines de septiembre 9.440 dólares. Falta octubre que pronto se acaba.

En tu carta segunda (no he recibido más) hay un tono que me preocupa mucho.

Tuya Gabriela

196. GABRIELA MISTRAL

[29 de octubre de 1952]

Chiquita mía: a veces te vuelves niñita chica. ¿Es qué no sabes tú que yo soy cónsul y no puedo pedir licencias por un año? Lo que puedo tal vez es pedir —más tarde— mi traslado a algún punto de Estados Unidos. Aquí va algo de eso.

Parece que ya tenemos ahorrados diez mil dólares (no tengo a mano la libreta, estoy en Roma). Yo te rogaré que vayas a ver conmigo Florida para ver si allí se puede comprar una casa con un huerto. Si así fuese, yo pediría mi traslado allá. Pero es preciso saber si hay ya un cónsul allí y quién es.

La casa se compraría a nombre de las dos. Así ni yo te dejo venderla y desbaratar el dinero ni tú me dejas que yo haga lo mismo... El arriendo de esa casa, mientras yo siga en Europa será totalmente tuyo. Como la cuenta mía ya te comprende a ti, puedes saber y decirme cuándo habrá dinero para pagar además de esa casita los derechos o impuestos de compra. También necesito saber si la casa bonita —Santa Bárbara— está a nombre tuyo y mío, no lo recuerdo. Como tú te vas a tardar tanto en venir, es preciso que prepares, tú, desde ahora mismo la cuenta del dinero que tenemos y que empieces a buscar en la Florida o en Nueva Orleans la nueva casa nuestra. Podrás arrendarla si quieres tú seguir en Nueva York. Yo te querría en la Florida por tu salud y por el ambiente de poesía que eso tiene y que te hará escribir, contéstame sobre esto. Estoy en Roma y no recuerdo si tenemos los diez mil dólares cabales, completos. (En el banco eso gana una miseria.)

Respecto de la infame Coni, Palma me ha dicho que le contestes tú a la estúpida Eda esto: «que le pregunte a ella (a Palma) la

historia de los robos de Connie. Que ella (Palma) sabrá decírselos y probados». También me da asco la familia Eda Ramelli que hasta defiende a una ladrona, probada. Me dan asco, repito. No sigo el tema porque mi corazón no está bueno hoy, vida mía.

Contéstame estos asuntos de dinero enseguida. Y no olvides que en dos meses más (Doris mía) estaré contigo. Pero yo prefiero que seas tú quien busque esa nueva casa con huerto. Respecto de las reformas que necesita lo de Santa Bárbara que eso espere.

En llegando a Nápoles te mandaré ese poder para quitar a Eda de mis asuntos y mandaré la carta al banco para quedar libre de ella y sus servicios. Pero yo deseo que mi cuenta esté en Nueva York no en California.

Voy a hacerte un encargo, vida: cuando tú necesites dinero, pídemelo a mí y no descompletes la suma a la cual necesitamos llegar en el banco, para comprar algo bueno en Florida precisamos un mínimo de diez mil dólares. Si eso que escojas cuesta más, ese saldo veremos cómo lo cubrimos, o si queda como deuda; que no sea grande esa deuda.

Yo proyecto irme a tu país. Pero óyeme: en el nuevo gobierno tengo dos, dos enemigos. Por lo tanto no (puedo decidir) ni pensar aún en ese traslado que tanto deseo. Estoy pensando en alguien que hable con Ibáñez. Acabo de ver la libreta del banco. Tenemos, con el sueldo de este mes ocho mil ochocientos en total. (Pero yo daré algunas conferencias en Cuba, hijita mía.) Retiene tú la cifra actual ocho mil ochocientos dólares + doscientos dólares del sueldo vecino. Son nueve no diez mil dólares. Nosotras dos somos «mujeres locas» para el dinero. Por esto mismo debemos invertir lo que tenemos en casa sólida como una casa donde vivir juntas si yo logro que me trasladen a la Florida. Y no te desalientes porque faltan mil doscientos dólares para los diez. Y dispone de toda esta

suma de hoy para el caso de que halles una casa de todo tu gusto. Puedes avanzar mientras estás allá. No te callo esto: yo creo y veo que tú no quieres dejar tu país.

Cuidado con el psicoanálisis: ha hecho mal a mucha gente doblándoles la nerviosidad, la neurastenia.

Yo he decidido —por la bellaquería de Borghese—[125] irme de Italia. Pero, oye bien: un traslado no se obtiene pronto. Yo llevo sólo año y medio en Nápoles, y los cónsules duran mucho más en un empleo.

Un abrazo de tu Gabriela

197. GABRIELA MISTRAL

[30 de octubre de 1952]

Hijita mía, me has dado vueltas la cabeza con la historia de las casas. Tú sabes que en números yo soy analfabeta... Mi cabeza ha errado haciendo cuentas. Por fin, llega a esta gran sencillez: hay que pintar la casa fea y eso cuesta cinco mil dólares. Esto se haría para venderla y la venta tal vez da quince mil dólares...

Creo haberte dicho que siempre, siempre, vida mía, yo desbaraté el dinero sacado de una venta. Por esto tengo horror de vender.

Óyeme bien: tenemos aquí, quiero decir en tu banco americano, algo así como nueve mil dólares. Te envié con miedo grande de que se pierda, ese cheque de cinco mil dólares, para reformas y pintura de la casa chica (cinco mil); para ti —pasajes y ropa— (dos mil).

¡Por favor no me devuelvas nada de eso!, no lo hagas, querida. Me dolería mucho.

No pedir más favores a Eda. Si te parece mal lo de los pagos envíalos acá, tan lejos, deja los dos cobros a una agencia. Y anota la fecha de pagar los impuestos. O haz que te manden los arriendos a ti, a Europa o donde estemos. ¡Ay, cuando Santa Bárbara vuelva a arrendarse!

Hallo todo esto confuso. Ordénalo tú, Doris Dana. Mi cabeza hoy no puede más. Estoy en cama por resfrío, no es nada serio pero duelen las sienes y la nuca...

Un abrazo fiel,

Gabriela

[P.S.] Resumen; volver, pero aceptando estos arriendos de Santa Bárbara. No tener la casa vacía.

Esperar que haya arrendatarios. Hacer contrato de arriendo de Santa Bárbara. Ídem de Monrovia. Esto último si es posible. Si no puedes tardar más, deja a una agencia seria los dos cobros de las casas. Respecto de la casa grande, ella es nuestro único seguro de vida. Creo que no debemos venderla. Anúncialas; seguramente la bella Eda Ramelli no las ha anunciado para arrendarlas, anuncia igualmente la otra pobrecita. Anuncia las dos, si yo regreso allá viviré en la fea, por el árbol y por el terreno.

Oye: he roto tres cartas antes de resolverme a esto de no vender ninguna. El dinero es demoniaco y, se escurre por los dedos. Las casas, feas y todo, duran.

Sobre todo en este momento del Caballo y su Ministro de Relaciones Exteriores[126] —ambos totalitarios— y ambos autores de mi

supresión como jubilada hace seis años; en esta hora yo no debo tocar esas casas.

Favor si es posible de que alguien plante algunos árboles frutales en ambas casas. Un jardinero.

198. GABRIELA MISTRAL

[1 de noviembre de 1952]

Chiquita tan querida:

No sé si tú estás todavía en California. Te ruego anotar con lápiz todo lo malo que tú has visto en esas casas. Para que yo lo lea y vea.

Óyeme: yo no puedo hacer enseguida todas esas reformas que necesitan esas casas. Más tarde sí. Óyeme con paciencia y procura «realizarlas» antes de sorprenderte o de enojarte.

Es mi deseo ver Cuba por todos lados y quedar allí un mes por cuenta mía, nuestra. Esto después de las fiestas de Martí.

Si vemos —las dos— a la gente buena que yo creo que habita esa isla, yo me atreveré a pedir mi traslado allá. (Ay, los dos, el Presidente y el ministro actual de Relaciones Exteriores son los mismos que antes me echaron del Servicio 1.) Si me conceden el traslado —y ante todo—, si a ti te gusta ese traslado, entonces tú quedarás juntito a tu país y contenta.

Sólo ahorita me dice Gilda que te he escrito... ayer. Ya no lo recordaba.

Cuando veas a un buen médico pregúntale como si fuese cosa tuya qué tratamiento dan para la memoria. Mejor es que le paguen aparte esta consulta y que me escribas enseguida la respuesta.

Vagamente recuerdo esto: que yo, en la noche de la muerte de Yin perdí la memoria de golpe. No ha sido esto, pues, el proceso común de la vejez, ni la fatiga mental tal vez porque no la tengo. En relación con mi edad mi cabeza no está mala, fatigada sí. (Yo escribo como antes.)

Si te recetan remedios, para mí, cómpramelos, hijita. Y dime enseguida si tú usas o no nuestra cuenta común, si te pagan los cheques que has o no firmado. Es para no enviártelos yo, pues no creo en este correo.

Ya te lo dije, niña mia, procuraré saber en la Florida el valor de una casita con huerta, más huerta que casa. No resuelvas nada en definitiva. Porque veremos también lo de Cuba y haremos la comparación. Es conveniente esto ya que tenemos poco dinero, yo llegaré allí sólo con algo alrededor de nueve mil dólares. Podremos ponerlo todo en una casa así. Pero antes de comprar, antes, debemos observar ese curioso, país mitad negro. Pero los negros no mandan. Ignoro si me querrán dar el traslado, si me aceptarán eso, dudo mucho sobre todo del ministro fascista. Lo peor que podría ocurrirme es esto de dos fascistas como jefes (Tomic me aconseja jubilar, le he dicho que veo que mi ley es «per vita». Veremos lo que me contesta. Si me hacen jubilar, entonces cogeré cualquier trabajo pequeño en Cuba o en la Florida. Deseo mucho ver bien la Florida.)

Si falta, hacer una deuda pequeña.

Por el clima cálido. Ya llegó el invierno aquí y con el sol frío se van mis fuerzas.

Hoy es primero de noviembre; he rezado largo por mis muertos. Y esto me deprime siempre.

Cojo tu carta de nuevo para ver lo que debo contestarte.

Me parece peligroso vender las dos casas. Podemos malgastar ese dinero. (Dime el valor más o menos de una casa con huerto en la Florida, repito.)

No mandarme la Enciclopedia ni los demás libros hasta que yo tenga respuesta firme del ministerio.

No mandes las vicuñas (se escribe así; es el nombre de los animales preciosos de Perú y Bolivia).

No querría vivir en Nueva York. En Florida, sí; Nueva Orleans por la cercanía a mis gentes. Es malo no oír su lengua. Y malo para mí, llegar a Nueva York. La ciudad imposible para mí. Ciento cincuenta dólares de Santa Bárbara son una cosa desdeñable, querida. Con eso comen dos personas casi. No las vendas.

Dime lo que gastes por mis diligencias te lo mandaré enseguida. Dímelo. Todo dinero que yo no invierto en casas, todo él se me va, lo gasto a lo loca. Y, te repito, yo tengo ahora dos enemigos en el gobierno: el Presidente y el Ministro de Relaciones. Esto es cosa seria.

Si nosotras compramos una casita —no antes de dos meses— vendiendo la fea de Duarte o comprándola con algo «por pagar» tal vez podremos vivir con mi jubilación, pero tal vez me dan muy poco esos pícaros, aunque tengo cuarenta y tantos años de servicio. Pueden ellos hacer lo que quieran con las jubilaciones, por ahora.

Por cualquier asunto urgente o serio te pondré cable. Tú haz lo mismo conmigo.

Te echo mucho de menos Doris Dana, es decir, te extraño, mucho, me haces una falta enorme en el alma. Son dos golpes muy fuertes: el perderte y el tener semejante gobierno. Pero yo no quiero que tú trabajes. Sólo después de verte muy gorda. Así flaquita, no, no.

Te dejo para contestar una curiosa carta de Tomic en la cual me aconseja jubilar. Este hombre sabe cosas y no me las dice claras. Te diré lo que responde a las preguntas que le hago ahora.

Un abrazo fiel de tu hijita que te piensa a cada rato. Ay, que yo te vuelva a ver.

Gabriela

[P.S.] Sí, que yo te vea de nuevo y para no perderte más. Gabriela.

(Pongo el sobre de mi mano.)

199. GABRIELA MISTRAL

[3 de noviembre de 1952]

Para Doris:

Querida mía, tu carta sobre Eda Ramelli me deja perpleja. No sólo por su enojo sino por aquello de la deuda por mi casa. Doris: me veo sentada en ese banco el día de firmar y de pagar esa casa de Santa Bárbara. La otra, comprada antes yo la viví poco tiempo. Nunca parece que yo haya sabido y dádome cuota para abonar a esa deuda.

Lo fatal es que tú no puedes saber esa historia completa. Mañana voy a Roma y Palma me alumbrará algo. Ella, Palma, recuerdo que ha pagado por mí un «abono» por esa casa de Santa Bárbara. Parece que es el abono final. ¿Y qué deuda hay aún? En otra carta tú me has dicho que son sesenta dólares.

Tú conoces mi mala memoria. Retiene esto: que la indecente se puso de copropietaria y que Palma pagó por mí la parte de ella. ¿Qué es lo que cobra el banco? Mañana Palma añadirá a esta carta

su información fiel y clara. Tú vas a leer a Eda Ramelli las páginas adjuntas dirigidas a ti, a fin de que algo entienda. Aunque sé que la indecente se ganó a ella y a la familia entera. Cuida bien de darle a leer esas páginas adjuntas. No olvides que Palma debió pagar a la indecente para dejarme libre de eso. Temo que lo que cobran ahora signifique otra trampa suya. Palma mañana, te va a añadir a ésta las informaciones suyas.

Mi memoria ignora totalmente, después del pago que hizo Palma a la fangosa, que haya aún saldo de dinero que pagarle. Por favor procura ver claro en esto. Se le dieron creo recordar quince mil dólares. ¿Es que hay que darle más? «Ça me surpasse.» Ay, horror es una mujer mala. Siguen las páginas que tú vas a dar a leer a Eda. [Al parecer puede que falten estas páginas.]

Querida: te mando el oficio del convite para Cuba. (Cada vez que realizo el hecho de que tú estás a mil leguas de distancia, cada vez yo tengo una especie de desvanecimiento y una punzada en este mi pobre corazón herido.)

Hoy he pensado que no es bueno navegar sola en viaje tan largo y he invitado a Gilda para que me acompañe. Observa tú que los cubanos han pensado hasta en esto. Ese oficio es muy fino.

Sabrá decirte que, si tú quieres ir a La Habana todos tus gastos serán míos. Yo creo que eso no te interesa. En todo caso, yo voy a calcular varios días más para ti en Nueva York. Pero si tú estás entonces en otra parte (lugar) y no tienes tiempo para mí, dímelo con toda franqueza. En tal caso, de regreso de Cuba, estaría contigo.

El ministerio ha contestado con mucha sequedad mi pedido de licencia. Me han dado sólo un mes. Esto comprende, dear, dos navegaciones largas y yo pienso aún recorrer las provincias cubanas que no conozco. Y pretendo pasar de vuelta a Nueva York otros días contigo si es posible eso. Yo me doy cuenta de que tú no

quieres regresar pronto a Europa. Dime lo que piensas respecto de esto. No lo olvides.

Yo no querría, dear, regresar a Italia. He sabido cosas que no me gustan sobre ciertos patrones locales. Hasta pienso quedarme con ustedes en tu país, en Florida por ejemplo. Pero el tono del ministerio no me alienta tal vez a hacer eso, y, además, yo he escrito lo de la «Palabra Maldita», la Paz y eso, puede recordarlo tu ministerio.

No me trago ninguna ilusión sobre tu regreso conmigo, aunque lo deseo tanto, Doris, niña querida. Volver aquí no me da ninguna alegría. Y con razón: yo, ignoraba que dependo de altos personajes fascistas y demás monarquías. Además hubo eso del señorito Borghese, en «Roma», diario local y, fascista. Pero a la vez tiemblo de quedarme en países criollos que sean xenófobos. Ayúdame tú a pensar. Por favor. Si es que este asunto mío te interesa.

Mi salud no es mala, espero que ese viaje me evite lo peor del invierno europeo.

Ignoro aún si recibiste mi segundo cheque de mil dólares. Esto que me inquieta. Ponme dos palabras, chiquita. Tal vez tú andas viajando todavía. Respóndeme pronto sobre este asunto.

Creo que a ti no te interesa la Cuba, repito. Pero si quisieras ver esa isla bonita, sabes bien que puedes ir con nosotras.

Voy a Roma. Por visita al embajador y por cita con el cónsul general. Vuelvo pronto.

Si tardo en volver a escribirte será que estoy haciendo, además del discurso de Martí, esas conferencias que me dicen que debo dar en la isla. Quiero verla ahora entera. Si el calor lo permite. Pero estamos y estaremos allí en invierno.

Yo sigo con el «Poema de Chile». Debo acabarlo antes de irme. Y debo hacer hasta los animales, dear. (Lo acabé ya, pero faltan las correcciones.)

¿Cuándo me enseñarás inglés? Dime: ¿tú quieres casarte allá? Algo de eso sospecho...

Un abrazo para tu hermanita; otros muchos para ti.

Gabriela

P.S. Pondré esta carta mañana en Roma.

200. GABRIELA MISTRAL

[7] de noviembre de 1952

Hoy. Vengo a refugiarme en ti. Doris Dana después de unas horas de depresión grande. Sin causa, mejor dicho, con causa que se renueva, que vuelve, que oprime sin mano hasta que se vuelve unas veces sangre, otras pus.

Es una tristeza sin medida que va volviéndose más densa que la crisis anterior y que mañana o pasado será más dañina que la de hoy.

Pienso que nunca debí dejar el trópico aunque me dañe el hígado. Pero me daba alegría el trópico de esa pobre Veracruz, a pesar de aquellas infamias, casi todas de la meseta, me hacía bien. Pero no por ella sola sino por otra.

Lo de hoy no sabré contártelo. Estaba ojeando cuadernos; luego empecé a escribir y aquella cosa rara subió más. Mi cabeza era como de otra persona. Se me iba el pensamiento, dear.

¡No hay carta tuya hace días! Estarás feliz de que tienes más de mes y medio liberada de mí. Parece que la criatura americana

nunca se da, sólo se presta por un tiempo. Es eso «práctico» y tal vez saludable. Pero yo y mis gentes no podemos ser eso ni aun deseándolo, Doris Dana. Y este es el nudo de nuestra tragedia.

Dime lo qué necesitas de dinero para tu ropa de verano o para tus libros o para tus paseos.

¿Cómo es la casa de tu madrastra en el campo? Dime esto.

Un abrazo,

Gabriela

P.S. Sigue esta cosa rara que no recuerdo haber traído antes. Repito que tal vez he abusado de mi cabeza en estos días.

Se me ocurrió la cosa tonta de hacer ese Poema con una sola rima: a-a, ahora la cambiaré. Creo que del «Poema de Chile» me falta poco: un tercio tal vez. Pero voy a descansarme. No puedo tal vez porque caigo en la obsesión de todo este tiempo. Parece dueña de mí y sólo pasa durmiéndome. Pero, me cuesta mucho caer en el sueño.

No hay carta tuya hace muchos días. ¿Andas en eso de las casas? ¿Has hallado algo? Ya te he pedido que me cuentes aspecto y precios de casa pequeña con huerto grande, no adentro de ciudad bulliciosa pero tampoco muy distante de ella.

Me darás mi gran alivio si hallas algo así, creo que podemos dejar un saldo de su precio y pagar este poco a poco.

Hace frío, frío y la calefacción mínima sólo alcanza a calentar dos metros.

Favor de escribir aunque no tengas nada importante. Es lo único que necesito para tener alguna paz. Mi peligro es el desvarío febril y el viejo pesimismo sombrío de mi juventud.

Gabriela

201. GABRIELA MISTRAL

[11 de noviembre de 1952]

¡Dana! Yo no recuerdo haberte exigido que tú quedes prisionera hasta vender esas casas. No Danita. Eres tú quien aconseja vender.

Estás ahí ahora sacrificada por esta venta, lo cual me da mucha pena. Pero no veo salida: esa famosa Eda Ramelli no hay que tocarla para nada y la loquita Anita durará en España.

Dime tú qué vas a hacer en este caso sin salida.

Yo te repito, de que yo te daré para tus gastos de California. Por eso no temas. Y ten paciencia. En todas partes cuesta mucho vender casas, hijita mía.

Le escribo en carrera; hace un horrible frío. (Mañana si no llueve iré al notario.) Húmedo me metí a la cama porque la calefacción sólo calienta mi cuarto.

¿Por qué te vino este apuro de vender todo allá y venderlo enseguida? Vas a tener que esclavizarte mucho tiempo para lograr siquiera la venta de una casa.

Yo siempre pensé en esas casas bajo este plan: vivir en la peor y arrendar la mejor, en el caso de que yo tenga una sorpresa con mi gobierno. El asunto es que tú eres del este y no quieres seguir más en el oeste. Habérmelo dicho, chiquita mía. Ten cuidado con desesperar y vender a precio desesperado. Tenemos, gracias a Dios para comer y vivir.

Tu Gabriela

[P.S.] Me preocupa, tu apuro, hijita.

[Al reverso continúa otra carta.]

202. GABRIELA MISTRAL

Hijita querida: no quiero tratarte hoy de ese estúpido y curioso asunto de Eda Ramelli más Coni indecente. Lo haré mañana. Acabo de escribir un asunto pedido por [Coselschi] y me he cansado. Yo te pido a ti cartas más frecuentes, necesito un poco de confortación. El doble regreso de aquel señor más su Ministro de Relaciones me han dado una gran depresión. Tal vez el tiempo oscuro y de lluvia me influye más.

Te repito que el furor —Ramelli y familia— viene de su «sueño» de llevarme a vivir con su gentío. Les fracasó cuando tú llegaste y entraste en mi vida. Yo era una especie de niño huérfano hasta entonces. ¡Yo celebro mucho, mucho, tu gran fineza para tratar a ellas! Me dan miedo.

Veo con asombro que hay cartas mías que no te llegan.

Preocupa ver que aumenta la probabilidad de una guerra. En tal caso, vida, tan peligrosa será Italia como tu Nueva York y tu California, tendremos que ir a algún país hispanoamericano, sólo los nórdicos, no pelearán, pero en mí es fatal ahora ese clima. No te preocupes mucho: hoy Cuba, Venezuela (con dictadura) y Costa Rica, bastante civilizado.

Me ha quedado esta inquietud. ¿Recibiste el cheque de mil dólares? Fue después del cheque de cuatrocientos. Contéstame sobre esto. Y pronto.

La otra causa de mi depresión es imaginar un regreso mío a Chile. El reglamento manda regresar si se está en país con guerra, sólo dejan a los cónsules que deben ayudar a las colonias chilenas que viven en París, Londres, etc.

Creo que para el ministro debe ser más grato no verme que verme, y esto me da la esperanza de que no me muevan ni me llamen. Este pensamiento me da tranquilidad. Pero no absoluta, porque son tal los adversarios; el Presidente Torreblanca —el que me quiso y acabó odiándome— y Rossetti. Hay por primera vez una mujer ministra de Educación. Ojalá se olviden de mí y me dejen en paz. Pero yo te prometo, para más tarde que si tú te desesperas de vivir aquí conmigo, pediré un traslado que aplaque a mis chilenos. Sería a Tacna, que es peruana y está a media hora de Chile. Es frontera...

Vuelvo atrás. Yo te pedí contestarme sobre el asunto del cheque de mil por cable. No ha venido respuesta.

Me duele mucho vivir sin ti me duele cada día, me parece una estupidez me subleva.

Gabriela

203. Doris Dana

Noviembre 26, 1952

GABIELA MISTRAL
VIA TASSO 220
NAPLES (ITALY)

CUENTA CONMIGO SIEMPRE QUERIDA PERO RUÉGOTE NO PIDAS PUESTO DEFINITIVO HASTA QUE PODAMOS DISCUTIRLO EN DETALLE AQUÍ RECIBIRETE PERSONALMENTE SATURNIA DÍA LLEGUES REMÍTEME

GATITA AHORA PREFERENTEMENTE POR AVIÓN RECIBIRELA EN AEROPUERTO ABRAZOS DORIS

204. Gabriela Mistral

[28 de noviembre de 1952]

Tan querida Doris: gracias por tus noticias. Las de ti misma son las que yo más necesito. Hace aquí un calor fenomenal, chiquita. Me temo que durará un mes cuando menos. Si yo te escribo poco no te alarmes: será esa fatiga que me da el calor extremoso.

No ha vuelto lo de ese golpe loco al cerebro. También esto pudo ser consecuencia del calorazo. Sí, voy a procurar acordarme de esa medicina; pero la arterioesclerosis no produce eso, chiquita mía.

Quiero saber si tú vas a quedar dos o tres días en Suiza. En tal caso, yo te rogaría de ver un doctor suizo especializado. Son muy buenos; tú obtendrías tal vez una buena receta amplia, con sólo decirle mi edad —sesenta y tres años—, mi naturaleza congestiva por la mala circulación de la sangre, el trabajo intelectual y lo del corazón, el ataque cardiaco de Xalapa (suelo creer, hijita, que eso lo hizo la buena, la perfecta Coni. Hay quienes la creen eso gracias a su hipocresía).

He estado tomando la medicina antiesclerótica sólo una vez al día. Me portaré bien desde ahora; te lo prometo.

Me gusta saberte contenta de la Bienal y saber que la gente se da cuenta del valor de Marina. Pero ¡ay! esta gente defiende creo, todos los premios para ellos. Es pena.

Espero que has recibido la carta en que te digo que hay aquí mismo una agregada cultural, americana, lo cual dice que hay varias en Italia. Te dije que ella vino a visitarme. Yo voy a eso a ver la biblioteca que ella atiende aquí (americana). No olvides este dato. Yo voy a preguntar cuántas son ellas en Italia. Para ti, para noticiarte. Ahora me parece mucho más factible que tú tengas empleo en eso, tal vez tú pudieses decir a tu ministerio esto: que tú y yo hacemos en común unos artículos sobre asuntos culturales de Estados Unidos. Los haremos, si tú quieres, yo puedo hasta... firmarlos, si eso quieres. Medita esto y no te enojes. Creo que —pagando...— tú, puedes publicar en Roma algunos artículos de propaganda cultural americana. Los gobiernos estiman mucho esa propaganda. Con un empleo, tú podrías dar conferencias para los cursos de inglés en algunas universidades italianas, tratando todo esto que [Coselschi]. Ten fe querida mía. Yo soy perezosa, pero cuando me muevo, me muevo...

Soy yo, Doris Dana quien te debe mucho, una enormidad, tú no. Y eres tú quien debe moverme, decirme lo que haya que hacer por ti.

Oye Doris: la gatita anda tristísima. ¡Qué barbaridad! ¡Tú coges hasta a los gatos! Yo la tomo y le hago cariños. La saco al jardín, por el calor y la cuido. (Hubo una mujer lo más estúpida que puedas imaginar. La eché. Vino a ofrecerse otra, parecía muy decente; se comprometió, pero no ha vuelto... así son. Volveré a reclamar a la agencia.)

Avísame de cuándo llegas a Inglaterra para mandarte allí dinero, creo que tendrás en Londres más tentaciones, incluso de ropa. Pero no olvides que tú puedes girar a nuestra cuenta común, Dorisín y hazlo: no sufras de escasez. Yo no quiero que te apenes por no comprar lo que te gusta. No lo quiero, no. Ay, Doris Dana, acuérdate, acuérdate, acuérdate de todo y vuelve, vuelve, vuelve.

Tuya Gabriela

205. Gabriela Mistral

[1952]

Para Palma y Doris:

Esta carta va así por no cansarme: he leído tipo pequeño y se cansaron los ojos.

Yo quiero rogarles a Uds. dos que si desean saber de mí no sean alharaquientas, asunteras, exaltadas. Porque nada, pero nada se obtiene con la alarma sino hacerse y hacer daño.

Como todo se me olvida, quiero contarles algo de hoy como quien anota lo que no se debe borrar.

Hoy, a la hora del té, salí de mi cuarto al patio, donde estaba la patrona. Y de golpe me sentí como con la cabeza mudada, es decir, con una confusión grande en mi pobre cabeza, como quien saliese de una llanura callada y rasa y cayese al centro de un carrousel. Aquello no era un pensar y menos hablar disparates sino el «irse la cabeza» como si fuese la de un enfermo hambreado de meses y débil como una guagua. La sensación era la de una cabeza enteramente vacía y que cayese como una piedra no sé de dónde ni adónde. No era un caer, era como venir de muy lejos: no era tampoco mareo, pero se parecía a eso o a una borrachera como cuando bebe licor un niño de cinco años... Estaba afuera la Sra. Noda[127] y se puso a conversarme. Eso me ayudó mucho; de golpe aquello paró y yo conversé y seguí con ella una o una hora y media, sin decirle cosa alguna naturalmente. Mi cabeza no valía nada, pero conversé de cualquier cosa. (El bello Alone salió de su cuarto hacia la calle. No lo había yo visto hasta esa hora. Se iba, corriendo, a Sicilia. No lo paré, claro.) No hay nada más alzado, más engreído y más sordo que un chileno presumido. Conserva

el cuarto aquí y no dice si vuelve y el cuarto sigue reservado y de cuenta mía...

Han pasado tres horas. Como Uds. ven, tengo mi cabeza buena para pensar. Eso habrá durado la mitad del día. Son las siete y media. Nosotros llamamos esto «la cabeza dada vuelta». Se parece a una borrachera pero mejor al mareo en un bus, que corre muy, muy rápido, y a lo que decimos «la cabeza dada vuelta» también al mareo, pero no es esto propiamente. No les escondo el que me ha dado miedo.

No he leído mucho hoy: el diario —nada alarmante—. Sólo he escrito una carta vulgar a Eda Ramelli y antes otra a la buena Ester de Cáceres. Yo tengo cierto dominio sobre mí. El trecho que anduve fue muy corto, de la cama afuera. (Yo había hecho siesta.) Anduve, pues, unos doce pasos. Aquello me pareció que duraría y me dio miedo. No duré mucho, no una hora fuerte, otra ya débil, menos. Pero lo escribo para no olvidarlo. (Yo he comido bien; eso no era flaqueza de mal comer.)

Tomé té con la Sra. y me puse a escribir a las Péndola. Les dije de no venir y no les conté lo del mareo. (No fue esto mareo, porque no hubo nada al estómago.)

Me daría mucha cólera si Doris supiese esto y se quedase por mí. No hay derecho, Palma, a obligarla a más. Ella debe ir a su país por asuntos económicos que son vitales para ella.

Voy a pensar en cómo me desprendo de Hernán [Díaz Arrieta: Alone] para traer a alguien y no pagar dos pensiones más fuera de la mía.

Pero voy a decirle a la patrona que si algo pasa llame a ti enseguida. Tal vez no viene eso de nuevo. Pudiese ser circulatorio pues ahora, mientras escribo, hay en el brazo una especie de «picaditas» de la circulación.

Supongo que Doris sigue en Venecia. Hoy hubo carta de Marina. No me habla del viaje de ella.

Te añado que no fue eso cansancio cerebral.

Yo he tenido otro u otros desmayos parecidos, pero esto no era desmayo.

Mañana pensaré lo que hago para sacudirme a Alone y llamar, si lo consigo, sacudir a Gilda [Péndola]. El único antecedente de esta cosa tal vez sea, Palmilla, el olvido, la desmemoria casi absoluta en la cual vivo callándolo a todos. Mándame copia del tratamiento que a ti te hicieron. Pero copia cabal.

✠

206. GABRIELA MISTRAL

Un día después:

Leo lo anterior y veo que no te dije esto: que no hubo razón alguna de cólera ni de amargura para lo que ocurrió. Y a nadie lo dije porque los cónsules no podemos tampoco tener cabeza mala.

Hoy he puesto un telegrama a Gilda. No debo seguir sola después de eso que ni sé nombrar. Ayer pensaba otra cosa.

✠

207. GABRIELA MISTRAL

Sábado

Mi cabeza me paró. Salí con la secretaria y he caminado bastante. Estoy normal, pero me he acostado porque me cansé de andar.

Almorcé en el centro. Procuré ayudarme, mirando cosas y alegrándome. No me dio tristeza aquel «fenómeno», cuidado eso sí. Pero oye: pasadas cuarenta y ocho horas yo he olvidado el hecho y si no cojo esta carta y la leo, Palmita, yo no sabría nada de lo ocurrido ayer. ¡Qué barbaridad!

Llegó hoy un correo denso: Unesco, Sociedad Europea por la Cultura (cosa de Roma), cartas de Chile, de gente que no conozco, recortes de Chile sobre las postrimerías del P. N. a quien Dios castigue, el Dios de la justicia que era el hebreo. Porque en mi alma y mi cerebro hay mucho daño de él, de cuando (antes del Premio Nobel) me trataba como a un indeseable. Está atollado y acosado como un animal al cual todos patean, porque está sarnoso... Y así y todo, sigue fabricando la presidencia para su secretario, un don nadie. Pero, como ya no le temen, le está cayendo encima una catarata de cargos, una ancha campaña de cargos y de desprecio y de cólera también: «Siéntate a la puerta de tu casa. Verás pasar a tu enemigo muerto». Me acuerdo de Yin. «Te desprecia, ni siquiera te odia. No me compres ropa; vístete tú. Te trata como a criada por lo mal que te vistes». Así me dijo el chiquito cuando supo que me gritó en la calle, bajando la escalera de una iglesia. Sí, va pasando mi enemigo muerto y Yin no lo ve. Es pena.

Mi cabeza se ha vuelto mejor, no está como ayer, pero me rinde leer tanta carta y de gentes tan diversas. Acabo de tomar un vasito de cognac. El corazón se ha confortado un poco, con tomarlo.

Pobrecita Doris; no me despedí de ella ni le di las gracias. Es más limpia, noble y caritativa que todos mis cursis chilenos que pasan a decenas por aquí. Ojalá la manden a Europa; ella ha probado la mielecita escondida del Mediterráneo.

No quiero cansarme. Mándale esta carta entera a ella. Me gustaría saber si lo que tuve es un golpe de fatiga cerebral. Pudiese

ser pero sólo leo y escribo cartas. No he trabajado en el «Poema de Chile» en estos precisos días de mi fatiga. Ven chiquita cuando puedas.

Un abrazo, Gabriela

208. GABRIELA MISTRAL

[Diciembre de 1952]

Tan querida Doris: te escribo después de días duros de gentío, de viaje, de gran cansancio físico. Perdona mis silencios. Ellos no son en mí de olvido sino de fatiga. ¡Yo no te olvido nunca, nunca Dana!

Y te anuncio que saldremos de aquí —Dios mediante— el 4 de febrero o el 5. Llegaremos a Miami el día 5 o 6 tal vez. Irá cable sobre esto. ¡Ay, no nos abandones! ¿Qué haríamos nosotras solitas y mudas en una estación de tu terrible país complejo? Yo voy a tu país por ti, por ti. No nos falles. Toda nuestra vida de allá está en tus manos, Doris Dana. ¡Hincadita te lo pedimos!

Me caigo de sueño. He pasado estos días llena de gente. Mañana doy aquí una conferencia. Repito que irá cable. Si no llegas a tiempo te esperaremos en el Hotel Colonial de Miami.

Ahora me da miedo mi futura vida sin el idioma. Y... estoy dispuesta a comprar mil discos para aprenderlo. Pero discos para guaguas, o sea para niños de tres, a cuatro años... ¡Ay de mí, conversadora! ¡Ay, ay, ay!

La gente aquí ha sido muy buena para nosotras.

Me aflige el no saber de ti, Danita, niña de todos, dada a todos.

¿Dónde yo veré asomar tu cabecita dorada?

Esto me preocupa mucho. ¡Ay, no me falles!

¿Sabes o no si tu gente me dará el exequatur?

Que yo vuelva a verte y que no me dejes delirando de miedo ni de soledad en tu patria.

Tu

Gabriela

209. GABRIELA MISTRAL

[1 de diciembre de 1952]

Querida mía, por fin procuraré contestarte con tu carta delante y punto por punto...

1° Yo no puedo ser feliz sin ti.

2° Creo que tu viaje debes aprovecharlo sobre todo para dejar arreglados tus asuntos económicos. (Esto por ti, no por mí.)

3° Sé que la casa de Duarte se compró en doce mil o quince mil, a causa de los ladinos que hicieron todo: americanos-mexicanos...

4° Vender Santa Bárbara, si no se arrienda. Yo, después de salir de ciertos gastos, iría a reformar y aumentar lo de Duarte.

Pero oye: yo creo que tú prefieres lo contrario o sea vender Duarte. Haz lo que tú pienses; lo que sea más vendible. Yo ignoro enteramente los medios americanos y su sentido de la habitación. No son los míos. La casa vieja es para mí el cerco de encinas y el arbolote...

Te ruego decirme algo sobre esto: tú, alguna vez, ¿aceptarás vivir en Duarte? Porque a mí eso me gusta como base. Por la extensión

del huerto. Hay que plantar + árboles allí. Eso de los negros es cosa muy mala; pero nosotros podríamos vivir allí, después de hacer mejoras de seis mil. Todo esto es para más tarde. Tú tendrías cerca el horrible Los Ángeles. (¡Pobre de mí! Tal vez tú no consultas tu porvenir conmigo.) Me fui de esa casa entre otras cosas por esto: las lechuzas de mal agüero. No te fíes mucho de lo que pienso hoy, porque si me vuelve a coger el trópico, unificaré todo allí, tal vez con aplauso tuyo. No se deben tener lejos las propiedades. (Pero tú tendrás, en todo caso, algo tuyo —la vivienda, la casa—, en donde la quieras. ¡Ay, la terrible Nueva York!)

Acaba de irse un chileno que me ha servido mucho, pero mucho, para ordenar mi cabeza respecto de lo que tengo en Chile y también de unos dineros que tengo en la Argentina. A ver si logro cuajar sus consejos en actos. Podría yo subir mis pobres dineros de hoy para comprar aquella casa con huerto tal vez en Miami o Nueva Orleans. Creo que de todos modos algo en zona de calor, vivible, donde yo no me hiele como estoy helándome aquí. Como falta un mes para mi viaje, dear, hay un tiempo para que tú y yo reflexionemos. Pero no olvides tú que yo vivo helándome, a causa de mi pésima circulación de sangre. Yo espero irme con tiempo para pasar contigo tres días. Y tal vez quieras ir a Cuba, donde podríamos ver juntas la tierra tropical. Ahora, ahora, querida, yo no tengo a nadie, pero a nadie a quien conozca en el ministerio. Esto es serio.

De acuerdo contigo sobre lo de vender Duarte aunque... tenga que pagar los impuestos de Santa Bárbara. Con la venta de Duarte más lo que tenemos ahora, habría para comprar algo, hijita, con huerto no chico. Mi delirio con la tierra, Dana, hace que yo haya pensado hasta en Arica —primera ciudad de Chile— y en ser cónsul en Tacna, Perú. Tú puedes ir conmigo a Cuba y ver si eso te gusta; es muy hermosa como tierra tropical. Y la gente es fácil, es

el reverso de México. Y eso está muy cerca de tu país, el cual tiene a Cuba casi olvidada por entero.

Lo de los cuatrocientos dólares parece que son los que te di aquí para medicinas y médico. Tal vez están en la chequera anotados. Sí, recuerda tú; yo olvido muchas cosas. Tenme paciencia.

Dudo bastante de que tú te vayas conmigo al punto a donde me trasladen. Dudo mucho, digo. Yo he observado que a ti no te gusta mi gente criolla y por eso mandé esa lista, de puntos los más diversos del mundo al ministerio. Y escribí todo eso sin recordar ¡ay! que no tengo sino enemigos en el nuevo régimen. Nadie de esa gente, excepto el mal hombre Torreblanca, me conoce. Ni sé nada de ellos. Son una especie de anónimos que han subido a... ministros. Deseo con ansiedad saber qué hará Chile —el nuevo gobierno— sin los préstamos de tu país y habiendo atacado Ibáñez tan duramente a EE.UU., a toda boca. Rectificó después pero ¿quién le va a creer? Tú no lees diarios y no has leído ese discurso de él por el cual tuvo que desdecirse al día siguiente... Espero decirte en la próxima carta lo que me contesta el ministro nuevo de Relaciones Exteriores sobre mi lista. Parece estar cordial para mí.

Hoy he tenido a un periodista sueco y al músico nuestro que me ha dado tantos datos de Chile.

[Carta inconclusa.]

210. Gabriela Mistral

Chiquita Doris: escribes muy poco: debes acompañarme desde allá. Falta mucho todavía para que yo te vuelva a ver, mía. Y yo sé con quienes andas y que haces.

Por si no recibes mi carta anterior, te digo esto: ¿querrás tú regresar con nosotras? ¿Cuánto tiempo más yo estaré sin ti? Me hace tanta falta tu compañía, tan delicada que a veces ni se siente. ¡Como la compañía de los Ángeles, Doris! Dime si volverás con nosotras. Recuerda, para el asunto de tu pasaje, que tú puedes —y debes— girar a nuestra cuenta para todo lo que necesites. Desde luego, ropa. Se me hace el tiempo tan largo. ¡Parece que hace un año que no te tengo! Tal vez en un momento más llega Palma. Voy a meter esta carta en la almohada. La «niña» busca y halla todo... Cada una hace lo mismo: ¡qué latinidad! ¡Qué sinvergüenzada! Es algo fatal, es la raza, hijita.

Hoy es domingo. La niña se fue a misa y yo estoy sola contigo. Óyeme bien: parece que va a las fiestas de Martí el odioso mexicano aquel (Iduarte).[128] Se ha ocupado de Martí y creo que hasta ha hecho un libro sobre él. Piensa tú bien si vas al mismo hotel mío o a otro. Decide esto, tú. Creo que en el hotel mío no nos dejarán en paz. Piénsalo y resuelve lo que te parezca mejor. Pasadas las fiestas tal vez nos demos una pasada por otras ciudades tú y yo ojalá, vida mía. Nunca puedo, en esos pueblos y además con lo que lleva saber si tengo una gota de libertad. Tal vez sería bueno, repito, ir a Venezuela. Por gastar algún dinero. Quiero decirte cosas sobre este punto. Ya te dije que tenemos alrededor de nueve mil, no sé si tú has girado. Tienes todo derecho. Al llegar a los diez mil, o antes, yo querría que compremos —las dos— algo que te guste pero además te sirva, te sea útil cuando yo desaparezca. Por eso restar de los de los arreglos de Santa Bárbara. Piensa tú esto y averigua precios, Dana. Creo que a ti te daría paz tener un techo propio allí. O en los alrededores de Nueva York. Yo quiero que lo tengas. Mándame tus ideas sobre esto en carta certificada. Te pondré cable cuando sepa adónde me destinan. Defiende tú nuestra vida en común. Ayúdame a pensar y a resolver. En mi lista para el ministerio, yo puse Miami y Nueva

Orleans. Pero puse más aun, otros países. Dios resuelva. Ahora el subsecretario es un amigo mío. Te advierto que si tengo el cambio pronto, te pondré cable. No tengo cartas tuyas frecuentes. Las necesito mucho. No olvides el asunto casa en tu zona. Debo saberlo con tiempo. O esperaremos tener diez mil dólares u operamos con nueve mil haciendo una pequeña deuda. Busca y piénsalo bien, muy bien. Yo necesito recobrarte, mi amor. Óyelo bien. Es cosa seria. Te dejo sin dejarte. Cuéntame qué haces. Procura saber los nombres de las dos agencias de artículos para hispanoamérica que hay allí. Una la tiene un amigo, ex Presidente de Chile: Carlos Dávila.[129]

Un abrazo fuerte,

Gabriela

Ahora Eda: chiquita, yo no puedo responder a tanta estupidez, a tanta vanidad herida, a tanta miseria de alma. Te agradezco mil veces tu comportamiento con ellas. Ya te he contado lo que ellas planearon sobre mí y cuya tontería les fracasó entera. Son las peores italianas que junto con la que llevé a California yo he conocido en este mundo. Supongo que Eda Ramelli ya ha leído mi carta, que fue cordial y hasta fina. Parecen ahora ellas una pura plebe. No hay nada que hacer con su envidia y su rencor envenenados.

Si por azar, se pudiese vender Duarte, ese dinero sumado al de aquí, daría para comprar en Florida algo bueno. ¡Nunca tuve mi destino tan ignorado! No sé dónde estaré mañana. Rézale a Dios y al Arcángel Gabriel. No veo nada claro, nada.

No me compres nada, chiquita. Al llegar yo allá o a Florida me compraré lo que más necesito que es ropa. Es mejor que yo misma la ensaye y la compre. Deja eso —el dinero— para ti. Lo único que yo sé hasta hoy sobre mí misma es que yo querré

tenerte conmigo en donde quiera que yo esté. Y yo no sé, no sé, si tú querrás seguirme, Doris Dana. Creo haberte dicho que, en los primeros días de su gobierno, aquel señor ha eliminado a sesenta y nueve diplomáticos... Nunca se vio esto allá excepto en su otra presidencia anterior. Echó hasta a los jubilados como yo... Pero, ahora, en este mismo momento, recuerdo la carta de Barrios.[130] Dice esto: «Que Gabriela elija el lugar que prefiera, dijo el Ministro de Relaciones». Yo le contesté dándole a escoger a él en esta lista: Miami, Nueva Orleans, Cuba, Israel, New Delhi (India), Sicilia, Costa Rica. Había olvidado decirte esto tal vez. Creo que él tomará en cuenta estos nombres, dictados por... el frío que vivo hace quince o veinte días. Hasta en la cama. Es la pésima circulación.

Te abraza tu Gabriela

211. GABRIELA MISTRAL

[1 de diciembre de 1952]

Querida: por fin sé de ti, pero se trata de un telegrama. Ay, Dana, tu flaqueza es el no escribirme en tiempo en que yo estoy decidiendo de mi futuro. Tú sabes el gobierno que tengo. Tú callas por demasiado tiempo y yo tengo que pensar en que no te importo nada. Ayer yo puse este cable al ministerio: «Solicito respetuosamente razones clima traslado a uno de estos puntos: Miami, Nueva Orleans, Cuba, Israel, New Delhi, Sicilia, Costa Rica». Ya ves; esto es definitvo. Debo ir a uno u otro punto de

esos. Telegrafié porque el Caballo ha traído una mudanza general y temo que me manden a donde les dé la gana, a cualquier lugar y malo para mi salud. Y tú has callado y tu silencio yo lo interpreto siempre, Dana, como una mudanza en tu alma y en tu vida. En todo caso, yo he propuesto puntos que tal vez te interesen. Yo no quiero seguir viviendo bajo jefes fascistas. Esto ha sido mi obsesión desde que supe el asunto. He propuesto Miami, Nueva Orleans, Cuba, Israel, New Delhi (India), Sicilia, Costa Rica. Casi todos esos lugares no están lejos de ti. El frío me paraliza; me anula, en el famoso Nápoles solar. Ahora, dear, que Dios o los Ángeles obren. Tal vez mi cable no llega a tiempo, pues hace ya un mes que comenzó la reorganización. Te comunicaré, por telegrama, la respuesta del ministerio. En todo caso, dear, vamos a pasar por Nueva York y seguir de allí a Cuba. Pero quedaré poco en Nueva York. Es probable que todos los puntos que propongo ya estén dados. Óyeme: el Hombre está puesto a eliminaciones en masa de la gente. En Roma ha cesado —separado— al gran señor que era nuestro ministro ante el Vaticano; el ministro Chiorrini[131] también sale. Mi cable procura el que no me manden donde ellos quieran y no yo. Te pondré telegrama si algo me responden. Repito: paso en cama por el frío toda la mañana y a veces el día entero. El frío es mi enemigo número uno. Todo esto, Doris Dana, viene de tu pereza o desamor para escribirme seguido. Todavía tú ignoras que yo resisto hasta cierto límite, siempre corto, y luego estallo. Yo soy una curiosa dinamita interior y exploto. Date cuenta de esto; parece que lo ignoras.

Naturalmente llevaremos a la gatita con nosotras. ¡Ella está de más en más querible y adorable!

Palma no me ha exigido ni querido influenciarme respecto de quedar en Nápoles. Ella parece estar ya a firme en Roma. No ha

venido, viene tal vez el sábado. Ella sigue viviendo su comodonería y su descontento, aunque con mil dólares mensuales. Tu cable, repito, ha llegado con retardo de dos días después de tomar yo solita estas resoluciones.

Ahora di tú lo que piensas. ¿En qué lugar nos encontraremos, Dana? ¡Ay, qué mal has hecho en callarte! El pedir tú a la gata me hace ver muy, muy claramente que tú no piensas regresar a Italia y tal vez tampoco a Europa. En todo caso, no pienses en encontrarte pronto conmigo. El resultado de tu lentitud para poner un cable es éste que ves.

Yo debo comprarme en Nueva York, ropa, enseguida, llegando a tu tremenda ciudad. No digas a nadie que llego ahí, a fin de estar libre para buscar esta ropa.

Yo te he mandado una o dos cartas sobre todo esto. Lo repito aquí por si tú no lees mis cartas, Doris Dana...

Creo que sobra eso de mandar a Pelusita (la gata), desde luego nosotras la llevaremos y tú la tomarás en Nueva York hasta nuestro regreso... No sé adónde, a qué país. He mandado al ministerio esa lista fenomenal y casi escandalosa... La hice, repito, bajo tu silencio postal y pensándote cortada de mí. La responsabilidad de esa lista es tuya, Dana.

Un abrazo,

Gabriela

[P.S.] Ibáñez ha echado a sesenta y nueve cónsules.

212. GABRIELA MISTRAL

[9 de diciembre de 1952]

Querida, estoy leyendo... dos conferencias mías antiguas sobre Martí, larguísimas. Ay, creo haberlo dicho todo de él; ahora me costará la tercera.

Muy poco escribes y eso me da pena. Pero ya estaré cerca de ti.

No puedo expresarte toda la alegría que me trajo el telegrama de Sixtina [Araya][132] sobre mi traslado a Cuba. Yo nunca creí que me lo diesen. ¡Alabado sea Dios!

Yo he seguido en cama, sin enfermedad, sólo por el horrible mal tiempo que hace aquí. Me deprime mucho este nublado permanente.

Tengo la esperanza de que podamos y sepamos hacernos allá, en la Florida, una manera de vida menos vulgar, tonta e inútil que la nuestra de aquí. Voy a ver si logro —es muy difícil— que Palma me dé siquiera tres mil dólares para nuestros gastos de instalación, que van a ser fuertes. Voy a encomendarme a San Antonio, quien me ha dado la Florida. ¡El pobrecito generoso!

Tuve una impresión penosa cuando te hablé por teléfono; me pareció que no te gustaba la noticia del lugar de tu país a donde me voy. ¿Es que tú temes el que no me dé tu gobierno el exequatur? Es decir la aceptación. Yo misma pedí ir allá y eso te prueba, Dana, que yo no odio a tu país. Lo creo el único de nación moderna que hay en el mundo. Y esto no es adulación. Lo creo.

¿Por qué no te ha gustado la noticia? Esa es la única manera de que yo pueda tenerte siempre cerca, Doris Dana. Todavía hoy tengo la euforia de ayer por la noticia. Esta casa ha sido para mí como un cementerio; esta casa mata todo: el fervor, la inspiración, la alegría. Tú no te has dado cuenta de ello. Una casa tiene o no

tiene esto: ambiente. Es algo misterioso y real lo que te digo. Y te lo digo para que en Florida no caigamos en cosa semejante, ¡no! Yo puedo tener un muchacho en la oficina y quedarme —ay, si Dios quiere—, en una casa con huerto de naranjas... Ayúdame tú a obtener esto.

Mañana, si existe el sol, que parece muerto, escribiré a Palmpor si le saco siquiera nuestros pasajes... Es difícil... Si sale el sol, iré a Roma a «apretarla». Porque la instalación allá en tu país va a ser cara, chiquita, y un cónsul no puede vivir sin algún decoro material.

Tardan mucho los «exequaturs». Repito mi pedido de que tú te informes con tu amiga de si me lo dan o no... Esto me urge saberlo. La buena Gilda ya tiene los cajones de libros hechos... ¡Qué feliz seré yo si los reúno con los de Santa Bárbara y puedo valerme de nuevo de ellos! Casi no he leído aquí en español... Gran culpa esto. Tú has hecho lo mismo, niña mía. Pero vamos a remediar si Dios quiere este gran error.

No me dejes sola en la Florida; es un mundo tan nuevo para mí ese. La gente me gustó cuando estuve en Nueva Orleans. Mucho me gustó. Ojalá Florida tenga gente así.

Tú no debes ir a Florida antes de que sepas por tu amiga si tu gobierno me acepta o no. Procura, pues, saber esto pronto. Y di a tu amiga que yo tengo dos casas en California lo cual dice mucho.

Aquí va una estrofa de Martí.

Por tus ojos encendidos
y lo mal puesto de un broche
pensé que estuviste anoche,
jugando juegos prohibidos...

Voy a escribir a Palma. Te dejo sin dejarte.

¡Qué día horrible! ¿Será así el invierno de Nápoles? Gracias, Señor de que me voy. Yo soy una especie de hindú o de ecuatoriana tropical.

Un abrazo de tu

Gabriela

213. Gabriela Mistral

[12 de diciembre de 1952]

Querida, si yo no te escribo tú nunca me habrías escrito. Este es el hecho y a través de esto se ve y se sabe la realidad. A pesar de todo lo que dice este hecho, y tengo el corazón que me late con tanta alegría. ¡Es como si hubiese salido de un túnel negro a la luz del día! ¡Gracias por tu promesa de venir! Yo tengo a mi lado una criatura, muy buena y muy abnegada; pero yo no he quemado el pasado inmediato que ha vivido en mí día por día.

No sé si tú vas a estar contenta de mis proyectos…

Sin tener idea de que aceptases volver, yo pedí ir a Sicilia, a Palermo. Porque mi invierno napolitano ha sido muy malo: para calentarme tengo que quedar en cama. La calefacción resulta mala en los cuartos y yo dependo absolutamente del calor.

Yo no recuerdo si tú conoces Sicilia. Yo la vi con Palma hace mucho tiempo y me gustó. Los ingleses van ahí más que a Capri a invernar. Vamos a vivir allí por un tiempo, como ensayo. Y si mi cuerpo mejora y a ti te interesa el lugar, vamos a comprarnos una casita con huerto. (Ya sabes que eso es mi delirio.)

Hoy saldremos Gilda y yo hacia la Isla. Vamos a navegar de noche y a amanecer en Palermo. No me gusta navegar de noche. Vamos a ver con calma y tiempo la Isla, aunque de todos modos yo la he pedido y esto no tiene vuelta. Tú tienes la culpa de esto, Doris Dana y es bueno que sepas que esto viene de ti. Te quedaste en Nueva York indefinidamente y yo he querido ir a un lugar que me dé alguna alegría. Porque no la he tenido en Nápoles. He tenido todo lo contrario de eso.

¿Y tú te has saciado de Nueva York? Si no te has saciado volverás a irte, ya lo sé de antemano.

Te daré por cable mi dirección provisoria de Palermo, es decir el hotel o la pensión. Y tú me harás la gracia de volver a escribirme diciéndome lo que necesites de dinero, tus pasajes y las deudas que tengas. (No olvidar esto.) Si me traes medicinas, recuerda que debes evitar el impuesto mandándolas a mi nombre. Voy a averiguar si el gobierno local me deja la franquicia. Porque Sicilia es otro estado o provincia de Italia.

En cualquier agencia de turismo tú puedes hallar datos y fotos sobre Sicilia. Ella fue colonia griega, tú recordarás. Yo te escribiré largo desde allá y te mandaré fotos. (¡Ay, todavía no creo que tú regresas!)

¿Has trabajado tú allá? Yo acabé el «Poema de Chile»; pero no lo corrijo aún. Nunca ha sido esta casa inspiradora para mí.

Escribe a Gilda. Ella se extraña de tu silencio. Tiene razón. Ella no conoce tu naturaleza real que es el olvido total de los tuyos, excepto tu hermanita y… los otros, los que yo no conozco…

No tardes en darme el dato del dinero que necesitas. Por favor, cómprate buena ropa. Para que no tengas que comprar aquí cosas feas. (Yo escribo todo esto, pero no creo aún que tú vuelvas.) Dime, además, el precio de las medicinas mías que vayas a comprar y de todo lo demás que desees traer para nosotras.

Ojalá la Isla te dé inspiración como la ha dado siempre a tus ingleses. Dime también el precio global de todos los libros que quieras comprar. Ya sabes que hay muy pocos aquí. Nunca supe, Doris Dana, si recibiste los dos cheques para libros o si fue uno solo. Dime esto por cable, dándome la cifra total. Y añade lo de tus pasajes y tu ropa.

Te dejo para levantarme. Hoy hay sol y quiero andar un poco. Repito que voy a dejar Nápoles por el frío. Pero si Palermo tiene un invierno como éste, no pediré el traslado. Voy a quedarme allá varios días para darme cuenta del clima y no engañarme. Parece que yo soy ya una tropical.

Un abrazo,

Gabriela

Basta poner en el cable la cantidad en palabras.

P.S. La carta adjunta es vieja. Olvidé mandarla. Estoy de regreso. La Isla es linda, pero el frío no me dejó verla bien. Y regreso a Nápoles para hallar más frío que allá...

Te recuerdo, dear, que tú puedes girar como yo contra nuestra cuenta común. Ya te lo he dicho, pero no sé si tú recibes mis cartas.

Me parece bastante difícil el que no me trasladen a Cuba o a otro lugar cálido. Voy a pedir al Dr. un certificado sobre mi salud. Tal vez eso me valga más. Aunque el Caballo tal vez prefiere el que yo me muera...

Tu pasaje para Cuba es barato. Tu hotel de Cuba lo pagaré yo. No te preocupes por esto. Yo te pondré cable al partir.

Tu

Gabriela

214. Gabriela Mistral

[15 de diciembre de 1952]

Doris silenciosa y alejada.

Hoy he tenido una caída de la fuerza que ha sido mayor que todas las habidas. Sin razón, sin choque alguno. Tal vez la causa sea el día feo y tempestuoso. Yo soy un animal muy sensible al planeta más que a la gente.

Y hoy ha sido día de noticias. No agradables. Yo había puesto un cable al subsecretario pidiéndole Florida o Tacna. Contestó que las plazas están tomadas. Ofreció Palermo. Me doy cuenta de que el Caballo ha echado y sigue echando a muchos funcionarios. A mí me va salvando sólo esa bendita ley que debo a los escritores europeos. Parecen salvajes que van en una carrera ciega quemando hogares inocentes.

Tú bien pudieses alegrar mi pobre vida escribiéndome seguido. Pero hace cinco o seis o siete días que no llega una palabra de ti. Y tú ignoras el efecto de eso en mi alma y en mi cuerpo también. Es una tremenda sensación de derrota.

Yo pediré a Nueva Orleans, Florida o Tacna. Contaron que ya está ocupado (1). Eso era estar al lado de Chile. Tal vez tienen miedo de esto porque Ibáñez debe recordar bien que él me echó del servicio. Nadie puede saber el efecto que tiene en mí el perderte, Dana. Es realmente caer en un pozo vacío y negro: es algo que se parece mucho a la muerte.

Puse, en el estado en que estoy, una carta larga al ministro. No recuerdo bien lo que pedía en ella. Eso no le ha llegado aún al ministro.

Carta tuya no tengo hace días, lo cual es no comer ni beber:

sólo respirar y hasta mi aliento me parece parado o muerto. (No estoy haciendo poesía, no.)

Faltan muchos días aún para partir. He encargado a la Cotovía[133] ir a Cuba y buscarme, en silencio, una tierra —una hectárea a lo menos— por saber precio, con una casita modesta. Tengo gracias a ti nueve mil y tantos dólares, cerca de diez mil tal vez. Yo sé que de este impasse sólo pueden sacarme tú y la tierra verde. Contigo creo que no puedo contar como cosa estable. Debo tener, pues, un negro y una negra por compañeros de vida. Yin se fue. Palma se ha vuelto una señorona: ahora está en París. Nada, pero nada le digo ni le escribo, porque se ha vuelto algo así como otra criatura. Allá ella. Acabará bostezando al lado del marido.

Yo he olvidado estúpidamente mandarte más dinero. Lo haré en cuanto salga de la mudanza y de separar trapos y libros. Necesito —recuérdalo— comprar ropa en tu ciudad. Ah, óyeme: el odioso mexicano Iduarte va también a Cuba por las fiestas de Martí.

Creo, hijita, que, por mera prudencia, debo llegar a Cuba sin ti. Como es... profesor en Columbia, creo que irá a Cuba por pocos días. (Él ha escrito un libro sobre Martí.) Me mandó dos ejemplares sin dedicatoria ni remitente. No le acusé recibo. Yo te avisaré por cable cuándo este vil regresa a Nueva York para que tú embarques hacia Cuba. Deseo ver contigo el campo cubano, Vida mía.

Voy a procurar quedar en Cuba o en punto cerca de ti como la Florida. No sé si logro esto. Pero, en todo caso, si quedo aquí, tú deberás venir o yo me consumiré de tristeza. Te pondré cable si es que el gobierno me responde cosa mejor que lo que me contestó. Nápoles sólo es vivible para mí contigo. Tengo una tristeza radical, una profunda caída del ánimo, Doris Dana. Mejor sería morirse.

Voy a agregar a esta carta un cheque, sin obtener de ti aún el que me aclares esto: si recibiste tú mil o sólo cuatrocientos dólares.

¡Por favor responde! ¡Parece que no leyeras mis cartas! Debes estar ya muy falta de dinero. Es culpa tuya, Dana muda y orgullosa. Yo soy tu hermana, también tu madre, Doris.

Sólo las Cotovías están sosteniéndome. Ojalá tú leas eso, Cotovías, pero inglesas. Me han dicho maravillas de ellas.

Recuerda que te pedí ir a Florida (1). Tal vez no te mandé el dinero necesario. Dímelo. Yo ignoro los precios de todo lo americano. Debes decirme las cosas claras.

Te pondré cable en cuanto el indecente aquel deje Cuba. Tú acudirás pronto, yo espero.

El Señor te guarde,

Tu Gabriela

P.S. En llegando yo allá, dime el dinero que necesites. Para dártelo enseguida.

(1) Ocupado todo menos Palermo. Fui allá. Es helado.

(1) Yo la sé ocupada.

215. Gabriela Mistral

[17 de diciembre de 1952]

Chiquita, estoy escribiendo esas notas que siguen porque sé que olvidaré estos pequeños asuntos.

Esa casa de la Isla se compraría a nombre de las dos. Si la bajan, porque está realmente cara.

Si no bajan a veinticinco mil seguiremos buscando algo... donde resuelle el Mar...

Esta casa debe ser arrendada y a gente que pague bien, dear, porque tú necesitas de que esa deuda, que es grande, se vaya liquidando.

Si manejamos bien el dinero ——sueldo y venta de la casa fea— podríamos ahorrar cada mes, creo, cuatrocientos dólares mínimo. Creo que podemos comer con cuatrocientos. Serían ochocientos. Queda para ropa y chiches doscientos. Es poco pero pienso que baste.

Favor de decirme cuál es el total de tus deudas. Podríamos ir pagándolas con los dos arriendos de California. Si esa casa chica se vende, yo te daría la mitad de su valor. No más porque hay que comprar muebles para lo de nuestra casa futura.

Pienso que no debemos subir el precio mínimo que dimos. No vale más de eso, no.

Si no bajan, seguiremos buscando sobre la costa de esta ciudad. Siguen en el diario cosas sobre guerra.

Yo he olvidado varias veces la cuestión de tus deudas, chiquita. Creo que ahora ya no las olvidaré. Porque me he dado cuenta de que ese problema te hace triste. Debiste hablarme directamente de esto.

Vienen en el diario malas noticias de Chile. El pobre viejo que ha tirado el dinero y aumentado los sueldos sin tener superávit.

Creo que la inversión de lo que paguen por la casa bonita no debemos desbaratarlo sino invirtiendo en cosa que dé renta.

Por favor dime lo que piensas de todo esto.

Tu

Gabriela

216. Gabriela Mistral

[18 de diciembre de 1952]

Cara Doris: aunque yo te me haga pesada de más, tengo que avisarte lo siguiente: el plazo de tomar posesión (de instalar) un consulado son quince días cuando se vive en el mismo continente y veinte cuando se vive en otro. Yo saldré de aquí de acuerdo con esto, pues ya llevo vencido el plazo de quince días. El inglés de Gilda es muy poco y vamos a llevar una maletería y muchos bultos. Tu gente de aduanas —y de todo— es muy difícil para los latinos y... yo no creo en que tú vas a estar esperándonos en el puerto porque yo ya no creo en tus promesas. Antes de hablar de todo esto con Gilda, yo te escribo estas líneas. Yo he contado hasta ayer con que tú volvías a Europa. No «realicé», no, el que yo debía salir de Europa sin ti y llegar a un puerto tuyo buscándote entre el gentío de los malecones o los puertos desconocidos. Tú has mandado promesas de aquello, pero ya no las creo. Ninguna creo. Me pesa mucho no haber pedido un lugar de mi lengua o de la francesa. Pero ya eso está hecho y bajo mi gobierno en el cual yo no tengo ni un solo amigo, no puedo pedir prórroga, y mucho menos traslado a otra parte. Por lo mismo te molesto con esta carta que no deseo repetir. Llegamos por Nueva York; yo no me voy a detener allá sino un día o una noche. Noche. Yo no soy yo allí; esa ciudad me da vueltas la cabeza. Te repito que llegaremos, Doris mía, por el Saturnia, el 17. Como puedes olvidarte de barco y de fecha, yo debería darte el dato de un hotel para encontrarnos. No sé el nombre de ninguno. Tal vez iremos al primero que hallemos. Es verdad que faltan muchos días aún; pero como estoy en cama, ya hace cuatro días, puede ser que me levante al final del

plazo, para no recaer. Tengo una falta de circulación y un enfriamiento tal que me hielo entera en cuanto me asomo a la puerta. Si tú hubieses venido a buscarme, yo no necesitaría sacar a Gilda de su casa patriarcal y llevarla a país tan lejano, difícil y extraño. Pero tú, que prometiste volver, no has cumplido tu promesa. Te repito que voy primero a Cuba. Tampoco habría yo hecho esto en vista del debilitamiento de mi cuerpo que ¡no está válido para andar de conferencias! Pero como tú no querías regresar acá, yo, a pesar de mi gran flaqueza debo ir a Cuba y seguir hacia tu tremenda ciudad. Te advierto que saldré de ella, rumbo a Florida lo más pronto que pueda, es decir, enseguida de cumplir lo de Martí. Naturalmente, con una leva de bultos a cuestas no es nada fácil viajar y llegar a hotel ultraextranjero sin el idioma y sin seguridad alguna de hallarte a ti. Todo esto me sobrepasa y me angustia. Pero ya están tomados los pasajes y se va a hacer tu voluntad y no la mía. Cuando dejaste Italia la gatita desapareció de tu mente. Después la pediste y hasta hoy no sabemos aquí si llegó. ¡No me has puesto ni dos palabras sobre el pobrecito bicho al cual dijiste que querías tanto! Si tu silencio se debe a que no te importa ya o si se debe a que no la fuiste a buscar, habría que saberlo, pero no lo dices. ¡Qué habrá sido de ella, me digo!

Rapallo está yerto; es mucho más frío que Nápoles y yo estoy en cama desde que llegué.

Yo no te he pedido nunca cartas largas que roben tu tiempo el cual es para tus amigotes; te he pedido unas líneas rápidas y frecuentes.

En una carta que no sé si has recibido; te dije que tú puedes y debes girar por ti misma contra nuestra cuenta que es común. No tienes sino pedir una chequera para ti al banco y girar para todos tus gastos. Te he dicho de comprarte ropa, libros, medicinas, etc.

Resulta inútil tener una chequera que no se usa y sufrir por la falta de dinero.

Gasto tiempo en vano repitiéndote las mismas cosas. Tengo una falta absoluta de fuerza, además. Mejor empleo de tu tiempo sería el de haberte ido a Florida a conocer esa zona y a buscar una casa. Si yo estuviese allá, sería si hay casa agradable, grata y dulce de vivir y arrendable. Y si no hallase ninguna, procuraría ver si se puede comprar una dando lo que tenemos y pagando el resto por mensualidades. (Comprar a nombre de las dos.) A veces pienso en que tú vas cayendo en el hastío de la escritura. Haces mal en tu propio oficio de escribir; de más en más puede dominarte ese desapego de la escritura, cosa muy mala para ti, Doris. Yo estoy en la cama repasando a Tagore[134] después de ¡30 años! Pero tú eres una veleidosa.

Espero que Gilda te ayude con la casa y que tu vida de Florida pueda, por esto, resultarte más dulce. Lo dudo. Tú sólo eres feliz en NuevaYork.

No debes olvidar tu compra de libros para un año a lo menos. Tal vez en Florida son malas las librerías.

A mí puedes llevarme a un almacén de ropa donde halle algo de verano. (Parece que Florida es cálida.) Y tal vez a la Librería Española. Te repito lo de comprar, medicinas. Yo no voy a tardar en Nueva York. A menos de que el cónsul me llame. Te repito que me digas el nombre del embajador. No digas que lo pides para mí. Haz esto por teléfono. (Ídem el nombre del cónsul.)

Me da vergüenza cargarte tanto, pero podemos carecer en Florida de muchas cosas. Tú compra también tónicos para ti misma.

Repetición: yo quiero salir enseguida hacia Florida.

No me has dicho lo más importante: si me dan el exequatur consular, es la licencia de tu gobierno para ejercer. Es el «pase».

La «aceptación». Y tal vez no la obtengo a causa de... La Palabra Maldita.

Tu Gabriela

217. GABRIELA MISTRAL

[22 de diciembre de 1952]

Chiquita Doris, niña linda: acabo de repasar algunas de tus cartas, aquellas sobre mis pobres casas. Aunque pronto estaremos juntas, gracias a Dios, te digo 1° que perdones mi silencio sobre ese asunto. Yo soy muy lenta para resolver las cosas de intereses. 2° Me deprime mucho pensar en la pérdida grande del dinero puesto en esas dos casas. Y me va a dar cólera pagar un arriendazo, pronto, en Florida. En el repaso de la carta hallo tu idea de vender pero no está claro cuál de las casas; parece que es la mejor, es decir Santa Bárbara. Veo ahora mismo en la libreta del banco que tenemos ¡ay! sólo ocho mil novecientos dólares. Tal vez venderemos la casa pobre y fea, pero no veo claro que tú me des el precio de esa. Dímelo en Cuba. Si se vendiese en seis mil —está muy cerca de Los Ángeles—, tendríamos casi quince mil para comprar en Florida.

Sólo venderé para comprar en otra parte algo medianito, en todo caso con huerto. Tú no sabes la rabia que me da pagar arriendos... Pero ese lugar donde iremos vive bajo el infierno de los ciclones. Te cuento esto; lo único tal vez que me produce horror, un horror físico y mental, es un terremoto o un ciclón. Salgo fuera

de mí, me enloquezco... A eso lo llamamos en español «el terror sacro». Yo quisiera ser un poco feliz antes de morirme: esa dicha sólo pueden dármela tú y un huerto, las dos cosas juntas, no separadas... ¡Menuda pretensión!

No vendamos nada sin comprar otra casa, Doris Dana. Yo te daría una casita en Nueva York si no estuviese en mi mente lo leído varias veces: que Nueva York será hecha pedazos por los rusos.

Vamos a recorrer todos los alrededores de la ciudad que escojamos en Florida, tomando en cuenta ante todo lo de los ciclones.

Yo quiero vivir en el campo, dear. He vivido tan infeliz en este cuarto que quiero borrarme este recuerdo pronto, a toda costa. Es casi una obsesión en mí.

¿Siguen vacías las dos casas de California? Yo había pensado dar a ti el arriendo de ellas, el saldo que dejan libre sus impuestos. No con la idea de que eso ¡ay de mí! pueda ser un sueldo sino con la idea de que tengas siquiera para tus chiches. Tú me dirás tu pensamiento entero, sobre estos asuntos, íntegro, digo. No te pongas nerviosa. Me duele cuando tú pierdes el control en cualquiera discusión nuestra. Evita eso, dear. Acuérdate siempre de que, bajo mi cara serena, arde un fuego tremendo, y acuérdate de que mi corazón no mejora sino que empeora con los años.

Supongo que ese consulado hay que hacerlo en la capital de ese estado.

Los cubanos se han portado como príncipes; me mandaron ¡dos mil dólares! Eso costará más o menos, el viaje y la estada allí. Pero tal vez yo me retardo allí: me gusta mucho esa Isla loca y llena de vegetación tropical.

Necesito 1° llegar pronto a Florida. Tu ciudad me da una especie de enloquecimiento.

Oye esto, dear. Cuando yo llegue allá, tú deberás haber comprado ya un auto. No lo olvides. En él tal vez bajemos al sur. Pero si este viaje te resulta muy duro, entonces tú compras el auto en Florida y bajamos por tren: esto me gusta menos, tal vez sea lo más conveniente. Piénsalo y decídelo. Es indispensable el auto allá, dear. Naturalmente eso es cuenta mía.

Dicen que hay mucha gente mexicana de servicio en Florida. Por la lengua, tendremos que tomar criada mexicana. Es pena. Tal vez podemos comer fuera, si allí abundan los «comederos».

Te pido, desde luego, una gran paciencia para esa instalación. Llevamos un horror de equipaje. Esto será lo más fuerte de mis gastos de traslado.

Espero salir aquí a buscarme monos o ir a Roma a eso. Palma anda en París... comprando vestidos. Parece que le mantienen su empleo.

Dear: lo que más necesito es calor, calor. Vivo con un mínimo de fuerzas. Pero sé que recuperaré eso en llegando a tierra caliente.

Un abrazo,

Gabriela

218. GABRIELA MISTRAL

[24 de diciembre de 1952]

Hijita mía: no sé si puedo echarte yo misma esta carta al correo. Yo dependo desgraciadamente de los otros.

Te digo que ya me doy lástima a mí misma por ser una criatura sin familia.

Todo lo dicho tiene la finalidad de rogarte lo que sigue:

1° Voy a vivir a Florida solamente por ti, porque tú vivas conmigo allí, ya que no quieres volver a Europa. Voy únicamente por esta razón.

Y estoy aquí rogándote que, por favor, no me retengas allá a mi compañera. Tú la guiarás varias veces por Nueva York y la llevarás a Washington. Que esto sea todo, Doris Dana.

Porque yo necesito hacer una vez más una instalación de casa y pretendo, además, comprarme una casa en Florida. El proyecto es hasta ambicioso. (Para las dos la casa.)

Pero si yo sigo viviendo allí lo de estos meses de tu ausencia, si yo recibo visitas y ellas se me quedan, ni podré hacer nada por esa pobre casa de Santa Bárbara ni comprarme casa allí en Florida ni me instalaré con decencia.

Comprendes tú ahora por lo dicho que mi experiencia última ha sido pesada de más, un gastadero. Como la vida de Florida será a lo menos un tercio + la de Nápoles, yo reventaré...

Halla modo de no retener a Gilda después que haya visto esas dos ciudades.

Otros pedidos: ayúdame a salir de Nueva York, enseguida, es decir, dos o tres días después de llegar. ¡Ay, cuatro días lo más!

Y prepárate tú para acompañarme pues yo tardaré mucho en tener tu lengua incluso en forma mínima.

No me busques criadas mexicanas. Pueden volverse espías. Estoy dispuesta, en el comienzo, a comer en restaurantes que no sean malos.

A mí me han hambreado en Nápoles, dear. Esa pareja indecente de explotadores que hacían de «protectores» míos...

Haz lo posible por buscarme alojamiento preparatorio —al llegar— que no sea muy bullicioso. Para dormir. Toma un cuarto para las dos. Yo necesito mirarte y oírte. Yo tengo sed de todo esto.

Llevo miedo de que nuestra navegación sea mala. Está malo el mar desde hace muchos días. Vuelvo a pensar en ese espantoso accidente de aquel barco vuestro a poca distancia de Nápoles. Dios vele sobre nosotras, aunque no seamos buenas.

Si vas a Cuba, tu cola va a ser la Cotovía. Ha escrito pidiendo dinero. No sé qué le diré, pero no voy a cargar con toda su pensión y sus dos pasajes de México a Cuba; cien cada uno, es decir, doscientos dólares más su comida y su hotel de La Habana. Quiere ir a vernos y a lo de Martí, yo prefiero mandarle dinero para que coma en donde está, en México pero no para que se zarandee y nos quite tiempo en La Habana. Basta con mis gastos de Gilda. A ver si tú me ayudas a convencerla. Tal vez yo me alojo unos días donde la poetisa que tú sabes, se me va su nombre.[135] Por evitar el gentío que me puede agotar. Prefiero, después de mi discurso salir a las provincias de Cuba. Tú deberás verlas, repito.

Dime si hay buenas pensiones en Florida. Porque yo espero que tú me elijas una al pasar por allí, si es que tomas esa ruta de norte a sur.

Perdona todo esto. Te lo digo porque allá tal vez no pueda decírtelo enseguida. Lo más es que los cubanos me tengan ya tratado el hotel.

Sé afectuosa con la poetisa aquella. Es muy sensible. Creo que su manera de poesía va a ser más grata para ti que la mía. Ella se educó en Inglaterra y yo… ¡en el Valle de Elqui!

¡Me haces tanta falta! Yo no volveré a dejarte partir; yo me aferraré a ti. Juntas escogeremos nuestra casita con huerto. Y tendremos la puerta de la casa con tres vueltas de llave…

Tu

Gabriela

[P.S.] En mi hotel de Roma. Seguiremos de aquí hacia el puerto, hacia Génova.

219. Gabriela Mistral

¡Qué colmo no saber los puntos cardinales! Sí, saldremos por Génova, embarcándonos el 5 de enero y arribando el 17. No lo olvides, por favor. No nos falles. Te repito, hijita mía, que no voy a quedar en Nueva York sino a seguir muy pronto a mi destino. No olvides esto.

Sigo: ya sabes tú el terror que yo tengo de Nuerva York. Procura tener listas todas tus cosas, para seguir hacia Florida, chiquita mía. Quedé esperando un cable que me dijese: «gatita llegó bien». Tal vez no tienes dinero. Hemos quedado inquietas sin saber nada de ella. Mi cuerpo pide a gritos el calor. Yo no valgo nada en el frío, por lo cual cumplido mi compromiso saldré de Cuba hacia los EE.UU. —quiero decir Florida— enseguida. Porque el frío de Nueva York es cinco veces el de Roma. Pero, repito, compraremos tú y yo nuestra ropa en Nueva York haciendo las dos una salida heroica por las calles y almacenes de trapos, de vestidos.

Me dirás, apenas yo llegue, cuánto dinero tú necesitas o debes. Recuerda que soy una distraída. Anda solita a encontrarme; no me lleves gente. Y ve las listas de barcos para Florida desde luego. Yo quiero salir disparada como una bala hacia el calor. Tal vez en el sur hay pocos libros buenos. Cómpratelos, tenlos separados en tus librerías para pagarlos y seguir pronto hacia nuestro destino, hacia el sur. (Una bruja me dijo hace tiempo que nunca me quede en el norte, «que mi signo es el sur». Ay, es el contrario al tuyo.)

Dejé a Palma preocupada, dije ya de sus meros trapos (ropas). No sabe nada de su futuro y yo no voy a pedir de nuevo para ella, porque sería grosero eso e intruso. Su gente misma debe ayudarla. Veremos si nos deja tranquilas, creo que sí, por el horror que dice tener de EE.UU. Pienso que no debemos hacer con exceso de prisa nuestro asunto de casa. Porque la casa mala no ayuda a vivir, no. Una casa tibia, cómoda y dulce, ayuda mucho. Reza porque no tengamos mar malo. Llevamos un maleterío (maletas, muchas). Hay que ayudarnos a no perder ninguna. Allí van mis originales y no hay copia de ellos. Búscame hotel próximo al punto de salida, de embarque para la Florida. Ten todo esto pensado de antemano, chiquita mía. No te enojes, no te pongas nerviosa, hijita mía. Gilda me dice que el embajador de Cuba le recomendó el Hotel Pennsylvania que queda en la misma estación para Cuba. No sobra decirte esto. Ya sabes que los cubanos me han dado dos mil quinientos dólares para mis pasajes, generosa gente. Dentro de eso habrá también cuota para ti, Bonita Niña. Mi gobierno se ha acostumbrado a no pagarme los viajes, a causa de mi fama de pati-loca…

Tu Gabriela

220. Gabriela Mistral

[25 de diciembre de 1952]

25. Navidad cónsul de Chile en Florida.

Dorisín querida; ¡feliz Navidad americana!, muchos «chiches». El chiche mío de hoy te llegará retardado. ¡Qué pena! ¡Ni Pascua

ni Año Nuevo! Yo estoy —como siempre— sin noticias frescas tuyas, Dana. Y esto siempre me trae preocupación. Por esto te ruego que no faltes en tu malecón a la llegada de nuestro barco, el «Saturnia». Nos quedaríamos en el malecón como almas perdidas… Me dará mucha, mucha, pena Dana, si veo que tú no has sacado dinero para tus dos fiestas de nuestra cuenta común. Yo te lo he dicho en serio, y no en juego: toma para todo lo que necesites, dear.

Voy a rogarte esto: tomar la dirección del Consulado de Chile en Nueva York. Porque debo pasar allí, a saludar al jefe, en cuanto me compre un buen traje. Favor de tenerme sabido el nombre de él; la dirección. ¡Ay, me han hecho salir al antiguo que era un señor! Le haré al actual visita muy corta, lo que llaman… «ir a pedir órdenes»… Quedaremos poquito tiempo en tu Nueva York. Porque ya llevo atraso en relación con el plazo para entrar en funciones. Procura hacer memoria de si tienes algún amigo tú misma allí en Florida. Gilda tiene al viejito aquel. No basta. Creo que deberemos cortar ese viaje escogiendo alguna ciudad bonita para ello. ¿Dos paradas? Las que quieras, hijita mía. No tengo idea de las «paradas del barco». A lo mejor no hay ninguna. Me gustaría ver algo de ese sur que es ahora mi destino. (Yo te dije de comprar ropa para el calor y libros allí, en tu Nueva York.) Ay, ojalá el sur te haga escribir, a ti y a mí también. Yo creo en los climas cálidos para escribir. Pero sólo se está bien al atardecer y de mañanita, para eso. Yo no valgo nada en las tierras frías, Danita. Procura llevar tú, repito, alguna recomendación para gente de allí. Espero que eso sea menos caliente que Veracruz. Por mi corazón. Creo fácil hallar allí un muchacho o muchacha mexicana «que hagan siesta» ¡en la oficina! Te repito que si quieres ver Cuba sigas de allí con nosotras. Ahora hay esta cosa importante que he olvidado: me dejan escoger el punto a donde quiera ir, en la zona de Florida. Ayúdame tú y tenme ese dato

pronto, decidido por ti. No pedí Miami porque está ocupado. Te encargo mucho pensar bien esto. ¡Ay, que yo te vuelva a ver!

Tu

Gabriela

221. GABRIELA MISTRAL

[Diciembre de 1952]

Doris, Maestra del Olvido:

Yo sigo aquí en Rapallo; en cama, muy bien cuidada, pero todavía yerta (helada). Apenas sostengo el lápiz.

Y aunque no llega una palabra tuya aquí estoy escribiéndote... ¿No te da un poquito de vergüenza?

Doña Palma sigue en Roma imperial y en su «frescura» fenomenal todo esto. Creo que te conté el que le pedí, para mis gastos de mudanza, algo de esos gruesos dineros que ella dice que «cuida para mí». Declaró que los tenía todos a plazo largo y que no puede sacar nada. Ojalá no venga a hacer la farsa de despedirme. Lo que hace es una porquería, Doris, una mugre.

No te aflijas: yo tengo dinero para la mudanza; pero yo he estado guardando eso con miras a nuestra casita con huerto. Yo le pedía muy poco; lo de mis bultos, que son bastantes. Y se cerró así absolutamente sin dar una lira... Es bueno irme así, sabiéndola entera...

Supongo que le mantienen esa comisión subida que yo conseguí para ella: mil dólares mensuales. Pero está loca de vanidad,

de aquello y de trapos (vestidos). Ojalá no se le ocurra bajar a... despedirme con abracitos y besos. A la gente moderna de nuestra época, se la conoce por esto; el sentido del dinero. Y lo que ha hecho es una porquería.

De ti estoy a ciegas, repito. Te avisé que el gobierno me trasladó a Florida. Estoy viviendo una verdadera penitencia con el frío y vuelvo a saber que yo nací... tropical. Responde, Doris, ¡no es nada dulce saber que una escribe cartas para el viento!

No te pido ir a Cuba. Tal vez es mejor que bajes directamente a Florida. Pero, oye bien: Gilda tiene un mínimo de inglés y yo debo hacer en Florida cosas oficiales, y buscar casa, y ver médico; es decir, no me falles; Gilda no puede con todo eso. Ya te he dicho que esa casa la compraremos a nombre de las dos. Pero será con huerto y en lugar sin frío. Es preciso que tú bajes y la busques conmigo. No quiero que este dinero se desbarate. A mí, además, la vida se me vuelve dulce, sin problemas y con alegría cuando tengo un jardín, medio huerto y no pago arriendos...

Faltan seis días para embarcar y los cuento cada mañana, y con los dedos... Repito que vamos en el «Saturnia», nombre feo de un dios feo.

Ya te he dicho también que quiero quedar muy poco tiempo en tu Nueva York. Muy poco digo. Sólo lo necesario para hablar con mi cónsul general y comprar algo de ropa; tú a comprar la ropa tuya junto conmigo. Llévame a almacén grande, en llegando allí. Tal vez ni puedo caminar por el frío, Dorisín.

Yo te rogué averiguar si me dan el exequatur. Esto tienes que comunicármelo por cable de inmediato. Tú no escribes seguido y eso me pone los nervios de punta. Hazlo.

Cuenta con que yo te pagaré todos tus gastos de estadía allí, en Nueva York y naturalmente tu pasaje a Florida. Tú sabes que

tenemos dinero para eso. También tienes tú cheques para girar por nuestra cuenta.

Aquí estoy, en la cama, con Tagore y Rilke.[136] No sé hasta cuándo, porque no tengo fuerza alguna, repito, a causa del frío, aunque hay una buena estufa en el cuarto.

Para aquello de la casa, no olvides que podemos hacer una deuda pequeña, no mayor de cinco mil dólares. Tenemos más de diez mil.

Necesito mucho estar contigo pronto. Pena que tú no tienes prisa...

Apenas escribes. Y me dejas ciega sin poder ubicarte. Mi dirección en Cuba será Embajada de Chile, Habana, Cuba. Escribe con cuidado. Un abrazo de

Gabriela

222. GABRIELA MISTRAL

[Diciembre de 1952]

Chiquita Doris: te escribo al dejar este Rapallo que tú quieres mucho. El frío es grande. Aquí mismo. ¡Cómo estará tu Nueva York! Te ruego: sácame pronto de allí y llévame a mi destino. Espero ¡ay! que eso esté tibio. Yo no valgo nada en el frío, dear. Soy un pobre animal de tipo ecuatorial. Por el frío no te he escrito. Y porque, si Dios quiere, pronto estaré contigo. Llévame, repito, muy, ¡muy pronto!

No hay novedades. Estuvieron aquí Palma y Nicolau. A despedirme. Ellos regresan también a México. El Presidente no ha contestado. Yo me temo que lo haya hecho y que se haya perdido

su carta. Pero lo más seguro es que su mujer —que lo gobierna y que es muy inteligente y soberbia— tenga la culpa de ese silencio. Ella no parece triste de regresar. Un amigo de ella la ayudará allá adentro porque está en el gobierno.

Cada vez que me cambio, dear, tengo una vivísima presencia de Yin.

Tuve ayer telegrama de esa santa amiga mía que me lo hace todo en Santiago. [Sixtina] Araya. Le escribí mis dudas sobre el exequatur americano. Me dice que ella no cree que me lo nieguen. Parece —es muy reservada ella— que lo ha averiguado con alguien. ¿Qué sabes tú, querida? Tu cable de ayer dice que no lo sabes tú todavía a causa de los feriados. Si me lo negaran yo pediría tal vez una comisión para el verano de Canadá... Tal vez. O me iría a Guatemala. O... ¡me quedaría aquí! Tu país está muy antiasiático. Pero los chinos deben comer alguna vez en su vida. Y sólo con ese régimen pueden comer 450.000.000 de habitantes. ¿Por qué no entiende esto la gente? ¡Me da tanta pena no haber ido a verlos! Ellos y los japoneses son los míos: mi alma sale de ellos dos, dear. Yo soy una asiática más que otra cosa. Y envejeciendo aumenta... Perdona a tu hijita. Ella no es comunista, pero es china.

Palma me trajo una linda colección de pájaros. No hay uno solo chileno. Espero hallar los míos en tu ciudad que lo tiene todo. Pero temo que el frío no me deje andar por ella. Ignoro aún si tu país me acepta y hago una barbaridad embarcándome ahora. Diles tú que me vas a vigilar. Diles que tú lees todo lo que yo escribo y que sabes todo lo que hago... Parece que ya mataron a esos judíos. ¡Pobrecitos! La prensa francesa dice que no son culpables. Me da mucha pena, menos por su muerte que porque los dejan deshonrados.

¿Cuándo te veré yo? Ni creo, aunque vaya a verte. Cuidado yo no te voy a soltar más. Ahora sí serás una prisionera. ¡Te echo tanto de menos, Dana, Danita!

Necesito que tú sigas con nosotras hacia la Florida. Es decir que no te quedes en Nueva York.

Tal vez yo no hallo libros sobre bichos (animales) ni plantas en Florida. Ve un poco eso en Nueva York si es que no vas con nosotras. Si vas, tú hallarás alguien que busque eso para mí en Nueva York más tarde. Quiero poner bichos en el «Poema de Chile». También necesito libros sobre montañas. A causa de la cordillera. Tú no sabes qué linda es ella, la mía, ¡mi segunda madre! ¡También espero que tus yanquis la hayan escrito y dado en fotos preciosas! Hoy la tengo adentro de mí y querría escribirla por segunda vez. Así, hijita suya, en un canto de puro amor. Hoy estoy rara; cada vez que hago mudanza está conmigo Yin. Y él no la vio; ¡qué pena! Él odiaba a Chile a causa de los chilenos. Déjame muy poco tiempo en Nueva York. Gilda quiere ver Nueva York parece que pronto.

Recuerda que vamos a comprar, Dios mediante un huerto con casa en Florida. No una casa con huerto... A nombre de las dos. Pagando diez mil y haciendo una deuda chica de cinco mil tal vez. (Yo tengo hoy fuerte el dolor al brazo izquierdo.)

Ay, que yo vuelva a verte. Quédate conmigo. No te vayas más, Doris Dana. ¡No te vayas!

Voy a almorzar.

Te abrazo. Tu Gabriela

223. Doris Dana

Diciembre 26, 1952

GABRIELA MISTRAL
VIA TASSO 220 NAPLES

GATITA LLEGÓ SUMAMENTE BIEN FLAQUITA PERO COLEANDO

ABRAZOS CARIÑOS DORIS

1953

224. Gabriela Mistral

[1953]

Muy querida Doris*: aquí estamos en Miami, yo encantada de esta hermosura. Recuerdo vagamente que tú me hablaste una vez de comprar algo aquí. Yo no sé, dear, lo que va a hacer de mí Dulce María; tal vez quiera llevarme al campo grande que ella tiene. En todo caso, querida, yo no haré nada sin darte noticias. Pero por qué no te gusta este paraíso de Miami —sus alrededores, el agua— los árboles, la frescura que dan y el mar. Es una ciudad de un tipo que yo no he visto en tu país, dear. ¿Es que hay en los alrededores de Nueva York algo que se parezca a esta hermosura? Dímelo. Yo tengo muy olvidado el paisaje de Cuba.

Ya te diré lo que me guste allí. Pero esto me ha encantado.

Yo espero tener cartas tuyas en casa de Dulce María. No me dejes sin noticias tuyas. Ahórrame esos estados de tensión que son tan malos para mí. Yo, persona sin familia y con tan pocos amigos de mi gusto necesito el que tú no me dejes «en medio del camino» como nosotros decimos. Dame, pues, noticias tuyas y de la gata que sean muy frecuentes. Yo voy en mala fecha: en Cuba la estación mala es ese verano de calor rabioso; ahora el clima es muy vivible y yo siempre uso el vivir la estación peor para saber de su clima real.

*Probablemente en 1953. Antes de embarcar a Cuba para asistir a los homenajes del centenario de José Martí.

Yo sé que tú no quieres otra cosa que no dejar Nueva York. Yo creo que Uds. tienen algunos alrededores botánicos, es decir, arbolados y frescos. Dime las posibilidades que haya de hallar ahí algo que se parezca a una vida en el campo.

Yo estoy muy preocupada, mucho, respecto a mi futuro inmediato. Si tú buscas para mí lo que te estoy encargando, me darás una gran paz. Si no pudiese tener allí una vida con árboles, yo no podría quedar en ese punto espantoso de «vida hirviente».¿Crees tú, Dana que yo pueda hacer esa subida sin que mi corazón sufra de ella? Dímelo pronto. Me importa mucho esto. Dime también cuánto es lo que tú debes pagar por mes.

¿Qué haces tú en la ciudad tremenda? ¿Haces lo tuyo? ¿Escribes? Yo quiero ayudarte en esto un poquito. Dime los temas que tratas. Yo no tengo idea de eso, idea clara. ¿Puedes mandarme a Cuba un artículo tuyo siquiera para darme cuenta de tus temas (asuntos) y, ¡ay! saber algo siquiera, algo de tu oficio y tu estilo y las cosas de que tratas?

Yo volveré en todo caso, a tu tremenda ciudad. De ti depende el que a mí me parezca eso vivible. Yo vivo de ver árboles y agua y alguna perspectiva que no sean los muros áridos ni casas amontonadas.

Te extraño mucho, Dana, te echo mucho de menos, quiero que halles tú una resolución campesina para mi pobre vida de Nueva York. Decirme por telegrama el nombre de mi cónsul general[137] allí. Ya no lo recuerdo.

Ahora viene una cosa delicada. Favor de no indignarte por esto. Dime: si mi corazón sigue malito ¿tú podrías ir a esa oficina a veces, dos veces por semana, para hacer algo, para «cumplirle» algo a esa gente? Tal vez me dejan escribiendo en tu campo; pero yo no conozco al jefe; sólo recuerdo, muy vagamente, que fue uno

de los favoritos del Militar (Ibáñez) que me maltrató durante la otra presidencia de mi matón. (Rompe esta carta enseguida, dear.) Contestarme sin cólera y con absoluta franqueza, dear. Tal vez podría yo encontrar —y pagar— a una persona que fuese por mí a la oficina. Sólo así mi vida allí sería posible. Procura ganarte al chilenote que tú tengas allí.

No te mando cheque porque tú puedes hacerlo y firmarlo. Para tus gastos. Favor de comer bien y de no perder tu vida con amigas tontas. Hasta luego. Dios te bendiga siempre, siempre.

Gabriela

225. GABRIELA MISTRAL

[Enero de 1953]

Querida mía: llegamos a Florida A.D.G. (a Dios gracias). Yo no tenía idea de la tibieza linda del clima: es como un comienzo de verano. ¡Qué pena que tú no hayas venido, qué pena!

¿Qué haces tú? ¿Y qué hace la gatita? Hazle tres cariños por mí. También ella se merece esta tibieza del aire. Estamos en una buena casa. Hoy almorzamos afuera.

Me harán mucha falta, las dos más tu casa. Procura escribir seguido para estar yo tranquila. Te ruego esto: pocas palabras, pero que yo sepa cómo estás.

No recuerdo las medicinas que yo debo tomar. Pero han venido.

No tengas intranquilidad por mí y dame paz escribiéndome dos veces a la semana.

Lo de Dulce María fue esto: brutalmente y sin choque alguno, dijo a la compañera que nos fuésemos al hotel. La razón puede ser el que yo hablé con María Blanca, una vieja amiga mía a quien ella detesta. Cuando le pregunté por ella me respondió esta grosería y esta maldad: que vive en amores con una muchacha. La linda Dulce injuria sin escrúpulo alguno, como un carretonero. La pobre mujer me citó o yo la cité para vernos a la orilla del mar. Ella lo supo y su cara se volvió de demonio. El hombre es peor que ella. Esa pobre mujer tuvo antes de Batista altos empleos. Fue a Chile con rango de embajadora de Cuba a nuestro centenario, con rango de eso. Antes, en los tres viajes míos a Cuba, siempre ella me buscó y me mostró su capital. Yo no sé cuál de los dos es el peor; él es un bruto y ella, en la cólera, se vuelve también un animal. Sin razón alguna, dijo a la muchacha: «Mejor es irse al hotel». Y nos fuimos. No perdimos nada. Yo comía mal allí y yo no podía recibir a mi gente en su casa. Lo único malo es que yo no asistí a la última fiesta que hoy le hacen a Martí. Por eso ella hablará mal de mí y hallará eco. Son muchos los que como yo creen en esa especie de virgencita hipócrita y plebeya a pesar de sus apellidos históricos. El único fin de su convite debe haber sido sacarme mi voto en la Academia Sueca, dos votos, uno por ella y el otro por Concha Espina,[138] una vieja gagá española. Hijita, yo no recuerdo ya si yo voté por Dulce María. (No voté por Concha Espina.) Y ésta es... académica española, parece. Favor de preguntar a Arciniegas[139] si es la cosa así: que Concha Espina es ya académica y si lo es también Dulce María Loynaz. Porque sobre ambas cosas la mala mujer no me dijo nada claro. Di a Arciniegas que no pregunto esto por estar yo interesada en... la Academia Española sino por entender ciertas cosas en que no puedo ver claro. (Veo casi-casi todo.)

Hallamos casa muy buena. Hemos salido por las calles; me gusta mucho esta ciudad que se verdea entera de árboles. Yo espero, sí, yo espero que tú vendrás aquí conmigo el año próximo si tu pobrecita Gabriela está viva aún. Esto de no tener aquí frío alguno —es una especie de verano dulce— ¡me cuesta creerlo, dear! Ay, por qué no estás aquí.

¡Cuídate, cuídate, cuídate por favor! ¡Escríbeme!

Ahora dame un dato que necesito para corregir algo que parece error en mi chequera.

Te pido que añadas en la cuenta que tú llevas el sueldo de enero y me das tu resultado hasta el 31 de ese mes. Revisa bien, chiquita. Comprende: yo añadí en tu cuenta algo olvidado por ti, parece. Un abrazo, ¡dos!,

Gabriela

226. GABRIELA MISTRAL

Yo acababa de terminar esta carta para ti cuando pasó esto: a la niña no se le ocurrió hacer cualquier cosa de comida. Ella es comodona; y hube de salir con ella a comer afuera. Con gran fineza la dueña de la casa ofreció llevarnos al restaurant para comer. Ella es chofer y tiene más de setenta años, más, casi ochenta. Es fina y hábil. Fuimos (yo apenas comí y sólo quería acostarme). Y al regreso —las calles tienen mala luz— un auto que venía detrás, tal vez de algún borracho, casi se echó sobre nuestro auto. Gracias a Dios el hombre aquel no se nos echó enteramente encima. Así es

la vida, mi amor. Tu recuerdo cayó a mi corazón y pensé: ¡Ay si ella hubiese estado conmigo! ¡Casi no te volví a ver más! A ti, Dana, ¡a ti! ¡Pura pereza, de puro señoritismo! ¡Y la pobre viejecita-chofer de setenta y tantos años!

Te prometo no salir nunca de noche, mi amor. Sí, queda tranquila.

¡Y tú cuídate de esas máquinas horribles! ¡Por favor! Yo no quiero otra cosa que volver a ti.

Abrir mis cartas y avisarme si Marta llega. Y si Victoria[140] consigue salir.

Yo Soy Tuya.

Gabriela

227. GABRIELA MISTRAL

[1953]

Doris, niña que era mía:

Hace muchos días que yo estoy escribiéndote esta carta mentalmente. Por respeto de ti no la mando pero vuelvo a pensarlo y esto va... hacia la locura.

Yo te agradezco infinitamente cuánto has hecho por festejarme, por pasearme y sobre todo por hacerme ver novedades. Vivo en el asombro de que tú no entiendas nada de nada de la realidad. Yo vine por vivir contigo un tiempo largo. Yo me pensé muy dichosa, en un lugar «de Naturaleza» y sobre todo de compañía tuya, pura compañía, sin obligación de ocuparte de la comida —porque hay

restaurantes— de darme compañía porque la única compañía que yo he pensado al venir contigo ha sido la tuya.

Yo he callado todo esto, yo lo he aceptado como una especie de «teatro cotidiano», Doris Dana. Pero los teatros no deben durar nunca mucho tiempo.

Yo sé que estás contentándome mientras lees: «Yo no puedo estar contigo todo el tiempo porque yo trabajo en la televisión». No debías haberme traído aquí ni a parte alguna, Chiquita. Podrías haberme dicho la verdad: «Yo no tengo tiempo de estar contigo. Vuelve a tu país». A pesar de que yo no tengo casa alguna, eso habría sido mucho mejor que engañarme por meses y años. No se hace eso a un ser que no es una idiota, que sólo es una distraída, pero además una persona de buena fe a la cual se engaña como a un niño y por largo tiempo.

Favor de pensar en que yo tengo la obligación de estar en algún punto fijo, favor de pensar que lo único que necesito es de una buena criada, favor también de saber que yo he entendido por fin que tu sola preocupación y decisión es la de quedar sola y mandarme depositar en algún punto «como un bultito cualquiera».

2ª Cosa: yo debo irme ya. Por favor, Doris, yo debo salir hoy o mañana y en definitiva. Yo debo escribir una pila de oficios para no quedar mal con el ministerio; yo debo irme mañana o tal vez hoy mismo. Yo veo y entiendo desde hace rato mi situación. No es que no la comprenda, es únicamente, que no tengo con quién irme para buscar una pensión buena, de buen comer pero con un poco de silencio para mí.

Resulta ahora que ni aun contestas a lo que te escribo. Parece que tendré que irme aun sin despedirme de ti.

Me ha dado el Viejito loco la misión de vivir errante, y hablando de él, parece, de su gobierno. Yo no tengo la lengua de tu país y

me voy a ir, de Judía Errante, dándole gusto, pero no en este país, a causa de lo dicho.

Yo había pensado, locamente, en un viaje por varios países, contigo. ¡Qué gran ceguera tengo yo para ver a la gente!

[Inconclusa en el original.]

228. GABRIELA MISTRAL

[1953]

Danita mía: quiero decirte —preguntarte— si tú puedes o no acompañarme hasta el punto que te he indicado. Yo sufro el invierno de más con mis dolores de piernas y el ejercicio que debo hacer me ayuda bastante.

Además yo necesito cumplir con las conferencias desde aquí hasta donde tú sabes. Yo no estoy como hace dos años ya, querida.

Sucede, querida, que hoy se me ha caído todo el peso de mis tres muertos[141]. No sé por qué. Es como si yo estuviese delante de los tres, Dorisín.

A ti te hará bien eso de ver partes bonitas de otro país. Yo no me siento bien: son los huesos, también hoy siento fuerte los huesos de las rodillas.

No estaremos mucho tiempo.

Si alcanza el dinero iremos a ver mis casas.

229. GABRIELA MISTRAL

[1953]

Mi Doris que se escapa de mí:

Quiero decirte esto: tengo interés, por ti y por mí, en que mires y veas con atención la tierra menos lejana de Nueva York que podamos atravesar en esta excursión. Igualmente el pueblecito al que pertenezca esa tierra bonita.

Si a las dos nos gusta la misma, creo que podríamos comprarla. (Tú sabes que a mí no me gusta lo demasiado urbano.) Yo no recuerdo si tú invertiste o no nuestros dineros. Si es así, decírmelo para no apegarme a nada. No importa que tenga casa fea: eso se arregla poco a poco.

Todo esto si es que tenemos algo para pagar la mitad o un tercio.

No lo olvides.

Gabriela

230. GABRIELA MISTRAL

[1953]

Chiquita Doris: sé que esta carta va a ser para ti desagradable. Yo te ruego que tú la leas con calma y recordando que los hispanoamericanos somos una gente que tienen reacciones raras. Tú no conoces todavía unas reacciones mías que te harían sorprenderte y también no entender. Una de estas, la carta presente pertenece a esto.

De pronto, yo he tenido esta noche una presencia de Yin que me ha despertado bruscamente.

Yo he soñado a Yin de una manera penosa para mí. Él me ha dicho que yo lo he olvidado y me desperté bruscamente y me he quedado pensando muchas cosas. Al fin he quedado viendo —creo— la razón de esto. La cara de él era muy seria y me hablaba pero yo no le he entendido. Me decía que yo no tenía nada de él conmigo ni la casa donde él vivió conmigo. No sé decirte y no sabré contarte su cara y la expresión de ella. Por fin yo le dije: ¿Qué quieres chiquito? ¿Es verdad que has venido, que eres tú? Y, con la misma expresión que no sé expresar me dijo: No tienes nada de lo que tenías para acordarte de mí.

A mí se me trabó la lengua. Yo sólo miraba su rostro, el mismo suyo, que he visto varias veces, en el sueño siempre. Pero esto era tan fuerte esto que, como siempre cuando lo veo en sueño. Le dije como otras veces:

Tuve valor para hablar y me senté en la cama.

Había bajado la cara y así y así me dijo: Vas a vender todo lo que era mío y te vas a olvidar de mí.

Yo no podía más y le dije con un habla que no parecía de mí: Chiquito, eres tú, ¿por qué me hablas así? Quería yo y no podía hablarle claro sino como cuando se balbucea. Yo temblaba y quería y no podía pensar si le respondía o no. Él seguía fijo, fijo, mirándome. Le dije al fin con un habla cortada de puro miedo: Tú no quieres que yo venda eso. Siguió: Buda has perdido todo lo mío y no tienes nada.

Y aquí, en este punto ya no pude más hablarle. Estuvo fijo y no sé cómo desapareció.

Es muy tarde y no puedo dormir con esta cosa tremenda. Sigo pensando y pensando y no veo otra cosa sino que ha venido y que

lo que ha dicho no puede ser sino de la casa tuya. Él era, te lo he contado, muy celoso, Danita. Esta es la cuarta vez que me habla, y me queda una impresión tremenda porque es él, sólo que no le veo sino la cara, pero le oigo todo.

De sus palabras no entiendo sino esto: que yo me he separado de él, porque yo iba a su sepultura con frecuencia en mi país[142], y aquí le rezo mucho menos. Pero además, te lo digo con toda verdad, nunca me había hablado así, como celoso, con un tono nada cariñoso, Doris.

Yo cuento a poca gente estas cosas. Se reirían de mí. Pero a Palma también le habló hace tiempo. (Ella lo adoraba.)

Querida: te pido un favor: no salir como pensábamos, dejar que yo olvide un poco esto.

Además; qué mal día, le he mirado a esa mujer que tú tienes una cara de esas que me dejan muy nerviosa. Será mejor que nosotros salgamos de tu casa y vamos a almorzar o a comer afuera; a los [chulanpé].

[Inconclusa en el original.]

231. Gabriela Mistral

[1953]

Danita, la que siempre se va:

Aquí estoy, otra vez sin ti. ¿Cómo llegaste? Favor de ocuparte realmente de tus asuntos. No regales a la gente que no es realmente pobre o que tiene lo mismo que tú o más que tú. Yo no tendré una paz verdadera, una tranquilidad linda hasta que tengamos a

lo menos el doble de lo que habemos hoy. Perdona el que te repita esto. Pero, óyeme y obedece: no ahorres nunca en tu comida: yo quiero verte gordita, pero sobre todo tranquila y no afligida por deudas. Perdóname la insistencia. Tú y yo podremos darnos el gusto de dar cuando nuestra libreta tenga a lo menos cinco o seis mil dólares y cuando, por esto, tú puedas ahorrar cada mes algo que no sea una mera gota o sea unos cuatro reales. Dame tranquilidad en lo económico. Tampoco quiero vender una casa sin reemplazarla con otra mejor. Perdona mi insistencia; yo no viviré tranquila hasta que nuestra libreta llegue a los diez o doce mil dólares…

Ahora te diré cosa que tal vez no te agrade: cada vez que yo quedo sin ti me pongo a pensar… en irme a Chile. Sólo me retiene el pensar que si me voy tan lejos no te veré nunca más: ¡qué horror, dear! Tú no sufrirías de mi ausencia: tu trabajo + tus amigos y amigas volverían a llenar tu vida. Yo desaparecería en ti y en tu vida después de un año; todo lo vivido iría borrándose en ti sin remedio. Yo no quiero vivir eso; no podría vivirlo, Doris.

Un encargo: quiero que «me hagas escribir», acabar, rematar ese «Poema de Chile». (No lo traje, lo olvidé, parece.) Voy a ensayar en estos días el volver a escribir para la prensa de algunos países nuestros. Por consolarme un poco de tu ausencia. No puedes tú saber cómo mi ánimo cae en cuanto tú me faltas. Me doy cuenta de que tú todavía ignoras eso.

Gracias por lo vivido. Estoy enojada hoy recordando que nada pasó. No acabo de entender esto. No volverá a pasar.

Tu Gabriela

232. Gabriela Mistral

[1953]

Querida: yo me voy porque vine para estar contigo, no para lo de siempre: hallarte con gente ajena. Me voy ya por esto. Vuelvo a decirte que escribas y leas. No se puede escribir sin leer constantemente. Te dejo algo, sesenta dólares. No olvides que tú debes decirme en tus cartas cuándo es que precisas de dinero. Puedes decírmelo antes de que yo me vaya.

Ojalá tú puedas llegar por mi casa. Yo no puedo venir a tu ciudad con frecuencia.

Chiquita mía: he estado fojeando la libreta. Ella seguirá siendo asunto de nosotras dos; pero yo tengo que encargarte algo. No saques cantidades grandes hasta que yo salga de este asunto: hallar para nosotros una casita en el campo. Yo la necesito de verdad. Yo detesto las ciudades. Como tú las quieres tú dispondrás de la casita que yo halle lo mismo que de la tuya.

Tú habrás observado el que yo no escribo nada que valga la pena en las ciudades.

Yo deseo que tú tomes todo el dinero que necesites para comer y vivir, especialmente para tu médico y tus medicinas. Lo último debe ser para ti lo principal.

Es por esto que quiero vivir en el campo más que en la ciudad. Pero viviré contigo por dos semanas al mes cuando menos.

Te encargo que tú veles (cuides) por que yo tenga siempre en caja el valor de lo que cuesta un entierro —sepultación— en tu país. Yo no quiero cargarte a ti con ese gasto grande.

Si manejamos bien el sueldo mío habrá lo necesario para ahorrar en cada mes una cuota para esta cosa triste y segura que ha de venir.

Pagadas tus deudas —por las dos— se podrá tener una cifra intocable para mi entierro. Yo estaré tranquila sobre ese asunto feo y fatal.

Quiero que compres libros y que leas constantemente. Observa que cuando yo no leo no escribo. Esta cosa es mala.

Acepta estos consejos y pedidos. Compréndelos, hijita mía. Un beso,

Gabriela

233. GABRIELA MISTRAL

[1953]

Querida, tan querida:

Llegamos bien. Y las visitas ya comienzan. Me temo tener demasiadas.

¿Qué haces Danita, criatura querida? Me haces mucha falta. Suelo pensar que la dicha de haberte encontrado es tan grande como la pena de perderte. Aunque se trate de unos días estos serán muy largos para mí. Te echo de menos a cada momento. Veo aquí que la moneda no es tan alta como parecía. Llegamos bien, querida, con frío.

Mañana comienzo la [...].

En las prensas nuestras muchos desde 9.41 y hasta 49 y 5 [sic.]. No creas que voy a escoger con precipitación. Te pienso a cada momento. Tú deberías haber venido a acompañar a tu hijita, pero tú no das ayudas más importantes [sic.]. Te espero para cuando

yo haya encontrado tres o cuatro para elijas [sic.]. [Sabe que hago todo, esta cosa, tu pensamiento puesto en ti.] Sigo mañana este asunto que tanto te importa a ti como a mí. Tú puedes escoger. La gente, como antes, me parece cordial y serviciales y buenas, muy personas.

Estoy cayéndome de sueño. Ay, si tú estuvieras aquí todo sería fácil. Pero tú me dejas solita en los asuntos más serios.

Ahora voy a... otras y otras.

Un abrazo de tu hijita Gabriela. Tu Gabriela de aquí.

[P.S.] Querida: léeme los oficios, son importantes.

234. GABRIELA MISTRAL

[Diciembre de 1953]

Dorisín:

Acaba de telegrafiar mi subsecretario que he sido nombrada cónsul en Florida. Gracias a Dios, chiquita mía; pero ahora temo que tu país no me dé el «exequatur». Yo necesito absolutamente saber esto y tú vas a averiguar enseguida con tu amiga del Departamento de Estado este punto delicado. Mi alegría es muy grande pero también es grande mi intranquilidad.

Gracias a Dios, chiquita, porque estoy helándome en esta casa sin calefacción.

Yo espero, Doris, que tú no me falles y... espero que me enseñes inglés... Yo siento gran simpatía por esa región. Es tu horrible Nueva York lo que yo detesto, sólo ella, créelo.

¿Estás contenta de verdad, hijita mía? Dímelo.

Todavía estoy medio aturdida por esta noticia. ¡No me la esperaba así de buena! Me retiene la alegría, me perturba esa duda de la aceptación de tu gobierno. Di a tu amiga, por favor, que tú estarás conmigo y que eso es una garantía grande para... el Departamento de Estado...

Todo esto me parece un sueño, hijita. Yo dudaba mucho, a causa de Ibáñez. Ayer y anteayer entregué este asunto a... ¡San Antonio! Mi amiga Sixtina ha traqueteado —luchado— por esto junto con el subsecretario, en Santiago con Eduardo Barrios.[143]

Tenía yo una gran preocupación de dejar detrás de mí los bultos de libros y de perderlos.

Naturalmente tu gatita parte con nosotras, dear. Está tranquila tú.

Ahora viene esto muy importante. Tu gatita debe partir por avión, antes que nosotras, previo aviso telegráfico que yo te mandaré. Tú hallarás manera de tenerla contigo hasta que yo llegue. De Nueva York ella y tú bajarán con nosotras a la península de los naranjales. ¡Gracias a Dios de nuevo!

Yo haré una pausa en tu ciudad para comprarme ropa. Tú también harás eso junto conmigo. Qué bien que tú salgas y dejes atrás el invierno feo de Nueva York.

Yo iba a mandarte un cheque, Dorisín; pero recuerdo que mi cuenta está a tu nombre también. Gira, pues, para todos tus gastos y procura llevar a Florida buena ropa.

Favor de ponerme un cable con la respuesta de tu amiga del Departamento de Estado tan pronto como puedas, hijita mía, consultarla. Ha costado bastante que salga este asunto de mi traslado, hijita —que salga de Chile—, y estaré preocupada hasta saber si tu gobierno me acepta.

No sé si tú querrás salir pronto y antes de que yo llegue hacia Florida. Creo que es mejor que nos esperes en Nueva York. Pero haz lo que mejor te parezca. Yo no sé si en esa zona cuesta hallar casa.

Mi proyecto es este, vida mía. Que compremos una casa con tierra —con huerto— allí. La oficina tendrá poco movimiento. Podemos tener en la oficina a un muchacho o muchacha latina a fin de vivir en la casita con huerta. Allá debe haber transportes rápidos desde los pueblecitos hasta la ciudad. Dime cuál es la capital de la Florida —Tallahassee o Jacksonville—. Si tu gente no me echa, me moriré allí, al lado tuyo. Averiguar cuál de las dos ciudades es el asiento de los consulados. Gracias a Dios, hijita. Escríbeme pronto.

Tu Gabriela

1954

235. Gabriela Mistral

[Enero de 1954]

Doris querida: en este infierno en que me hacen estar de arriba para abajo y de este a oeste y de norte a sur, yo pierdo la paciencia.

Necesito de ti que me expliques esto. Faltan tres meses para asistir a las «Naciones Unidas».[144] Es demasiado tiempo para no hacer nada y es demasiado caro para quedar donde estoy durmiendo hoy. ¿Es que tú puedes o no dejarme vivir en esa casa tuya junto con la compañera, por un mes, pagándote el arriendo? Dime esto con toda claridad y pronto.

En marzo funciona lo de las Naciones Unidas en Nueva York. Son veinte días de funciones que añadir a los tres meses. Si tú aceptas yo te pagaría también estos meses. El total serían, pues, cincuenta días, casi dos meses.

¿Cuánto me costarían esas dos cosas? Yo necesito saberlo, Doris, para comprar o no comprar ropa que yo necesito —ropa gruesa ahora, delgada después—. Yo creo que tú aceptarías vivir con nosotras a lo menos la noche si es que tu día está tomado, pero no estoy nada segura de esto. Necesito tener enseguida tu respuesta.

Después de recibir el pago de Santa Bárbara, completo las cosas serán diversas porque yo pondré ese dinero en una casa que sea buena, aquí, en Nueva Orleans desde donde te escribo.

Para mí, realmente, es una calamidad lo que me ha caído a la cabeza porque soy un ser tan lento y toda la vida americana

son carreras para norte, sur, este u oeste. Tengo que aguantarme todo esto que detesto a causa de que no he trabajado por mucho tiempo.

Sé que las Naciones Unidas van a funcionar en países o ciudades diferentes. Figúrate hacia dónde habrá que ir en los años siguientes, imagina si puedes. Y yo, que no creo en que duren las Naciones Unidas voy a sacrificar dinero, mal clima y al silencio que es mi musa, ¡y muchas cosas más! ¡Qué horror!

Lo peor para mí es no tenerte a mi lado, ni verte nunca y saber que de más en más yo iré perdiéndote.

Dime cómo van tus asuntos y si necesitas dinero. Respóndeme pronto. Mañana tengo que visitar a mi cónsul de aquí, no al otro, el... tuyo. Todo esto me da una gran cólera. ¡Yo perdí enteros seis años en la tal Sociedad de las Naciones![145] Y ahora será lo mismo. (Y otra cosa he perdido que me duele más.) Nosotros estamos en una casa —sólo un cuarto— en San Charles, Av. 3711. Anota esto.

Tu Gabriela

[P.S.] ¿Cómo anda lo tuyo?

236. GABRIELA MISTRAL

[Febrero de 1954]

Querida: vuelvo a escribirte. He amanecido sin fuerza alguna, como me ocurre en los inviernos de tu país. Pero esta vez, querida,

es peor para mí el frío. Fuerza ninguna, el cuerpo malo como cuando se ha estado en cama por meses.

Creo que debo salir de aquí enseguida e irme a lo de «Las mujeres locas». Pero voy por constatar si me alivia o no, si me da la fuerza que me dio antes.

Contéstame por telegrama (cable) si tú quieres ir conmigo. No quiero ir sino contigo: comprende esto, Doris. Voy a ensayar por un mes allí.

Creo que ese clima también es bueno para ti. (Procura recordar si fue en esa ciudad donde yo compré una casa, hace años.)

Todo esto te lo pido, «de urgencia» pronto.

Un abrazo,

Gabriela

237. GABRIELA MISTRAL

[1954]

Danita: encomiéndate al lindo Santo que hace todo y que es San Antonio, el italiano, Doris, es maravilloso. Hazlo por mí.

Yo tengo en este día un pesimismo muy grande respecto de todo. Si no estuvieses tú lejos me lo curarías enseguida, pero estás ya muy lejos.

No veo nada claro sobre un empleo para mí. Tu viejo[146] me ofreció darme algo, pero debe haber sido algo en Chile tal vez. Lo único que recuerdo en este momento es que no precisó nada, pero que se trató, eso sí, lo de que yo lo defienda a él con artículos, cosa

fatal porque la gente chilena parece que no quiere sino que se vaya. Creo que respecto de mí piensan lo mismo.

En este momento sólo recuerdo el que me ha hablado sólo de asistir a las Naciones Unidas. Y que yo lo alabe en tu país. Estoy en este día muy sin esperanza, hijita.

Yo sé que en Chile también yo dejé casa o casas.[147] Pero temo de la robaduría de mis criollos. Procura, hijita mía, asegurar lo de esas casas mías. Y si por azar te hablasen de la posibilidad de enseñar en este país, diles que sí. (Me refiero a trabajo para mí.)

En este momento yo recuerdo que tu viejo es hombre serio y sé que voy a hablar bien de él, a pesar de que eso es muy difícil, porque la prensa de Nueva York ha contado lo dicho por él sobre los EE.UU. Si tú obtienes arreglar el asunto casas en tu país —las casas mías, digo—, yo me aliviaría, tendría esperanza, pero eso es cosa bastante difícil. Ojalá tú puedas arreglar lo de esas casas de California. Si estas cosas fallasen, yo te pido intentar, en todo caso, intentarlo. Yo no recuerdo nada sobre el precio de esos arriendos. Respecto de mi sueldo de Chile si es verdad que está a salvo yo respiraría, Danita; pero no creo las cosas sino cuando las veo. Perdóname. Yo deliro cuando tú no estás conmigo. Habría que saber si algún periódico de aquí quiere arriesgarse habiendo sido publicado ya antes, la barbaridad. En tal caso, sólo quedaría lo de llevar el artículo a un diario de otro país. Perdóname: me pasa que, cuando tú no estás a mi lado, yo me pongo a pensar todo lo peor, Danita.

Vuelvo a esas casas mías. Si las ves ya «muy malitas», sería cuestión de rehacerlas evitando precios locos que no podemos nosotras pagar.[148] Es decir habría que gastar lo necesario. Inventaríamos eso a fin de no perder el dinero que ellas dan. Si es verdad aquello de que me mandarán a las Naciones Unidas, lo veo dudoso: no sé si de veras estoy nombrada para eso. El cónsul ese, el traicionero, no

creo que me ayude para obtener algo que él mismo no ha ganado de veras. En este momento recuerdo que el cónsul nos dijo, muy seguro, que eso estaba arreglado... (Yo estoy esperándote para que me ayudes también en esto. Recuerdo en este momento que algo yo he hecho ya respecto de esta barbaridad.)

Perdona esta carta nerviosa. Hasta pronto, querida,

Gabriela

238. GABRIELA MISTRAL

[Marzo de 1954]

Querida y pensada a cada rato: no tengo ninguna noticia tuya aunque tú sabes donde estoy.

Yo sigo pasado mañana hacia Nueva Orleans. Tú ya te vas habituando a que yo viaje sin ti y seguirás buscándome compañeras. Este camino va a continuar, parece. Yo necesito saber pronto si esto va a continuar.

Yo entiendo perfectamente que tú eres libre pero yo tengo, en algunos casos, que molestarte. Por ejemplo: yo pienso aprovechar mi bajada al mar para observar si, como otras veces, él me alivia el corazón. No anda bien. Si yo me aliviase allá, pediré al gobierno mudarme a cualquier punto del mar. Dos veces él me ha mejorado claramente. Si esta vez pasa lo mismo, yo haré eso. Recuerda que hay mar al frente de donde vivimos. Yo he deseado varias veces, de ir, ir a observarme en el mar nuestro. Creo que tú no pudiste llevarme. Por esto pediré a la compañera llevarme a la playa mañana.

Quedaré ahí si hay una pensión a la mano. Te avisaré el resultado. Creo recordar que también hay casas sobre el mar frente a nuestra casa. Digo mal: en la playa del frente pero abajo, en la costa.

Decirme pronto si tú podrías o no acompañarme en uno o el otro de estos dos frentes marinos.

Yo observo que la menor subida me pone sensible el corazón, incluso tres peldaños de escaleras. Sólo puedo con dos.

No me gusta esto: yo duermo en el cuarto de la niña de Roma[149] y esto es un poco fastidioso y es injusto para ella. Yo nunca duermo sino en cuartos de persona con la cual tengo mucha confianza. Recuerda tú esto para otra vez.

Creo que tú no me escribes porque andas muy ocupada. Tal vez yo pueda tener cosas que consultarte o que decirte en días más. Si hago eso procura contestarme sin demasiada tardanza.

Volveré a escribirte desde el mar. Cariños. Cuida de los gatitos.

239. GABRIELA MISTRAL

[Marzo de 1954]

Querida mía: aquí estoy todavía, pero la niña ya tiene listas las maletas para Nueva Orleans. Nada de tibieza en tu ciudad, cariño mío. No te preocupes por mi obsesión de Nueva Orleans. Eso se llama solamente «frío». Mejor dicho, falta de sol. Si aquello me gusta realmente, yo quedaré allá no toda la estación. Yo sé que no podré estar, que no querré quedar tanto tiempo lejos de ti. Yo lo sé muy bien. Haz también este intento por ver el valor de la propiedad en el sur. Te prometo, en todo caso, no dañar tus planes en ninguna forma.

Te añado aun que te ayudaré a pagar tus deudas poco a poco. Está tranquila, Deina buena.

Te echo mucho de menos. Y me duele un poquito el que tú no comprendas bien hasta hoy lo que es el invierno para mí. Por ahí, en un almanaque me hallé una vez con esto: que los nacidos en abril —zona chilena— no debemos vivir en tierra fría. Pero, te repito, si llego a comprar algo será para vivir allí una temporada larga de tres meses.

Yo ignoro aún cuánto debes. Decírmelo. Lo que hago es una prueba, un ensayo de si hay en tu país un lugar para gente reumática que no sea demasiado caro. Además, por que tú puedas arrendar tu casa de allá. Yo no digo siempre todas mis razones. No sé por qué. Tal vez esto viene de que tú no comprendes ciertas cosas mías. Olvidas demasiado mi edad. Todos los viejos se hielan. Pero yo me helaba desde Montegrande…

A pesar de todo lo dicho, te añado el que, por tener poco dinero, tal vez me fracase esta operación. Son muy caras las casas en tu país.

¿Qué hace la gatería? ¿O el gaterío? Parece que tú quieres volverte abuela.

Te mandaré mi dirección en cuanto llegue.

No te olvides de mí, querida. ¿Ha llegado carta de la Votoya?[150] Dímelo. Dios te cuide. Yo te siento todo el tiempo: casi te tengo.

¿Por qué no me has escrito? Hay carta de ¿Santa Bárbara?

Tu Gabriela

[P.S.] Creo que, puesto que el cónsul atrapa todo el trabajo —cosa peligrosa para mí— y que no me gusta nada, tal vez yo pueda bajar a la playa. Tengo una idea vaga de que la altura aunque no

sea muy grande influye mucho en mi corazón. Será muy útil el que yo observe esto.

Llámame por telegrama si se presenta alguna cosa en el consulado. Yo te responderé enseguida.

240. GABRIELA MISTRAL

[Marzo de 1954]

Muy querida Doris: estoy en la ciudad de las Locas (Nueva Orleans). Llegué malita —con un fuerte dolor de cabeza— y sigo lo mismo —igual. Ayer vinieron las que yo llamo «Mujeres Locas». Yo dormía y no las vi.

Tú recordarás, Doris, que a mí me gusta esta ciudad. Tú recordarás también que tú, contra toda mi voluntad y por un deseo de molestarme, me has mandado con la persona que a ti te encanta. Es lo justo que, por encantarte, tú la llames a tu lado. Me asombra el que no la llames y que la hayas endosado precisamente a mí. Es una burla indecible que no creo merecer. He esperado todo este tiempo que llamaras a la mujer. No lo has hecho, es decir sigue la burla.

Yo voy a buscar aquí una mujer que me sirva. Yo no he dado maltrato a tu favorita, pero la paciencia no es eterna: se acaba, Doris. Tú sabes que a mi Viejo[151] —el tuyo— se le ha ocurrido esta cosa necia pero que sigue mandándome: el viaje mío por... casi todo el mundo dando conferencias sobre Chile y... sobre él. Por esto no puedo darte mi dirección estable. Si llego a un lugar que me guste te la mandaré. Es pena que ese lugar no sea esta ciudad alegre y llena de jardines.

Es cosa segura el que, después de cumplir siquiera una parte de ese viaje por tu país, yo me vaya a hacer lo mismo en Europa. Esto me consuela. Yo sería muy feliz de esto si voy contigo.

[Inconclusa en el original.]

241. GABRIELA MISTRAL

[Marzo de 1954]

Doris: yo siento mucho darte un fastidio pero no tengo a nadie que me conozca y que comprenda mis problemas: los de salud, los de mis gustos y los de mis fondos que son pocos.

Esta ciudad de Nueva Orleans vuelve a gustarme mucho; camino por ella con gusto y en la otra ocasión, cuando yo viví aquí hace años, muchos, recuerdo que también me gustó la gente local. (Yo andaba con una terrible mujer ladrona y sólo dejé esta ciudad por escapar de ella; no era Coni, pero era latina y casi peor que ella.)

La pregunta que te hago es esta: yo pensaba pedir esta ciudad. No puedo: hay aquí un cónsul muy buena gente, él y su mujer. Pero lo peor es que ya me hicieron ese nombramiento para la Terrible.[152] No conozco a persona alguna en el ministerio que comprenda mis razones. Nadie de allí (el ministerio) me conoce. Por lo tanto no me queda sino aguantar y quedar en esa zona hasta que alguien de Chile, que pertenezca a los del gobierno, llegue a este país y obtenga para mí un traslado a Europa, a Italia tal vez.

Mi pregunta es ésta. Yo ignoro enteramente si hay muy cerca de tu ciudad pueblecitos que tengan recursos y donde haya algún médico siquiera. Necesito los nombres de esos pueblos. No te pido que pierdas tu tiempo en ver esos pueblos. Si no conoces tú esos pueblecitos puedes preguntarle sobre ellos a tus amigas.

Yo sé que tú estás muy ocupada y sé que no debo pedirte nada personal. Yo iré con alguien a verlos. Ese alguien tiene que hablar o entender español. El trabajo que le daré será solamente unas tardes para recorrerlos con toda calma, por verlos bien y observar un poquito a la gente. Como me canso de andar tendría que buscar varios y observarlos bien.

Si tú tampoco tiempo tienes para esto, decírmelo enseguida porque no puedo seguir sin trabajarle a mi gobierno en el cual yo no conozco a nadie, repito. Esto es lo que me preocupa.

Yo sé que ya estoy nombrada para tu ciudad, pero sé que no debo volver a ella. (Favor de no decir nada de esto al cónsul.) Lo único que te pido es lo dicho. Yo creo ignorar enteramente esas poblaciones chicas alrededor de tu ciudad. Esta diligencia no será corta y por lo mismo debo hacerla enseguida. En cuanto me respondas por teléfono yo saldré de aquí hacia Nueva York. Es preciso que me acompañe Gilda y ella se irá pronto. La criada yo la buscaré cuando ya encuentre casa. Dicen que hay gente nuestra desocupada pero en Nueva York. Por esto es que te molesto. Favor de mandarme una lista de los pueblos y manera de llegar a ellos.

Perdón de darte este fastidio, Doris. No tengo persona que me ayude y que conozca eso.

Gabriela

242. GABRIELA MISTRAL

[Marzo de 1954]

Querida: perdón por la tardanza: nos vinimos aquí (Nueva Orleans) buscando sol y hasta hoy no sale... De seguir así —me da rabia— habría que devolverse. Pero la gente dice que esto no seguirá.

Sabes que estamos en Nueva Orleans —¡yo no lo sabía, no!—. Esperamos seguir viaje pasado mañana. Si sigue lloviendo habrá que suprimir el viaje y regresar. Yo necesito del Mar no de Nueva Orleans.

Te escribo fatigada sin causa. Acabo de recibir tu carta. Muchas gracias.

Yo apenas te vi y escuché en mis últimos días. Entiendo perfectamente que sigas con fervor tus diligencias; pero no entiendo el que en los últimos días precisamente yo apenas te haya visto. Parece que tú nada sabes ni comprendes de lo que yo soy y pienso y deseo. Por primera vez he entendido algo de la realidad que yo vivo a tu lado, la realidad de una especie de vida absolutamente nueva: nuestra vida de hoy. Un beso a los gatitos.

Gabriela

243. GABRIELA MISTRAL

[Marzo de 1954]

Querida Doris:

Llegó, al fin, carta tuya y no cinco rayas como fue la otra.

Me gusta que reúnas a tus amigas y te alegres.

Procura darte cuenta (entender) cuál ha sido la causa de ese bloqueo. Esto es importante. Debe ser eso que llamamos nosotros «un paro de las potencias». La Iglesia Católica llama «potencias» a «la memoria, la inteligencia y la voluntad». Yo lo que sigo perdiendo es la memoria, casi por entero; las otras me acompañan todavía. No olvides darte cuenta de cuál de esas grandes señoras se te portan mal. Y no caigas en pesimismo de nuevo, ¡por favor! Es cuestión solamente de que tú te ayudes a ti misma. Realmente, no se puede curar eso sino a golpes de voluntad, decisión y... de «Gracia de Dios». Retiene esto, Doris Dana.

No sé cuándo nos iremos, pero será pronto. (Recuerda que estamos en Nueva Orleans.)

Gracias por atender a los gatitos. No los olvides.

Leo en un diario que, a pesar de nuestra tremenda deuda, en Chile suben los sueldos. Me da calofrío porque la economía del Estado está siendo manejada de un modo horrible e insensato. Ve el precio del dólar allá o mejor pregúntalo al cónsul. No recuerdo cosa peor ni igual en el pasado.

Tal vez yo procuraré ahorrar algo de regreso. Nada que disminuya nuestra comida ni nuestra lectura de libros nuevos, Doris, pero un orden perfecto después que tú hayas pagado tus deudas. Dios nos ayude en eso.

Piensa un poco en esto. No sobra ver en claro las cosas; ayuda eso mucho para la ordenación de la vida. La tuya no ha sido ordenada; tampoco la mía.

Todo lo dicho no significa, Doris, el que yo vaya a dejarte sin dinero, no. Yo te debo muchas cosas que son dinero.

Vuelvo atrás: el dólar se cotiza ahora en Santiago a 2.922 pesos chilenos. Es un horror eso.

Te consulto algo para que tú lo pienses aunque sé que esta carta te llegará allá casi junto conmigo. Yo quiero invertir ese poco de dinero que tengo en una casa. Algo estoy procurando saber aquí sobre el valor de una casa pequeña pero con tierra que puede ser comprada para vivir en ella o para arrendarla. No tengo maduro esto aún pero estoy preguntando el precio de ella. No sobra que tú me digas cuántas deudas tienes tú todavía. Dime toda tu verdad sobre esto. En todo caso, no vuelvas a hacer deudas: amargan la vida entera.

Es la enorme estupidez del gobierno chileno lo que ha creado esta situación de prequiebra (fallite) en mi loco país. Y encima de esto se habla de subir los sueldos... Parecen insensatos.

Si la casa pequeña en que pienso se hallase más barata y mejor allá adonde vivimos tal vez se pudiese comprar allá. En verdad, yo sólo amo la capital, tan hermosa, de tu país. Pero allí todo debe ser caro. (Favor de decirme lo que debes aún, el monto total.)

Procura saber si llega allá el arriendo de Santa Bárbara o el valor de lo vendido. Si llega cualquier cheque, no mandarlo acá a menos de que yo te lo pida para la compra de algo bueno acá. (Procura entender bien todo esto que te escribo.) Si baja mi dolor de huesos, yo regresaré pronto, pronto. Y cobra al comprador de California, y vela porque el otro pague muy puntualmente los arriendos. Todo esto te digo a causa de esa casi-quiebra de los dineros fiscales en Chile. (Se trata de cosas muy serias.)

No te azores por todo lo que te cuento. (Seguramente mi Viejo[153] hará la mala cosa de pedir dinero a la Argentina.)

Perdona si te he aburrido. Estoy impresionada con estas cosas. Favor también si está helado nuestro pueblo. Cuídate.

Gabriela

244. GABRIELA MISTRAL

[1954]

Dorisín: tengo que irme, chiquita, aunque yo vine por verte y estar contigo y me voy sin saber cuándo volverás conmigo. Te prevengo que no vayas sino a ciudades. Hace años, cuando yo estuve aquí, ocurrían «cosas» con los negros. Te repito: no quedar aquí y volver —las dos— conmigo. No entiendo que andes vagando y que yo no sepa cuándo y dónde te volveré a ver y a estar contigo. Irme sin saber nada de tus planes me duele mucho.

Seguramente no me obedecerás sino que harás tu capricho. Recuerda que yo sólo estoy tranquila cuando estamos juntas.

¿Por qué, para qué sigues caminando por lugares que no conoces? Óyeme: parece que tú quieres comprar una casa en esta zona.

245. DORIS DANA

[1954]

Mi queridísima Totilla:[154]

Estoy pensando tanto en ti y viendo tu preciosa cara, llena de picardía, la sonrisa como cuando acabas de tirar una linda nota de la flauta celestial... y estás celebrando la sinfonía...

Estoy trabajando MUY bien, y el drama va adelante. Es un trabajo muy largo, pero me va gustando. El otro drama que es para televisión es ya vendido al mismo programa «Danger». Recuerda

tú que, antes, yo retiré el drama porque los productores han querido hacer un desastre con el cuento. Pero ahora me han llamado que quieren producir el drama como YO quiero y sin cambios. Va bien. Van a darlo por televisión el 8 de marzo, así nuestra Gildita puede verlo también.

Anoche el Negrito salió y quedó afuera toda la noche. No tengo idea si él estaba haciendo «un gallo» como dicen en México a una gatita, o si sencillamente él comió tanto en una casa de los vecinos que no podría volver (está engordando MUCHO). En todo caso, temprano hoy volvió —el pícaro—, después de haber asustado a su semimamá, la gringuita.

Cuídate mucho, mi vida, y escríbeme. Te quiero, te quiero. Reza a San Antonio por mi drama, pero es un rompe cabeza...

Un gran abrazo y un beso,

Gringa de la Gringuería

[P.S.] Va correspondencia en un sobre aparte, por aéreo.

246. GABRIELA MISTRAL

[1954]

Doris: ¿tú sabes mi sorpresa cuando me dijiste de volver a esta ciudad? ¿Por qué me has mandado con esta mujer? ¿Por qué no eres franca y me buscas a alguien que sea una persona decente? La mujer se ha venido a mi cuarto a... hacerse rizos. Le pregunto por qué volvió tan pronto. Me contestó que porque... no ha acabado

de peinarse. Ay, Doris Dana, tú, dime, ¿echas a tus amigas de esta manera?

En este momento, ella vuelve, sí, vuelve. Ay, Doris, yo debería quedarme aquí. Tú estás muy cansada de mí y has dejado y dejarás a esta mujer viviendo contigo.

Concha[155] vendrá esta tarde gracias a Dios. Creo volver mañana, cosa que no te gustará nada; pero yo no debo quedar con tu elegida. Yo debo buscarme una pensión.

No sé qué haré sola yo con ella. En llegando, óyelo, pidió permiso para salir. Enseguida, óyelo.

Yo no recuerdo, Doris, haber hecho la locura de querer volver aquí. Pero ha sido esto bueno porque la salida inmediata de la mujer me ha hecho pensar. Hace un frío grande y tengo un fuerte dolor de espalda. Por favor, llámame para que la espía se vaya. Si no quieres separarte de ella quédate con ella. Pero hazlo pronto. Puedes decirme en un telegrama que el embajador me llama.

Veo muy probable que la mujer —acabamos de llegar— se haya ido de aquí a la ciudad enseguida de llegar. Hace tal vez diez minutos o doce que hemos llegado... Yo estoy en cama por un dolor fuerte de la espalda.

(Tú te quedarás con ella. Yo me iré a otra parte.)

Querida: aquí estoy, adonde me mandaste. Yo estoy segura de que yo no he pedido ni pensado en este segundo viaje: nunca hago estos viajes seguidos. Ahora la criada me cuenta que vino a ver esta casa la esposa del cónsul. Tampoco me has contado esto. Yo lo he ignorado. La fatal china me lo ha contado aquí, hoy. Parece que tú no te das cuenta de la cara, de las maneras y de lo rara que es ella. Tú nunca te das cuenta, nunca observas a ella. Si le tienes miedo, di que tú y yo saldremos por mucho tiempo, o mejor, dile que una amiga tuya te pide tomar la suya por alejarse ella de la ciudad.

Yo he ignorado enteramente la razón de volver aquí habiendo estado aquí hace tan poco tiempo. En este mismo momento, ella me ha pedido permiso para salir, sin decir palabra de qué va a hacer y cuándo vuelve.

Hace demasiado frío y nadie sale con este frío.

Tú no me has dicho palabra de ese viaje de la consulesa. Acabamos de llegar y la mujer me ha pedido permiso para salir. Hace mucho frío. ¿A dónde va ella? ¿Es que tú no sabes que hay mucha vigilancia sobre los extranjeros y sobre todo en el caso de los cónsules y los ministros? Si tienes miedo de echarla dile que debo salir por tiempo largo o que debes salir conmigo. Recuerda que desde hace mucho tiempo yo tengo miedo de esta mujer. Y recuerda que esta criada me trata como si yo fuese criada también.

Si te quedas con ella dímelo claramente para irme, Doris. (En este momento mismo ella se ha ido a la calle.) Estoy sola y aprovecho esto para decirte que hoy particularmente tengo miedo de esta mujer. Será mejor que me vaya yo. Yo había olvidado mi antiguo temor de esta mujer; él ha vuelto por varias cosas. Déjame la libertad de irme de tu casa si esta mujer queda allí. Tú ignoras el enorme espionaje que hay en el mundo hoy. Yo puedo irme a un hotel o pensión por unos días y volver a tu casa después. (¿Has visto alguna vez que una criada tutee a la gente mayor que ella?) Este asunto, Doris, debes resolverlo pronto, hoy mismo. (¿Qué ha ido a hacer, en llegando esta mujer? Yo estoy en cama, acabamos de llegar y ella se ha ido a la ciudad.) Dejo este asunto a tu voluntad.

Sé tú verídica y dime cuál fue la razón de mandarme aquí, no habiendo yo dicho a ti que quería volver enseguida a este lugar. Tú sabes que yo tengo dinero para pagar mi pensión en cualquier parte. Dímelo.

[Inconclusa en el original.]

247. GABRIELA MISTRAL

[1954]

Doris querida: yo tengo más timidez de la que tú sabes. Y por esto pasa el tiempo sin que yo te diga algunas cosas que tú debes saber. Y es que eres nerviosa y veo tus gestos no amigos, no tiernos. Porque nuestras reacciones son enteramente opuestas. Escribiéndote no veré tu cara de disgusto o de tedio a de antipatía.

La única ambición que yo tengo hoy es la de tener una casa donde no me hiele. Pedir la calefacción, no anda porque yo sé que los patrones quieren ahorrarse eso. Procura tú, comprar un calentador para este cuarto nuestro. O llévame a lugar tibio. Yo no lo veo. ¿Florida? ¿Y qué hago allá solita y entregada sólo a mi niñito-fantasma[156] y a algunas feministas? Dime lo que debo hacer; pero dímelo sin cólera. Y dime a la vez si, muerta yo, te serviría de algo esa casa de Florida, pequeña pero bonita... La compraríamos a nombre de las dos, naturalmente. Podríamos ensayar de ver Florida. Aunque me pone miedo aquello de los ciclones. ¿No es mejor, dear, Nueva Orleans para el frío?

Pero si tú no quieres dejar tu casa, cómprame, repito, un calentador y quedamos aquí. Sé franca. Nunca lo eres con tu pobre indita. ¿Por qué?, ¿por qué? Dímelo, por favor.

Ya sabes lo de Cuba. No se debe ir allá; a Jamaica podemos ir.

Yo he tenido un día muy triste y sin esperanza. Lo único malo de ir a Jamaica es que yo procuro que compremos esa casita, y para eso necesitamos ahorrar. Pero se ahorra el arriendo y eso es algo importante. Gastaríamos sólo la comida. Piénsalo. Sin cólera; no me rompas el corazón. Yo soy un ser cuyas reacciones sofocadas

son profundas y dolorosas aunque nada diga. Pediría yo dos meses de licencia. Y volveríamos aquí al venir la primavera.

Tu Gabriela tuya

1956

248. Gabriela Mistral

[1956]

Querida: yo no he podido hablar a ti de lo que me trajo aquí. El tiempo me parece muy bruto; pero aun así yo quisiera, mañana que tú me sacases y llevases a eso y no más que a eso.

Se trata, chiquita, de una que tenga sol y una cosa parecida a huerta. Yo sé que tengo bastante poco, pero de más en más yo necesito eso. Pueden hacerme jubilar cualquier día y entonces yo no podré contar con el sueldo de hoy.

¿Podrías mañana salir conmigo por ver lo que no está muy lejos?

Dime si puedes,

Tu Gabriela

249. Gabriela Mistral

[1956]

Deinita querida:

Acaba de llegar una carta de Alone que, a pesar de que asusta por las novedades que trae, tal vez no te agrade. Pero óyeme a

pesar de eso: la idea de tu viejo te asustará, pero yo creo que me ayudará a eso: a obtener el empleo efectivo para ti, efectivo y que tal vez podamos obtener que tu salario se vuelva efectivo.

250. GABRIELA MISTRAL

Danita: te escribo con mucho frío y te mando copia de la carta que a la vez me gusta y me asusta, por esa vida errante que diviso y que va a ser la nuestra.

Tú, recuerda que a mi Patrón lo hiere grandemente una negativa; además lo irrita y lo vuelve malo, como yo lo probé en su relación conmigo. Yo sé que ya ese sueldo tuyo está a firme. Espero y creo casi el hombre que venga no borre tu sueldo porque los dos que figuran como posibles Presidentes son personas de calidad y gente ilustrada. En cuanto sepa qué Presidente ha ganado yo le escribiré sobre tu empleo y la necesidad que tengo de ti para hacer esa vida errante y la calidad de tu persona. No lo hice antes porque nunca he perdonado al Viejo mis años sin sueldo, en los cuales trabajé como una desesperada para comer y para mandar la mesada a mi madre.

El hombre que parece sucederá al Viejo, es de calidad, es de familia de arriba, es un aristócrata.[157]

Lo que me ordenan ahora, Doris no lo puedo hacer sin ti. Así lo diré al que viene y creo que comprenderá el que una mujer vieja no pueda recorrer medio mundo sola.

En el caso de que esto no sucediese yo te daría un sueldo también.

Has de saber que el hecho de no haberlo pedido era y es porque nunca he olvidado la iniquidad que hizo conmigo y que tú sabes.

Ahora, cuando el viejo se vaya, yo encargaré a dos o tres personas «de arriba» que tu sueldo quede intacto, añadiéndoles que sin tener persona que me ayude yo no puedo viajar constantemente y que esa persona no puede ser chilena, a causa de la lengua y de no conocer este país y que si no te dan sueldo yo jubilaré, lo cual significa más gasto por mi jubilación, que es obligatoria.

Un beso,

Gabriela

[P.S.] Tomic escribe que no hay peligro.

APUNTES BIOGRÁFICOS A LA EDICIÓN

Tras un mes de permanencia en Suecia, luego de recibir el Premio Nobel de Literatura en diciembre de 1945, Gabriela viaja por algunos países de Europa invitada por diversos organismos. Se traslada a Italia, donde es recibida como huésped de honor. La Universidad de Florencia le concede el grado de Doctor Honoris Causa. En este viaje se produce también su famosa entrevista con el papa Pío XII. Desde Italia sigue a Francia, donde es agasajada por el gobierno. Luego de pasar un breve período en Inglaterra, y tras conocer los logros educativos de la radio BBC de Londres, Gabriela viaja a Norteamérica. Llega a Estados Unidos por Nueva York, y allí se le rinden numerosos homenajes, como el de la Asociación Americana de Chilenos. Visita a variadas personalidades, entre las que destaca el Presidente Harry S. Truman. En este mismo período participa —por una invitación— en el Comité del Mandato de los Pueblos, entidad femenina, donde hace un llamado de ayuda para mitigar no sólo la hambruna del cuerpo de Europa, sino también la de su espíritu. En lo personal, quiere trasladarse lo antes posible a California, para instalar su consulado con sede en Los Ángeles. En mayo de 1946, Gabriela es invitada por el Barnard College para dictar una conferencia, y es allí donde, por primera vez, se encuentra con Doris Dana.

Con el ánimo de alejarse de las grandes ciudades, Gabriela decide afincarse en Monrovia, área un poco más rural, que le permitirá

tener casa, «con huerto», como siempre prefería. Luego de permanecer por algún tiempo allí, Gabriela adquiere otra propiedad, esta vez en Santa Bárbara, donde puede disfrutar de la seguidilla de amigos que la visitan y de los árboles del lugar. Además tiene a mano una clínica para controlar su ya diagnosticada diabetes. En marzo de 1947, Gabriela se entera del fallecimiento de Emelina Molina, su hermana y último lazo familiar en Chile. Permanece en Santa Bárbara, escribiendo y corrigiendo su *Poema de Chile*, asistida por Doris Dana y Martha Salotti. Ese mismo año obtiene el grado de Doctor Honoris Causa por el Mills College. En este período visita por primera vez Nueva Orleans, y es declarada allí «hija de la ciudad».

Gabriela Mistral nunca logra estar en sintonía con la lengua inglesa, pero tampoco hace mayores esfuerzos por aprenderla. Por eso, cuando el Presidente Miguel Alemán la invita oficialmente a visitar México, no lo duda y se dirige allí en noviembre de 1948. Decidida a no seguir empeorando su debilitada salud, a causa de la altura del suelo mexicano y tras un incidente que la ha tenido al borde del colapso, se instala en Yucatán y luego en Veracruz, donde permanece la mayor parte del tiempo. El gobierno mexicano le hace entrega de una pequeña porción de tierra, Miradores, que finalmente Gabriela decide no aceptar. Se instala en Veracruz y ejerce su consulado por dos años. Ahí recibe a sus amigos, que la visitan desde ciudad de México: los Cossío Villegas; Palma Guillén, su amiga incondicional de toda una vida; Margarita Michelena; las hermanas Bustamante, Ana y Dora y Alfonso Reyes, entre muchos otros. Aquí ofrece numerosas conferencias y visita varios pueblos de los alrededores. Pasa períodos en las haciendas «La Orduña», dispuesta para ella por el Presidente Alemán, y «El Lencero», propiedad de su amigo Rafael Murillo.

En 1950, Gabriela retorna a los Estados Unidos. Visita la ciudad de Washington, y en diciembre es invitada por la Biblioteca del Congreso para grabar algunos de sus poemas, los que quedan archivados como registros sonoros entre las valiosas colecciones que atesora la División Hispánica de dicha institución. En esta misma visita recibe el «Premio Serra de las Américas», otorgado por la Academia Norteamericana de la Historia Franciscana, distinción que asume siendo Hermana de la Orden Tercera de San Francisco, y coincidentemente habiendo escrito en México, poco antes de recibir este premio, sus *Motivos de San Francisco*. Tras esta breve permanencia en Estados Unidos, Gabriela se embarca a Italia, para asumir su consulado en Rapallo, donde se instala en las cercanías de la playa San Michele. Allí Gabriela se quejará de lo frío del clima, y opta por solicitar su traslado a Nápoles. Numerosas visitas recibe en Italia, como las de Hernán Díaz Arrieta, Dulce María Loynaz y Matilde Ladrón de Guevara, de las que aún se conservan testimonio. Aquí trabaja como asesora de la Unesco; dicta numerosas conferencias y recibe la visita de su amiga Palma Guillén, quien se desempeña en misión especial en la Embajada de México en Roma, cargo que le ha sido otorgado gracias a los buenos oficios de la propia Gabriela. Junto con las actividades propias de su cargo, Gabriela sigue escribiendo y revisando su *Poema de Chile*, poemario que cada vez se le hace más complejo retomar, en parte, por su escritura hecha «a saltos», por sus numerosos cambios de residencia, y la consecuente dispersión de su «papelería», así como por el descuido de la propia Gabriela con sus escritos. Fue asistida en este período por la chileno italiana Gilda Péndola, quien la acompañará en Cuba, Estados Unidos y más tarde en su viaje a Chile.

Es en este período, el 5 de agosto de 1951, cuando en Chile se le otorga finalmente el Premio Nacional de Literatura, en calidad de

especial y extraordinario, duplicando la suma habitual establecida para este galardón. Gabriela no asiste a la ceremonia de premiación y destina íntegra la suma del premio a los niños del Valle de Elqui.

En enero de 1953, Gabriela acepta la invitación del gobierno de Cuba para participar en la celebración del centenario de José Martí. Viaja a La Habana, sin la compañía de Doris Dana, pese a haberle insistido que fuera con ella. Arriba a la Habana el 27 de enero y se aloja en casa de Dulce María Loynaz. Gabriela no ha visitado la Isla desde 1922, y en algún momento, previo a esta, su segunda visita, solicita a las autoridades del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile la posibilidad de establecer su consulado en Cuba.

A su regreso de Cuba, Gabriela hace un rápido recorrido por América Central, previo a su arribo a los Estados Unidos, con la intención de establecerse en Florida, idea que no prospera, porque su gobierno decide nombrarla delegada de Chile ante la Comisión de la Condición Jurídica y Social de la Mujer de las Naciones Unidas con sede en Nueva York. Gabriela asiste a las sesiones de este organismo en marzo de 1953 y en marzo de 1954. Reside por un breve tiempo en Nueva York, para luego instalarse en Roslyn Harbor, la que sería su residencia definitiva en Estados Unidos hasta el momento de su fallecimiento.

En Roslyn Harbor retoma la escritura de su poemario dedicado a Chile, esta vez asistida por Doris Dana y Margaret Bates, o la «Niña de Roma», como suele llamarla Gabriela. Este mismo año, Gabriela dicta algunas conferencias en la Universidad de Nueva Orleans, y asiste a la fiesta de escritores organizada por Pedro Juan Labarthe en la ciudad de Pittsburg.

En este período, Gabriela recibe numerosos mensajes para visitar Chile. Esta invitación se formaliza cuando el Presidente de la

época, el general Carlos Ibáñez del Campo, la invita a retornar a la patria en visita oficial,

Gabriela acepta, y se embarca con destino a Chile en agosto de 1954. Esta vez acompañada por Doris Dana y Gilda Péndola. Arriba a las costas de Chile el 4 de septiembre. En Santiago es recibida por el Presidente en el palacio de La Moneda y se dirige a la multitud congregada en la plaza.

La Universidad de Chile, en solemne ceremonia, le otorga el grado de Doctor Honoris Causa. En su discurso de aceptación, Gabriela se refiere a la misión del intelectual y del maestro, y a la importancia de este último en la formación de futuras vocaciones. Durante casi un mes recibe honores de las más diversas instituciones de su país. No deja de visitar su región natal, pasando por La Serena, Vicuña y Montegrande.

Gabriela debe dejar Chile, pues compromisos en Estados Unidos requieren su pronto retorno. Este mismo año, la Editorial Del Pacífico de Chile publica su cuarto libro de poemas: *Lagar*. En octubre, ya de vuelta en Estados Unidos, la Universidad de Columbia le confiere el grado de Doctor Honoris Causa.

Durante los próximos dos años, Gabriela reduce enormemente su producción literaria, permaneciendo recogida en la casa de Roslyn Harbor —concurre a muy pocas actividades oficiales— y siempre asistida por su amiga Doris Dana. Con ocasión del séptimo aniversario de la Declaración Universal de Derechos Humanos, en las Naciones Unidas, Gabriela asiste a la ceremonia, en diciembre de 1955, y participa con un mensaje especialmente preparado para la ocasión que es leído por su compatriota José Maza.

En febrero de 1956 es invitada a un acto organizado por la Asociación Panamericana de Mujeres, en Nueva York. En abril de ese mismo año asiste a una reunión de la Unión Panamericana (actual

OEA), en Washington, donde se leen algunos de sus poemas. Sus salidas se van distanciando cada vez más hasta su reclusión definitiva en su casa de Roslyn Harbor, donde se dedica a la escritura y corrección de su poemario dedicado a Chile. Además, cultiva las flores de su jardín, en compañía de Doris y sus mascotas, escucha música italiana, canciones hebreas y conversa con las esporádicas visitas que recibe.

De aquí en adelante, la historia es conocida. Es internada por primera vez en el Flower and Fifth Avenue Hospital de Nueva York, pero regresa a Roslyn. Su condición se agrava nuevamente, y esta vez es internada en el Hempstead General Hospital, donde fallece, a las 4.18, el 10 de enero de 1957.

EPÍLOGO

por Doris Atkinson

Doris Dana y su vida familiar

Durante el proceso de transferencia del material literario de Gabriela Mistral a Chile muchos me preguntaban si acaso había leído las cartas entre Doris Dana y Gabriela Mistral, y qué pensaba de ellas. Pero hasta que Pedro Pablo Zegers gentilmente me hizo llegar copias de las transcripciones por correo electrónico no había tenido la oportunidad de leerlas.

Pedro Pablo Zegers me había solicitado algunos antecedentes de Doris Dana: cómo era la familia de la que provenía y quién era ella antes de conocer a Gabriela Mistral. Al parecer, preguntas sencillas, pero Doris Dana era la persona más compleja que jamás haya conocido, fuera de su también problemático origen familiar. No es fácil comprender quién era Doris Dana realmente. Cada uno de nosotros cambia con el tiempo y muestra distintas facetas de su personalidad a diferentes personas y en circunstancias diversas. Pero esta tendencia estaba muy pronunciada en Doris Dana y algunas de las cartas de esta colección dan testimonio de ello.

En términos emocionales, no me ha sido fácil leer una parte de las cartas. Algunas muestran los lados menos halagadores de Doris Dana, mientras que otras los aspectos más dificultosos de su carácter afectivo. No me cabe duda de que algunas personas, tal vez muchas, sentirán que estas misivas no debían publicarse.

Sin embargo, éstas representan una oportunidad significativa para entender a Gabriela Mistral como persona y acercarse a una de sus relaciones más importantes. Doris Dana no hizo esfuerzo alguno por restringir el uso de las cartas ni dejó instrucciones al respecto, más allá de que la totalidad del legado de Gabriela Mistral debía entregarse a instituciones apropiadas.

Mi conocimiento de Doris Dana proviene de las historias de mi madre Ethel Dana Atkinson, hermana mayor de Doris; de historias que más tarde me contaría mi tía, de la investigación genealógica realizada por mi hermano mayor John Atkinson, así como de gran cantidad de información sobre historias familiares encontrada en los papeles de mi tía después de su muerte. Mi comprensión de ella ha cambiado de manera radical desde el momento de su muerte. El proceso de lidiar con efectos personales de un miembro familiar fallecido abre puertas privadas que desenmascaran muchas características de la persona que previamente habían pasado inadvertidas.

Yo crecí sin conocerla. La primera vez que estuve con ella tenía catorce años (quince después de la muerte de Gabriela Mistral). Había habido un quiebre entre mi madre y mi tía años atrás. Además, Doris vivía en Nueva York, a casi cinco mil kilómetros de California, donde yo crecí. Tras mi mudanza a Massachussets para asistir a la universidad, ocasionalmente vi a mi tía, quizá una vez al año, hasta que, tiempo después, comencé a visitarla más seguido, a causa de su salud deteriorada y de su necesidad de ayuda. Pero incluso entonces las visitas eran limitadas, debido a la distancia entre Massachussets y Florida, donde Doris vivió hasta sus últimos días.

La mujer que yo conocí no fue la mujer que conoció Gabriela Mistral. No obstante, algunas de sus características, como su dificultad para mantenerse sobria, sus luchas contra la depresión y sus cambios de humor propios de los maníaco-depresivos —tan

frecuentes en mi familia y que también me afectan a mí—, estaban todas presentes en la tía que conocí y amé. Ella podía ser dulce y encantadora y, luego, sin previo aviso, ponerse amarga y enojarse. Doris Dana tenía una profunda dificultad para generar confianza, lo que puede relacionarse con experiencias traumáticas infantiles. Mi tía estuvo al cuidado de distintos psiquiatras en diferentes etapas de su vida, un hecho que sólo constaté revisando sus documentos personales. A ella no le gustaba mostrar sus emociones ni contar su historia personal. Pero por más difícil que una persona como ella haya sido, yo sabía que me amaba y que yo la amaba. Creo que fue muy importante para Doris Dana que mis interacciones con ella fueran en virtud de su persona como un miembro de la familia y no como albacea de Gabriela Mistral.

Doris Dana jamás compartió mucha información sobre Gabriela Mistral conmigo. Cuando yo mostraba algún interés en la escritora, lo que ocurría a menudo, ella paraba la conversación. Pero también tenía cierta ambivalencia en este punto. Había veces en que se abría y me contaba pequeñas anécdotas divertidas sobre cómo Gabriela la espiaba cuando ella quería estar sola, y cómo ella misma se preocupada cuando Gabriela salía y no sabía hacia dónde. No fue sino hasta el año antes de su muerte que Doris Dana hablaría activamente conmigo sobre la preocupación que le generaba el futuro del legado de Mistral que tenía en su posesión. Incluso entonces no reveló cuánto material había.

Las historias que Doris Dana me contara, especialmente en sus años tardíos, empezaron a tener cada vez menos asidero en la realidad. Esto era un hecho en general. Soy consciente de que lo que yo creo saber de Gabriela Mistral por Doris Dana puede no ser exacto. Sin embargo, sí sé que el amor de Doris Dana por Gabriela fue una constante a lo largo de su vida.

Cuando por primera vez visité a Doris Dana en su casa de Bridgehampton, Nueva York, siendo yo una adolescente, recuerdo la experiencia de ir a la gran biblioteca en el ático donde se guardaba la mayor parte del legado de Gabriela Mistral. Era misteriosa. Habían cosas allí que yo sabía que estaban asociadas a una gran mujer, pero no fueron abiertas para mí. Y no supe hasta después de la muerte de mi tía que cientos de los libros de esa biblioteca habían pertenecido a la Mistral. Durante treinta y seis años sentí curiosidad por el tesoro en el ático.

La familia de Doris Dana

La madre y el padre de Doris Dana (mis abuelos maternos) procedían de estratos sociales radicalmente diferentes. La madre de Doris, Alberta Webster, provenía de una familia de campesinos de Nueva Escocia, Canadá. Su padre, por su parte, venía de una familia acomodada de Nueva York, y a la edad de dieciocho años había heredado una cuantiosa suma de dinero de su abuelo. No obstante, ambos lados de la familia de Doris eran propensos al alcoholismo y a la inestabilidad emocional. Algunas de estas características fueron traspasadas a Doris y ciertamente influyeron en su relación con Gabriela Mistral. Las cartas muestran parte de la inestabilidad de Doris.

La madre de Doris Dana nació en 1880 (nueve años antes que Gabriela Mistral), en la pequeña comunidad de Cambridge, Nueva Escocia. La familia Webster había vivido en el área desde 1750 y muchos de ellos aún lo hacen. Alberta Webster era una entre siete hermanas. Asistió al Normal School (colegio para profesores) y, al igual que Gabriela Mistral, enseñó en distintos lugares. Alberta Webster tenía un primo mayor que era un destacado cirujano oftálmico de Nueva York, quien la alentó a ir a la escuela de enfermería. Más

tarde ella se trasladaría a Nueva York, donde fue enfermera en las cercanías del lugar donde su primo tenía su práctica médica. Y fue en Nueva York, durante la Primera Guerra Mundial, que Alberta Webster conoció a William Sheperd Dana, un joven doctor del ejército norteamericano, doce años menor que ella.

William Sheperd Dana, nacido en 1892, el padre de Doris Dana, venía de una familia neoyorquina acaudalada, pero emocionalmente problemática. La riqueza de la familia la erigió el abuelo materno, William Buck Dana, un destacado editor de un diario financiero. William Buck Dana y su señora, Katherine Floyd Dana, no tuvieron descendencia propia, pero adoptaron tres niños, uno de los cuales fue Ethel Floyd Dana, la madre del padre de Doris Dana. Ethel Floyd Dana se casó con Frederick Sheperd. Sin embargo, Frederick abandonó a la familia en 1903, cuando el padre de Doris tenía once años. Se cree que años después fue confinado a un hospital psiquiátrico en Bélgica, donde murió. Con el padre ausente, la Corte permitió a William Buck Dana adoptar a su propio nieto, cuando el niño aún era un joven adolescente. En ese momento, legalmente se le cambió el nombre: de William Dana Sheperd pasó a ser William Sheperd Dana.

La abuela de Doris Dana, Ethel Floyd Dana, vivió lujosamente, redecorando las propiedades legadas de su padre, comprando mueblería fina, pero también donando mucho dinero para caridad, más allá de los medios establecidos por un generoso fondo monetario que su padre le había creado. Su gasto estaba fuera de control y su padre hizo que muchos negocios rechazaran sus servicios. Cuando William Buck Dana murió en 1910, su patrimonio estaba valorado en cerca de dos millones de dólares, una parte importante del cual fue dejado a la abuela y al padre de Doris Dana. Un fondo fiduciario fue establecido también para los futuros hijos del joven William Dana.

Hay algunas referencias que relacionan a Doris Dana con autores famosos. Como su madre era una Webster, y existía un lejano parentesco con Noah Webster, autor del diccionario inglés "Webster Dictionary", Gabriela Mistral se refería a ella en ocasiones como la *Nieta del diccionario*. Pero en realidad, Noah Webster era un primo en cuarto grado que, además, era anterior en cuatro generaciones y pertenecía a una rama de la familia que había permanecido en las colonias de Estados Unidos, mientras que la rama familiar de Doris Dana se mudó a Canadá en 1750. A su vez, también se considera que Doris estaría relacionada con Richard Henry Dana, autor de *Dos años al pie del mástil*, pero se trata asimismo de una relación muy distante, siendo Richard Henry Dana un primo en tercer grado.

Vida familiar

A la edad de dieciocho años, el padre de Doris Dana se convirtió en un joven rico. Su madre, sin embargo, continuó con su excesivo gasto y, cuatro años más tarde, cuando murió, tenía una deuda de quinientos mil dólares, de acuerdo a las cuentas publicadas en el *New York Times*. Los tribunales dictaminaron que el hijo no era responsable de sus deudas, y pudo mantener lo que había heredado de su abuelo, incluyendo la mansión de cuarenta habitaciones en Mastic, Long Island, llamada Moss Lots, donde Doris pasó sus veranos de niñez.

Poco después de la muerte de su madre, William Sheperd Dana conoció a Alberta Webster. Había sostenido antes un noviazgo con otra mujer, pero mientras aún estaba en la Academia Militar como médico, William, de veinticinco años, se casó con Alberta, quien tenía treinta y siete. Pronto comenzaron a tener hijos. La mayor, Ethel Sheperd Dana —mi madre—, nació en 1918. Doris, en 1920 y Leora, en 1923.

Cuando Doris era niña, la familia dividió su tiempo entre un apartamento en la Quinta Avenida de Nueva York y la propiedad en Mastic, Long Island. Alberta Webster renunció a su trabajo de enfermera con el fin de atender a sus tres hijas. William Sheperd Dana es descrito como un hombre muy afectuoso, amante de la vida al aire libre y un ávido navegante con varios yates a su haber. La casa tenía un embarcadero privado. También era cazador y aficionado al video, y filmó a sus tres hijas mientras jugaban juntas en el Central Park de Nueva York y en sus viajes a la playa y a la casa de Long Island. Las niñas todas fueron a un colegio de mujeres de elite en Nueva York. Si bien William Sheperd Dana heredó gran parte del negocio editorial de su abuelo, no trabajó en el sector ni tuvo una profesión.

El matrimonio, no obstante, no fue bien. Los dos eran alcohólicos. El padre era inestable y sufría de depresión. Doris Dana cuenta que en una oportunidad mantuvo a toda la familia amenazada de muerte a punta de pistola, y en otra ocasión se sentó durante cuatro horas con la pistola contra la propia sien. Además, mantenía un *affaire* con una monada de la escuela secundaria. Siendo muy niña, Doris los pilló juntos, y cuando cumplió ocho años sus padres se divorciaron. Luego de la separación, su papá se casó con Ella Lindley y se compró un rancho en Nevada, mientras las niñas continuaban en Nueva York con su madre y visitando a su familia en Nueva Escocia en los veranos. Pero, a pesar de todas las dificultades de la familia, Doris adoró a su padre a lo largo de su vida.

La caída de la bolsa de 1929 redujo significativamente la fortuna de la familia, pese a lo cual ésta mantuvo un buen pasar en todos los aspectos. Su padre fue capaz de mantener el patrimonio familiar y se hizo cargo de la educación privada de las niñas. Además, el bisabuelo, William Buck Dana, había dejado parte de su herencia para los bisnietos por venir. Aun así, creo que esta crisis

económica dejó en Doris Dana una sensación de permanente inseguridad respecto al dinero.

En 1939, cuando Doris tenía dieciocho años, murió su padre, aparentemente por un suicidio. En ese tiempo, Doris estaba en el Bryn Mawr College, un prestigioso colegio femenino en Pennsylvania, al que también asistía su hermana mayor, Ethel. A los veinte o veintiún años, Doris dejó la institución, pero después finalizó su educación en el Barnard College, un anexo de la Universidad de Columbia, en Nueva York, donde Leora, su hermana menor, estudiaba actuación. La hermana mayor, Ethel, también regresaría a Nueva York a estudiar medicina. Hay ciertas evidencias que permiten sugerir que Doris dejó Bryn Mawr por razones emocionales, pero la información sobre esto es incompleta.

Los intereses de Doris en la universidad eran la literatura y los idiomas. Doris comenzó a escribir poesía tempranamente, pero publicó muy poco. Su poesía inédita muestra una lucha constante contra la depresión, camuflada bajo una corteza de alegría y despreocupación. Después de terminar sus estudios, Doris comenzó con clases de actuación junto a su hermana Leora en el Perry Mansfield School, en Boat Spring, Colorado, antes de regresar a graduarse en idiomas en la Universidad de Columbia. Fue en este tiempo cuando Doris viajó al suroeste de Estados Unidos, quedándose en ocasiones con su madrastra en Nevada. También es posible que haya pasado a México en esos años.

Durante sus estudios en la Universidad de Columbia, Doris conoció a Charles Neider, quien trabajaba activamente en la traducción del Premio Nobel alemán Thomas Mann. Charles Neider, además, estaba editando. *La estatura de Thomas Mann*, una compilación de textos sobre el autor. Gabriela Mistral era una de las escritoras de la antología. Charles Neider le pidió a Doris que supervisara la

traducción y, a la vez, le redactó una carta de presentación para cuando viajara a California a reunirse con Mann, dos años antes de que conociera a Gabriela.

El encuentro entre Doris Dana y Thomas Mann fue muy cordial, y ella rápidamente entabló una amistad con él, su señora y, en particular, con su hija, que tenía casi su misma edad. Doris mantuvo una correspondencia con la familia Mann por varios años, lo que después serviría de puerta de entrada para que Gabriela Mistral conociera al escritor. Sobre la base de mi lectura de la correspondencia entre Thomas Mann y Doris Dana, me parece que las cartas que Gabriela daba como presentación a Doris para conocer a variados personajes exageran la relación de Doris Dana con Thomas Mann.

Tras la muerte de su padre, las tres hermanas Dana (Ethel, Doris y Leora) continuaron recibiendo el soporte económico del fondo creado por su padre, además del establecido por su abuelo. Esto proporcionó a Doris recursos para viajar y continuar su educación. A su vez, Doris generó ciertos ingresos como profesora de Literatura Creativa en el New York City College, pero no parece que haya logrado una alta posición como docente, ya que nunca completó sus estudios de posgrado.

En 1947, un año antes de que Doris comenzara su correspondencia con Gabriela Mistral, su madre se volvió a casar. Así, la madre dejó de percibir el apoyo financiero proveniente de la herencia de su primer marido. No obstante, el matrimonio duró sólo un corto tiempo, dejándola sin medios de subsistencia. En enero de 1948, las tres hermanas juntaron parte de su dinero y crearon un nuevo fondo en ayuda de su madre. Esto limitó la cantidad de dinero para el uso personal de Doris. Por esos años, la madre de Doris tomaba a destajo y mostraba un comportamiento errático. La hermana mayor de Doris, Ethel, que ya era doctora, trató de

internar a su madre en un hospital psiquiátrico, pero Doris y Leora se opusieron, lo que resultó ser el punto de quiebre de la vida familiar: Ethel decidió alejarse de los continuos problemas de su madre, comenzando la dispersión de las hermanas.

Éste era el panorama familiar de Doris cuando se unió a Gabriela Mistral en California. Yo no he visto referencia alguna a la madre de Doris en su correspondencia con Gabriela. Tampoco se encontró correspondencia entre Doris y su madre en el período en que ella estuvo con Gabriela Mistral. Sí existen, no obstante, cartas muy afectuosas de parte de la madrastra de Doris, Ella, a Doris, durante ese tiempo. En algunas de esas cartas, Ella pregunta por la salud de Gabriela en términos muy afectuosos.

La madre de Doris, Alberta, vivió hasta 1970. Durante un período significativo, Alberta estuvo en un hospital psiquiátrico, pero, por lo demás, Doris asumió la responsabilidad principal de su cuidado. En algún momento, Doris y Ella, su madrastra, tuvieron un desencuentro. El súbito quiebre de las relaciones de amistad era un aspecto de la personalidad de Doris que se mantendría durante toda su vida. En el verano de 1975 visité a Doris en Long Island. Me llevó a ver a Ella, que estaba muy enferma. Llamé a mi madre y le sugerí que viniera a ver a Ella por última vez. Esa visita resultó ser muy sanadora entre mi madre y mi tía. Mi madre murió ese mes de diciembre en un accidente automovilístico. Doris siempre había tenido una relación muy cercana con su hermana menor, Leora. Creo que Leora fue la persona a la que Doris más amó en su vida. Leora le proporcionó cierta estabilidad emocional a Doris. Leora murió de cáncer en 1983. La muerte de Leora y la muerte de Gabriela Mistral fueron las dos pérdidas de las cuales Doris jamás pudo recuperarse.

Febrero 2009
South Hadley, Massachusetts.

NOTAS

1 Martín Cerda, *La palabra quebrada: ensayo sobre el ensayo*, Tajamar Editores, Santiago de Chile, 2005.

2 Martín Cerda, *op. cit.*

3 Doris Dana fue colaboradora del escritor Charles Neider, editor del libro en homenaje a Thomas Mann (1875-1955), en el cual Doris Dana tradujo «El otro desastre alemán», de Gabriela Mistral, luego de haberla escuchado en una recepción en el Barnard College, en mayo de 1946. Por intermedio de Thomas Mann, Doris Dana llegó a conocer a Gabriela Mistral.

4 *Revista Americana*, N° 8, agosto de 1945, t. III, pp. 233-237.

5 Thomas Mann (1875-1955). Escritor alemán nacionalizado norteamericano, con estudios en periodismo, historia, economía, historia del arte y literatura. Entre sus obras cabe destacar *Los Buddenbrook*; *La muerte en Venecia*; *Doctor Faustus*. Premio Nobel de Literatura en 1929.

6 Se refiere a la huelga estudiantil de 1948, originada por la invitación de un grupo de estudiantes a Pedro Albizu Campos a dictar una conferencia en la Universidad de Puerto Rico, y a la oposición de la Universidad a su realización.

7 Consuelo Saleva (1905). Puertorriqueña, alumna en el Middlebury College en 1932, donde Gabriela y ella se conocieron. Viajó por Latinoamérica y Estados Unidos con Gabriela Mistral entre 1937-1938; por Europa en 1939; también estuvo con ella en Brasil y por algún período en California. A ella dedicó su poema «La flor del aire». Gabriela la acusó de haber tomado parte de sus dineros y algunos de sus originales. Gabriela la nombra en sus cartas como Coni o Connie.

8 Palma Guillén de Nicolau nació en la ciudad de México en marzo de 1898 y murió el 28 de abril de 1975. Fue designada por José de Vasconcellos como acompañante y secretaria de Gabriela durante su estada en México como colaboradora en la Reforma Educacional. Su amistad con Gabriela se prolongó por casi toda una vida. Viajó con ella por Europa; se hizo cargo de Yin-Yin por un tiempo, y colaboró con

Gabriela en sus múltiples actividades. Para Gabriela siempre fue un soporte fundamental en todas las tareas de orden práctico.

9 Véase nota 7.

10 Jaime Torres Bodet, en aquel entonces Secretario General de la Unesco, solicitó a Gabriela Mistral un trabajo para ser incluido en un volumen homenaje en el bicentenario de Goethe. Para estos efectos, Gabriela escribió su «Recado terrestre», que apareció publicado en *Lagar* en 1954.

11 Una de las acompañantes de Gabriela Mistral en ausencia de Doris Dana.

12 Gabriela Mistral hace una alusión al estilo del poeta francés del romanticismo Alphonse de Lamartine.

13 Hotel Ruiz Galindo, Fortín de las Flores, Veracruz.

14 Puede tratarse en primera instancia de M. Madrigal, sin embargo, existe la posibilidad de que se trate de Margarita Michelena, Monika Mann o Marina Núñez del Prado.

15 Puede tratarse de Emma Godoy, escritora y profesora mexicana o Ema García, maestra rural mexicana.

16 Existen registros en el legado recientemente llegado a Chile de varios testamentos efectuados por Gabriela Mistral.

17 Juan Miguel Godoy (1925-1943). Sobrino de Gabriela Mistral, hijo de un medio hermano, Yin-Yin, como ella lo llamaba, creció junto a ella considerándola su madre. En 1943, mientras ambos vivían en Petrópolis, Juan Miguel se suicidó. Hacia el año 2000, Doris Dana aseguró que Juan Miguel era hijo de Gabriela.

18 Ambas son amigas cercanas de Gabriela Mistral. Margarita Michelena (1917-1998), periodista, poeta, crítica y traductora mexicana. Emma Godoy (1918-1989) escritora y profesora mexicana, se conocieron en Fortín de las Flores en Veracruz, México. A ella le dedicó el poema «La abandonada».

19 Petronila Alcayaga Rojas: su madre; Emelina Molina: su hermana y Yin-Yin, su sobrino.

20 Mujer del poeta mexicano Alfonso Reyes. Su nombre de soltera es Manuela Mota.

21 León Felipe (1884-1968). Poeta español de la generación del 27, durante su exilio permaneció en México, donde conoció a Gabriela.

22 Alusión a la medicina alternativa popular.

23 Se refiere a Miguel Alemán Valdés (1900-1983). Presidente de México entre los años 1946-1952.

24 Mrs. Kerr y su señora probablemente gestionaron alguno de sus arriendos en California.

25 Se refiere al Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

26 Para mayores antecedentes acerca de la salud de Doris Dana, ver epílogo de Doris Atkinson.

27 Se refiere a la Organización de Naciones Unidas (ONU).

28 Eda Ramelli la acompañó en su residencia en México y junto con su familia se encargó de los bienes de Gabriela en California. A ella dedicó Gabriela un recado y el poema «Amapola de California».

29 Se refiere a *Poema de Chile.* También tuvo la intención de llamar a este poemario *Recado de un viaje imaginario.* Gabriela la nombra en sus cartas como Eda o Ida.

30 Doctor Ignacio Chávez, destacado cardiólogo mexicano, creador del Instituto de Cardiología de México y Doctor Honoris Causa de la Sorbonne.

31 Juan Pradenas Muñoz. En 1942 fue cónsul general de Chile en Los Ángeles, California. También fue cónsul general de Chile en México.

32 Pese a que manifiesta este deseo, Mistral fue sepultada como lo expresó en su último testamento en su «amado» pueblo de Montegrande. Los restos de Yin-Yin quedaron sepultados en la ciudad de Petrópolis hasta su posterior traslado a Chile en el año 2005, donde son depositados en el mausoleo de Montegrande al lado de su «madre».

33 Adinerado, acaudalado. Se refiere al Rey de Lidia (siglo VI a.C.), famoso por su riqueza.

34 Martha A. Salotti (1899-1980). Escritora y profesora argentina. Amiga cercana y representante legal de Gabriela en ese país.

35 Probablemente se refiere a Emma Godoy. Véase nota 18.

36 Señora Chávez, esposa del doctor Ignacio Chávez; Julieta, presumiblemente Julieta Carrera, escritora y amiga cercana de Gabriela; Emma y Daniel Cossío Villegas (1898-1976) fueron un matrimonio muy cercano a Gabriela Mistral, a ellos les dedicó el poema «La cajita de Olinalá». Daniel Cossío fue economista, historiador, sociólogo, politólogo, fundador del Fondo de Cultura Económica y de la Escuela Nacional de Economía; Palma Guillén (véase nota 8) y su esposo Luis Nicolau d'Olwer (1888-1961), político español. Fue nombrado embajador de ese país en México en 1945, allí conoció a Palma, con quien se casó en 1946. El médico de San Juan de Cocomatepec no es posible precisarlo, igual forma ocurre con María de Yucatán y su esposo.

37 Podría tratarse de Marina, Margarita o Monika. Resulta imposible identificar a la persona.

38 Luis Enrique Délano (1907-1985). Escritor chileno. Fue cónsul de Chile en Nueva York entre los años 1946 y 1949.

39 Se refiere a Eda Ramelli. Véase nota 27.

40 Miguel Cruchaga Tocornal (1935-1949). Miembro fundador de la Academia Chilena de la Historia. Fue Ministro de Relaciones Exteriores en 1936. Se desempeñó como embajador de Chile en Estados Unidos entre 1926 y 1927 y entre 1931 y 1932.

41 Podría tratarse de «Recado terrestre» en *Lagar* de 1954 o del poema «Padre Goethe II», publicado póstumamente en *Almácigo*, de Luis Vargas Saavedra.

42 Radomiro Tomic (1914-1992). Abogado y político chileno. Fundador de la Falange Nacional, se integró en 1957 al Partido Demócrata Cristiano. Fue diputado y senador.

43 Emelina Molina, hermana de Gabriela. También maestra, se ocupó de su educación y ejerció una notable influencia, tanto en su vida como en su vocación.

44 Las iniciales se refieren a Perro Negro. Podría referirse a Gabriel González Videla, quien fue designado por el Presidente Juan Antonio Ríos como embajador de Brasil en 1942, cargo al que renunció en 1944. En este período, Gabriela Mistral se desempeñaba como cónsul de Chile en Brasil, manteniendo una relación cordial, que más tarde sufrió un distanciamiento cuando González Videla asumió la Presidencia de Chile entre los años 1946-1952. Promulgó la Ley de Defensa de la Democracia, «La Ley Maldita», que ilegalizó el Partido Comunista en Chile en 1948, y la ley del voto femenino en el año 1949.

45 Podría referirse a Diego Rivera (1886-1957). Muralista mexicano de ideología comunista, famoso por plasmar obras de alto contenido social en edificios públicos.

46 Pilar de Zubiaurre (1884-1970). Escritora vasca, marchante de arte y pintura, con formación en música y lenguas modernas. Hermana de los pintores Valentín y Ramón de Zubiaurre.

47 Se podría referir a Manuel Trucco Gaete, subsecretario de Relaciones Exteriores de Chile.

48 Juan José Arévalo (1904-). Educador y político guatemalteco. Fue Presidente de ese país y su gobierno fue conocido como el primer gobierno de la Revolución.

49 Rafael Murillo y Laura Paniagua de Murillo, mexicanos. Dueños de las haciendas La Orduña y El Lencero. La Orduña fue una hacienda cañera, de la cual formaron parte la ciudad de Coatepec y sus alrededores. En abril de 1950, don Rafael Murillo ofreció a Gabriela albergue en esta propiedad a Gabriela. El Lencero se ubica en la ruta que une Xalapa y Veracruz, y era propiedad de Rafael Murillo en 1948, época en la que reside allí Gabriela Mistral.

50 Carmela Echenique, mujer del cónsul chileno Carlos Errázuriz Ovalle. Errázuriz, se inició en la actividad diplomática como cónsul de Chile en Zúrich entre 1920 y 1937, lo fue también en Suecia entre 1939 y 1941, y en Canadá entre 1942 y 1945. Ambos son importantes corresponsales de Gabriela.

51 Dora Bustamante, amiga cercana de Gabriela Mistral. Hermana de Ana.

52 Licenciado Carvajal, gobernador de Jalapa.

53 Para mayores antecedentes acerca de la formación de Doris Dana véase epílogo.

54 Miradores es un terreno de aproximadamente 60 hectáreas que le regaló el gobierno mexicano a Gabriela Mistral. Por problemas de carácter administrativo, Gabriela desecha esta donación poco antes de abandonar el país, habiendo efectuado previamente trabajos de construcción en el lugar con dineros propios. Por gestiones de Palma Guillén, Gabriela consiguió que el gobierno mexicano le devolviera lo invertido.

55 Funcionario de la gobernación del estado de Veracruz, encargado para los aspectos administrativos de la donación del terreno Miradores.

56 Podría referirse a Manuel Tello Barrau (1888-1971). Político y diplomático mexicano de gran experiencia dentro del servicio de relaciones de ese país. Ministro durante el período del Presidente Miguel Alemán Valdés.

57 Podría referirse a la afición al alcohol que tuvo el padre de Gabriela Mistral.

58 Elisa Parada de Migel, amiga muy cercana de Gabriela Mistral, junto con otros en la década del '30 consiguió los terrenos que actualmente ocupa el Colegio Santiago College.

59 A lo largo de su vida, Gabriela tuvo una frecuente búsqueda espiritual. Partió en su infancia con las lecturas del antiguo testamento por su abuela Isabel Villanueva, conocida en La Serena como «la teóloga». Más tarde, durante su juventud, mantuvo vínculos con sociedades teosóficas y, ya en los años de su madurez, continuó esa búsqueda espiritual acercándose a las doctrinas hindúes, más precisamente al budismo, interés que mantuvo durante mucho tiempo. En los últimos años de su vida se acercó a un cristianismo más ortodoxo, llegando a incorporarse a la Orden Franciscana Seglar como hermana de la Orden Tercera.

60 Helena Petrovna Blavatsky (1831-1891). Escritora, ocultista, teósofa rusa y una de las fundadoras de la Sociedad Teosófica.

61 Véase nota 39.

62 Alfonso Reyes (1889-1959), escritor, poeta, intelectual y diplomático mexicano. Premio Nacional de Literatura de México en 1945, considerado un gran prosista, fue uno de los principales gestores de la investigación literaria en México y uno de los mejores críticos y ensayistas en lengua castellana. Junto con Manuela, su mujer, fueron amigos cercanos de Gabriela y mantuvieron una profusa correspondencia con ella. Una buena parte fue publicada en *Tan de usted*, de Luis Vargas Saavedra.

63 Familia dueña del Hotel Ruiz Galindo.

64 Se refiere a Emilio Edwards Bello, pionero de la aviación y diplomático. Representó a nuestro país en Inglaterra, Austria, Bélgica, Nueva

York, Cuba, entre otros. Hermano de Joaquín Edwards Bello, destacado cronista chileno, Premio Nacional de Literatura de Chile en 1943 y Premio Nacional de Periodismo en 1959.

65 Dulce María Loynaz (1902-1997). Poeta cubana. Durante la segunda visita de Gabriela a Cuba, en 1938, Dulce María le envió su libro *Versos*. Gabriela recibió el libro pocos días antes de su partida y no le fue posible conocerle en persona. Años más tarde, en 1951, la poeta cubana acompañada por su marido, el periodista Pablo Álvarez de Canas, visitaron a Gabriela en su casa en Rapallo, Italia.

66 Carlos Prío Socarrás (1903-1977). Presidente cubano entre 1948 hasta su derrocamiento por un golpe militar comandado por Fulgencio Batista, el 10 de marzo de 1952.

67 En 1948, debido a Ley de Defensa Permanente de la Democracia, promulgada por Gabriel González Videla, que declaró ilegal al Partido Comunista, y tras un discurso pronunciado en el Senado bajo el título de «Yo acuso», Neruda fue desaforado y los tribunales de justicia ordenaron su detención. Tras vivir en la clandestinidad, período durante el cual inició la escritura de *Canto General*, logró salir del país.

68 Gabriela utiliza la expresión «fonola» para referirse a una propiedad: casa o departamento.

69 Término peyorativo. En nota anterior Gabriela se refiere como Perro Negro a quien identifica como Poto (sic.) Negro. Véase nota 44.

70 Alfonso Méndez Plancarte (1909-1955). Escritor mexicano. Ordenado sacerdote en 1932.

71 Francisco Franco (1892-1975). Militar y dictador español, líder del pronunciamiento militar de 1936 que desembocó en la Guerra Civil española. Tras su muerte, Juan Carlos fue proclamado Rey de España.

72 *Lagar* fue publicado en 1954 por la Editorial del Pacífico en Chile.

73 Gabriela incurre en un error. Fue Gabriel González Videla quien viajó a Estados Unidos en visita oficial y allí fue recibido por el Presidente Harry Truman en abril de 1950.

74 Probablemente se refiere a Alfonso Grez Valdovinos, cónsul general de Chile en Nueva York.

75 Ernst Robert Curtius (1886-1956). Filólogo, romanista y crítico literario alemán.

76 Podría tratarse de María Pavlova Koudachova, esposa del escritor francés Romain Rolland. Firmaba como Marie Romain Rolland en sus cartas se entrevistó con Gabriela Mistral en el Lago Leman en Suiza en 1926.

77 Ana María Bustamante de Revilla, residente de Pachuca en el estado de Hidalgo. Junto con su esposo, Carlos Revilla, fueron grandes amigos de Gabriela Mistral durante su residencia en Veracruz. Hermana de Dora.

78 Jaime Torres Bodet (1902-1974). Diplomático, escritor, ensayista y poeta mexicano. Director General de la Unesco entre 1948-1952, subsecretario de Educación pública de su país y autor de numerosos libros.

79 Pedro de Alba Pérez (1887-1960). Mexicano, médico cirujano, diputado y senador de la República. Representó a su país en distintos organismos internacionales, desempeñándose como embajador de México en Chile entre 1947 y 1949.

80 Lugar de residencia de Gabriela por un período durante su estadía en Veracruz.

81 24 de junio, día de San Juan, aludiendo a su sobrino Juan Miguel Godoy (Yin-Yin).

82 Estando en Italia, Gabriela fue invitada a participar en los homenajes del centenario de José Martí. Gabriela aceptó la invitación y preparó sendas conferencias acerca de esta relevante figura cubana.

83 Podría referirse a Enrique Gajardo Villarroel, diplomático chileno, embajador en Suecia cuando Gabriela viajó a Estocolmo para recibir el Premio Nobel en 1945, también cumplió funciones en México como embajador en 1947. Gran admirador y amigo de Gabriela.

84 Se refiere al bautizo del mar y a Yin-Yin.

85 Se trata de Monika Mann, ensayista, hija del escritor alemán Thomas Mann.

86 Monika Mann es de nacionalidad alemana y no húngara como señala Mistral.

87 Se trata del mexicano Francisco del Río y Cañedo, conocido familiarmente como Yuco. Embajador de México en Chile entre los años 1946 y 1947.

88 Douglas MacArthur (1880-1964). Militar norteamericano que actuó como comandante supremo de las fuerzas aliadas durante la Segunda Guerra Mundial. Lideró las fuerzas de las Naciones Unidas que defendieron Corea del Sur entre 1950-1951. MacArthur tomó parte en tres guerras de escala mundial; Primera Guerra Mundial, Segunda Guerra Mundial y la Guerra de Corea. Figura controvertida de la historia estadounidense. Es el militar más condecorado en la historia de los Estados Unidos.

89 Gabriela se sentía muy cómoda en Nueva Orleans y en más de una oportunidad pensó en residir en esta localidad que en 1947 la había declarado «Hija de la ciudad».

90 Seudónimo de Hernán Díaz Arrieta (1891-1984). Considerado uno de los más influyentes críticos literarios de Chile. Trabajó para el diario *La Unión*, *El Imparcial*, *El Diario Ilustrado*, *La Nación* y *El Mercurio*; desde estas tribunas pontificó, descubriendo autores noveles, y a veces condenando y denigrando a quienes no le parecían merecer el aprecio de la opinión pública. Premio Nacional de Literatura en 1959.

91 Se refiere Marina Núñez del Prado (1908-1995). Fue una de las más exitosas escultoras de Bolivia. Trabajó principalmente con granito negro, alabastro, basalto, ónix y maderas nativas de su país. Su obra fue expuesta en numerosos países: Perú, Argentina, Uruguay y Egipto, así como también en museos de Europa. Confeccionó un busto dedicado a su amiga Gabriela Mistral, quien a su vez le dedicó un texto a su figura como escultora. Participó en la Bienal de Venecia con muy buena aceptación de la crítica.

92 Podría tratarse de Elizabeth Barrett Browning (1806-1861), una de las más respetadas poetas de la época victoriana, esposa del poeta y dramaturgo inglés Robert Browning (1812-1889).

93 Chilenismo. Gabriela lo ocupa en su acepción de la persona que sirve como criado.

94 Se refiere Gabriela a la Conferencia Internacional realizada en Venecia organizada por la Unesco en el año 1952. Esta conferencia fue organizada por Jaime Torres Bodet. Ver nota 79.

95 Se refiere a Ella Lindley. Para mayor información sobre la vida familiar de Doris Dana consultar el epílogo.

96 Véase nota 59.

97 Gilda Péndola, chileno italiana que asistió a Gabriela durante su paso por Italia y Estados Unidos. Viajó en 1954 a Chile, acompañando a Gabriela y Doris.

98 Arturo Matte Larraín. Candidato a la Presidencia de la República de Chile en el año 1952. El 4 de septiembre se llevó a cabo la elección Presidencial y dio como vencedor a Carlos Ibáñez del Campo. Arturo Matte, senador liberal apoyado por el Partido Liberal y Conservador Tradicionalista. Cumplió funciones como Ministro de Hacienda durante la presidencia de Juan Antonio Ríos.

99 En California, Gabriela compró dos propiedades, una en Monrovia y otra en Santa Bárbara, finalmente adquierió junto con Doris Dana la casa de Roslyn Harbor, en el estado de Nueva York. Gabriela Mistral tuvo una obsesión con las propiedades y la tierra, escogiendo, por lo general, vivir en zonas apartadas a las grandes urbes. Durante sus viajes las propiedades quedaban arrendadas y encargadas a sus amigos cercanos, tal es el caso de la familia Ramelli, que se encargaba de las propiedades en California.

100 Podría tratarse de Marina Núñez del Prado, véase nota 91.

101 Podría tratarse de Monika Mann, véase nota 85.

102 Se refiere al terremoto ocurrido en el condado Kern, de 7.5 grados, cerca de Bakersfield, California, en 1952.

103 Es probable que la distancia y el atraso en la correspondencia hubiese provocado un desfase de la información en Gabriela Mistral, ya que, coincidentemente, Neruda reingresa a Chile el 26 de julio de 1952, después de cuatro falsos anuncios de su arribo.

104 Giacomo Leopardi (1798-1837). Poeta, filólogo y erudito italiano del Romanticismo.

105 Existió una invitación formulada por el gobierno de Israel a Gabriela Mistral, pero esta visita no se realizó. Una selección antológica de su obra se tradujo al hebreo. Mistral tuvo una profunda admiración por el pueblo judío e Israel, afecto que fue mutuo, dado que a su muerte la comunidad judía de Chile acordó plantar un bosque en su memoria en las montañas de Judea. Y en el año 1963, este bosque fue inaugurado en presencia del embajador de Chile en Israel, Eugenio Palacios.

106 Durante la preparación de *Poema de Chile*, Gabriela Mistral solicitó a sus distintas amistades, de Chile y otros países, todo material que pudiera serle útil para la preparación del poemario, entre estos, libros de botánica, zoología, geografía, particularmente aquellos profusamente ilustrados con láminas o con «monos», como ella los denominada.

107 Probablemente se refiera a la revuelta obrera de Puerto Natales en 1919, donde se exigieron mejores condiciones laborales, hecho que derivó en la muerte de algunos obreros y que dejó numerosos heridos. En 1929, en Punta Arenas, fue incendiado el local de FOCH, donde se realizaba una fiesta obrera. Esta tragedia generó otro alzamiento de las federaciones obreras del país.

108 Corresponde esta trágica anécdota a lo ocurrido en Vicuña cuando Gabriela cursaba sus estudios primarios. Quien la acusó de ladrona y débil mental fue nada menos que su madrina, la profesora ciega, Adelaida Olivares. Este hecho la marcó tan profundamente que su recuerdo se mantuvo vivo hasta el final de sus días. Tanto así que en 1954, cuando viajó a Chile por última vez, en un discurso oficial en la Universidad de Chile se refirió a este mismo incidente.

109 Podría referirse a Josef Stalin (1858-1953). Máximo líder de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y del Partido Comunista de la Unión Soviética desde los años 1920 hasta su muerte en 1953.

110 Podría referirse al candidato del Partido Socialista, el senador Salvador Allende Gossens (1908-1973), quien se presentaba por primera vez como candidato a la Presidencia de la República en el año 1952 y posteriormente fue elegido por el voto popular, asumiendo en noviembre de 1970. Su período terminó trágicamente cuando el 11 de septiembre de 1973 se suicidó en el palacio de La Moneda.

111 Se refiere a Fernando García Oldini. Cumplía la función de Director del departamento Diplomático del Ministerio de Relaciones Exteriores de Chile.

112 Eugenio Coselschi (1888-1969). Amigo y colaborador de Gabriel D'Annunzio.

113 Virginia Woolf (1882-1941). Destacada escritora británica, inició su carrera escribiendo ensayos y crítica literaria, aunque sobre todo descolló como novelista.

114 De estas tres invitaciones sólo se concretó la de Cuba, véase nota 82.

115 Esther de Cáceres (1903-1971). Poeta y ensayista uruguaya graduada de Medicina, alternó su profesión con la docencia como profesora universitaria de Literatura. Autora de una gran producción poética y Premio Nacional de Literatura de su país, fue una amiga muy querida de Gabriela Mistral.

116 Se refiere a Matilde Ladrón de Guevara (1908-). Escritora chilena, poeta y ensayista. Visitó a Gabriela Mistral durante su permanencia en Italia. Años más tarde publicó una biografía de ella: *Gabriela Mistral: rebelde magnífica*.

117 Se refiere al Presidente Carlos Ibáñez del Campo (1877-1960). Militar y político chileno, Presidente de la República en dos períodos: 1927-1931 y 1952-1958; el primer período en dictadura y el segundo elegido por el voto popular. Llegó a la presidencia apoyado por el Partido Agrario Laborista, por el Partido Socialista Popular y por el Partido Femenino de Chile. Durante sus dos mandatos fue promotor del modelo denominado Desarrollista, en el cual el Estado tomó un papel relevante en la actividad económica ejecutando grandes proyectos de inversión y facilitando la actividad privada. Durante su primer período se le suspendió a Gabriela Mistral el pago de su jubilación, debido a esto, Mistral se vió obligada a vivir de las crónicas que enviaba a distintos periódicos de Latinoamérica.

118 Se refiere a Alfonso Grez Valdovinos, véase nota 74.

119 Mistral había viajado en el año 1931 a Canadá acompañada de Consuelo Saleva.

120 Se refiere a Radomiro Tomic, véase nota 42.

121 Edmée de Larrochefoucauld o Edmée Frisch de Fels (1895-1991), escritora francesa, duquesa por su matrimonio con el duque Jean de la Rochefoucauld; conde nº 13. Dirigió a partir de 1927 la Unión Nacional por el voto femenino y publicó un Manifiesto Feminista. Perteneció, junto a su hermano André, al comité editorial de la revista literaria *Revue de Paris*.

122 Podría referirse Robert Caillois (1913-1978), escritor, sociólogo y crítico literario francés.

123 Se refiere al dramaturgo y novelista norteamericano Thorton Wilder (1897-1975).

124 Probablemente se refiere a Achille Lauro (1887-1982). Político y armador de una de las flotas italianas más poderosas. Como hombre público fue muy venerado en la ciudad de Nápoles.

125 Podría tratarse de Julio Valerio Borghese (1906-1974). Ex oficial de la marina italiana, promotor de movimientos fascistas en la Italia de la época. Presidente del Movimiento Social Italiano, llamado también Frente Nacional. Conocido como «El Príncipe Negro».

126 Podría referirse Gabriela Mistral al Ministro de Relaciones Exteriores Arturo Olavarría Bravo (1900-1977).

127 Petrona Noda, cubana. Asistió a Gabriela durante un período en Italia y también en Monrovia.

128 Andrés Iduarte (1907-1984). Mexicano, profesor de historia, director de la Revista de la Universidad Nacional, residió en España y defendió la causa republicana. Profesor de Literatura Hispanoamericana en la Universidad de Columbia. Publicó la obra *Gabriela Mistral, Santa a la jineta*.

129 Carlos Dávila (1887-1955). Abogado, político y diplomático chileno. Presidente provisional de Chile (Presidente de la República Socialista de Chile de junio a septiembre de 1932).

130 Eduardo Barrios (1884-1963). Cuentista, dramaturgo y novelista chileno. Premio Nacional de Literatura 1946.

131 Se refiere al diplomático Amilcar Chiorrini Alveti.

132 Sixtina Araya, chilena corresponsal de Gabriela quien la ayudó con trámites y encargos.

133 Mercedes Cabrera del Río, mexicana que se relacionó con Gabriela durante su estadía en Veracruz por temas esotéricos.

134 Rabindranath Tagore (1861-1941). Poeta, artista, dramaturgo, músico, novelista y filósofo indio. Premio Nobel de Literatura 1913.

135 Gabriela se refiere a Dulce María Loynaz. Véase nota 65.

136 Se refiere al poeta checo Rainer María Rilke (1875-1926).

137 Podría tratarse del cónsul Mario Darrigrandi Valdés.

138 María de la Concepción Jesusa Basilisa Espina, conocida como Concha Espina (1869-1955). Escritora española. Recibió múltiples premios y honores, llegando a ser candidata al Premio Nobel de Literatura en los años 1926, 1927 y 1928.

139 Germán Arciniegas (1900-1999). Historiador y ensayista colombiano, autor de numerosos libros y columnas en el diario colombiano *El Tiempo*. Profesor de la Universidad de Columbia en Nueva York.

140 Victoria Ocampo Aguirre (1890-1979), destacada intelectual, escritora y editora argentina. Fue propietaria de la revista literaria y el sello editorial Sur, donde Gabriela Mistral publicó en 1938 su libro *Tala*, en que le dedicó «El recado a Victoria Ocampo, la argentina». Una de las pioneras del feminismo en Latinoamérica, en 1953 fue encarcelada durante 28 días por su oposición al gobierno peronista. Gabriela Mistral y otros intelectuales del continente ejercieron presión a las autoridades argentinas para su liberación. Mistral pasó algunos días en su propiedad «Villa Victoria» en abril de 1938.

141 Véase nota 19.
142 En realidad, Yin-Yin nunca estuvo sepultado en Chile. Su tumba se encontraba, hasta hace pocos años, en la ciudad de Petrópolis. En la actualidad, sus restos descansan en Montegrande, al lado de su «madre».
143 Véase nota 130.
144 Gabriela asistió a las Naciones Unidas en 1953; 1954 y 1955. Los primero dos años, a la Asamblea en la Comisión: «La condición jurídica y social de la mujer»; en su última participación, asistió a la lectura de su «Mensaje sobre los derechos humanos».
145 Organismo internacional creado por el Tratado de Versalles el 28 de junio de 1919. Tras la Segunda Guerra Mundial fue disuelto, siendo sucedido por la Organización de las Naciones Unidas.
146 Podría tratarse del Presidente de la República Carlos Ibáñez del Campo.
147 Gabriela Mistral dispuso de varias propiedades en Chile. Tuvo una o dos casas en La Serena y una casa en Santiago. Los encargos de carácter administrativos o legales los efectuaban en Chile Eduardo Frei Montalva, su compadre Radomiro Tomic y, en ocasiones, el propietario de la librería orientalista Zacarías Gómez.
148 Véase nota 99.
149 Se refiere a Margaret Bates (1918-). En el año 1958 editó un tomo con las poesías completas de Gabriela Mistral, con un estudio crítico biográfico de Julio Saavedra Molina y un recuerdo lírico por Dulce María Loynaz. Existe otra edición de esta compilación publicada en 1970, con un prólogo de Esther de Cáceres. A Margaret Bates le dedicó el poema «Mesa ofendida».
150 Sobrenombre cariñoso para referirse a Victoria Ocampo. Véase nota 140.
151 Se refiere al Presidente Carlos Ibáñez del Campo. Véase nota 117.
152 Se refiere a la ciudad de Nueva York.
153 Véase nota 117.
154 De esa forma solía pronunciar su nombre Gabriela en su infancia, todavía como Lucila Godoy A.
155 Se refiere a Concha Zardoya (1914-2004). Poetisa, escritora y crítica literaria hispano chilena. Durante su permanencia en España se matriculó en la Universidad de Madrid en la Facultad de Filosofía y Letras. Para obtener un dinero extra pasaba a máquina los borradores de Gabriela Mistral y daba clases particulares. A fines del cuarenta se trasladó a Estados Unidos donde se reencuentró con Mistral.
156 Alusión a Yin-Yin.
157 Puede referirse a Jorge Alessandri Rodríguez (1896-1986), Presidente de la República entre 1958 y 1964.

AGRADECIMIENTOS

A Nivia Palma M., directora de la Dibam, por la confianza depositada en nosotros, al entregarnos la custodia del legado de Gabriela Mistral; a Daniela Schütte González, nuestra coautora, por sus valiosas observaciones y sugerencias al texto; a la profesora Elizabeth Horan, por los aportes, por cierto muy importantes, a la primera parte de este epistolario; a mi amigo y colega, Thomas Harris, por su atenta lectura al epistolario, así como por sus sugerencias; al Padre Rogelio Wouters y al Hermano Alonso Acevedo de la Orden Franciscana de Chile; a todos los integrantes del equipo que trabaja en la investigación, catalogación, digitalización y restauración del legado de Gabriela Mistral en la Biblioteca Nacional de Chile; a la profesora Marie-Lise Gazarian Gautier, por su contribución en lo referente al período de residencia de Gabriela Mistral en Roslyn Harbor; a mis colegas de las distintas secciones de la Biblioteca Nacional; al equipo del Archivo del Escritor, en especial a Claudia Tapia, por su contribución en la transcripción de las últimas cartas de Gabriela a Doris Dana y en la digitalización de las imágenes que ilustran esta publicación; a Daniela Cifuentes, por su valiosa ayuda en el orden definitivo del archivo digital de esta obra y a Melanie Jösch, Juan Díaz, Gonzalo Eltesch y el equipo de Random House Mondadori, por el apoyo prestado para la realización de esta edición.